# EL OPERADOR DE RADIO

## ULLA LENZE





narrativa
salamandra

Ulla Lenze

# EL OPERADOR DE RADIO

Traducción del alemán de
Carlos Fortea

narrativa
salamandra

*Este libro es una novela.*
*Aunque he recreado parte de*
*la vida de mi tío abuelo Josef Klein,*
*el personaje literario homónimo es invención mía*

# 1

## San José, Costa Rica, mayo de 1953

Empieza a atardecer: crepúsculo, nubes de insectos que se estrellan en su cara con el viento de la marcha. Entrecierra los ojos, y aun así, cuando tuerce en dirección a casa, alejándose del río verde, la reconoce: es María. Está en los escalones y parece inquieta. En un momento dado incluso se da unos golpecitos en el brazo.

Y él advierte algo más: parece estar esperándolo.

—¡Don José, correo para usted! —exclama cuando él apaga el motor de la motocicleta—. De Alemania, en la escalera —añade cuando pasa junto a ella. Él ralentiza el paso.

Hace tres meses que no le escribe a su hermano, que se lo reprocha: «Siempre nos hemos esforzado por seguir en contacto.»

—¿Quiere pasar un momento? Tengo limonada fría.

La carta de Carl tendrá que esperar.

Entran en la sala llena de muebles oscuros, ella enciende el ventilador de techo y se levanta un aire con olor a polvo. La jaulita de pájaros que cuelga de una viga empieza a columpiarse con violencia: la ardilla que está dentro lleva días intentando salir. María la atrapó en el jardín. «Con mis propias manos», dice en español. La cola peluda se agita como el pincel de un pintor frenético.

—¿Cuándo vas a soltarla?

Ella lo mira sorprendida.

—Me gustan los animales: los caballos, los perros, las ardillas...

—Pero ahí sólo puede dar vueltas en círculo, debes de estar volviéndola tarumba.

Ella se ríe de la expresión que él ha usado en español: «volviéndola tarumba», y se reclina en el sillón. Su cuerpo tiene la forma de un barrilete: no tiene cintura, aunque sí cinco hijos, todos casados. Lleva puesta la camisa de su difunto marido, alto y cuadrado. Él sabe que está sola. Allí las noches parecen yacer entre oscuros algodones. No hay luz en ninguna parte, sólo calor que flota sobre la casa y calor prisionero entre los muros.

Él le cuenta que ha sobrevolado Santa Bárbara porque tienen que trazar la carretera que van a construir el año próximo, de ahí el encuentro con los ingenieros.

—Las carreteras son muy importantes —le dice ella—, aquí hay demasiado polvo.

Mientras hablan, la oscuridad cae por completo. Él ya nunca habla de Alemania.

—Ahora el país está partido en dos, ¿no? —le preguntó ella, insegura, en una ocasión. ¡Claro que sabía que había habido una guerra en Europa!

—Una guerra mundial —la corrigió él.

—Hay tantas guerras… —respondió ella: también allí había habido muchas guerras.

Él se levanta cuando su vaso ya está vacío y, fuera, a la luz de la luna, busca el camino hacia la escalera. Al pasar, coge el gran sobre marrón.

Arriba el calor se acumula. Ocupa una habitación con una pequeña galería con vistas a la selva. No puede quejarse: Dörsam lo ha arreglado todo, incluso le ha conseguido el puesto en el Instituto Geográfico.

Enciende el ventilador, abre la ventana y el resonante chirrido de las cigarras se le viene encima. Allí no hay muchos sonidos diferenciados. Es una región en la que domina el verde de las plantaciones y la selva virgen. A veces se oye el traqueteo de un camión en la carretera de San José, o el chico del pan, que pasa pedaleando en dirección a la última casa del pueblo y hace sonar el timbre de la bicicleta.

Cuando rasga el sobre, le cae en las manos una revista que se abre sola por las páginas en las que Carl ha metido su carta… y ve su propio rostro.

Esa foto se había publicado ya en todas partes, incluso en *The New York Times*: él, delante de su estación de radio y a su lado, en otra silla, *Princess*, ambos mirando a la cámara. Cualquiera que la vea diría que hay algo que no encaja, con la perra o con él, porque parecen de la misma estatura.

*Querido Josef (¿o debería decir «don José»? ¡A todos nos hace mucha gracia tu nuevo nombre!):*

*La revista* Stern *ha publicado un reportaje sobre tu caso, o más bien sobre las actividades del servicio secreto alemán en América. Será una serie, así que iré enviándote las cinco entregas que faltan conforme vayan saliendo.*

*Nada más por el momento. Te escribo pronto.*

*Saludos de Edith y los niños.*

*Carl*

*P. S. Palomita se ha mudado a su propia habitación en la planta baja. ¡Ya es toda una señorita!*

Josef pone la revista abierta sobre la mesa y acerca la lámpara. Luego recorre línea tras línea con la vista; no lee: busca su nombre, pero no lo encuentra en ningún sitio.

Vuelve al principio y esta vez lee de verdad: se trata de la historia que él ya conoce, aunque ahora desde el punto de vista de los alemanes («Vaterlandsliebe», el «amor a la patria»). La narran como una novela policiaca, como si fuera un mero entretenimiento: «¡FBI! ¡Queda usted detenido! ¿Por qué no confiesa de una vez? Si lo hace, quizá pueda ahorrarse cosas peores.»

No lo sorprende que Carl suene tan alegre, casi entusiasta, pero esa

historia no es un mero entretenimiento: es su vida.

Más tarde, en la cama, mira los anuncios:

«Ya sea en pasteles o pastas, ¡use leche condensada Glücksklee!»

«¡Los polvos adelgazantes Heumann también son para usted!»

«Champú Schauma... ¡mucha espuma en cada baño!»

«¡Disfrute más de sus viajes y de su tiempo libre con pastillas estimulantes Halloo!»

Parece que a Alemania vuelve a irle bien.

Despierta entre las sábanas sudadas bajo una luz tímida y grisácea. El sol aún no ha salido, pero tiene que moverse por la habitación para encontrar una corriente de aire mínimamente fresca. Por las noches deja todas las puertas y ventanas abiertas de par en par y aun así la temperatura no baja.

Sale a la galería y se agarra a la baranda de hierro. No está fría, pero sí fresca.

Mira las palmeras mansas y flácidas: en vez de los rascacielos de Nueva York, en vez de las ruinas alemanas y la pampa argentina, ahora está rodeado de esos gigantes verdes. Lo asedian y acechan. Se oye un fino *clac*, un leve chasquido, cuando sus hojas entrechocan.

Un poco más allá, el río verde, que esa mañana parece de cristal de tan quieto. La superficie refleja las hojas de las palmeras y los racimos de plátanos. Allí no hay nada más. Más tarde se vestirá e irá al Instituto Geográfico. Sobrevolará Alajuela. Están cartografiando Costa Rica trozo a trozo: carreteras, montañas, ríos, lagos... Han recibido maquinaria nueva, pero falta personal cualificado. Acogen a la gente como él con los brazos abiertos. Dörsam llegará el mes que viene desde Buenos Aires. ¿Tendrá algo que ver con el reportaje del *Stern*?

En Buenos Aires los alemanes fumaban unos puros gruesos y mareantes, y hablaban de la conspiración contra Alemania y del Gobierno en el exilio que pronto destituiría a la marioneta de los estadounidenses que era Adenauer. Cómo no. Era como una canción de borrachos entonada una y otra vez: ya nadie prestaba atención a la

letra. Lo invitaban al club de ajedrez y a los bailes del Club Unión, pero él procuraba mantenerse al margen, y cuando llegó la oportunidad de trabajar en San José la aceptó de inmediato.

Dörsam aparecerá pronto por allí.

María lava sus camisas y pantalones en un lavadero de piedra que está a la sombra de un árbol, pero aun así procura hacerlo por la mañana, cuando el calor todavía no aprieta. Él ve
su espalda avanzar y retroceder: frota con tanta energía que su ropa está cada vez más desgastada. Aunque hay que reconocer que es ropa vieja, la mayor parte de Carl: ropa alemana. Ha llevado los calzoncillos de Carl por Europa, el Norte de África y Sudamérica: aunque su hermano no haya podido salir de Alemania, sus calzoncillos han recorrido el mundo. Tiene que hablar con María: su ropa se ve cada vez más desgastada, pero ¿cómo planteárselo? No quiere ofenderla. Ella plancha sus camisas, limpia su habitación, lo trata de «don» aunque apenas tenga cincuenta años y sea demasiado joven para esa clase de formalidades. Nunca se queja, ni siquiera cuando él se deja tirados por el suelo los mapas y las fotos del Instituto. Limpia a conciencia; incluso ha conseguido juntar sus viejos calcetines grises con sus parejas originales. Él se lleva bien con ella y ella le da su espacio: apenas una pequeña charla alguna que otra tarde, nada más. No quiere tener que mudarse otra vez, ¡cuántas veces no ha llegado a algún sitio y ha tenido que fingir que se sentía como en casa!

# 2

# Neuss, Alemania, junio de 1949

El ojo izquierdo no acompaña al otro: es un ojo de cristal. Llevaba un cuarto de siglo sin ver esos ojos, por eso lo había olvidado.

Se dan un abrazo breve, no muy cariñoso, más bien solemne. Pese al calor, Carl lleva traje y un guardapolvo blanco de tendero encima.

—¡Cómo has adelgazado! —exclama—. ¡Y nosotros que pensábamos que en América se vive a lo grande!

Josef sonríe y sigue a su hermano a la casa de ladrillo rojo que ya había visto en fotos de antes de la guerra. Es estrecha y alta, aunque parece algo torcida. Carl le había escrito en una carta que le había salido barata pese a que no se la habían confiscado a un judío. Carl rechazaba ese tipo de negocios («No pueden salir bien»).

Suben las escaleras. Carl se peina hacia atrás los cabellos canos que aún le quedan; se le forman ricitos en la nuca. Se detiene delante de la puerta.

—¡Tenemos tanto de que hablar! ¡Tanto tiempo que recuperar! Le he comentado a Edith que ojalá te quedes un poco más.

—¿Eso quiere decir que no voy a quedarme mucho tiempo? —pregunta Josef guiñando un ojo, pero al ver la mirada de Carl se arrepiente de haber hecho esa broma.

—No, quiere decir lo que he dicho —responde el otro mientras le sostiene la puerta de la casa. Dentro huele a friegasuelos y a bizcocho.

»Edith ha hecho un pastel. Ha salido a comprar, pero ya no tardará.

Josef deja su bolsa de viaje encima de una silla y advierte que Carl ha seguido su mano con la vista.

—¿No traes nada más?

—Sólo esto. —Como su hermano no dice nada, Josef vuelve a

levantar la bolsa y Carl la coge y se la lleva a la estancia contigua, una especie de salón con cortinas de terciopelo marrón, muebles oscuros de época, paisajes al óleo, papel pintado con un efectista estampado de gotas…

—Lo hemos salvado todo de la guerra —aclara Carl, porque esta vez es Josef quien no dice nada: no consigue forzarse a hacer ningún halago; más bien siente una oleada de dolor e intenta sobreponerse—. Sígueme —añade su hermano en voz baja—, dormirás en el cuartito de atrás.

El cuarto está amueblado con un sofá, un sillón y un escritorio. Tampoco allí hay teléfono, y tiene que llamar a Dörsam.

—Edith te preparará la cama en el sofá. ¿Qué te parece, podrás dormir aquí?

—Claro, tengo todo lo necesario.

—¡Es obra de Edith! Es un ama de casa competente, cosa nada fácil de encontrar.

La palabra «competente» aparecía siempre en sus cartas: parecía la única palabra que se le ocurría cuando se trataba de su esposa Edith. Él la había visto en fotos: una hermosa mujer de pelo oscuro y ojos de asombro. Tiene la sospecha de que puede ser un poco más alta que su hermano, quien tenía la costumbre de ponerse de puntillas para las fotos.

Carl le ofrece un vaso de agua y él bebe sin dejar de mirar cómo se mueve de aquí para allá mientras le habla de su comercio mayorista de jabón. El negocio va cada vez mejor. Él se limita a animarlo haciéndole preguntas:

—¿Los clientes están de acuerdo en que el nuevo detergente en polvo es mejor?

—Sí, ya se lo he dicho al fabricante. ¿Sabes que Paul tiene ya trece años? Me ayuda en el negocio por las tardes, y el año que viene vamos a sacarlo del colegio para que pueda trabajar a jornada completa. —Se detiene un momento y endereza un cuadro en la pared—. Enseguida conocerás a los niños. Cuando se enteraron de que su tío de América estaba en el país me pidieron que los dejara saltarse las clases, ¡nunca

olvidarán el chocolate que les enviaste!

En aquellos treinta paquetes había mucho más que chocolate:

Paquete 1: café, manteca y mantequilla, leche en polvo, huevo en polvo, jabón de baño y jabón de afeitar, tabaco, cigarrillos, agujas e hilo, aspirinas, sacarina, caldo Maggi, chocolate, pimienta, nuez moscada, clavo y varios ovillos de lana.

Paquete 2: Copos de avena, harina, azúcar, almidón, arroz, gelatina, vendas, aspirinas, levadura en polvo, chocolate, hilo, cinta adhesiva, agujas, lana, tabaco, peines, calcetines y hojas de afeitar.

Paquete 3: Lentejas, tabaco, chocolate, manteca, azúcar, tocino, miel, café, pimienta y gelatina.

Paquete 4: Harina de trigo, café, leche condensada, miel, harina para repostería, jabón, tabaco, chocolate, cigarrillos y aceite para las ensaladas.

Paquete 5: Café, azúcar, leche condensada, manteca, cacao, chocolate, hojas de afeitar, cordones, extracto de vainilla, hilo y agujas.

Etcétera.

El dinero que estaba destinado a su abogado, 600dólares, había acabado utilizándose para comprar lo que llevaban todos aquellos paquetes, treinta, enviados a través de una agencia, entre 1946 y 1949. De todos modos, su caso era desesperado.

Carl toma asiento en el sillón orejero y acaricia pensativo una zona ya gastada por el roce.

—Hemos salido de lo peor, pero el invierno del cuarenta y siete fue durísimo: comedores sociales, refugios para indigentes... Alguno de los vecinos incluso quemó el piano en la estufa. Y al verano siguiente hubo granizadas e inundaciones; la cosecha se perdió por completo. En tiempos así uno tiene que apretar los dientes, renunciar, hacer sacrificios, ahorrar... ¿no?

Carl lo mira a los ojos, inquisitivo, y el silencio se mece entre ellos como un columpio. Josef debería interrumpirlo con sus explicaciones: aclarar por qué vuelve de la opulenta América como un pobre diablo. No sólo está sin blanca, sino directamente en números rojos. Vuelve a sentir un leve dolor en el pecho.

El crujir de las tablas los libera: ambos miran hacia la puerta. Ha llegado una mujer.

—Bueno —dice Carl—, ya habrá tiempo para hablar de todo esto con calma. Primero, deja que te presente a Edith.

Es delgada. La primera impresión es que es delgada; después uno se da cuenta de que es hermosa. Una belleza ligeramente ascética, como una virgen. Si estuviera un poco mejor alimentada, podría trabajar como modelo, aunque él sabe que no puede decirle algo así. Ella le tiende la mano, rígida y recatada. Él se la estrecha y, en vez de soltarla de inmediato, la mece un poco. ¿Pensarán que es una costumbre americana? Vuelve a estrechársela y entonces hace algo de lo que él mismo se sorprende: se lleva la mano de Edith a los labios y la besa.

—¡Vaya, el chico ha aprendido modales! —exclama Carl.

Edith se ruboriza y Josef también.

—¿Tenéis hambre? —pregunta ella—. He hecho bizcocho de cerezas. ¿O prefieres otra cosa, Josef? —Él nota que ella tiene que hacer un esfuerzo para hablar, que se vuelve hacia la puerta para ocultar el rostro.

—El bizcocho me parece estupendo —le responde mirando su estrecha espalda.

—Tiene acento, ¿lo notas, Edith? ¡Suenas como un americano! —dice Carl riendo.

—¡El café estará listo dentro de diez minutos! —exclama Edith desde la cocina.

Cuando Carl se levanta, aprieta fugazmente el hombro de Josef; un apretón breve, pero fuerte, como si quisiera decir: «Ahora estás aquí: todo está en orden.» «Estás aquí», así era antes: sencillamente estaban ahí; y ahora, durante un breve instante, de pronto vuelve a ser como antes. Luego Josef se levanta y sigue a su hermano a la cocina.

No puede apartar la mirada de Edith, quien lleva un vestido floreado

que, cuando se levanta, se le enreda entre las piernas. Tiene el pelo ondulado y se peina de un modo un tanto pasado de moda. Él, al menos, hace mucho que no ve a una mujer peinada así. Es tímida y a la vez segura de sí misma; esto último se nota cuando sirve y recoge la mesa, porque lo hace de una manera casi abrupta.

Comen un bizcocho medio rancio, pero con muchas cerezas («Nos falta mantequilla y azúcar», explica Edith). Los hijos, niño y niña, están muy callados: parecen amedrentados por la situación.

Cuando él va a tumbarse en el sofá, es incapaz de recordar sus caras, aunque sí se acuerda de que el niño parpadeaba nerviosamente: debe de ser un tic. Carl le ha susurrado: «¡Para ya!», amenazando con darle una colleja, pero el chico no ha dejado de hacerlo.

Él se queda dormido un momento, pero lo despierta la voz de su hermano:

—¡Deja eso, que entra el calor! ¡Cierra la puerta!

Luego oye la suave voz de Edith defendiendo a su hija, y después, de nuevo, los gritos de Carl:

—¡Entonces, si le gusta tanto el sol, que se vaya a la calle!

Los gritos de Carl: lleva veinticinco años sin oír hablar a su hermano y ahora suena idéntico a su padre.

Cuando se separaron, veinticinco años atrás, la herida aún estaba fresca: acababan de extirparle el ojo después del accidente laboral. En aquel entonces Carl no había querido darles mayor información. Los compañeros de la fundición les hablaron de «un grito aislado y luego un alarido interminable», pero Carl, que estaba en el hospital, se limitó a guardar silencio, un silencio que contenía un mudo reproche, ya fuera a la vida misma o a las leyes de inmigración de Estados Unidos: aquel ojo perdido significaba, en primer lugar, que
le negarían el permiso de entrada. Los dos hermanos habían aprendido inglés juntos, pero en Ellis Island le pintarían una «X» de tiza en el hombro a Carl y lo devolverían a Europa.

En sus primeras cartas Josef se limitó a contar lo dura que era la vida de los inmigrantes, lo poco queridos que eran los alemanes, lo difícil que era la situación laboral, lo elevado de los alquileres... y lo peor es

que era cierto.

Por la noche, se sientan a la gran mesa del comedor y Edith les sirve una sopa de verduras mientras les explica, como justificándose, que «todo es del huerto». Carl, entretanto, contempla la jarra de cerveza que sostiene en la mano, y que contiene agua.

—Dentro de unos días tendremos que ir a apuntarte a la oficina, Josef.

—Creo que ya saben que estoy aquí —responde él con una sonrisa torcida, enseñando un poquito los dientes por el lado izquierdo y entornando los ojos: es la sonrisa especial de Joe, pero enseguida nota que esa sonrisa no encaja allí: que corresponde al pasado.

—Es por la cartilla de racionamiento —le explica Carl—: tienen que comprobar quién eres. —Levanta la jarra de cerveza y da un trago sin dejar de mirarlo.

—¿Josef? —Edith le ofrece más sopa. Él asiente, y ella le sirve. Ahora percibe con claridad su olor: es el mismo olor a jabón de Marsella de toda la familia, pero con un matiz que sólo le pertenece a ella y que, si se pudiera tocar, sería suave como el terciopelo.

—¿Nunca has pensado en casarte? —le pregunta de repente Carl.

—Pensarlo, sí.

—Pero ¿aún no has encontrado a la mujer adecuada?

—Quizá incluso la encontré, pero algo se interpuso.

Carl asiente y no pregunta nada más. Ahora vendría el turno de Josef, pero él no sabe cómo hablarle de un amor que, según los parámetros de su hermano, habría sido completamente absurdo e incluso dañino.

—¿Te gusta? —le pregunta Edith.

—Mucho, gracias —dice sin titubear, y sonríe.

¿Le gusta? La comida siempre ha sido importante para él, incluso muy importante: a veces, al comer, ha tenido auténticas experiencias, como si los aromas revelaran ángulos muertos de su carácter, como si una especia inusual, por ejemplo, pudiese despertar algo en su cerebro.

—¿Sabes cómo te llamaba mamá cuando te fuiste?

—No, ¿cómo?

—¡Jö!

Josef no lo entiende, pero sonríe, y Edith también: parece entender.

—Le escribiste que en América te llamaban Joe y ella vino corriendo con tu carta y me dijo: «¡Ahora nuestro Josef se llama Jö!» Yo le aclaré que Joe se pronuncia «dscho»; es así, ¿no?

Josef asiente. La anécdota le parece divertida, pero también le duele. Sigue comiendo, pero se siente cada vez más cansado; le parece perfecto que Carl se ponga a hablar con Edith de sus cosas: una mesa que hay que cambiar de sitio, un armario del sótano que hay que reparar y barnizar... La hija de ambos se lo queda mirando y él le pregunta en voz baja:

—*How are you, my Little Dove?*

«¿Cómo estás, Palomita mía?»

Ella sonríe y murmura:

—*Fine, thank you.*

Y luego sigue mirándolo.

Se van a dormir temprano. En el huso horario de Estados Unidos aún es primera hora de la tarde, pero se alegra de poder retirarse. Encima de la almohada encuentra un pijama plegado con esmero, una toalla y un cepillo de dientes. Su vida ha quedado atrás, pero le resulta fácil hacer como si siguiera teniendo una: no tiene más que seguir el juego cuyas reglas ha inventado Carl, quien le hacía mil preguntas en sus cartas y, cuando él no respondía, se apresuraba a retirarlas diciendo que él, desde luego, no tenía idea del contexto político americano.

Recuerda que, en una de las que él le envió muy al principio, en 1946, tuvo que explicarle que Ellis Island funcionaba como un campo de internamiento para extranjeros enemigos.

«¿Extranjeros enemigos?»

«Ya te lo explicaré en detalle más adelante.»

La habitación da al sur, de ahí el calor. Incluso allí se percibe el olor del puro que Carl se ha fumado después de la cena: es un olor áspero, como de orines.

Abre la ventana y no puede evitar sorprenderse cuando oye el tren. Apenas dos noches antes estaba en su cama, siempre húmeda por la brisa del mar, oyendo rugir los remolcadores a vapor que pasaban delante de la isla y sufriendo el tedio de la prisión que suponía una vida en la que no podía decidir nada y donde el tiempo lo penetraba todo. Porque allí no tenían nada más que tiempo: el tiempo era su castigo. Pero los cuatro años anteriores en Sandstone, Minnesota, habían sido aún peores: en una cárcel auténtica con criminales auténticos.

Allá arriba, en Minnesota, parecía como si siempre fuera invierno. Además, todo el mundo tenía que ir a paso rápido, él incluido: no podían detenerse («*Don't stop. Move!*») porque, en cuanto alguien lo hacía, empezaban las peleas.

Carl no sabe nada de Sandstone: en Alemania estaban ocupados con la guerra y no pareció sorprenderse de que él también guardara silencio durante cinco años.

# 3

## Neuss, junio de 1949

El ruido lo despierta: oye gritos desde el otro lado de la pared.

—¿Cómo es posible, es que ese chico no tiene cerebro?

Ahora se trata del hijo.

El reloj marca las 6.30 h. Para el «yo» que ha tenido que dejar en América no es más que la medianoche, de modo que decide darse la vuelta y seguir durmiendo. Poco después lo despierta una música de opereta. Carl canta siguiendo la melodía, aunque sólo las partes más pegadizas. Edith le dice que baje la voz y el otro le contesta que está en su casa y puede hacer lo que le dé la gana, pero la radio deja de sonar y luego la puerta se cierra.

Cuando se despierta por tercera vez el reloj marca las diez y el sol entra con fuerza por la ventana. Oye de nuevo la voz de Carl y, en las breves pausas que hace, la de Edith. Se levanta del sofá y va a la cocina. Carl se vuelve hacia él y se interrumpe en mitad de una frase.

—Bueno, ¿ha dormido bien el señor?

—Voy seis horas por detrás de vosotros.

La mirada de Carl revela que no lo ha entendido.

—El desfase horario: para mí ahora estamos en mitad de la noche.

—Toma, aún no lo he probado. —Carl le tiende una taza de café y él bebe para no ofender a su hermano.

»En serio, Josef, si no hubiéramos tenido café no habría podido dirigir el negocio. Necesito el café, ¡lo necesito más que ninguna otra cosa!

Se lo queda mirando fijamente.

—¿No vas a vestirte?

—Voy vestido.

—Con un pijama sudado. ¡Estamos en la cocina, querido hermano!

Edith se da la vuelta y remueve una cacerola.

—Te pido disculpas —dice Josef.

—Edith te ha dejado ropa en tu cuarto. Ven, te la enseñaré —y, mientras lo dice, empuja a Josef fuera de la cocina.

En la habitación, en efecto, hay un pantalón de traje, una camisa blanca, una chaqueta y una muda de ropa interior. Está claro que es ropa de Carl. Miden lo mismo: 1,63, así que debería valerle todo.

Carl mira por la ventana mientras él se quita el pijama. El pantalón le queda un poquito ancho: tiene que ajustar el cinturón hasta el último agujero. Cuando se está abotonando la camisa oye la voz de su hermano como desde muy lejos:

—Cuenta.

—¿Qué?

—¿Por qué has venido tan de repente? ¿Cómo has podido subirte sin más a un avión que te ha traído de Nueva York a Fráncfort, de dónde has sacado el dinero?

—El FBI puede hacer esas cosas, Carl.

Ha creído que esa referencia lo intimidaría, pero Carl pregunta:

—¿El FBI? ¿Qué es eso?

—Es la policía federal americana.

Empieza a remangarse, pero se detiene y vuelve a desenrollar las mangas: es probable que a su hermano le parezca tan impropio ir remangado como estar en pijama en la cocina.

—¿Has cometido algún delito? —oye que le pregunta.

—Después de que Alemania le declarara la guerra a Estados Unidos en 1941, el mero hecho de ser alemán ya era un delito.

Se abotona la manga izquierda y luego la derecha bajo la atenta mirada de Carl. Al parecer, espera información.

—En Ellis Island sólo quedaban cinco alemanes, yo entre ellos, más un par de italianos y un japonés: siete extranjeros enemigos, y a los americanos no les apetecía mantener la isla en funcionamiento sólo para nosotros.

Carl asiente y mira hacia la puerta; Edith lo está llamando.

—La clientela espera. —Al marcharse le da una palmada en el hombro: es como si lo marcara.

Intenta deducir algo de los pasos de Carl. La radio se enciende en la cocina: un hombre canta algo sobre el rojo sol de Capri, un pescador y el mar. Entre una cosa y otra, oye decir a Carl:

—Todo muy misterioso.

Poco después la puerta de la casa se cierra y él va a la cocina a ver a Edith.

Cuando ella lo ve, se pone un delantal y se inclina sobre una cacerola.

—Seguro que tienes hambre. Voy a prepararte unos huevos: nuestras gallinas se han portado bien.

Lleva el vestido del día anterior. Se le pega al vientre, como si sudara por el ombligo.

Él no puede apartar la mirada.

Edith es más alta que Carl: eso le llamó la atención la noche pasada. Seguro que mide metro setenta, así que también es más alta que él. Parece sumida en la contemplación de los huevos, que emiten un leve *toc, toc* cuando entrechocan en el agua hirviendo.

Por fin se vuelve hacia él. Titubea un momento y luego empieza a poner la mesa con mucho ímpetu (platos, salero, un cesto de pan...) y deja con elegante énfasis una cucharilla junto al plato.

Aun así hay cierta turbación en sus movimientos: un hombre extraño en su cocina. Y da la casualidad de que ese extraño es él; de pronto ambos lo tienen muy claro.

—Carl se alegró mucho cuando supo de ti de repente, después de la guerra. Siempre era un verdadero placer recibir tus cartas.

—Sus cartas también significaban mucho para mí —le contesta él—: me recordaban que tenía una familia. —Piensa en las frases con las que Carl procuraba animarlo, y ante las que a veces sólo podía sonreír. Aun así eran de su hermano, y no tiene otro: dependía de esas frases, de esa andrajosa caligrafía sobre el sucio papel de posguerra, que la pluma

siempre había agujereado aquí y allá.

—Si necesitas algo, estoy en el cuarto de lavado.

Él tiene la boca llena de huevo y sólo puede asentir. No tiene mucha hambre porque, para su «yo» estadounidense, apenas son las seis de la mañana, pero quiere adaptarse.

Después del desayuno busca la dirección de Dörsam en su agenda, se sienta al escritorio, coge papel de carta y escribe:

*Estimado señor Dörsam:*

*Estoy en Neuss, en casa de mi hermano. ¿Dónde podríamos vernos?*

*Respetuosamente,*
*Josef Klein (Joe)*

Encuentra un sobre y unos sellos y escribe la dirección de Carl en el remite. Pero luego dobla la carta en pliegues muy pequeños y se la guarda en el bolsillo del pantalón.

El «cuarto de lavado» al que se ha referido Edith no puede ser otra cosa que el baño que hay bajando las escaleras. Como no se le ocurre nada mejor que hacer, va a verla. La encuentra arrodillada delante de la bañera.

Carraspea y ella se vuelve para mirarlo por encima del hombro. Tiene el rostro sudoroso y mechones de pelo oscuro pegados a las sienes.

—¿Puedo ayudarte?

—Lavar la ropa no es cosa de hombres.

—Tampoco de mujeres.

Ella sigue frotando como si él no hubiera dicho nada, pero él no se rinde.

—Un chico iba a recoger mi ropa una vez a la semana y me la devolvía al día siguiente limpia y planchada.

Ella sigue frotando.

—Y no era caro, nada del otro mundo.

Una vez más, lamenta lo que ha dicho. Sale en silencio del baño. Poco después está en la calle.

No hay aceras, los niños juegan a las canicas entre los escombros o en la tierra nivelada por las pisadas de la gente. El aire huele a polvo y a mondas de patata.

Lleva la carta doblada en el bolsillo del pantalón. Un par de calles más allá contempla el montón de escombros de una casa derruida. Cuando está seguro de que nadie lo observa se arriesga a meterse entre las ruinas, se pone en cuclillas y excava un hoyo con las manos. Le prende fuego a la carta y espera a que se desintegre en negras pavesas. Al volver a la calle se sacude los pantalones.

En la estación, desde donde pensaba llamar a Dörsam, hay funcionarios del Gobierno controlando las maletas y bolsas de viaje. Da media vuelta y regresa al edificio de ladrillo de la Sternstrasse.

La casa proyecta una sombra azul. En la parte más al norte del terreno hay un cobertizo y, a su lado, un gallinero del que brotan cacareos y aleteos: sonidos extraños que sin embargo lo tranquilizan. Se sienta en un banco del jardín y espera.

Se le da bien esperar: no ha hecho otra cosa durante ocho años.

Cierra los ojos, abrumado por una tristeza que tiene algo que ver con Carl, con su mirada esquiva. Le gustaría tranquilizarlo, darle unas palmaditas en la espalda y decirle: «*Relax, let’s have a good time*» («tranquilo, concentrémonos en pasarlo bien»).

Alguien lo sacude por el brazo. Seguro que se ha quedado dormido.

—Si vas a quedarte mucho tiempo con nosotros, tienes que registrarte, por ley. Me podría caer una buena si dejo vivir aquí a

alguien que no está registrado.

Josef alza la vista un tanto aturdido y ve mecerse los visillos de la ventana de la cocina.

—No tengo papeles.

—¿No tienes papeles?

Josef niega con la cabeza.

Carl abre la boca para decir algo, pero luego lanza un suspiro y da unos pasos por el jardín hasta el cobertizo con actitud reflexiva, mirando fugazmente a su hermano.

—Si pudieras ayudarme a cambiar la mesa de sitio te lo agradecería —le pide.

Carl no enciende la luz, aunque el interior del cobertizo está en penumbra. Josef necesita un momento para que sus ojos se acostumbren a la oscuridad, pero luego distingue varias estanterías llenas de cajas de detergente, frascos y pastillas de jabón. Están ordenadas, pero aun así dan cierta impresión de caos, quizá por el fuerte olor a medicina, a lavanda, limón y pasta de dientes.

En el escritorio hay un teléfono: más tarde puede llamar a Dörsam desde allí.

—¿Josef, puedes venir? —La voz de su hermano le llega desde un despacho trasero—. No pesa, pero es muy grande —añade mientras se disponen a trasladar la mesa poniéndola de lado.

—¿Quieres que vaya yo de espaldas? —sugiere Josef, porque siente a su hermano titubear al otro lado de la mesa.

—No, déjame a mí —responde ásperamente Carl, y cruza la puerta de espaldas hasta que sus manos topan con el marco y no puede seguir avanzando. Josef se queda callado.

—Es demasiado ancha —dice el otro, y lanza un suspiro.

—Sostén el tablero por debajo para que tus manos no se interpongan.

Carl se ríe.

—¡Claro, por Dios!

Ya en el jardín Carl insiste en que puede aguantar yendo de espaldas

hasta la puerta de la casa y, cuando por fin llegan hasta allí, se seca la frente con un pañuelo.

—Gracias por la ayuda.

—No hay de qué.

Carl parece dudar, luego respira hondo y agrega:

—Escuchábamos Radio Londres.

—¿Radio Londres? —repite Josef.

—«La emisora del enemigo.» Si me hubieran descubierto, habría terminado en la cárcel… o algo peor.

Josef asiente.

—Siempre estuvimos informados de lo que pasaba realmente en este país; ¿la prensa americana también ofrecía información crítica?

—Sí, siempre, siempre.

Carl asiente, aparentemente satisfecho con el resultado de la conversación.

# 4

## Neuss, junio de 1949

Le encantaría hablar con Carl y Edith de su vida como hombre libre en Nueva York, pero ninguno de los dos le pregunta nada. ¿Les preocupa que pueda contarles cosas cuestionables o indecentes? No puede evitar sonreír: también es posible que no lo consideren capaz de contar nada interesante. Suele hacer lo que se espera de él, no le gusta llamar la atención; a lo mejor eso lo hace parecer insignificante. Nunca se le ha dado bien contar las cosas que realmente le importan.

Lauren se sorprendió de que apenas tuviera libros.

—Sí tengo: de radioaficionados —le respondió él señalando con timidez el montoncito. Al final ella encontró una explicación:

—¿Sabes por qué no eres lector? Porque no necesitas desdoblarte.

¿A qué se refería?

—Siempre estás enteramente donde estás, y te basta con eso.

—Parece que a ti también.

Ella se echó a reír ruidosamente: reía como una niña.

—Y Thoreau, ¿eh? —preguntó él.

—Tú y tu Thoreau.

En aquellos tiempos ella aún era amable.

Más tarde le confesó que no había entendido a Thoreau, mientras que, para él, *Walden* era uno de esos libros que bastan para una vida entera. La vida de Thoreau en su cabaña en el bosque lo llenaba de nostalgia. Le gustaba leer sobre la felicidad de hallarse en medio de la naturaleza, y a veces percibía la ciudad como un lugar lleno de árboles y montañas: un paisaje hecho de piedra y geometría cuyo tamaño le permitía a uno desaparecer dentro de él.

Lauren le preguntó si había leído a otros poetas trascendentalistas

estadounidenses como Emerson o Whitman, pero él no los conocía ni de nombre, y la palabra «trascendentalista» lo dejó bastante confundido.

Las palabras de Thoreau penetraban sin resistencia en su interior, y gracias a Thoreau sabía lo que él mismo pensaba. Eso era suficiente. La mayoría de las veces hablar acerca de algo simplemente significaba que no lo entendías en absoluto. Su frase favorita era: «La riqueza de una persona puede medirse por las cosas de las que es capaz de prescindir.»

Naturalmente, podía contarles muchas cosas: que había visto actuar en directo a Duke Ellington en el Cotton Club, que su médico se apellidaba Weinrebe («vid») o que ya no iba a la iglesia y a nadie le importaba. Que era libre porque allí había demasiadas personas de todo tipo como para tomarse nada demasiado en serio.

Había vivido en uno de los edificios menos bonitos de East Harlem: un cajón de ladrillo sin la menor gracia; pero, como vivía en el último piso, no había tenido problema para fijar su antena de radio en el techo. Le gustaba la zona porque no tenía nada destacable y, por tanto, nadie se sentía obligado a dárselas de nada. Él iba y venía por las calles sin sentir, como al principio, que las amenazadoras torres lo miraban con sorna; más bien era como si velaran por él de un modo paternal.

Su único lujo era su estación de radio, y quizá también *Princess*, una pastor alemán que se pasaba el día esperando pacientemente a que él volviera de la imprenta por las tardes.

La llevaba a diario a un descampado lleno de malas hierbas, no lejos del río Harlem, para que hiciera sus necesidades entre restos de muros cubiertos de matojos y neumáticos viejos. Allí siempre olía un poco a podrido y estancado, lo que ponía a *Princess* en un estado de gran excitación: tenía que olfatearlo todo. Luego iban a comprar y, en Lexington Avenue, se abrían paso entre los niños que jugaban a saltar a la comba, a la pelota, a las canicas… Acariciaban a *Princess* y la llamaban por su nombre, y ella, con la boca abierta, parecía sonreír.

Entraba con la perrita en el mercado y compraba salmonetes, que le

entregaban envueltos en papel de periódico, luego iba a por Corn Flakes al súper y a por pastel de judías (una especialidad de los negros musulmanes de Nueva York) al Idrie's. En el cruce, un poli negro con gafas de sol y guantes blancos dirigía el tráfico, el carnicero asomaba por el escaparate de su negocio entre dos mitades de ternera que se bamboleaban ligeramente colgadas de los ganchos y el sombrerero italiano se fumaba un cigarrillo bajo la marquesina. Si tenía suerte se cruzaba con una bailarina de algún club cercano y podía intuir bajo el abrigo sus minúsculas braguitas cubiertas de lentejuelas. En casa ponía a Ethel Waters (*Stormy Weather*, *Georgia on my mind*…), a quien había visto en una ocasión (alta, con mucha clase) en Lexington Avenue y, aunque ya era una estrella, le había devuelto la sonrisa.

Su amigo Arthur le propuso un día construir una estación de radio y se pusieron a ello durante varias semanas, leyéndose libros el uno al otro. Untaron de parafina un cilindro de cartón, hicieron una bobina enrollando alambre de cobre, dibujaron diagramas electrónicos, cortaron cables. La habitación olía a aceite y a metal quemado, tenían un montón de tornillos, cables y cinta aislante encima de la mesa y Arthur se retorcía el bigote pelirrojo a lo Charlie Chaplin cuando de repente (nunca lo olvidará) brotó un sonido tenue, ululante, algo chillón. Giraron el dial y oyeron algo parecido al viento y al repiqueteo de la lluvia, y cuando siguieron girándolo se oyeron sonidos que él no había oído nunca antes: sonidos electrónicos, sibilantes, resbaladizos, chispeantes, acogedores que le provocaron un cosquilleo, una sensación de felicidad. Luego empezaron las voces, que crujían como la hojarasca en invierno:

—*CQ, CQ*…

Y la voz trémula de un hombre que cantaba *Sally of my Dreams*.

Se miraron el uno al otro como si hubieran visto a Dios manifestarse.

—Hay voces por todas partes.

—Ahora es posible contar todo lo que realmente pasa en el mundo; en algún momento dejará de haber secretos.

El rostro de Arthur resplandecía: acababa de ingresar en un grupo que luchaba contra la injusticia social y defendía los valores cristianos. Era hijo de inmigrantes irlandeses, pero no creyente; sólo creía en la amistad… y en la ética alemana del trabajo. En ese sentido se había equivocado con él, como averiguó bien pronto, pero aun así lo dejó trabajar en la imprenta y vivir en su apartamento varios años, hasta que se casó y él se tuvo que mudar a East Harlem, donde de todas maneras iba a visitarlo con frecuencia (pese a la prohibición, en esa zona se servía alcohol) para quejarse de la vida conyugal.

—Mi mujer critica todo lo que hago. Por lo visto, ni siquiera soy capaz de cortar bien el aguacate: por el centro en lugar de a lo largo. Habría sido mejor que me casara contigo.

—¿Sabías que en California han intentado llamarlos «peras cocodrilo» en vez de «aguacates»?

—¿En serio?

—Por la cáscara, pero la cosa no ha cuajado.

—Claro, qué nombre tan idiota.

En cuanto las calles se aquietaban un poco empezaba a oír voces dentro de casa: estaba amaneciendo en Sudáfrica, había habido una tormenta en México, habían aparecido peces muertos a la orilla del mar en Helsinki… Se enteraba de que en Perth soplaba un viento moderado del noroeste, o que el río Amarillo se había desbordado.

Era bueno con el morse. Oía el *tu, tu-tú* bailarín entre los gritos de los vecinos y el ruido de la calle. Al principio cogía papel y lápiz para apuntar las señales y después transcribir los mensajes, pero enseguida comenzó a hacerlo mentalmente, y con el tiempo empezó a reconocer a algunos transmisores por sus titubeos y peculiares equivocaciones, o por su ritmo galopante: cada uno tenía su propia caligrafía.

Necesitó un año entero para adquirir confianza y decidirse a hablar sin tener a nadie delante, a hablar de sí mismo: a enviar al mundo, a la aventura, algo de sí mismo. Y entonces descubrió cuán liberador resultaba. Nadie lo veía, nadie sabía nada sobre él: si era alto o bajo, si

vivía en una casa con jardín en Brooklyn o en un apartamento de alquiler en Harlem.

Ser sólo una voz en todas partes, en todo momento. Inicialmente creyó que esa exquisita circunstancia bastaba para protegerlo del mal, como una magia. Sin embargo, con la Depresión las reglas válidas para todos volvieron a imponerse: había fuerzas mayores que su vida interior.

Arthur tuvo que cerrar temporalmente la imprenta. A veces se encontraban en el comedor público cerca de Bryant Park. Él encontró un empleo mal pagado de repartidor de octavillas para una gran casa de muebles. Fue un auténtico paso atrás, después de haberse dedicado a imprimir octavillas, pero el trabajo le gustaba. Cuando cogía el ritmo y aquello se parecía más a un sueño que a un trabajo de verdad, perdía la noción del tiempo. Levantaba la tapa de los buzones con el dedo medio y metía la octavilla sujeta con el índice y el pulgar, dejándose una mano libre para el cigarrillo. La ciudad se convirtió en un animal de bocas hambrientas a las que él tenía que alimentar. Cuando la situación económica mejoró un poco, prácticamente había ido a todas las casas al menos una vez, pero aún no podía enviarle dinero a su madre, apenas escribirle que se mantenía a flote. Su madre le preguntaba si no había pensado en volver: en Alemania había empezado una nueva era, Alemania revivía. No, nunca: Nueva York era su ciudad, y más después de haberla alimentado.

# 5

## Neuss, junio de 1949

Sus horarios todavía no están sincronizados con los de la familia: van seis horas por delante y él se arrastra tras ellos, mortalmente cansado; por las noches da vueltas en la cama, intranquilo, mientras ellos duermen como benditos.

A las seis de la mañana oye a Carl silbar alegres melodías. Se despierta un momento, se da la vuelta y sigue durmiendo hasta las diez. Y cuando Carl vuelve, poco antes de mediodía, sólo lleva dos horas en pie. En una ocasión Carl le dice:

—Querido, por las mañanas andamos por la casa de puntillas para no despertarte.

—No me parecía que fuerais de puntillas. De todos modos, el ruido no me molesta.

El calor ha entrado en las habitaciones y las llena de una especie de fluido espeso. Le arde la piel del cráneo, el sudor le corre por el rostro.

Valerosamente, Carl sigue llevando traje y guardapolvo, y es el único que no suda. Parece como sacado de un libro.

Edith tiene un ribete blanco de sal en la nuca que él mira una y otra vez.

Pasa con ella las horas de la mañana. Cada vez se sienten más cómodos: un buen motivo para levantarse un poquito antes cada día. Poco a poco van encontrando temas de conversación, desde la oferta de productos y alimentos alemanes en el «Sauerkraut Boulevard» (el nombre la divierte) de Yorkville, el barrio alemán de Manhattan, hasta los preparativos del cumpleaños de la hija (¡hay que ponerse a

conseguir azúcar, mantequilla y cacao con semanas de antelación!). Entretanto Edith zurce calcetines, plancha camisas, pela patatas, friega el suelo… Él se ofrece a ayudarla, pero ella lo rechaza, divertida, en todas las ocasiones. Sigue pensando que todo eso es trabajo de mujeres. No quiere ni oírlo decir que, como soltero, él ha tenido que hacer esas tareas durante años: niega con la cabeza sin entender. No está claro si lo compadece o lo critica.

Así que él simplemente mira y se deja embriagar un poquito por su ritmo, por la facilidad con la que hace cien cosas, igual que un director dirige su orquesta. A veces se figura que la mujer a la que está observando no existe en realidad, hasta ese punto ella se desvanece en su actividad. Pese a su incesante laboriosidad tiene un aire adolescente, sin sombra de sensualidad, ni siquiera de inocencia, más bien próximo al sueño o al trance.

A mediodía los niños llegan del colegio. Se los oye desde que se acercan por la calle. Eso le gusta: llevan mucho sol del camino del colegio. Pero dentro enmudecen. El chico se llama Paul; la niña, Irene. Josef la llama «mi Palomita»: *my Little Dove*. Palomita es callada, pero siempre anda al acecho. Clava los ojos en él y los baja muy lentamente cuando él responde a su mirada. Él trata de vencer su timidez haciéndole bromas. Mientras está inclinada sobre sus cuadernos escolares, en la mesa de la cocina donde Edith pela patatas, le pregunta si es demasiado delicada para el trabajo doméstico. Tiene que contener la risa al ver su cara de ofendida.

—Qué, Palomita, ¿sigues con tus cuentas? —le pregunta media hora después—. ¿No tienes que ir a por pan a Maikelowski?

—Michalowski, no Maikelowski —lo corrige ella.

Él ríe a carcajadas y se vuelve hacia Edith.

—Es una sabionda, ¡sacará de quicio a su marido!

Palomita no mueve ni un músculo, pero él se da cuenta de que le ha gustado el comentario.

—Puedes ir tú a por pan —dice Edith.

—Bien. Entonces iré yo a Maikelowski.

Más tarde, oye decir a los niños: «*Entonses ireyó a Maikelowski*.»

Ya no habla bien alemán, ahora se da cuenta.

Al cuarto día Edith deja que le alcance las herramientas, quizá sólo porque, siendo él un hombre, no puede negarle una relación natural con las herramientas. La encuentra arrodillada delante del viejo sillón orejero con un mandil gris atado a la cintura y las herramientas en círculo a su alrededor.

—¿Puedo ayudarte?

Ella alza la vista sorprendida.

—No necesito ayuda.

—Ya lo sé, Edith. Pero a lo mejor te viene bien que yo esté por aquí.

—No lo sé —responde, pero él ya se ha arrodillado junto a ella.

—Puedo alcanzarte las herramientas.

Todo está a su alcance, así que ella frunce el ceño, pero él le pasa las tijeras, luego las tenazas, luego otra vez las tijeras mientras observa atentamente cómo quita el relleno por el agujero que acaba de hacer. Luego la ayuda a desprender la tela del sillón. Sus brazos se rozan.

—Tú eres el cirujano y yo la enfermera —le dice intentando que se sienta cómoda, aunque sólo sea para romper el embarazoso silencio. Una sonrisa de confusión cruza el rostro de ella.

Al quinto día Edith deja que la ayude a tender la ropa en el jardín. Se mueven entre tendederos y de árbol en árbol. Ella ya ha tendido su ropa interior en un rincón del balcón y él la ha examinado atentamente: bragas descoloridas y grisáceas y pequeños sostenes que parecen cosidos a mano.

Él le alcanza los calzoncillos y las braguitas de los niños y luego le pasa sus propios calzoncillos (que en última instancia son de Carl: será ella quien deberá diferenciarlos), cosa que los desconcierta. Edith, que un momento antes hablaba de fertilizantes para las tomateras, se queda

callada. Su vergüenza es tan grande que resulta contagiosa. Se quedan entrampados en el silencio.

Cuando terminan de tender ella se agacha para coger el barreño vacío y se dispone a regresar a la casa.

—Venga, Edith, sentémonos un momento a descansar en el banco.

A regañadientes (por ahora no se le ocurre nada que objetar) se sienta junto a él. Lo hace con las piernas bien juntas, como dos objetos cuidadosamente guardados. Todo en ella es mesura y recato; incluso cruzar las piernas le parece sin duda demasiado coqueto. Él, en cambio, tiene las piernas abiertas como un trabajador de la construcción extenuado.

—Sois muy diferentes. ¿Carl ha sido siempre así?

La pregunta lo sorprende. Mira a Edith sin saber a qué se refiere exactamente.

—Sí, aunque ha empeorado. Entonces yo era el más fuerte y siempre había cuidado de él: era mi hermano pequeño, pero lo dejé atrás cuando me fui a América.

La cara de ella se oscurece. Se queda callada durante un buen rato y después, como si hubiera tomado una decisión, replica:

—Él lo ve totalmente distinto: dice que siempre hacías tonterías y que luego lo culpaban a él.

—No es cierto. —Lo dice demasiado deprisa y con cierta irritación. Trata de rehacerse y hablar con calma—. Es verdad que él se llevaba la peor parte con mi padre; era un desastre, ya sabes: siempre metía la pata. Se rompía los pantalones, perdía el dinero del cambio, derramaba la leche... y nuestro padre se veía obligado a castigarlo.

Ella parece sorprendida ante la imagen de su esposo como un niño torpe y apaleado. Él podría seguir hablando; podría decir, por ejemplo, que le parece que continúa igual

¡y para colmo le falta un ojo! Tiene que costarle un trabajo enorme compensar esas debilidades. Pero en vez de eso dice:

—Aunque hay algo que los dos compartimos: ambos somos bajitos.

Edith se mira las manos, las venas que recorren su esbelta muñeca. Tiene una piel clara que, sin embargo, no reacciona al sol ni con

enrojecimiento ni con pecas, como si estuviera siempre bajo una campana de cristal.

—A Carl le gustaría que confiases en él —dice finalmente saliendo de su ensimismamiento.

—Ah —susurra él intentando ganar tiempo.

—¿Puedes hacerlo? —pregunta ella.

¿Qué puede responderle? ¿«Sí, lo haré»? Vuelve a quedarse callado durante demasiado tiempo y ella se pone tensa, entrelaza los dedos. Él siente algo cercano a la compasión. Ahora tiene claro que lo está interrogando por encargo de Carl, y que no quiere presentarse ante él sin resultados.

—No puedo confiarle nada porque ni yo mismo sé lo que ha ocurrido.

Ella lo mira sin entender, casi molesta.

—¿Acaso no tuviste tiempo de pensar en ello mientras estabas en prisión?

Él se reclina sonriente, casi divertido ante la pregunta.

—En la cárcel no se puede pensar libremente, Edith.

—¿Qué quieres decir?

Él susurra un «mmm» y apoya el brazo en el banco; ella se desplaza un poco hacia delante.

—Mira, Edith, no soy una de esas personas que escriben libros en la cárcel o que encuentran a Dios mientras están encerrados. En esas circunstancias algunos se vuelven piadosos, pero yo no. Y tampoco se me ocurrió ninguna idea profunda.

—No era eso lo que te preguntaba, Josef.

No, no era eso lo que le preguntaba.

Él mira su vestido ondear al sol y luego oye la puerta cerrarse tras ella.

Había empezado a coleccionar artículos de prensa desde que estaba en Sandstone. Lauren los arrugó una vez delante de sus narices, aunque sin atreverse a romperlos. «¡Para ya con esta tontería!», le gritó en voz baja

desde el otro lado de la mesa en la sala de visitas (se puede gritar en voz baja: Lauren podía). ¿Había dejado de coleccionarlos? Claro que no.

Una de las primeras noticias que recortó se refería a Canaris: el hombre para el que habían trabajado. Canaris no había informado a Hitler de que las tropas estadounidenses estaban ya en el norte de África.

Por la noche mira de reojo a Edith para ver si está enfadada con él, pero todo parece seguir como siempre. Los niños están concentrados empujando los guisantes hacia el tenedor. Procuran que ninguno se caiga del plato y menos aún al suelo, luego suele llegar una mirada severa de Carl, o una pregunta:

—¿Qué habéis hecho hoy en el colegio?

El chico habla, temeroso, mirando al plato.

—¡Haz el favor de mirarme! —grita Carl.

—Hemos estado recogiendo hierbas medicinales —explica el, y enumera las especies: ortiga, bétula, tusilago, diente de león… Cuando termina, empieza a parpadear: *plin, plin, plin, plin.*

—La maestra envía a los niños al bosque con los parados y los refugiados: así puede sacarlos del colegio y hacerlos trabajar en el negocio sin mala conciencia.

Josef unta con mantequilla una rebanada de pan negro, le pone encima una loncha de embutido y da un mordisco. Observa cómo lo mira la niña: Carl no habría sabido hacerlo mejor. Ella también le ha puesto mantequilla a su rebanada de pan, pero ha colocado otra rebanada encima.

—Ahora estás en libertad y sigues sin comer bien —se le escapa a Edith.

Eso no es cierto.

—La comida en Ellis Island era magnífica —se oye decir—: cumplían todos nuestros deseos. Hans Dörsam era nuestro portavoz e insistía en que se respetara la Convención de Ginebra. A partir de 1946 tuvimos

nuestra propia cocina y hasta nuestro propio cocinero. Comíamos asado, filetes, albóndigas... La comida era tan buena que los guardias siempre querían comer con nosotros. Estábamos en la antigua sala de registro, un espacio gigantesco con candelabros y vistas al mar.

Todo es cierto, pero ¿por qué se lo cuenta?

—¿Y para qué queríais tener vuestro propio cocinero? —pregunta Carl.

—Según decían, para evitar que un judío fuera a cocinar para nosotros.

Lo decía Dörsam. Se hace el silencio y todos lo miran como si lo vieran por primera vez.

—Aquí no puedes hablar así, Josef.

—No, no: me has entendido mal. Los otros alemanes tenían miedo de que los envenenaran.

Carl carraspea e intercambia miradas con Edith.

—Tampoco eso se dice.

Él también mira a Edith, pero ella ha clavado la vista en su plato.

—¿No? —pregunta, y toma el último bocado de pan—. ¿Y qué se dice entonces? —También eso se le escapa. Sabe que no hace más que empeorarlo todo.

—Si quieres burlarte, estás en el lugar equivocado.

Durante un rato sólo se oye el tintineo de los cubiertos en los platos. Está avergonzado, no sabe lo que le pasa. Piensa en el agua que los rodeaba, chapoteando y salpicando, y en el viento que cantaba en sus oídos. En las cruces gamadas de chocolate glaseado sobre las tartas de cumpleaños (comían cruces gamadas). «Conténganse, señores.» En las cruces gamadas rayadas en los marcos de las puertas. En que no podían hablar. «Y luego, cuando se puede hablar, como ahora, dice uno tonterías.»

—Los americanos les daban golosinas a los niños —dice de pronto Edith—. Parecían muy amables, ¿verdad?

Palomita asiente. Si lo hubieran detenido aunque sólo fuera cuatro meses más tarde habría ido a parar a la silla eléctrica, como mucha gente después. Se aplicaban las leyes de guerra. Se había librado de la

muerte por puras formalidades.

—Sí, los americanos son muy simpáticos —confirma.

Por la noche se despierta. Percibe algo distinto: un sonido que se une lentamente a una palabra, a la palabra «lluvia».

Las primeras gotas de lluvia en semanas.

La lluvia repiquetea con fuerza, se sobrepone al crujir de las tablas. Él atraviesa de puntillas la cocina hacia el balcón: quiere estar cerca de la lluvia. Los árboles se bambolean en el patio y de pronto el aire es fresco. Nota que su cuerpo buscaba exactamente eso.

Apoya la espalda contra la piedra fría de la pared y trata de absorber y almacenar el frescor. Cierra los ojos.

Cuando vuelve a abrirlos ve luz en el dormitorio. ¿Ha despertado a Carl y a Edith? Oye voces. Edith.

—Es soltero, Carl, no sabe hacer las cosas de otro modo: nunca ha tenido una mujer que cuide de él.

—Sí: uno sólo habla con tanto descuido cuando no ha construido nada y no es responsable de nada ni de nadie.

—No te enfades tanto.

Él no respira. Antes de averiguar más sobre sí mismo, vuelve a deslizarse de puntillas hasta su cuarto.

Por la mañana el aire fresco entra por la ventana abierta. Lo siente en su duermevela. Unas manos sostienen las suyas, unos músicos tocan en un templete en el parque... Tiene helado de caramelo en la boca. Carl lleva un abrigo, heredado de él, que le queda grande: Carl, el pequeño, tiene que ponérselo. Ve los reflejos de la luz en la jarra de cerveza que el padre sujeta entre sus manos.

De la cocina sale música de opereta a la que se añade el silbido de Carl. Él se obliga a levantarse, se viste y entra en la cocina a las siete menos cuarto. El ojo de cristal está encima de la mesa.

—¡Buenos días, hermano! —exclama Carl.

Edith, en albornoz, sonríe tímidamente.

—¿Quieres café?

Aún tiene la voz tomada de los recién levantados. Ambos parecen haberse levantado tarde esa mañana. Los habrá mantenido despiertos la tormenta, y las conversaciones nocturnas. Siente una punzada de celos.

—¿Puedo ir contigo? —le pregunta a Carl.

—¿Conmigo? ¿Adónde?

—A repartir la mercancía.

—Aún no estás registrado: podrían hacernos preguntas.

Carl se pone de espaldas y se coloca el ojo de cristal.

—Es cierto. Quizá. No lo sé.

Edith le pone la taza de café en la mano, en vez de dejarla como siempre encima de la mesa.

«Ella siente que no tengo a nadie», piensa él.

—Mañana —dice Carl—, pero no hables ni una sola palabra con los clientes.

# 6

## Neuss, 1949 – Nueva York, 1939

El camión de reparto está delante de la puerta. Carl lleva el guardapolvo blanco de tendero, que lo hace parecer un médico; Josef va embutido en un traje marrón de su hermano que Edith le ha ajustado. Ahora es suyo. Con el cigarrillo encendido en la comisura de los labios, apoya el codo en la ventanilla abierta. Carl lo mira de reojo, pero arranca. El viento de la marcha se lleva el humo del cigarrillo.

Le gusta hacer de compinche de Carl. Llevan paquetes de aquí para allá, les firman documentos, y él sujeta todo lo que Carl le pone en las manos. En la zona de carga se amontonan las cajas de jabón de afeitar y detergente en polvo. Los frascos producen un tintineo agradable con la marcha. En cada parada Carl dice: «Es mi hermano, hoy ha venido a ayudarme», y antes de que nadie tenga ocasión de decir nada les pregunta a los clientes qué opinan de la nueva loción capilar.

En el camión Carl tiene a punto un montón de chistes, pero sólo de los que se pueden contar en la mesa de la cocina:

—Dos amigos se encuentran y uno le pregunta al otro: «¿Qué miras primero cuando ves a una mujer hermosa?» «¡Miro a ver si la mía está observando!»

El cielo está completamente despejado, de un azul tan radiante que hace que la ciudad parezca todavía más destrozada. Carl parece de buen humor, se lo ve relajado.

¿Habrá hablado Edith con él? ¿Habrá dejado caer una palabra

amable en favor del cuñado? «Necesita tiempo, todo esto es nuevo para él. Tiene que ser muy duro volver de pronto a Alemania… a un país del todo destruido. ¡Su patria!»

Se paran delante de una pequeña tienda de comestibles, un chico recibe la mercancía y firma a nombre de su padre.

Él piensa en Peter, también un muchacho.

—Por cierto, yo también repartía; no jabón, sino los productos de nuestra imprenta.

—¿Ah, sí?

—Recorría toda Nueva York.

—Y ahora Neuss —dice Carl riendo.

Josef se ve a sí mismo con aquel chico silencioso en aquel día increíblemente frío, tan frío que parecía como si la ciudad fuera a romperse bajo sus pasos. Era febrero de 1939 y ambos recorrían Harlem con los hombros encogidos. La carretilla traqueteaba sobre la nieve a punto de congelarse, pero no llevaban jabón, sino basura.

El hecho de que imprimieran de todo salvo panfletos comunistas lo tranquilizaba: le permitía pensar que aquello no era más que un empleo. Las octavillas se lanzaban por montones desde lo alto de los edificios; algunas se quedaban colgadas en las ramas, otras se pegaban a las suelas de los zapatos. El resto se entregaba a los transeúntes mientras un orador subido en una caja de fruta pregonaba a gritos el contenido.

El cielo sobre sus cabezas era intensamente azul y él no dejaba de levantar la vista para mirarlo mientras Peter, el chico, batallaba con la carretilla. Él estaba enseñándole: con el tiempo Peter haría las entregas solo y él podría volver a quedarse en la imprenta, lejos del frío.

Aunque iban frecuentemente a la sede del partido nazi estadounidense, la dirección parecía estar un par de casas más allá en cada ocasión. Recuerda que buscó con la mirada: la pizzería de Sam, la barbería, el estanco… y luego, por fin, el salón de belleza de Nancy, «especializado en alisar el cabello». En la entrada olía a comida, la peluquera negra señaló hacia atrás sin decir palabra y él se llevó un dedo al ala del sombrero. Tuvieron que subir una escalera. Las colillas

en el suelo lo ayudaron a localizar la puerta; no había cartel: el partido operaba en secreto.

Llamó cuatro veces: así lo había acordado con Stahrenberg. La puerta se abrió y Stahrenberg le hizo el saludo hitleriano. Él se quedó mirando fijamente el alfiler de su corbata: una cruz gamada de metal. El chico dejó sobre la mesa el mazo de octavillas; él pidió que le firmaran el comprobante.

En el salón de belleza había un niño que aplastaba la nariz contra el aparador. Cuando los vio los señaló con el dedo entre risas.

—Antes imprimíamos tarjetas de visita —se excusó él mirando un poco avergonzado a la peluquera. Ella no dijo nada.

Había humo en el aire; el sol invernal colgaba en el cielo como un bulto derretido. Bajaron juntos la carretilla por los oxidados peldaños de la estación del metro de la calle 116 y Lexington.

El vagón iba repleto. Josef le indicó al chico que se apoyara en las puertas del lado contrario y agarrara bien la carretilla, él se quedó en el medio y se estiró cuanto pudo para alcanzar un asa que pendía del techo del vagón. Cada vez que el tren frenaba o aceleraba, sentía un tirón en las costillas.

Por suerte sólo eran seis estaciones, pero cuando volvieron a salir a la luz del día el mundo había cambiado: pobres contra ricos, miserables contra opulentos. Estaban en un profundo desfiladero formado por robustos edificios de doce pisos que irradiaban poder, con torrecillas y fachadas escalonadas como castillos que se alzaran al cielo: Park Avenue.

Josef estaba nervioso: la octavilla del líder negro Samuel Jordan, *No compres donde no quieren contratarte*, había ido a parar por error a manos de la elegante señora Dollings, lideresa de las Patriotas de Park Avenue, mientras que la octavilla *América para los blancos* de la señora Dollings había ido a parar a las manos del negro Jordan. El chico había etiquetado mal los paquetes y Arthur le había echado tal bronca que desde entonces no había vuelto a abrir la boca.

Entraron en un cálido vestíbulo bien iluminado y forrado de oro y mármol. El conserje se puso en pie de un salto y les señaló la entrada de proveedores.

—La señora Dollings en persona nos está esperando —dijo Josef reproduciendo la frase que había estado repitiéndose para sus adentros. Aguardaron a que el conserje la llamara por teléfono mientras Peter miraba de reojo la mesa de caoba y los sillones acolchados en los que no los invitaron a sentarse.

Las puertas correderas se cerraron sin emitir ningún ruido y el muchacho del ascensor los llevó al piso doce, el más alto: lo que entonces se consideraba el no va más de las viviendas con estilo pese a que, en los viejos tiempos, esa parte de los edificios se reservaba para la lavandería, los trasteros y la servidumbre. En el perfumado pasillo notaron ese silencio que sólo envuelve a los ricos. Pasaron ante puertas de viviendas generosamente separadas entre ellas y se dirigieron hacia una doncella que los esperaba al fondo con la puerta abierta. Una vez allí Josef le dio un empujón al chico, que titubeaba, y al observar la mirada de la doncella añadió amablemente:

—Vamos, muchacho.

La doncella los llevó hasta un salón que parecía salido de las películas de Cary Grant y Ginger Rogers: alfombras orientales, antigüedades, una gigantesca lámpara de araña y una terraza nevada detrás de las puertas acristaladas. Todo era digno y hermoso. La doncella les cogió los abrigos y los sombreros. Él ni siquiera llevaba corbata, y se ponía la misma camisa toda la semana. La piel del rostro le empezó a arder como si tuviera una fuerte insolación.

Oyó la voz de la señora Dollings y se secó deprisa la mano húmeda en el pantalón, pero no hubo apretón de manos. Ella llevaba un largo vestido oscuro, era alta y delgada, y tenía la sonrisa cálida, casi entregada, de esas personas encumbradas (estadistas, estrellas de cine, sacerdotes) que desde su elevada posición podían permitirse tratar a todo el mundo con la mayor amabilidad.

—Buenos días, señora, ¿cómo está? —preguntó él con la sensación de estar haciéndose el simpático torpemente.

Lo alivió que ella ignorase la pregunta.

—Nuestro recadero quiere disculparse con usted.

La señora Dollings, sin embargo, cogió la mano del chico y lo acercó a las puertas de cristal, a la luz del día. El muchacho llevaba un abrigo que le venía grande y zapatos con las costuras rotas.

—¿Qué edad tienes?

—Tiene dieciséis, señora.

La señora Dollings negó con la cabeza.

—No, como mucho tiene doce… —y entonces suspiró y empezó a hablar del trabajo ilegal de los niños, que en Estados Unidos no estaba bien visto.

Acto seguido agitó en el aire la octavilla *América para los blancos* e informó a Josef de que haría cambios. No quiso sentarse a la mesa, como si temiera la inevitable proximidad, y él, de pie frente a ella, se esforzó en no acercarse demasiado.

—Mire esta palabra, es preciso evitarla. —Su índice, con la uña pintada de rojo, se posó en la palabra que había que evitar; no la pronunció y, cuando él lo hizo, resopló—: Todo el mundo entiende a quién nos referimos cuando escribimos «extranjeros» o «minorías»: no podemos ponernos al nivel de los alborotadores como hace el Frente Cristiano.

Él asintió comprensivo.

—Lo mismo vale para Hitler.

—¿Y qué habría que poner en vez de su nombre? —preguntó Josef cauteloso.

—«Führer» —dijo ella con voz clara.

—«Führer» —repitió él.

—Alternativamente se puede usar «el George Washington de Alemania y Europa» o «el humanista y constructor de la paz».

Josef asintió como si tomara notas mentalmente. La señora Dollings, entretanto, tachaba y corregía cosas en la octavilla.

—Ahora diremos «nuevo liderazgo» en vez de «revolución», y «primero salvemos Estados Unidos» en vez de «*Heil Hitler!*».

Josef no tenía nada que ver con el contenido de las octavillas, y eso

era importante para él. Se limitaba a hacer las copias en el ciclostil. Por lo general ni siquiera participaba en las entregas, salvo cuando había que formar a un nuevo repartidor. ¿Quizá aquella señora lo estaba confundiendo con Arthur? El comprensivo Arthur, que siempre parecía interesado. A veces, cuando él entraba en la oficina mientras estaba hablando por teléfono, su jefe ponía los ojos en blanco.

—¿Por qué imprimimos esto? —le había preguntado Josef en una de esas ocasiones.

—¿Por qué? Porque tengo que preocuparme de que el dinero cuadre para poder pagaros. Tienes que estar muy orgulloso de tu patria, Joe. ¿Has pensado en regresar?

—Yo soy estadounidense.

La señora Dollings arqueó una ceja y sonrió inquisitivamente.

—No me malinterprete: ¡sentimos gran admiración por el Führer!

—No todo el mundo piensa lo mismo. *The New York Times*, por ejemplo.

Ella se lo quedó mirando en silencio y le hizo un gesto a la doncella.

—*Let me help you find the door, mister Klein* («Lo acompaño a la puerta, señor Klein»).

Josef abandonó la estancia un poco rígido, con la sensación de estar siendo observado.

Al principio se había sentido orgulloso de lo que ocurría: le había escrito una carta a su hermano felicitándose por ese hombre fuerte que estaba ayudando a Alemania a recuperar su lugar en Europa, según decían los periódicos. Pero Carl no había respondido ni una sola palabra.

Una fina capa de nieve nueva cubría la calle. Peter jugaba a pasar por las zonas donde aún no había huellas de pies y la carretilla zigzagueaba. Realmente aquel chico aún era un niño.

A él le dolía la cabeza. Cuando pasaron por delante de una farmacia se planteó comprar aspirinas, pero no quería mostrar debilidad delante del chico. Le habría encantado irse a casa, pero aún tenían que ir al

cuartel general de la Federación Germano Estadounidense, donde Hans Schmuederrich quería hablar de las pruebas de impresión para el 20 de febrero.

Un viento frío soplaba desde el East River y la oscuridad se cernía sobre las calles. El frío olía a nieve, a fuego, a sótano húmedo. Dejaron la Tercera Avenida y doblaron hacia la calle 86. Ya habían bajado las persianas de la librería Germania, y él tenía que recoger allí algo para Arthur: discursos del Reichstag que su jefe mandaba traducir y después vendía. Él mismo había intentado hacer una traducción, pero tenía que buscar demasiadas palabras en el diccionario, y algunas ni siquiera las encontraba: expresiones como «*Volkzorn*» («ira popular»), por ejemplo, sólo parecían existir en alemán.

Fue con el chico hasta la 86, pasando ante la cervecería El Águila Negra, el Café Geiger, la cervecería La Casa del Cazador y la de la Unión de Bávaros del Gran Nueva York. De los locales brotaba el rumor de la gente pasándoselo bien. Banderitas con la cruz gamada adornaban ventanas y escaparates.

Dos chicas con abrigo de piel los adelantaron cogidas del brazo: alemanas puras. Precavido, Josef cogió al chico del hombro y cambiaron de acera.

Caminaron entre carteles que contenían palabras como «*MÖBELLADEN*» («tienda de muebles»), «*KONDITOREI*» («pastelería») y «*BREMENHAUS*» («Casa de Bremen»): palabras alemanas en las rectas calles de Nueva York, algo así como unos bollitos de crema Bienenstich, o una tarta Frankfurter Kranz, enmarcados en fría geometría. Al principio había ido a vivir a esa zona con la sensación de inevitabilidad con que uno se dirige a la tumba, pero ¿de verdad los alemanes no se daban cuenta? Puede que aquello comenzara como un deseo honesto de reproducir la patria, pero a medida que la memoria había ido emborronándose con cada nueva generación, elementos extranjeros habían ido colándose sin remedio. A esas alturas probablemente ni él mismo se daba cuenta ya. Sentía algo cercano al consuelo cuando iba a Schaller & Weber y comía salchichas, pero era consciente de que no sabían igual que en Düsseldorf. Quizá tuviera que ver con los pastos, el sol, el viento, pero

el caso era que los cerdos y las vacas no sabían igual que en casa.

Entraron en un luminoso edificio de tres plantas y subieron al primer piso. Él leyó: *PRESSEBÜRO*, *SCHATZMEISTER*, *SEKRETARIAT* («gabinete de prensa», «tesorero», «secretaría»).

—¡El señor Schmuederrich lo está esperando, puede usted pasar, señor Klein! —le gritó la secretaria a través de la puerta abierta.

Schmuederrich estaba sentado a una reluciente mesa ovalada. Se levantó y le tendió la mano. Era un hombre alto y pesado. Cuando reía enseñaba unos dientes muy separados que tenían algo de infantil, como si aún llevara los dientes de leche en un botecito en el bolsillo del pantalón. Tenía fama de mujeriego.

Se había convocado un gran mitin en el Madison Square Garden para el 20 de febrero de 1939, y estaban imprimiendo octavillas, carteles y discursos. Josef los miró y asintió. «*MEIN BUNDESFÜHRER*» («mi Fürer»), leyó; «*FELLOW WHITE AMERICANS AND OTHER NON-PARASITIC GUESTS!» («¡Compañeros estadounidenses blancos y otros invitados no parásitos!»), leyó. No se encontraba bien; le retumbaba la cabeza. Observó a Schmuederrich, que estaba sentado frente a él explicándole orgulloso las medidas de seguridad que se habían tomado:*

—Se espera la participación de unos veinte milpatriotas, y desde La Guardia vendrán mil setecientospolicías para nuestra seguridad. ¡Este país me gusta cada vez más!

Hablaban entre ellos en alemán, que les resultaba duro y afilado en la boca, en contraste con el inglés, que fluía como un líquido sobre la lengua. Se habían conocido el año anterior en el Rotesandbar de Yorkville, pero Schmuederrich enseguida había empezado a tratarlo como si se conocieran de toda la vida.

—Puede que parezca que tengo un rabo pequeño, pero lo tengo grande. —Y luego había añadido—: Nunca podremos ponerles los cuernos lo suficiente a nuestras mujeres con tal de esparcir la semilla alemana.

Las mujeres habían exclamado: «¡¿Queeé?!», pero con cierto

entusiasmo. Una especie de ligereza flotaba en torno al pesado Schmuederrich: era divertido a su manera.

—¿Qué es lo que hace un radioaficionado? Tú eres una especie de manitas, ¿no?

Josef asintió. Hacía poco había oído que la esposa estadounidense de Schmuederrich quería divorciarse.

—Vuelve a enseñarme la foto, por favor.

Josef sacó la fotografía, que llevaba siempre consigo: él y *Princess* delante de su estación de radio. La perra parecía tan alta como él.

Schmuederrich adoptó un aire pensativo.

—Voy a ponerte en contacto con algunos hombres de negocios alemanes que buscan nuevas vías de comunicación con Europa. Podría ser interesante para ti, seguro que habrá buen dinero. ¿Te interesaría?

Oyó la voz de la telefonista en la habitación de al lado y luego se oyó a sí mismo decir:

—Desde luego: ganar dinero con una afición siempre suena bien —y sintió que el corazón le latía inexplicablemente deprisa.

Schmuederrich se levantó y le tendió la mano.

—Entonces nos vemos el 20 de febrero en el Madison Square Garden. Tu jefe dice que irás. Yo me encargo de las entradas.

Nadie le había dicho nada, pero se mostró complacido: a Arthur le parecía importante que se dejaran ver en los actos de los clientes.

—No te preocupes por la seguridad: todo está controlado.

Envió al chico a casa, volvió a la imprenta y encontró a Arthur fumando en la oficina. Cerró la puerta bruscamente y la sacudida hizo que se abriera la puerta del armario empotrado. Entrevió unos muslos redondos y rosados y unos pechos desnudos. Iba a pedirle explicaciones a Arthur por lo de la cita en el Madison Square Garden, pero el otro se le adelantó:

—La señora Dollings ha cancelado el contrato. ¿Qué ha pasado?

—¿Qué te ha contado?

—Que ya no tiene confianza en nosotros.

«Confianza.»

La palabra lo hirió profundamente, ¡como si él fuera un canalla! Sólo entonces oyó en la radio el tono cantarín del padre Coughlins. Parecía estar saboreando, disfrutando de cada sílaba: «No tenemos nada contra los judíos», decía, y luego venía un «pero». Tenía varios millones de oyentes.

—Apaga la radio, por favor: no puedo seguir escuchando a ese tipo.

—¿Desde cuándo eres tan sensible? —se burló Arthur mientras apagaba el aparato—. Mañana iremos a una asamblea del Frente Cristiano. Haz como en la iglesia: no hace falta que creamos, lo importante es que estemos ahí.

—Me siento emocionado con sólo pensarlo.

—Esfuérzate un poco, Joe.

Josef abrió la boca para replicar, pero no dijo nada. Tragó saliva.

No le gustaba el tono que Arthur empleaba últimamente: tenía muy claro que su amigo estaba muy presionado, pero todos estaban igual; la ciudad entera parecía a punto de estallar, y era justo en esos momentos cuando la amistad era importante.

Fumaron un cigarrillo juntos. Él le habló de la reunión con Schmuederrich, pero no le dijo que éste lo había tentado con un empleo de operador de radio. Barajaba la idea de despedirse de Arthur si el nuevo empleo era bueno, luego podrían ser simplemente amigos.

Se acerca el mediodía y la furgoneta sigue sin vaciarse. Él no para de sudar. Le gustaría quitarse la chaqueta, pero no sabe si podrá soportar la mirada de su hermano.

Carl hace una pausa a la sombra de la ruinosa fachada de una casa que se alza fantasmal ante ellos.

—Aquí se está tranquilo —explica, y le tiende un *Butterbrot*: una tostada con algo de embutido.

Él siente que el pan se le atasca en la garganta. Mientras mastica mira el agrietado asfalto: en las grietas crece hierba y diente de león.

Carl le habla de unos vecinos que acaban de tener gemelos («gracias

a Dios nosotros ya hemos dejado eso atrás») y de la ración extra de mantequilla que autorizaron para Palomita después de comprobar que no estaba creciendo como es debido. Salta de un tema a otro y él murmura su asentimiento a todo.

Se ha terminado la tostada y tiene la boca completamente seca. Carl vuelve a sentarse en el camión, se pasa el peine y comprueba el resultado en el retrovisor.

—Esta nueva loción para el pelo es realmente buena. ¿Nos vamos?

Él se levanta y Carl arranca al instante el motor.

—No estoy contento con todos los clientes —dice, y espera el asentimiento de Josef—. Algunos tienen cierto pasado, ¿entiendes?

Él entiende. Entiende y tira el cigarrillo por la ventanilla.

—Ahora vamos a ver a Michalowski —dice Carl.

—¡Ah, Maikelowski! —dice Josef en broma, y Carl se ríe.

—Sí, a tu Maikelowski.

—Su hermano escogió bien el momento de volver, ¿no es cierto? ¡Ahora sí que todo se ha ido al cuerno!

El viejo Michalowski ríe.

—La vida nos juega malas pasadas —comenta Carl.

—Sólo estoy de visita —dice Josef.

Carl lo mira sorprendido. Desliza sobre el mostrador los papeles de la entrega.

—Firme aquí, por favor, señor Michalowski.

—¿Sólo de visita? Ya me gustaría a mí también estar solamente de visita, pero ¿adónde piensa ir? Toda Europa está en ruinas.

—Tiene toda la razón —interviene Carl—. Firme aquí también, por favor.

—Pero ¿adónde piensa ir? —insiste el viejo Michalowski.

—A Buenos Aires.

Carl emite un sonido que crece hasta convertirse en un carraspeo.

—¿Se puede vivir allí… siendo alemán? —pregunta Michalowski.

—El Gobierno argentino está muy bien dispuesto respecto de los

alemanes.

—Pero naturalmente tendrá que aprender la lengua. ¿Hablan portugués allí?

—Español.

—Entonces, al final hablará tres lenguas: alemán, inglés y español. ¡Vaya! ¡Sí que es usted un aventurero! Me da usted envidia, ¿sabe?

Carl lo mira y agita los papeles en el aire.

—Por desgracia tenemos que irnos.

Le tiembla la voz: tendría que habérselo dicho antes… y no de ese modo.

Al subir Carl se da con la rodilla en el volante y maldice en voz baja. Cuando se ha tranquilizado él le dice:

—Aquí no tengo ningún futuro.

—¿Por qué no?

—Mira a tu alrededor, ¿qué hago yo aquí?

Carl enciende el motor y guarda silencio hasta llegar a casa.

—Baja.

Aparca en la parte trasera del patio mientras Josef espera delante de la puerta. No quiere presentarse solo en la casa. Carl vuelve a aparecer y, sin dejar de andar, le suelta:

—¿Cómo vas a pagar el viaje? ¡Y sin papeles!

—Aún no lo sé.

Está mintiendo: lo sabe muy bien. Sólo tiene que decidirse a llamar a Dörsam.

—También podrías trabajar conmigo. Piénsalo con calma.

Tiene muy claro cuánto le ha costado a Carl hacer esa oferta: no se la ha hecho porque tenga ganas de que esté a su lado durante los próximos años, sino porque lo considera su deber.

—Es muy amable por tu parte, Carl —responde—. Lo pensaré.

# 7

## Nueva York, febrero de 1939

Al día siguiente fueron a ver a Samuel Jordan a la Séptima Avenida, en el Harlem negro. Se oían rugidos y traqueteos de motores por todas partes, el humo de las hogueras escocía en los ojos, las ratas corrían frente a las casas. Arthur y el chico subieron delante de él por una angosta escalera hasta un segundo piso.

Jordan llevaba puesto un batín y le dio una larga calada a un cigarrillo, sin dejar de mirarlos, mientras entraban. El suelo estaba cubierto de periódicos: Jordan parecía pasar el día leyendo antes de subirse por la tarde a su caja de jabón y advertir al mundo contra los blancos.

Empujaron al chico hacia él.

—¡Vamos, discúlpate!

—No es más que un niño —repuso Jordan—. ¿Hacéis trabajar a los niños? Primero fuimos los negros ¿y ahora los niños?

—Hemos traído las octavillas correctas —dijo Arthur. El chico cogió los paquetes de la carretilla, unas octavillas con el encabezado *No compres a quien no te contrata*, e hizo dos pilas.

En la estantería había una fotografía de Hitler preocupado y resuelto a la vez. Un cartel del Movimiento Pacífico del Mundo Oriental (PMEW) invitaba a una conferencia sobre Japón como aliado de los negros de Estados Unidos: corría el rumor de que los japoneses provenían de África y, por tanto, también eran negros, de ahí su supuesta solidaridad con sus hermanos oprimidos de América. LUCHA CONTRA LOS NEGROS ROJOS, ponía en otro cartel: Japón estaba combatiendo el comunismo en China.

En voz baja, Jordan preguntó:

—¿Qué pasa con la otra entrega?

Arthur acercó su silla a la de Jordan y empezó a susurrar. Josef lo oyó decir algo de un retraso y luego oyó que Jordan respondía:

—Es hora de que unamos fuerzas.

—Pero estamos totalmente de acuerdo, ¿no? —prosiguió Arthur en el tono serio y confidencial que reservaba para sus clientes.

—El día, la revolución —dijo Jordan, y Arthur le contestó en voz tan baja que él ya no entendió nada.

Una luz cegadora inundaba la calle. Caminaban por el Mount Morris Park, frente a la alta colina coronada de rocas a la que a veces subía con *Princess*: las montañas de Harlem. Desde arriba se podía ver hasta el río. Alrededor, todo eran rocas verdinegras, ásperas y afiladas, rodeadas de nieve: manchadas como una vaca.

Callaban, pero en la cabeza de él las palabras iban y venían. Al final no pudo contenerse más.

—¿Qué pinta Hitler en la estantería de un líder negro?

—Tienen enemigos comunes: Inglaterra y los judíos.

—¿Estáis planeando iniciar una revolución?

No hubo respuesta.

—¿Vendéis armas?

—Hay mucha gente que desea una revolución: el Frente Cristiano, los Movilizadores Cristianos, los Camisas Plateadas, los Patriotas Estadounidenses, los Cruzados por el Americanismo... incluso los comunistas.

Arthur se detuvo. Una ardilla había saltado de un matorral. Él se la quedó mirando; podía ver el corazón del animalito latir bajo el pelaje.

—¿Y tú, Arthur; qué deseas tú?

—Joe, el sueño americano no es para todos: fíjate en la gente de las fábricas. A veces hay que ponerse por encima de las leyes; al fin y al cabo las leyes también nos pasan por encima. Si me limitara a imprimir cosas normales, ¿crees que podría darte trabajo? Esta gente me paga siempre un extra. La mayoría de los estadounidenses son demócratas:

desprecian a todo el que se sale de la fila. Tú aún no te has dado cuenta porque te has instalado cómodamente en Harlem como Thoreau en su cabaña en el bosque: como si fueras el único hombre sobre la tierra. Tú no formas parte de la sociedad estadounidense, Joe; no te hagas ilusiones.

Él contempló los edificios que rodeaban el parque cuadrado. No dijeron una palabra hasta llegar a Columbus Circle. En la sacristía de una iglesia se estaba celebrando la asamblea semanal del Frente Cristiano.

Había alrededor de cien hombres reunidos. El aire se notaba viciado, las ventanas estaban empañadas. Eran todos inmigrantes, sobre todo italianos, alemanes, irlandeses… Los reconocía por los trajes, que les sentaban mal, y por la pose arrogante. Miraban hacia el frente expectantes, varios con la boca abierta. El hombre sentado junto a él mascaba chicle vigorosamente. Había cruces gamadas en las solapas y en las banderas que flanqueaban la imagen del padre Coughlin.

Los altavoces chisporrotearon. El orador habló de revolución, de pueblo, de raza, de patriotismo y de nación. Hizo preguntas y los hombres gritaron respuestas. La mayoría de las veces, esa palabra que la señora Dolling no quería oír. A veces alzaban el puño, y Arthur los imitaba.

Josef se volvió y vio caras enrojecidas. Se preguntó si no debía sencillamente levantarse e irse, pero, si lo hacía, ¿no se lanzarían sobre él para descargar su ira?

El clérigo llamaba «Rosenfeld» a Roosevelt, el presidente estadounidense, y «Jew Deal» (el «pacto judío») al New Deal.

Josef se inclinó hacia Arthur.

—Pero Roosevelt no es judío —le susurró al oído.

—No, pero combate a la Alemania nazi, así que obviamente simpatiza con los judíos.

—¡Estados Unidos apenas acepta refugiados de Europa! ¡Menos de veinte mil al año! ¡Y aun así le llueven las críticas!

—No te excites —dijo Arthur.

Cuando la asamblea terminó, alguien agitó una hoja delante de sus

narices.

—*Social Justice*, la revista del movimiento, una vez al mes en su domicilio por sólo dos dólares al año.

Arthur intervino:

—Joe es quien la imprime para vosotros, burro.

—¿Y está suscrito?

—No —repuso Arthur sonriendo—, aunque quizá debería. —Se volvió hacia Josef— ¿No, Joe?

Él se apuntó a regañadientes y luego se vio arrastrado por un grupo de hombres. Se presentaban como una «guardia ciudadana» y querían ir a Washington Heights, donde, desde hacía unos años, había un barrio al que muchos llamaban el «Fráncfort del Hudson» o el «Cuarto Reich». Arthur tiró de su manga.

—Sólo os acompañaré hasta Harlem —dijo Josef.

Marcharon a paso veloz por las calles oscuras hacia Central Park y allí, donde no se oía tanto, se pusieron a gritar «*Sieg, Heil!*» (algo que estaba prohibido).

Uno empezó a empujar con el pie una rata muerta.

—Podríamos utilizarla, ¿no, chicos?

Hubo risas. Otro se acercó con un periódico para poder llevarse el cadáver.

—Abrid bien los ojos: quizá encontremos más.

Uno era ascensorista, otro ayudante de carnicero, el tercero vendedor de zapatos.

—¿Has leído los *Protocolos*?

Josef negó con la cabeza.

—Si no los lees, jamás vas a entender lo que está pasando en el mundo.

El frío calaba, le castañeteaban los dientes. Le pasaron una botella de vodka y le dieron palmadas en los hombros.

Cuando llegaron a la altura del Mar de Harlem, en el extremo norte del parque, se detuvo en seco. Un ganso salvaje salió volando de entre los juncos.

—Tengo una cita por radio.

Arthur asintió.

—Nos vemos mañana.

Había poca gente por la calle. En Park Avenue, un hombre con una carona sobre los hombros intentaba orinar sin ser visto tras un coche aparcado; delante del salón de belleza, donde aún había clientas alisándose el pelo, una mujer hurgaba en un contenedor de basura.

También había luz en el Idrie's. Compró dos raciones de pastel de judías y lo disfrutó mientras caminaba. El reconfortante olor de la canela se impuso a las impresiones de la tarde, a la ira de los hombres vociferantes que acababa de dejar atrás.

Una vez en el apartamento, echó un poco de pienso en el cuenco de *Princess*, se sentó en la única silla de la cocina y se puso a mirar a la perra masticar las bolitas y oscurecer el resto del pienso con su saliva.

No sabía qué edad tenía *Princess*. La había encontrado atada a un árbol junto al río Harlem y había esperado un buen rato a que volviera el dueño, cosa que el animalito parecía seguro de que ocurriría de un momento a otro, porque lo miraba con cautela. A él le pareció que tenía unos ojos preciosos: daba la sensación de que los llevara pintados con kohl. Cuando se hizo oscuro y descendió la niebla, la perra empezó a gemir bajito y él la soltó, la acercó al agua y la observó beber con ansia. Luego se la llevó al apartamento con la intención de volver al día siguiente, por si el propietario la buscaba, y paseó casi a diario por la zona durante seis meses: estaba dispuesto a devolvérsela.

Hasta que un día, de pronto, dejó de hacerlo.

Era una perra mansa, cariñosa y amigable. Le pareció que tenía algo de aristocrático, por eso la llamó *Princess*.

Pisó una tabla que sólo crujía en invierno y que siempre procuraba esquivar. La pared que asomaba por encima de su estación de radio estaba llena hasta el techo de tarjetas QSL: trofeos de caza. También él enviaba tarjetas QSL, como acuse de recibo, a París, Estocolmo, alguna

vez incluso a los Mares del Sur. Las redes de radioaficionados se extendían por todo el globo terráqueo: inglés en todos los acentos posibles.

Encendió el aparato y tomó asiento. Las señales se abrían paso dificultosamente en un mar de chisporroteos y silbidos. Envió su señal de llamada y repitió un par de veces:

—*CQ, CQ*.

Disfrutaba del susurro y del chisporroteo del éter: la sensación de que el mundo entero afluía hacia él.

—Aquí W2DKJ.

Era la voz de una mujer.

—Buenas tardes, W2DKJ, aquí W4NER, te recibo alto y claro. ¿Qué hora es allí?

—Hola, W4NER, yo también te recibo alto y claro. Aquí son las veintitrés horas.

—¡Pues aquí también!

Eso significaba que la mujer estaba en algún sitio próximo. La mayoría de las veces él hablaba con otras zonas horarias, la zona muerta se extendía mucho más allá de Nueva York.

—¿Cuál es tu ubicación, W2DKJ?

—Estoy en las montañas de Catskill, Woodstock.

—¡Así que ahí termina la zona muerta de New York City!

—¡Y la vida comienza!

Ella se echó a reír y de pronto pareció muy joven. Su voz era difícil de clasificar, pero a él le gustaba: tenía brillo. Para que dijera algo más le preguntó por su aparato. Empleaba un Hallicrafters modelo Super Skyrider. Ella le preguntó por su equipamiento y pasaron un rato hablando de antenas, algo que nunca le había sucedido con una mujer. Su voz era cálida y seductora y él sintió que su cuerpo, envarado tras el penoso contacto con los hombres, se destensaba. Le habría gustado decirle algo personal, pero no podía hacerlo: había más gente escuchando.

—¿Sigues ahí? —preguntó ella, porque le tocaba hablar a él.

—Sigo aquí.

Hubo una pausa, luego él le deseó buenas noches y añadió:

—¡Hasta la próxima, Dábelyutudikeiyei!

—Lauren —repuso ella—: me llamo Lauren.

# 8

# Nueva York, febrero de 1939

Era la hora azul y las luces se encendieron alrededor del Madison Square Garden. Un resplandor amarillo fluyó hacia el cielo desde el interior de las torres de oficinas mientras Josef estaba en la acera de abajo, minúsculo, buscando a Schmuederrich.

Le estaba costando. Los manifestantes gritaban «¡Boicot a la Alemania Nazi!» y la policía los empujaba hacia atrás una y otra vez. Las porras se bamboleaban en los cinturones. Cuando los caballos de la policía montada se encabritaban, los manifestantes retrocedían momentáneamente, inclinando las pancartas (¡FUERA FASCISTAS!) que se agitaban delante de sus rostros iluminados por los flashes de los fotógrafos.

Las sirenas sonaban cada vez más fuerte, al igual que los cánticos: «¡Boicot a la Alemania Nazi!» Entonces vio hombres con la boca ensangrentada, hombres que volvían a meterse las camisas dentro de los pantalones...

De pronto sintió un golpe en el hombro y dio media vuelta, presa del pánico. Schmuederrich estaba justo detrás de él. Llevaba el uniforme militar de la Federación Germano Estadounidense y señalaba jadeante la entrada del estadio. Se abrieron paso entre la gente. Por encima de la muchedumbre parpadeaban los anuncios de Pepsi Cola, Planters Peanuts y Chevrolet.

—¡Maldito bastardo! —gritó alguien.

—¡Vete al diablo! —le respondió a gritos Schmuederrich, y un nuevo coro empezó acto seguido: «¡Fuera de aquí, Repollos!»

Iba dirigido a ellos, por el repollo del Sauerkraut, el chucrut alemán.

Schmuederrich señaló con el mentón.

—Ahí delante nos dejarán entrar: me conocen. No te quedes atrás, chavalote.

Las octavillas que habían impreso estaban tiradas por todas partes, pringadas de mierda de caballo: *¡Liberemos Estados Unidos!* pegado en la punta de su zapato, *¡Unámonos! ¡Seamos una verdadera nación, seamos estadounidenses, seamos leales a nosotros mismos!*

Se suponía que la frase era de George Washington. Ese día la Federación Germano Estadounidense celebraba el natalicio de George Washington; al menos eso decían, pero él sabía que no era verdad. Se palpó un pelo solitario y puntiagudo que se le había pasado por alto al afeitarse el mentón, y no dejó de hacerlo compulsivamente mientras se acercaban al torniquete. Lo empujaba hacia delante y hacia atrás con la yema del dedo, y en un momento dado incluso intentó arrancárselo sin llamar la atención, bajando la cabeza: era bajito y el sombrero formaba un techo sobre él.

El griterío se detuvo abruptamente al otro lado de los torniquetes. Se vieron envueltos en el silencio que sigue al combate sin que nada esté claro, tan sólo el alto el fuego. Recorrieron largos pasillos mal iluminados. Schmuederrich contaba las salidas: tenían que seguir avanzando. Como funcionario de la Federación, él tenía muy buenos asientos, casi delante mismo del escenario, y después de caminar un buen rato entraron por fin en el pabellón, que Josef había visto en los periódicos cuando se convertía en pista de hielo para los New York Rangers, o en un ring de boxeo en el que Armstrong abatía a Ambers, su adversario. Ahora acogía a miles de personas y él, que detestaba las multitudes, era quien estaba allí en medio. Sentía que le faltaba el aire. Los focos iluminaban a la masa en un ambiente caldeado, ardoroso, casi eufórico que envolvía a todo el mundo, incluido él. «Lo hemos logrado», decían las voces entremezcladas de los congregados. «Hemos conseguido reunirnos pese al odio de ahí fuera, pese a la ira de ahí fuera, pese a la incomprensión y la furia de ahí fuera.»

La prensa, sin embargo, había escrito que el diablo andaba suelto esa noche por Nueva York. Un George Washington de tres metros de altura se erguía al fondo del escenario, muy quieto, con su blanca peluca de

rizos, las botas altas, la guerrera abrochada tan sólo hasta el pecho, como si un golpe de viento se la hubiera abierto. ¡UNÁMONOS! La cruz gamada estaba prohibida, pero habían conseguido colarla rediseñada y se alzaba como un rascacielos rodeada de banderas estadounidenses. ¡SEAMOS ESTADOUNIDENSES!

Schmuederrich lo llevó hasta la cuarta fila. Pasaron con dificultad entre rodillas encogidas. Los sombreros planos e inclinados de las damas le impedían ver, pero consiguió llegar a su asiento, casi aliviado, tras aquel amasijo de flores, plumas y tul. Schmuederrich saludaba con gesto altanero a izquierda y derecha, se quejaba de «la chusma de ahí fuera» y cosechaba aprobación.

Era muy popular. Producía a su alrededor una halagüeña atmósfera de exclusividad e importancia. En cuanto a Josef, no dejaba de preguntarse qué hacía allí, qué quería Schmuederrich de él. Había unos cuantos niños en un banco situado justo detrás de ellos; una chiquilla vestida con Dirndl, el traje típico alemán, y un niño con traje de dos piezas, como un adulto en miniatura, le sacaron la lengua cuando se dio la vuelta.

Volvió a sumirse en sus pensamientos. Varios grupos de abanderados inundaron de repente los pasillos y en el escenario aparecieron tropas de asalto que miraban fijamente a la nada. Los tambores tocaron un ritmo de marcha. Tanta solemnidad resultaba opresiva. Él respiraba a duras penas.

—Es grandioso —comentó Schmuederrich—. ¡Es casi como en Núremberg!

Josef asintió. El pelo de su mentón, cuando lo frotaba con la punta de los dedos, ocupaba todo su pensamiento. Podía concentrarse en un pequeño detalle, dejarse absorber por él. Podía cambiar lo grande por lo pequeño tal como lo hizo aquella vez, sentado en el banco de la iglesia con sus padres, cuando una pelusa se desprendió de su manga y danzó un momento bajo la luz que entraba por las vidrieras.

Las multitud aplaudía a rabiar mientras un orador aseguraba que no estaban haciendo nada malo, que la prensa los difamaba por decir la verdad, porque ellos, como las mejores mentes de Alemania, no hacían más que advertir al mundo de lo peligrosa que podía ser la mezcla de

razas: ése era su deber porque sabían que una raza humana común como la que defendía el comunismo era una ilusión, una blasfemia sin otra finalidad que homogeneizar al mundo para poder controlarlo mejor. Nadie allí tenía nada en contra de las otras razas, pero cada una debía proteger y honrar las peculiaridades que Dios les había dado.

Josef se sabía el discurso de memoria: había tenido que leer las galeradas una y otra vez antes de imprimirlo. Y cada vez pensaba lo mismo: que las famosas peculiaridades no tenían por qué ser válidas para toda la eternidad; al fin y al cabo él mismo había pasado de ser un renano a un neoyorquino.

¿Dónde estaba Fritz Kuhn? Kuhnazi: el jefe de los Ratazis, como lo llamaba burlonamente la prensa estadounidense. Schmuederrich le había dicho que estaban allí sobre todo por Kuhn.

Ya había pasado una hora. Se preguntaba si le convendría ir después a la pizzería Sam's, en la esquina de la Ciento veinticinco, o bajarse una parada antes, en cuyo caso podría comprar unos dumplings chinos y calentarlos en casa. Al día siguiente no tenía que ir a la imprenta hasta las once. Durante los últimos días se habían matado a trabajar, imprimiendo octavillas y folletos que estaban a la venta en las mesas que los rodeaban, donde también había, a pesar de la prohibición, cruces gamadas para la solapa y banderitas estadounidenses.

Aquello era una pérdida de tiempo; estaría mejor en casa, en su sofá o delante de la estación de radio. Especialmente ahora, que tenía a W2DKJ. La seguía por las frecuencias y ya reconocía su estilo ligeramente dubitativo y saltarín. En la mayoría de los casos se limitaba a dar actualizaciones del clima en las Catskill. Seguía habiendo nieve, mucha nieve. «¡Coged los esquíes y venid aquí, neoyorquinos!», había dicho el día anterior, y él había respondido: «¡Iré encantado!» Al fin y al cabo se podía decir cualquier cosa. Ella había reído y, después de cambiar a otra frecuencia en la que estaban solos, le había asegurado: «No, iré yo primero a Nueva York.»

Por fin empezaron los aplausos para Fritz Kuhn. Llevaba la abultada barriga bien ceñida por un cinturón; el uniforme pardo le quedaba apretado. Permaneció allí de pie y dejó vagar su mirada imperiosa por

el pabellón de al menos cien metros de largo.

—Todos vosotros habéis oído hablar de mí. En la prensa controlada por los judíos soy una criatura con cuernos, patas de chivo y larga cola.

El público rió y aquellas carcajadas retumbaron por todas partes, incesantes, renovándose mientras Kuhn seguía haciendo bromas de mal gusto. No se esforzaba en absoluto en disimular su fuerte acento alemán; más bien parecía vanagloriarse de él. Yorkville estaba llena de gente así.

—*Vi du not sei zat ol chus ar cómunist…*

Se detuvo y miró a un lado: un joven había saltado al escenario cerca de ellos y el servicio de vigilancia se lanzó sobre él de inmediato, como si se tratara de un incendio que hubiera que apagar. El joven quedó colgando miserablemente al borde del escenario mientras lo golpeaban: era un rostro desfigurado por el dolor en medio de un amasijo de piernas, brazos y puños. La policía se precipitó hacia allí y procuró apartar a tirones al servicio de seguridad y desenterrar al joven que estaba entre ellos. Se produjo un gran alboroto; se oyeron gritos, silbidos… Asomaron unos calzoncillos blancos, unas piernas velludas: le habían bajado los pantalones. Entre las carcajadas de la multitud la policía al final se lo llevó.

Kuhn no se movió. Levemente inclinado hacia delante, con las manos apoyadas en el atril, observó con paciencia lo que sucedía. Luego siguió hablando.

—Era un judío —indicó Schmuederrich.

—¿Cómo lo sabes?

—Mira, ahí delante hay una pequeña delegación de judíos: así se acordó con la Federación Germano Estadounidense.

Mientras Kuhn reclamaba un país justo, blanco, gobernado por no judíos, Josef intentaba recordar cómo eran sus propios calzoncillos. ¿A cuadros?

—Pero ha sido valiente por su parte —le dijo a Schmuederrich.

—¿Valiente? Cuando los SA realmente quieren darle una lección a alguien las cosas son distintas. Aquí nunca pasa nada grave, la gente puede decir lo que quiera: tienen su propia claque y luego la prensa los

jalea como antifascistas.

Una soprano cantó el himno nacional estadounidense. Luego hubo gritos de «¡liberad a Estados Unidos» mezclados con los prohibidos de «*Sieg, Heil!*». Schmuederrich estaba ocupado estrechando manos. Le hizo una seña a Josef para que se acercara, pero él señaló su reloj de pulsera a modo de disculpa. Vio cómo el otro movía los labios, pero no alcanzó a oír nada, antes de salir a toda prisa de allí.

En un bar de la Ciento veintiséis, engulló un gigantesco plato senegalés de carne con arroz y salsa picante.

El edificio en el que vivía no tenía ascensor. Eran seis pisos. Siempre intentaba encontrar el ritmo apropiado para subirlos y procuraba mantenerlo hasta el final.

Al llegar al penúltimo rellano oyó el timbre de su teléfono de pared. Subió los peldaños de dos en dos, abrió la puerta y levantó el auricular, pero ya habían colgado al otro lado. Volvió a dejar el auricular en su sitio y se quedó un buen rato inmóvil en la penumbra del apartamento mientras la perra le lamía la mano.

Le había enviado a su hermano una foto de *Princess*. «Impresionante animal, pero no a todas las mujeres les gustan los perros; ¿lo has pensado al comprarla?» Ésa era la manera que tenía Carl de averiguar algo de la vida de su distante hermano.

Poco después, todavía un poco desconcertado, encendió la luz y volvió a ver aquel rostro desfigurado por el dolor, los calzoncillos de un blanco reluciente entre los uniformes, las piernas peludas, los brazos retorcidos…

Puso un disco de Bunny Berigan (*I can't get started*), se sirvió un whisky y se dejó caer en el sofá. Puso los pies encima de la mesita de café y sin querer empujó unos papeles amontonados. Goebbels, para Arthur: aún tenía que traducirlo. No, tenía que decirle que no podía.

Cogió una revista y leyó que la televisión era el próximo gran invento: iba a cambiar la sociedad como lo había hecho la radio en los años veinte.

El teléfono volvió a sonar. Esta vez lo cogió a tiempo.

—Te has marchado muy rápido, chavalote, ¿qué pasa?

—Nada.

—Te veo el martes que viene a las siete en el Old Heidelberg. Hay unos hombres de negocios alemanes que quieren conocerte. Son del sector textil. Podría ser interesante para ti como operador. Dörsam también estará. No te pongas nervioso, miedica.

Josef conocía fugazmente a Dörsam del Rotesandbar. A menudo lo encontraba allí, tomando una cerveza de pie junto a la barra. Corona de cabello gris, flaco, ingeniero en la Ford, viejo, uno de esos hombres que siempre han sido viejos.

Fue al baño y se volvió a afeitar mientras miraba atentamente las tristes manchas de cal de los grifos. Cogió un trapo y se puso a limpiar. Cuando lo hacía se sentía observado: no podía concentrarse en la limpieza, siempre sentía miradas. Por ese motivo no solía limpiar casi nunca, pero se sobrepuso y consiguió acabar.

Después se sentó a la mesa donde estaba la estación de radio y conectó con ON4JC: un tal Jerome, de Bélgica. El inglés de Jerome era aceptable, pero cuando notó que él era alemán (porque su acento sonaba más marcado que nunca) exclamó algo que sonó como «*asshole*» («gilipollas»), a lo que siguió un silencio rodeado de estática.

## 9

# Nueva York, febrero de 1939

Así que ahí estaba W2DKJ: una chica bajita y pálida bajo el cobertizo del embarcadero de Central Park. Lo tomó por sorpresa que fuera tan joven.

—Hola, Dábelyutudikeiyei —dijo caminando hacia ella con la mano tendida.

—Me alegro de poder hablar contigo sin que nos oigan los demás —repuso ella riendo. Él le calculó veinte años, veintiuno como mucho. Era un poco más alta que él. Llevaba un sombrero rígido y el cabello rubio le caía sobre los hombros.

—¿Me permites, Lauren? —Se puso junto a ella bajo el cobertizo y cerró el paraguas.

El parque estaba vacío y lloviznaba: un desastre para una cita (si es que aquello era una cita, no lo tenía claro). Ella no era especialmente guapa: tenía los labios demasiado finos y el rostro anguloso y algo masculino. Josef le ofreció un cigarrillo y procuró iniciar una charla amistosa preguntando por horarios y frecuencias.

Luego siguió el silencio. Ella dio una calada y asintió, aunque él no había dicho nada. La lluvia caía sobre el sendero de arena y los dos se quedaron mirando la cortina de agua tras la cual se difuminaba el parque.

—¿A qué has venido a Nueva York? —preguntó él, y en cuanto ella empezó a contárselo se dio cuenta de que se trataba de una huida: la tía con la que se alojaba en el Upper East Side creía que simplemente estaba de visita, pero ella había estado buscando en los anuncios por palabras y le había echado el ojo a una habitación amueblada en Brooklyn. Le hablaba con la complicidad que a veces surge entre

completos desconocidos que saben que no volverán a verse (en el bar de un puerto remoto, durante un viaje en tren o en la playa). Sí, buscaba empleo de lo que fuera: de cocinera, de dependienta, lo importante era poder valerse por sí misma. Más tarde quería estudiar.

Él no conocía a nadie que hubiera estudiado, así que se limitó a decir, inseguro:

—Es una buena idea.

Mientras hablaba, Lauren lo miraba a los ojos. No era una de esas mujeres demasiado pendientes de sí mismas que se toqueteaban el pelo o reían exageradamente obligándolo a sonreír a él también, aunque no quisiera.

—Así que eres de las montañas de Catskill. Allí es adonde los neoyorquinos se van de vacaciones, ¿no?

—Mis padres tienen un hotel en Woodstock, de modo que nunca tenemos vacaciones. Mis vacaciones son haber venido a Nueva York.

—Entiendo —dijo él.

—¿Fue así de difícil también para ti cuando te marchaste? Porque tú no eres de aquí, ¿verdad?

—No, no soy de aquí. —Hizo una pausa ante la expectación de ella —. Pero en mi caso fue distinto: yo no tuve elección.

Ella hizo una mueca, dispuesta a protestar, como si él no se diera cuenta de la gravedad de su situación, pero él no quería hablar de la guerra y el hambre: prefería oír su voz, una voz que le era más familiar que su rostro.

—Cuéntame más del hotel.

—Es un pequeño hotel familiar con salón de baile, orquesta, piscina en el jardín y vistas a las montañas.

—Suena espantoso: yo también me iría.

Ella se echó a reír.

—Déjalo, Joe. Tú no estás en mi pellejo.

Ella dio un pasito adelante y enseguida volvió a meterse bajo el cobertizo, las mangas de los abrigos de ambos se rozaron y él aprovechó para mirarle los pies. Llevaba zapatos de tacón alto. Si se los quitara serían de la misma estatura.

Encendió otro cigarrillo y volvió a tenderle el paquete, pero esta vez ella negó con la cabeza.

—¿Y tú de dónde vienes, Joe?

—De Alemania.

—Alemania… —repitió ella, e hizo una pausa por si Josef quería añadir algo.

Él guardó silencio: lo indignaba tener que dar las explicaciones que se esperaban de los alemanes de un tiempo a esa parte. Finalmente dijo:

—¿Sabes, Lauren? Quizá las cosas hayan cambiado recientemente, pero hasta hace poco si vivías aquí se esperaba que actuaras como si fueras de aquí, y eso me gustaba.

Ella asintió y dio un paso fuera del alero.

—Ha dejado de llover.

Caminaron en dirección al sur, con el espléndido hotel Plaza a la vista. Él le contó que Central Park le gustaba especialmente en esa época del año, cuando los árboles desnudos dejaban ver los edificios. A ella le gustaban las elevaciones y hondonadas del parque, los senderos retorcidos… Le explicó que los paisajistas que diseñaron el parque en el siglo XIX habían intentado imitar el paisaje estadounidense, en vez de los cincelados parques europeos. Él puso cara de estar impresionado y ella sacó del bolso una guía de Nueva York.

—Está todo aquí.

Le habló de la Feria Mundial de Nueva York, que iba a inaugurarse en dos meses con novedades como la televisión y el lavaplatos, y un gran encuentro de radioaficionados. ¡Tenían que ir! Si en todo el país había más de cincuenta mil *radio hams*, no era disparatado pensar que asistirían varios centenares. Sería fantástico: algo parecido a una enorme reunión familiar. Alzó la vista y miró los rascacielos rodeando el parque como una dentadura inmensa e irregular.

Ver a Lauren era como verse a sí mismo cuando llegó a la ciudad, quince años atrás, presa de la emoción del comienzo, de los muchos comienzos. Cuando uno era tan joven como ella todo eran comienzos.

¿Qué había hecho él, en realidad, durante esos quince años? No mucho: no había fundado nada ni emprendido nada. Más bien se había convertido en un maestro de la desaparición: sólo en eso se podía considerar exitoso. La cabaña en el bosque de Harlem. Arthur tenía razón. ¡Pero la mayor parte del tiempo le iba bien! La ciudad entera le pertenecía.

—¿Cuál ha sido tu contacto más lejano? —preguntó ella interrumpiendo sus pensamientos.

—Un tipo de Sídney, ¿y el tuyo?

—Uno de Haití: no está tan lejos.

Josef le preguntó dónde había aprendido a operar la radio: no era algo precisamente habitual entre mujeres.

—Sí que lo es —repuso ella—. En mi colegio ofrecían cursos para chicas. Incluso construí yo misma mi primera estación.

—¿Y cuánto hace de esos cursos? —indagó él.

—Mucho: por lo menos cuatro años.

—Pues sí que es mucho —repuso él con un suspiro.

Ella se echó a reír: era la primera vez que él aludía a su diferencia de edades, aunque sin dar pistas sobre si le parecía bien o mal. Él entonces le habló de su apartamento, que cada vez más veía como una ventana al mundo, y pronto quedó claro que a ambos les encantaba girar el dial apenas unos milímetros y acercarse un continente entero, o bien alejarse ellos mismos hasta desaparecer; sentir cómo el pulso se les aceleraba en cuanto oían una voz sin saber a quién pertenecía, observar sus propias reacciones como bajo un cristal de aumento.

¿Era la primera vez que ella se veía con un desconocido? Le habría gustado preguntárselo. En cualquier caso, no parecía nada cohibida, ¿quizá porque estaba acostumbrada a tratar con desconocidos en el hotel familiar? Él no sabía si esa característica de ella le gustaba. Su seguridad lo hacía sentirse inseguro. De pronto no supo si cederle el paso cuando se acercaba un charco o si ir por delante, en plan protector. Finalmente la dejó pasar, pero por culpa de sus vacilaciones perdió el equilibrio y acabó metiendo el pie entero en el agua. Notó que se le había mojado el calcetín, pero intentó que ella no se diera cuenta.

Pensó en las mujeres con las que había tenido algo que ver. La mayoría de las veces eran separadas y tenían más o menos el mismo aspecto: siempre algo regordetas y demasiado maquilladas, y su risa brotaba de las profundidades de su cansancio como quien se quita un pelo de la lengua, y eso cuando él ya las había invitado a tres whiskys.

El tiempo seguía inestable. De pronto empezó a caer un chubasco. Cuando él abrió el paraguas ella se cogió de su brazo con naturalidad. Ahora estaban muy cerca. Una gota de lluvia le dejó un rastro fino y brillante en el rostro empolvado.

La niebla se alzó del lago, Josef sintió un picor en la garganta y trató de reprimir un acceso de tos: quería evitar cualquier cosa que lo hiciera parecer viejo. Al sur del parque había restos de nieve, un muñeco de nieve medio fundido con un único guante... Atravesaron zonas con niebla, con lluvia; sintieron frío y después calor. Él empezó a sudar y ella le indicó con la mano que fueran más despacio como si fuera ella quien necesitara un descanso.

La lluvia cesó y Lauren le soltó el brazo y observó preocupada un par de salpicaduras oscuras en sus medias de seda. Cuando él sacó un pañuelo limpio, una octavilla se le salió del bolsillo. Se apresuró a recogerla: *Piensa como cristiano, actúa como cristiano, compra como cristiano*.

—¿Y tú, a qué te dedicas profesionalmente? —preguntó Lauren.

Le había costado un poco agacharse para coger la octavilla. ¿Se habría dado cuenta ella de hasta qué punto él era mayor?

—Trabajo en una imprenta desde hace años, pero tengo algo nuevo en perspectiva: dar asistencia técnica a una empresa extranjera.

—Ah —repuso ella.

Se acercaban a la salida del parque; se notaba por el aumento del ruido, por las sirenas, las bocinas, las voces... Enfilaron la calle Cincuenta y nueve abriéndose paso entre la gente, pasando por delante de pórticos barrocos, por delante de carruajes antiguos a la espera de turistas alojados en los grandes hoteles, por delante de vestíbulos de mármol

resguardados por conserjes que casi con seguridad dejarían de existir si se los privaba de sus uniformes y gorras de plato. Lauren se detuvo ante un escaparate.

—*Las uvas de la ira* —leyó—, *Mi lucha* —leyó alzando un poco la voz.

Volvió a reír, aunque esta vez fue por vergüenza, supuso que por la cara que había puesto él.

—Joe, no es culpa tuya que Hitler esté en la lista de *best- sellers* de *The New York Times*.

«Ser simplemente una persona», pensó él. «Una persona que come, que respira, que duerme, que trabaja, que a veces coquetea con mujeres, si tienen más de treinta años. Ser, simplemente.» En algún momento se había dado cuenta de que ser simplemente era lo más difícil: que todo el mundo espera algo de ti, incluso que seas un alemán cuando no puedes evitar serlo.

Siguieron paseando en silencio por zonas de juegos infantiles desiertas donde la lluvia había emborronado el cielo y el infierno de la rayuela, y ella le preguntó al fin de dónde venía exactamente, porque su familia también provenía de Alemania: habían inmigrado en el siglo XIX. Luego se interesó por la «*Dúsldorf*» de su niñez, pero él no quiso contarle nada: no había podido competir con la infancia y juventud de ella. Probablemente ella lo notó, y por eso preguntó:

—¿Cómo fue cuando llegaste?

Josef tuvo que preguntarse si quería recordarlo: podía acabar chapoteando en viejos sentimientos como quien se sumerge en un lago cuyas aguas suben incesantemente. Era como si todo aquello estuviera aún demasiado cerca y, si no tenía cuidado, pudiera desmoronarse, convertirse en una ilusión, colapsar como un castillo de naipes; como si sólo hubiera conseguido convertirse en un ser ligero como una pluma que no estaba a salvo de nada.

—No estuvo nada mal —respondió—: Nueva York me lo puso fácil. Es una ciudad fabulosa.

—¡Yo podría dejarme absorber por esta ciudad! —exclamó Lauren entusiasmada—. ¿Dónde vives, Joe?

—En un sitio no muy bueno, si soy sincero. —Pensó en los bloques y

bloques de viviendas de alquiler abarrotadas, en los bares y en los locales de baile a los que los blancos iban como si fueran de safari al África profunda—. En Harlem, East Harlem.

—Sí, he leído sobre esa zona... —Volvió a sacar del bolso la guía de Nueva York y la hojeó hasta encontrar Harlem—. Mira, aquí dice que hay mucha vida por allí: intelectuales negros como Langston Hughes, jazz...

—Bueno —la interrumpió él—, sólo que entretanto esos locales han caído en manos de los italianos que contratan a negros que bailan claqué para entretener al público blanco.

—¿En serio?

Él se alegró de saber algo que no estaba en la guía.

Lauren se detuvo, sacó del bolso un mapa de la ciudad y garabateó algo en él. Carl también había tenido un plano como aquél, que solía desplegar una y otra vez sobre la mesa de la cocina, trazando rutas por toda Nueva York. De tanto hacerlo terminó rompiéndose por los pliegues y, al final, se lo olvidó en algún sitio.

—La Sociedad Histórica de Nueva York, en la Setenta y seis, está abierta hasta las cinco: podríamos ir a ver viejas fotografías de la ciudad.

Él nunca había estado en un museo y no sabía cómo comportarse en un sitio así.

—Te llevaré encantado hasta allí, Lauren, pero luego tengo que irme: el deber me llama.

—¿Ni siquiera nos tomamos un café?

Estaba sorprendido: ¿qué veía en él una joven como ella? Aun así miró a un lado y otro de la calle. Sólo había un bar para hombres con pinta de estibadores y un *automat*: uno de esos locales con varias máquinas expendedoras de comida rápida.

—Me encantan los restaurantes automáticos —dijo ella.

El local aún no se había recuperado de la oleada de clientes del mediodía: las sillas estaban completamente desordenadas. Era fácil imaginar la prisa con que los oficinistas y los obreros que lo frecuentaban habían devorado la comida para volver a salir de

inmediato. Lauren apartó unas migas con el puño y luego fue a colgar su abrigo.

Josef volvió poco después con una bandeja en la que entrechocaban dos tazas de café y una porción de tarta de queso destinada a dar fe de su carácter atento. Estaba decidido a llevar las riendas de la conversación de ahí en adelante.

—Cuando llegué, estos restaurantes me resultaron de gran ayuda: por entonces me daba miedo hablar con la gente.

—¿De verdad? —preguntó ella sonriendo y negando con la cabeza.

—Como mucho sabía cincuenta palabras en inglés y tenía muchísimo acento: en cuanto abría la boca me pillaban, y en aquellos tiempos los inmigrantes no éramos precisamente populares. —Notó que ella le lanzaba una mirada compasiva—. Pero entonces descubrí los *automats*: había muchísimos y eran como un refugio para mí. El mundo ponía comida a mi disposición detrás de unas ventanitas de cristal. Sándwiches, *scones* y *bagels* esperaban mi decisión. Luego bastaba echar una moneda en una ranura ¡y todo arreglado!

Pareció que ella iba a decir algo, pero después de lanzar un suspiro cogió la taza de café y dio un pequeño sorbo. Bing Crosby cantaba airosamente:

*I'm no millionaire*
*but I'm not the type to care…*

—¿Te gusta Bing Crosby? —preguntó Josef—. Nació el mismo año que yo: 1903. Lo sé porque siempre me dicen que me parezco un poco a él. ¿Tú qué opinas?

Su pregunta era una invitación a que ella lo mirase, y ella se acercó un poco más la taza de café a los labios.

—Siempre que encuentro una foto suya en el periódico me fijo en cuánto ha envejecido él y en cuánto yo.

—¿Y?

—Hasta ahora vamos a la par. —Bebió el primer trago de café y se dio cuenta de que Lauren se había quedado pensativa. Ella se llevó un

trozo de tarta a la boca y lo masticó lentamente.

*It’s my universe,*
*even with an empty purse,*
*’cause I’ve got a pocketful of dreams…*

—Discúlpame —dijo de pronto.

—¿Por qué? —preguntó él.

—No sé… por haberme quedado tan callada.

—No tienes por qué decir nada… —repuso, y después añadió en voz baja—: Y yo tampoco.

Se sonrieron.

Tenía unos pechos pequeños y firmes. Se dio cuenta cuando ella se levantó y discretamente volvió a meterse la blusa en la cintura de la falda.

Todavía no tenía su número de teléfono: no quería pedírselo precisamente porque le gustaba.

## 10

# Neuss, julio de 1949

El domingo hay que ir a la iglesia. Levantarse, arrodillarse, sentarse, levantarse, cantar:

*De boca y corazón load al Dios del cielo;*
*pues dionos bendición, salud, paz y consuelo.*
*Tan sólo a su bondad debemos nuestro ser;*
*su santa voluntad nos guía por doquier.*

—¿No te llama la atención algo? —susurra Carl cuando el sacerdote levanta la hostia, se la enseña a la comunidad y le da a Dios ocasión de transustanciarse.

Le llaman la atención muchas cosas, pero no sabe en qué tendría que fijarse.

—¡Faltan las campanas! —suelta Carl—. Metal para la guerra.

La gente le resulta ajena: todos llevan ropa mal cortada y de tela tan vieja que da la impresión de que bastaría un soplido para que se convirtiera en polvo. Él mismo no debe de tener mucho mejor aspecto: es consciente de que el traje marrón de Carl le queda fatal. Es uno más de ellos, salvo cuando abre la boca.

A la salida de la misa se aparta un poco de la gente en la plaza de la iglesia y enciende un cigarrillo. Los vecinos lo saludan con la cabeza. Saben quién es y saben que en realidad ya no lo saben. Después de que Carl y Edith terminen de estrechar manos se dirigen al parque y al paseo dominical. De los bancos tan sólo quedan los cimientos de piedra; el estanque es un caldo negro verdoso con destellos metálicos y cubierto de polen. No hay patos por ninguna parte: probablemente

acabaron en la cazuela.

Pese a que el entorno resulta desolador, Carl quiere hacer una foto de familia. Ha salvado de la guerra su Linhof Technika. La coloca en el trípode que ha llevado consigo y les pide que se sitúen delante del lago. Aprieta el disparador automático y corre a ponerse detrás de ellos.

—¡No cerréis los ojos! ¡Mirad a la cámara!

Josef se da cuenta de que su hermano se ha puesto de puntillas.

—Me gustaría tener una cámara como ésta: es muy buena.

—Te presto la mía —dice Carl.

—Te lo agradezco.

—Pero ¿qué vas a fotografiar por aquí? ¿Ruinas?

Él se limita a asentir.

—¿De recuerdo, antes de volver a irte?

Él se encoge de hombros.

—Todavía no sé lo que voy a hacer.

Ellos tienen ganas de saber si va a quedarse o no y él ya sabe lo que hará: irse, tal como ellos imaginan. Sin embargo, ni él ni ellos se deciden a decir nada, y ese limbo en el que se encuentran es su último asidero. En cuanto lo exprese en voz alta se encontrará en caída libre.

Y aún no está listo para eso.

Cuando regresan a casa, Edith sirve la comida. Hay carne de cerdo: tres chuletas con una apetitosa y reluciente costra de grasa. Él y Carl pueden comerse una entera cada uno, Edith compartirá la otra con los niños. Josef come con gran apetito mientras la observa a hurtadillas. Ella come de forma rápida y sin emoción. Está pendiente de pasarles las fuentes y se sirve siempre la última.

—Josef se escapó una vez cuando éramos niños —dice Carl—. ¿Puedo contarlo? —le pregunta.

Él sonríe. La palabra «escaparse» no lo convence, pero no se le ocurre otra, así que se limita a escuchar con interés a su hermano.

—Sencillamente se echó a andar y atravesó varios pueblos, el bosque… ¿Qué edad tendrías? ¿Seis, siete? Yo mismo era un crío: debía

de tener cuatro años o algo así, pero me acuerdo muy bien del alboroto que se armó en casa.

—¿Y qué pasó? —pregunta Edith.

—Un campesino me encontró y me llevó de vuelta a casa —responde Josef. No dice lo más importante: que se había sentido feliz cuando se coló en un establo y se enterró en el heno: nadie sabía dónde estaba a excepción de él mismo. Se había sentido a salvo.

—A vosotros no se os vaya a ocurrir hacer nada parecido, ¿eh? —dice Carl señalando con un dedo amenazador a sus hijos.

Es la primera vez que Carl cuenta algo de su infancia común: hasta ahora parecía concentrado en el presente, en todo lo visible, audible y tangible a su alrededor, como si el resto fuera una especie de ciénaga en la que pudieras caer y ahogarte (y quizá esté en lo cierto).

A él tampoco le interesa mucho el pasado, pero ha tenido ocasión de darle mil vueltas: en Sandstone caminaba tres kilómetros diarios dentro de su celda. Iba de un lado a otro y contaba las veces que alcanzaba la pared opuesta, a tres metros de distancia, hasta llegar a mil.

Edith y Palomita recogen los cacharros produciendo una musiquilla de fondo a base de roces y tintineos.

—¿Vuelves a acompañarme mañana? Podría necesitar ayuda.

Carl se lo va preguntando cada pocos días: es evidente que no quiere dar por sentado que irán juntos a hacer el reparto.

—Claro, encantado.

Carl asiente y se levanta.

—¿Jugamos una partida de ajedrez?

Nada más empezar Carl comete un error: en su afán de atacar la torre de Josef, deja la reina al descubierto. En cuatro jugadas Josef intercambia la reina por un caballo. Su hermano estira una pierna y, sin darse cuenta, le da una patada por debajo de la mesa (toma su pie por una pata); él no aparta el pie.

—¿Quieres que te la devuelva? Si no, no va a tener gracia.

—Eso sería hacer trampa.

Carl deja de hablar: se concentra en el tablero. Parece como si poner cara de determinación le exigiera un gran esfuerzo mental. Josef aprovecha la oportunidad y le cuenta que es radioaficionado.

—Sí, aquí también había gente metida en eso: lo prohibieron al principio de la guerra.

—Puedes superar cualquier distancia, hablar con alguien que en ese mismo instante está en París.

—¿Y qué decís?

—Primero cada uno confirma que oye al otro, y luego hablamos un poco del tiempo, por ejemplo, o detalles sobre nuestras estaciones de radio.

—¿Nada más?

—Bueno, algunos radioaficionados pueden convertirse en héroes si captan mensajes de radio de gente que está en apuros. Eso sí, hay que tener en cuenta que a menudo sólo
se puede transmitir a grandes distancias, porque las ondas se propagan a distintos ángulos de elevación, y las que están muy pegadas al suelo, que no por nada llamamos «ondas terrestres», son engullidas por los obstáculos produciendo «zonas muertas». En lo alto, sin embargo, apenas hay pérdida de energía: las ondas se elevan por encima de cualquier obstáculo: casas, bosques, puentes, se reflejan en el cielo y luego vuelven a la tierra, normalmente muy lejos de donde se emitieron. Por eso el mensaje de alguien que ha sido víctima de un alud en Austria puede captarse, por ejemplo, en Inglaterra, y quien lo capte puede llamar a un lugar cercano al accidente y enviar ayuda.

—No puedo concentrarme —dice Carl señalando el tablero de juego.

Ha perdido varias piezas. Siguen jugando en silencio. Cinco minutos después Josef da el jaque mate a su hermano.

—Estoy un poco desentrenado.

—En Ellis Island jugábamos de vez en cuando.

—Ahí tienes —dice Carl.

Jugaban a toda clase de juegos: póker, skat, y lo hacían apostando dinero, aunque estaba estrictamente prohibido.

—Al menos ahora estoy haciendo algo ilegal, de lo contrario estaría

aquí por nada —dijo en una ocasión un japonés.

# 11

# Nueva York, febrero de 1939

Esquivó por poco a una mujer que salía de la Bremen House riendo y mirando hacia otro lado. La piel de su abrigo le rozó la mejilla, pero sólo él se dio cuenta. En el escaparate había máscaras y narices de payaso: era martes de carnaval.

Divisó a Schmuederrich, de nuevo con el uniforme militar de la Federación Germano Estadounidense, delante de la carnicería Schaller & Weber. Enmarcados en su rostro mofletudo, sus ojos siempre parecían pequeños, pero ahora se veían achinados: era obvio que no había dormido gran cosa. Le dio la mano y Schmuederrich le palmeó la espalda.

—Déjales hablar a ellos, ¿vale?

El aire se sentía es peso y recalentado en el Old Heidelberg. Olía a asado, a cerveza y a puros. Alguien había tirado serpentinas en los manteles a cuadros rojos; se enroscaban en los vasos, que tenían grabado el símbolo nazi. Una pequeña orquesta tocaba canciones alemanas de carnaval:

*Denn einmal nur ist Karneval,*
*ist Karneval am Rhein.*
(«Porque sólo una vez al año es carnaval,
carnaval en el Rin.»)

Schmuederrich señaló una mesa al fondo del local y, al mirar hacia allí, Josef reconoció a Dörsam. Estaba con otras personas. Al llegar ellos

dejaron de hablar y se reclinaron en los asientos, pero ninguno se levantó. Un caballero elegantemente vestido y con brillantina en el pelo señaló burlón:

—¡Pero por Dios, Schmuederrich, cómo se ha engalanado! Me siento como Hitler cuando fue a reunirse con Mussolini vistiendo un impermeable.

Schmuederrich se echó a reír, pero el tipo lo cortó con un gesto de la mano.

—¿Este de aquí es el radioaficionado?

Schmuederrich los presentó. Se trataba de un tal doctor Ritter y estaba en el negocio textil. El tercero era un tipo sencillo, rubio, con huesos grandes y cara de niño.

—Max acaba de llegar de Hamburgo, pero ha vivido algunos años aquí, en Nueva York; él también es radioaficionado —dijo el doctor Ritter mirando a Josef con interés.

Josef se sentó junto a Dörsam y el doctor Ritter se puso a hablar de su maravilloso hotel en Times Square, el Taft («A la antigua usanza, ya sabe»), y de su camarote de lujo en el barco. Cada vez que alguien más intervenía, tamborileaba suavemente con los dedos encima de la mesa.

Una chica disfrazada de china pasó contoneándose entre las mesas con su vestido de seda amarilla y un cesto de rosas en las manos. Max sorbía por la nariz cada pocos segundos; no parecía darse cuenta, pero de tanto en tanto lo único que Josef oía era aquel susurro acuoso.

En un momento dado se pusieron a hablar entre sí como si él no estuviera. Esperó a que les llevaran la comida y procuró concentrarse en sus rollitos de col, aunque sintiéndose confuso, como si hubiera ido a dar por casualidad a aquella mesa. Alguien dejó caer la expresión «sacar el estiércol»: hablaban de Alemania, y la frase quedó flotando entre la cesta del pan y la cruz gamada del vaso. Josef se preguntó si podría desaparecer sin llamar la atención: si aquéllos eran los hombres de negocios que estaban buscando a un operador de radio, eso difícilmente supondría una mejora respecto a su actual empleo.

En ese momento el doctor Ritter dijo:

—Señor Klein, ¿qué opina usted del *melting pot* de Nueva York?

—No tengo ninguna opinión al respecto —dijo él cauteloso.

—Conozco a Josef —terció Schmuederrich—, tiene la sensación de estar dando la vuelta al mundo constantemente.

Hubo risas, pero el doctor Ritter volvió a ponerse serio: cuando caminaba por el Lower East Side, en realidad no podía creer lo atrasada que seguía siendo la vida allí: parecía que las regiones más pobres de Europa Oriental se hubieran puesto de acuerdo para enviar a su peor gente a aquel barrio miserable en mitad de la metrópoli. Aquella ciudad tenía que empezar a defenderse de una vez por todas. ¿Dónde vivía él?

—En Harlem. —Josef siempre decía aquella palabra en tono interrogativo. La mayoría de las caras se ensombrecían al oírlo, sobre todo si se trataba de mujeres.

—Probablemente no habrá encontrado otro lugar para vivir: las costuras de la ciudad están a punto de reventar, sobre todo con tantos refugiados de Europa.

Josef se aflojó el nudo de la corbata y guardó silencio.

—¿Y los alborotos de Harlem no le molestan, señor Klein?

—Ahora hay disturbios en todas partes.

—En eso tiene razón —intervino Schmuederrich—: incluso en el Madison Square Garden tuvimos que soportar los insultos de los antifascistas, ¿no es cierto, Josef? A éste lo llamaron «maldito bastardo».

La senda que estaba tomando la conversación le gustaba cada vez menos.

—Me gusta vivir allí: hay buena comida, mujeres guapas y el mejor jazz del mundo.

El doctor Ritter esbozó una sonrisilla burlona, mientras que Max parecía satisfecho. Eran competidores, dedujo Josef.

Fuera estaba nevando, lo entrevió al abrirse la puerta: los copos brillaban bajo la luz de las farolas de la calle. La semana siguiente Washington, luego Chicago: citas de negocios en todas partes. La empresa se expandía a un ritmo vertiginoso.

—Aquí está —le dijo Dörsam en voz baja al doctor Ritter. Había

llegado un hombre alto de unos sesenta años, apuesto como una estrella de cine. Tenía nieve en los hombros.

El tipo se acercó a ellos y le dio la mano a todo el mundo, él incluido. Se lo presentaron, pero no entendió el nombre. En la mesa se percibía una especie de veneración.

—El operador de radio —dijo Schmuederrich, y él se puso tenso: lo estaban examinando, era una prueba.

—Hablemos a solas, Nikolaus —dijo el hombre dirigiéndose a Ritter con un acento que Josef no había oído en su vida.

Los dos se encaminaron hacia una zona de la pared en la que había una cortina y desaparecieron como por arte de magia. Él tuvo la sensación de que no había superado la prueba.

En la mesa reinaba el silencio: todos parecían conocer a aquel hombre, menos él.

—Es Duquesne —dijo por fin Schmuederrich, y sonó como si con eso estuviera dicho todo. ¿Se le había escapado algo?

Tomaron un trago de cerveza. La jarra del doctor Ritter aún estaba medio llena. Max canturreó en alemán mientras amasaba una bola de miga de pan:

*Wer hat nicht einmal am Rhein*
*in lauer Sommernacht*
*beim Glas Wein*
*vom Glücke träumend zugebracht.*
*Seelig berauscht…*
*das kranke Herz, es wird gesund.*
(«Quién no ha pasado
una tibia noche de verano
soñando con la felicidad,
junto al Rin,
con un vaso de vino en la mano…
así, el corazón enfermo sana.»)

Poco después apareció una mujer de una belleza deslumbrante.

Llevaba un vestido de seda y una estola de piel: parecía salida de una película. Ella también desapareció detrás de la cortina, pero esta vez él pudo ver que servía para disimular una puerta tapizada de cuero.

—Háblenos de su estación de radio —dijo el doctor Ritter cuando volvió junto a ellos.

Josef puso la foto sobre la mesa. Ya nunca se la enseñaba a las mujeres: intuían que acabarían pasándose la tarde tiradas en el sofá entre ruidos y voces desconocidas. Nunca les había podido contagiar su entusiasmo ante la idea de que, en el fondo, el mundo era pequeño. A aquellos hombres, en cambio, la foto les suscitó preguntas. Sí, claro que dominaba el morse, y sí, también podía emitir con voz. Auriculares, micrófono, tenía de todo.

Se mostró relajado, disfrutó de la atención de los demás y de la posibilidad de responder satisfactoriamente a todas sus preguntas. Habló por extenso sobre la construcción de bobinas de una capa y el ensamblado de resistencias de carga. Confirmó que era posible emitir hasta Hamburgo y recibir desde allí.

—Eso aceleraría enormemente la comunicación comercial, doctor Ritter —dijo solícito Schmuederrich.

Pero Josef no contó lo más importante, lo que pasaba cuando, por las noches, oía chisporroteos y susurros y giraba con cuidado el dial, cuando enviaba una señal y esperaba a que alguien respondiera desde Toronto, Helsinki o El Cairo. Entonces él no era más que una señal y una voz, lo mismo que quienes le respondían.

El doctor Ritter desvió la conversación hacia las guerras, los brazos y piernas cercenados y los rostros chamuscados. Rusia, año 1917: Max había estado allí, y desde entonces le faltaban dos dedos que él mismo había tenido que amputarse. Schmuederrich también había luchado contra los bolcheviques. Informó que se había cargado a un par de ellos en Múnich, en 1919. Dörsam había estado en el frente occidental, en Francia. Allí había caído el padre de Josef cuando él aún era un niño. Se aseguraron unos a otros que nunca habían dejado de creer en la victoria. «Viejos camaradas.»

Fuera, todo estaba blanco. Josef regresó a Harlem. Le habían dicho que el trabajo era suyo: necesitaban su estación de radio y su habilidad con el morse. Max, que aún era un novato, aprendería gustoso con él y sería su ayudante.

Él no estaba feliz en absoluto. Se preguntaba si no debería renunciar.

Entró en el club Hot-Cha, compró un tíquet y se sentó a una mesa. Las bailarinas caminaban de aquí para allá pavoneándose, dando saltitos, levantando las piernas con sonrisas fingidas. En la mesa de al lado estaba un hombre cuya mano desaparecía de tanto en tanto debajo de la mesa. Él lo tenía a la vista, pero al hombre le daba igual. Luego las bailarinas se retiraron y apareció una única *showgirl*. Sólo llevaba encima unos pantaloncillos cortísimos y unas boas de plumas. Después de bailar unos segundos se quitó los pantaloncillos y dejó caer las boas.

Él ya había visto alguna vez un espectáculo como ése. Fue después de hacer un viaje en barco de tres semanas, cuando la patria que había dejado atrás parecía haberse hundido sin remedio. Desde aquel momento la voz de Carl y la de su madre ya sólo habían aparecido en su memoria o en sus sueños.

## 12

# Nueva York, enero de 1925

Aún sentía la mano de ella en el pelo. Se lo había cortado el día anterior. Probablemente nunca volverían a verse porque el que se iba a América ya no volvía. Eso decía su madre: «el que se va a América ya no vuelve», y lo decía en tono de resignación.

Había puesto dos despertadores, pero no pudo dormir porque tenía miedo de no oírlos, de perder el tren y tener que quedarse en Alemania, como Carl.

Estaba solo por primera vez. Viajaba en un compartimento con muchas personas, pero nadie lo conocía. Les servían la comida tres veces al día en platos de hojalata blanda que se doblaban con sólo verlos.

De los grifos salía agua salada. Nadie se lavaba y los hombres orinaban por encima de la borda. Al tercer día él también lo hizo: orinó con un leve suspiro de placer en esa materia negra de la que está hecho el mundo.

Ya no había mañanas y tardes. Había comprado un billete de invierno porque era más barato. Un humo negro flotaba sobre la cubierta de tercera. Él sabía que arriba, en primera, había una orquesta de baile, un salón de fumadores y una estafeta de correos.

Los jergones perdían paja por todos lados. Le caía encima cada vez que el hombre que roncaba en la litera superior se movía. Le picaba todo el cuerpo. Se tumbó boca abajo y entrelazó las manos debajo del estómago; se había rascado tanto que tenía trocitos de piel debajo de las uñas.

Los que dormían en las literas vecinas solían jugar a las cartas hasta

bien entrada la noche. Había oído hablar del *boom* de la construcción en Nueva York, pero él no podía trabajar en la construcción: estaba demasiado débil. Había oído decir que las ciudades estaban repletas de recién llegados. Al año siguiente Estados Unidos pondría freno a la inmigración. Le hubiera gustado hablar con Carl, dejarse tranquilizar por Carl, que ahora estaba en Düsseldorf con una venda tapándole un ojo.

A veces oía rezos. Desde lo que le había pasado a Carl, desde que su hermano había perdido un ojo y con él su visado, él sabía que los rezos no servían de nada.

Una mañana la ciudad surgió del mar ante ellos y la gente empezó a extraer maletas, alfombras, cestos y colchones de plumas de las profundidades del barco. Él se puso solemnemente el traje negro de su padre, un buen traje de antes de la guerra, hecho con tela de primera calidad, apenas usado. Entretanto el transatlántico se había acercado tanto a los rascacielos que él podía contar los pisos. Las ventanas lo miraban a su vez como incontables ojos. Las fotos no lo habían preparado para aquella visión, para la grandeza y la majestad de aquel lugar. Por fin comprendió para qué servían los ojos.

Tuvieron que esperar: «*First class first*», «primero la primera clase». Sus billetes baratos los volvían sospechosos de buen principio.

A su alrededor, niños sollozando y madres consolándolos, hombres que se plantaban con las piernas abiertas y sacaban pecho como si América fuera una minucia. En el agua negra entrechocaban, crujían, chirriaban perezosos témpanos de hielo. Se echó el aliento en las manos heladas.

Por fin los dejaron bajar a tierra a ellos también, y fue un alivio sentir tierra firme bajo los pies, aunque todo el mundo se tambaleaba como si siguieran en el barco. Los guiaron por el muelle hacia el embarcadero mientras los de primera clase iban ya de camino a sus casas y hoteles.

Él avanzaba el último, y observó una parvada de gaviotas

hambrientas que revoloteó hacia ellos. No se atrevió a tirarles ni siquiera un poco de pan: sentía las miradas de los otros, todos ellos pobres diablos como él. Se dirigían a un edificio que se alzaba en mitad del agua, una espléndida construcción similar a un castillo: Ellis Island.

Se sumergió en el ruidoso gentío. Mujeres con coloridos vestidos de campesina aferraban sus bolsos, hombres de uniforme gritaban instrucciones en varias lenguas. La multitud estaba desorientada, confusa; tampoco él sabía lo que tenía que hacer. Un hombre se puso la dentadura postiza. Por todas partes olía a sudor y a vómito. Lo empujaban por todos lados y en un momento dado empezó a devolver los empujones. Encontró un lavabo. Se afeitó, escupió sangre (le dolían las encías), bebió un sorbo de agua: también allí tenía un sabor salado.

—*No, this way!* —le gritaron dirigiéndolo hacia una escalera.

Los rumores sobre la importancia de aquella escalera habían llegado hasta Europa. Arriba, detrás de una cristalera, estaban los médicos que evaluaban si uno valía para ser americano. Si llegabas jadeando, no valías. Subió corriendo y se encontró en una sala gigantesca con bancos de madera sobre los que pendían grandes lámparas. Parecía haber aprobado el examen. Tomó asiento y, al hacerlo, notó que seguía sintiendo en el cuerpo la oscilación del barco.

Trató de deducir de la expresión de los inspectores qué esperaban ver. Notó que las chicas jóvenes aceptaban las bromas y procuraban estar encantadoras. A una mujer no tan joven le pintaron una «X» de tiza en el hombro y ella se echó a llorar.

—*You're next!* —oyó que le decían, y se puso en pie de un salto.

Un hombre que no parecía en absoluto un médico le pidió que enseñara las manos y la lengua. Luego lo envió a un inspector.

—Nombre, edad, fecha de nacimiento… —preguntó el inspector que, a cada respuesta suya, comprobaba los datos que aparecían en sus papeles.

Finalmente le tendieron una Biblia abierta y le pidieron que leyera un fragmento en inglés. Leyó sin entender y, cuando el inspector dijo algo, asintió, aunque seguía sin entender nada. Tuvo suerte. Un oficial le hizo una seña para que avanzara. Era más amable.

—*Your landing card, Mister*.

Le prendieron un papel en la solapa y lo dejaron pasar a una especie de feria donde había tenderetes de comida, una estafeta de correos, puestos de cambio de moneda, billetes de tren a California, anuncios de cursos de inglés y ofertas para trabajadores migrantes. Cambió su dinero en efectivo a un valor de 4,2billones de marcos el dólar. Le dieron 181dólares.

Hizo que enviaran su equipaje a los Engelking, en Mott Street 32, Lower East Side. Trató de recordar cuál era su relación de parentesco. Los Engelking les habían mandado una foto hacía años; el padre iba de traje y lucía un sombrero negro y redondo; «es un bombín», había comentado Carl. Más tarde vieron que Charlie Chaplin llevaba un sombrero como ése en el cine. El señor Engelking parecía distinguido. En su carta les contaba que había fundado una empresa en Manhattan.

Una sensación de felicidad recorrió su cuerpo cuando zarparon a la turbia luz de la tarde y pusieron proa hacia la punta sur de Manhattan.

Atravesó un largo desfiladero de piedra gris caminando rígido, como si tuviera que vigilar cada paso. Un estruendo constante llenaba la ciudad: un martilleo (como un latido) de metal sobre metal. Se oían sirenas aquí y allá.

No dejaba de mirar hacia arriba: volutas, frontones, columnas… Así se imaginaba Atenas, o Roma. «Carl, mira esto…» Se tapó un ojo. ¿Era el izquierdo o el derecho? Un edificio con altísimas columnas de piedra y figuras mitológicas adornando la fachada: NEW YORK STOCK EXCHANGE. Hombres apresurados a su alrededor. Se sentía invisible, pero si se detenía podía oírlos resoplar irritados.

Se detuvo un buen rato delante de una puerta dorada; al otro lado de la puerta giratoria acristalada podía distinguir un vestíbulo con techos abovedados, lámparas de araña y muebles ricamente tapizados. En el dintel del portal se leía WOOLWORTH BUILDING. Un portero lo miró con desconfianza: ¡otro más de esos pobres europeos llegados en barco!

Su traje negro olía a mondas de patata enmohecidas. Cada vez que se

detenía lo envolvía aquel olor horrible. Tenía la boca seca, le dolía la cabeza. Por la tarde descubrió una pensión para recién llegados: era un sótano miserable. Todavía no quería ir a ver a los Engelking: antes quería saber cómo era valerse por sí mismo en aquella ciudad.

La luz estaba siempre encendida. El suelo era de cemento, cubierto a duras penas por cartones y tablas. Las mantas estaban llenas de agujeros. Apoyó la cabeza en el petate y encogió las piernas: si las estiraba topaba con el rostro de otro hombre. La litera del barco parecía un lujo en comparación, pero estaba tan agotado que decidió cerrar los ojos y aguantar esa noche, esa única noche. Al día siguiente buscaría un sitio mejor donde quedarse. Con ese pensamiento, acabó durmiéndose.

Cuando la luz del amanecer entró por los angostos tragaluces, se despertó y, al incorporarse, vio a varios hombres que se levantaban lentamente, recogían sus cosas y se dirigían hacia la escalera. Parecían avergonzados y deseosos de dejar atrás aquella experiencia.

Durante el día caminó arriba y abajo por las calles, deteniéndose a veces ante los carteles. Sentía a Carl a su lado, expresando sus opiniones. *WAITER WANTED*: «se busca camarero». «No, encontraremos algo mejor.» Vio iglesias entre altos edificios: parecían como encajadas allí con los brazos encogidos. Aquello no recordaba en nada a Düsseldorf, donde las iglesias se alzaban aisladas, incluso en pequeñas colinas, para que estuvieran por encima de cualquier otro edificio. Todo se veía desproporcionado, por lo que su baja estatura le parecía menos trágica, con torres altas y esbeltas por doquier. Le costaba adoptar la velocidad adecuada al caminar, determinar la distancia apropiada entre él y las demás personas. A su alrededor los transeúntes suspiraban o farfullaban pidiendo perdón, aunque sus voces irritadas sugerían lo contrario. En el pasillo de una tienda de comestibles tropezó sin querer con una clienta y, al retroceder, oyó las protestas de otra persona que estaba detrás. En las escaleras del metro estuvo a punto de caer encima de un tipo. Topaba con los hombros de los

demás, se le clavaban en la cara las alas de los sombreros, los transeúntes lo empujaban y después murmuraban como si él hubiera tenido la culpa. Se imaginó desde lo alto: un punto negro que se movía por las calles.

Buscó a los Engelking cuando echó de menos darse un baño y empezó a notar piojos en el pelo. Vivían en el Lower East Side, así que primero tuvo que atravesar medio Chinatown: un barrio en el que sólo había rótulos en chino, salvo CHOP SUEY, seguramente dirigido a los americanos, que debían de entenderlo.

Los Engelking vivían en una habitación grasienta. La ropa colgaba de clavos en las paredes. Tenían cinco hijos y todos tosían sin parar. La empresa que habían fundado estaba encima de la mesa de la cocina: una pila de paraguas averiados.

Lo peor era el ruido entre los edificios: el griterío de los peatones, el traqueteo de los coches y los gritos que salían de las casas como si estuvieran apaleando a alguien. En la escalera del portal había varias mujeres en kimono sentadas en los peldaños; una de ellas se remetía los pechos caídos en el escote, sus piernas desnudas tenían manchas azuladas. La miseria continuaba calle abajo: mujeres insultándose, hombres cojeando, perros apareándose, comerciantes empujando carretillas… Un gato aterrizó de espaldas a sus pies y lanzó un maullido de dolor; oyó a unos niños riendo en una ventana. En la calle de los Engelking se hablaba cualquier lengua menos inglés.

Se fue de aquella habitación al día siguiente, después de haber pasado la noche allí, y optó por dirigirse a un hotel para marineros. Se sentía aliviado: había descubierto lo valioso que era estar solo.

Vagaba por las calles con las manos en los bolsillos de su vetusto traje.

Sabía que algún día tenía que convertirse en alguien, pero aún había tiempo para eso. Podía empezar de cero. Sí, empezaría de cero. Recorría las calles con la sensación de ser invulnerable, tan invulnerable como si aún no hubiera nacido.

Había dejado de pensar en Carl.

Al cabo de unos días Arthur lo encontró tumbado en su maleta. Lo miró de arriba abajo.

—Eres alemán: lo sé por los cigarrillos.

Él se sentó.

—Un pueblo trabajador —dijo burlándose de sí mismo porque Arthur tenía una mirada de persona confiable y atenta, y llevaba un bigotillo pelirrojo a lo Charlie Chaplin. Le dio su último Bremaria y Arthur le ofreció un Chesterfield a cambio.

—Hace días que te veo deambular por Vandam Street. Allí tengo mi negocio. Puedo darte alojamiento: un sofá. ¿Cómo te llamas?

—Josef.

—Mejor prueba con Joe.

Se ordenó a sí mismo confiar en Arthur. Lo siguió al metro. Sin perder de vista su cabello pelirrojo, se dejó guiar por las entrañas de la ciudad con sus incontables entradas y salidas, sus ruidos, que a menudo no sabía de dónde procedían. Cuando finalmente volvieron al exterior, Arthur le indicó que estaban en el Bronx.

El edificio estaba junto a una vía elevada del ferrocarril. Al llegar al quinto piso Arthur abrió la puerta y, cuando volvió a cerrarla tras ellos, se quedaron en medio de la oscuridad. No se veía casi nada, olía a lana húmeda.

—Ahí tienes el sofá, el baño está en el pasillo. Son dos dólares por semana. Puedes ganártelos conmigo en el taller: tengo una imprenta.

El sitio entero vibraba cada vez que un tren pasaba produciendo un ruido atronador. En su vida había oído un ruido como ése. Cuando estaba tumbado de espaldas, las vibraciones lo atravesaban de pies a cabeza y él, cada vez, volvía a darse cuenta de que aquel cuerpo le pertenecía. Era como si sólo la ciudad fuera capaz de darle forma y sustento, aunque lo sacudiera.

# 13

# Nueva York, marzo de 1939

Max era muy alto, aunque un poco encorvado y con los hombros caídos, como si, conforme iba creciendo, se hubiera ido inclinando ante los demás para disculparse. Cuando entró en el apartamento, *Princess* empezó a ladrar.

—¿Muerde?

—No. De hecho, ni siquiera suele ladrar.

Max tiró el sombrero y el abrigo mojados encima del sofá: hacía horas que llovía sobre Harlem. Por la ventana entraba una luz turbia.

—Es mala zona: tenía miedo de que alguien fuera a apuñalarme por la espalda. Antes de volver a Alemania yo vivía en Bushwick. No hay comparación.

A Josef no se le ocurría qué responder.

—Tenemos el mejor jazz del mundo entero —dijo al fin.

—En Alemania se va al trullo por eso.

—¿Ah, sí?

—Los jazzistas van al trullo.

Max sonrió y él no tuvo claro si aprobaba esa norma o se reía de ella.

—¿Empezamos? —le preguntó.

—Calma, calma siempre: la cita no es hasta dentro de media hora. ¿Puedes hacer un poco de café?

«Calma, calma siempre», eso no lo decía nadie que fuera realmente calmado.

Max usaba un solo dedo, el índice, en vez de la palma de la mano, para presionar el manipulador y enviar las señales. Emitía de forma arrítmica, antimusical. Se había puesto delante una larga serie de números, y los radioaficionados tenían prohibido utilizar cifrados. Josef

dudaba sobre cuál de esos problemas debía señalarle primero a aquel tipo que apretaba los labios mientras enviaba tonterías al éter.

—Acaban de responderte con un signo de interrogación.

—¿En serio?

—No separas claramente las señales: no se te entiende. ¿Cuánto tiempo llevas utilizando el morse?

—En el curso que tomé en Hamburgo me convencieron de que utilizara la mano derecha, pero soy zurdo.

—¿Tuviste que pasar un examen?

Max no respondió, se limitó a lanzarle una mirada burlona. El signo de interrogación volvía a llegarles: *tut tut tuut tuut tut tut*.

—Tienes que relajar más el brazo. Mira, así. —Josef volvió el manipulador hacia él y se lo enseñó.

—No puedo aprender tan deprisa.

—Entonces coge el micro.

—No, sólo quieren morse. ¿No puedes encargarte tú de transmitir esto sólo por hoy?

—El cifrado está prohibido: si alguien reconoce mi caligrafía tendré problemas.

Max sacó dos billetes de diez dólares. Josef se rascó el cuello, asintió y cogió el dinero.

—Hoy, vale, pero tendré que pensar si puedo seguir haciéndolo en el futuro.

—Piénsalo bien.

Otra vez la mirada burlona. Josef titubeó, luego cogió la serie de números y empezó a emitir. Recibió una confirmación a los diez minutos. Max se sentó en el sofá, encendió un cigarrillo Bremaria y, cuando vio que él estaba mirándolo, le ofreció uno. Josef dio una calada y sintió un sabor que lo llevó a Düsseldorf, a las praderas del Rin, con vistas a los barcos, a una juventud entonces sin futuro.

—Esperamos la próxima emisión a las 13.00 h, esta vez en otra frecuencia —le comunicó Max.

—¿Por qué emites cifrado?

—¿Por qué tiene que enterarse todo el mundo de quiénes son

nuestros clientes y qué les suministramos?

—¿Y por qué no lo emitimos todo de golpe?

—Medidas de precaución: así no pueden localizarnos.

Max agitó su café, que se había quedado frío. En el piso de al lado la señora Meeropol les gritaba a sus hijos.

—¿Qué estamos enviando?

—Pedidos, reclamaciones, datos de clientes, nuevas ubicaciones. Entretanto el doctor Ritter ha seguido viaje a Chicago.

—¿Cómo funciona el cifrado?

—Con un libro. Luego te traeré al que se encarga de eso. —Max empezó a dar golpecitos en el suelo con un pie.

—¿Tanto trabajo tiene la empresa?

—Sí.

Max estaba tenso, y su tensión resultaba contagiosa. Josef puso *Good Night my Love* de Ella Fitzgerald y fumó para quitarse la sensación de que algo no iba bien.

A las 13.00 h, la señal era demasiado débil, así que subió al tejado y comprobó la antena. Como sospechaba, el cable se había soltado del soporte. Volvió a sujetarlo y luego se puso a mirar los tendederos que se mecían en los tejados y las sábanas olvidadas henchidas por el viento. Pensó en Max: los hombres altos lo tenían fácil, irradiaban autoridad y superioridad por su mera estatura. Pero algo parecía haber ido mal en el caso de Max: su espalda levemente encorvada hacía pensar en que habría preferido ser bajito.

Cuando él regresó, el apartamento silbaba, zumbaba y chisporroteaba como un enorme insecto. Max estaba girando el dial sin ton ni son.

—Apaga eso un momento.

Max alzó la vista hacia él y apagó el aparato.

—¿De qué se trata esto en realidad? —preguntó Josef.

—De negocios, ya te lo hemos dicho.

Después de lanzarle una mirada fría, Max volvió la cara hacia otro lado.

Josef titubeó.

—Háblame de Alemania. ¿Qué has visto allí?

—¿Visto? —preguntó Max como si estuviera imitando a alguien nervioso e histérico.

—Has dicho que meten en la cárcel a los músicos de jazz.

—Sí, y seguro que a ti te meterían también —repuso Max, y se echó a reír; luego, al ver que Josef continuaba serio, miró el reloj—. Son casi las dos. A trabajar, señor Klein, o tendrás que devolverme el dinero.

Josef lo envió todo en diez minutos y recibió una confirmación de recepción. Max volvió a sentarse en el sofá y le rascó las orejas a la jadeante perra.

—Últimamente aquí odian a los alemanes —se quejó.

—Tienen buenas razones, ¿no?

—Sólo he estado dos años fuera y me miran como si fuese la última mierda.

—¿Ah, sí?

Su mirada fue a parar a las manos de Max. Tenía los dedos de un batracio y la piel blanca y suave.

—El problema es —prosiguió Max— que aquí los alemanes lo hacen todo mal. Estuve en la concentración del Madison Square Garden. Te vi allí.

—Fui en nombre de nuestros clientes, no a título privado.

Max se acarició la mandíbula.

—Voy a revelarte algo: Fritz Kuhn no está autorizado.

—A mí eso me da igual.

—El partido se distanció de él hace años: no querían desfiles ni concentraciones en Estados Unidos, no querían cruces gamadas ni que se los relacionara con él, sin embargo él ha seguido adelante. De hecho, está convencido de que Hitler acabará nombrándolo Führer nacionalsocialista de todo Estados Unidos.

—¿Y la foto en la que se lo ve con Hitler? —preguntó Josef a regañadientes.

—Esa foto es de los Juegos Olímpicos de Berlín. Aquel día Hitler se fotografió con todo el mundo.

Josef lo miró pensativo. Compartían el rechazo hacia Kuhn, pero por motivos totalmente distintos. Esperó a que Max encendiera el siguiente cigarrillo y diera una calada.

—¿Por qué volviste a Alemania hace dos años?

—Pues porque vi en la prensa un anuncio que decía que el Reich pagaba el viaje. Era muy tentador.

También él había visto esos anuncios; todo el mundo los había visto, incluida la señora Dollings, pero él no se había sentido interpelado en absoluto.

—Entonces, ¿por qué vuelves a estar aquí?

—Ya te lo contaré en otra ocasión.

Por la noche, sacó a la perra a pasear por la penumbrosa calle Ciento veinticinco. La lluvia había cesado, pero había un apagón. Una mujer se agarró a una farola, se agachó y escupió sangre.

Pasó por delante de los talleres mecánicos, el depósito de chatarra y los puntos de recogida de botellas y papel. Del río subía una corriente helada. Un hombre se detuvo, alzó la vista a la oscuridad del cielo y se puso a hablar solo. Cada vez veía más personas trastornadas. Parecían precursores, o réplicas, de los oradores callejeros, que habían llevado un poco más allá lo de hablar para sí mismos congregando a la gente a su alrededor y gritándoles a la cara palabras como «dominación mundial» e «injusticia».

Max le había contado que había pasado la Gran Depresión limpiando ventanas. Había llegado en los años veinte, con el último gran empujón de emigrantes, y sólo había encontrado malos empleos: repartidor, ascensorista, friegaplatos... e incluso esos empleos había terminado perdiéndolos.

El de limpiacristales era un empleo que siempre se podía conseguir: nadie lo quería. Lo descolgaban delante de las ventanas desde el piso veinte, sujeto a un arnés, mientras los oficinistas se esforzaban por no

prestarle atención sentados a sus escritorios. Mojaba el cepillo en agua jabonosa y lo pasaba por el cristal con la sensación de estar luchando por su vida. Un dólar al día. Eran las mismas ventanas de Wall Street por las que se habían tirado los corredores de bolsa, mientras que él había sobrevivido a la gran crisis.

—Quien no tiene gran cosa tampoco tiene mucho que perder.

Había sido el único momento que encajaba con sus hombros caídos, y él había sentido compasión, un sentimiento mucho mejor que la incomodidad que Max le provocaba cada vez que le contaba algo de Alemania con hielo en la mirada.

# 14

# Nueva York, marzo de 1939

Tal como había anunciado, Max llegó acompañado al siguiente encuentro. Pasó por delante con la cabeza baja, murmuró «Ludwig» y desapareció en un rincón.

Mal afeitado, calva reluciente, traje arrugado, en torno a los cincuenta... el recién llegado parecía esforzarse en fingir que no estaba allí, lo que hacía que te fijaras más en él. Josef le preguntó si no quería sentarse con ellos y respondió que no. Josef le acercó una silla y el tipo tomó asiento, sacó un libro envuelto en papel de embalaje y empezó a recorrer las líneas con el dedo índice de la mano izquierda mientras tomaba notas con la derecha. ¿Era el encriptador? Cuando Josef se acercó, cerró apresuradamente el libro y sonrió. Tenía la mirada vidriosa de un borracho.

—¿Dónde lo habéis pescado? —preguntó Josef cuando Max lo siguió a la cocina.

—Ritter confía ciegamente en él, pero puedes preguntárselo si quieres.

Ludwig hablaba muy poco, y si lo hacía era de un modo tan embrollado que había que repetir la pregunta, cosa de la que Josef se cansó muy pronto. Después de mucho insistir, tenía más o menos claro que había trabajado como dependiente en la librería Germania de Yorkville, que llevaba unos años viviendo en Estados Unidos y que estaba agradecido por el nuevo empleo. A la pregunta de a qué se dedicaba en Alemania, había respondido murmurando algo que sonó como «a esto y aquello». Por momentos se reclinaba en la silla y cerraba los ojos. Imposible saber si era un gesto de somnolencia o de concentración. También cabía imaginar que no los cerraba del todo,

sino que observaba la estancia a escondidas.

Una vez más, Josef sólo necesitó diez minutos para emitir las series de números. Una vez más, sin tener ni idea de lo que estaba transmitiendo.

Durante la pausa puso a Billie Holliday.

—¿Otra vez música de la selva? —se burló Max mientras dejaba dos billetes de diez dólares encima de la mesa.

Josef se los guardó. La siguiente cita era al cabo de media hora. Max y Ludwig se pusieron cómodos en el sofá, acariciaron a *Princess* y encendieron un cigarrillo.

—¿Tienes algo de comer? Te lo pagaremos aparte.

—Vayamos a comer fuera.

Ellos intercambiaron miradas.

—No, mejor tráenos algo.

—¿Te has creído que soy vuestra niñera?

—No tenemos tiempo suficiente para ir a comer por ahí. Toma dos dólares, ve y tráenos algo, anda. Por favor.

Caminaba con el sol a la espalda y no veía más que sombras. Había gente extraña en su apartamento. Fue corriendo al Idrie's y compró cuatro raciones de pastel de judías, luego entró en la tienda de comestibles y salió con dos bagels.

Cuando volvió, miró receloso a su alrededor. Nada parecía haber cambiado. Dejó las bolsas sobre la mesa. Max sacó una de las raciones de pastel de judías.

—¿Qué es esto?

—Es italiano —aseguró Josef.

—Los italianos sí que saben —dijo Max masticando, y él reprimió una sonrisa.

Ludwig partió en dos el gomoso *bagel*.

—¿Y esto también es italiano? —preguntó.

Josef asintió.

—Es un *bagel*, idiota —intervino Max—: Josef nos está tomando el pelo.

Por la tarde, cuando volvió a quedarse a solas, pensó en Lauren: habían pasado diez días desde su encuentro y no había vuelto a saber nada de ella. No estaba seguro de qué estaba buscando aquella chica, si sólo quería hacer amigos entre la extensa familia de los radioaficionados o si quería encontrar a un hombre. Ni siquiera sabía qué le gustaba: a diferencia de la mayoría de las mujeres, a ella no parecía habérsele metido nada en la cabeza, ni parecía haberlo estado examinando para descubrir fortalezas y debilidades en su carácter, un examen al que él se había acostumbrado porque muchas mujeres se preguntaban si no debían desconfiar de un hombre que ni siquiera había estado casado.

En todo caso, algo tenía que gustaba a las mujeres. Arthur lo llamaba su «sonrisa de James Cagney»: ligeramente torcida hacia la derecha; una sonrisa de malo de película. Algunas mujeres debían de encontrar atractiva la combinación de un hombre bajito con esa sonrisa peligrosa.

La mayoría de las veces se quedaba en la barra, medio de pie medio sentado, lo que le daba la sensación de que podía irse en el momento que quisiera. Siempre había mujeres que fingían ir a pedir algo, pero en realidad querían conversar. Él las invitaba a una copa, aprovechando que el taburete lo hacía parecer tan alto como los demás, y se ponía a lanzarles cumplidos como quien echa monedas a la gramola para que ésta no deje de sonar.

A Lauren no le había hecho ni un solo cumplido. No había sabido qué decirle: no era guapa y él no tenía ni idea de cómo poner en palabras lo que de hecho lo entusiasmaba de ella. Tenía que ver con su interior. «Tienes carácter», «eres inteligente»: ésa no era la clase de cosas que se le decían a una mujer.

Un día volvió a la frecuencia en la que había hablado con ella igual que, en ocasiones, se ponía a mirar recuerdos de otras mujeres (unas gafas de sol olvidadas, un lápiz, el envoltorio de un caramelo...). Realmente no contaba con volver a encontrársela por ahí; ni siquiera estaba seguro de que fuera una buena idea, dada su extraña situación

profesional. Ella, por su parte, no lo había llamado, pese a que él le había dado su número: probablemente estaba demasiado ocupada buscando alojamiento y empleo en Nueva York. No obstante, de pronto oyó su voz.

—¡Dábelyutu! —exclamó al oírla.

Resultó que había vuelto a casa de sus padres dos días atrás para comunicarles su decisión de irse a Nueva York, pero ellos no la dejaban irse. No es que la hubieran encerrado, pero había habido gritos y lágrimas. Su madre estaba histérica y su padre, aunque era mucho más razonable, obviamente sentía que debía ponerse del lado de su esposa. Su madre la llamaba «inconstante», «frívola», «ingrata»: allí tenía de todo. Si de verdad quería ir a la universidad, había una allí al lado, en Poughkeepsie. ¿Qué se le había perdido en Nueva York, por el amor de Dios? Ésa era una ciudad sin alma, todo ruido y violencia.

Ella no había sabido qué responderle: sólo sabía que quería vivir en Nueva York.

Tomaría el bus hacia la ciudad a la mañana siguiente: en una semana empezaba a trabajar como enfermera de noche en el Hospital General de Manhattan, por el momento a prueba. Sin duda no era un trabajo fácil, pero tenía que ganarse la vida. Hablaba como si estuvieran solos, cuando el mundo entero estaba oyéndolos; entre los radioaficionados iba contra la etiqueta hablar de cuestiones privadas, y ella lo sabía. Pidió perdón y se echó a sollozar aún más fuerte.

—¿Podemos vernos?

Él se sobresaltó. Pensó en Max y en Ludwig, que aparecían regularmente por su apartamento, y en lo incómodo que sería tener que mentirle cuando le preguntara por su trabajo: tener que decirle que todo iba de maravilla.

—He de salir de viaje por un tiempo —repuso—: tengo un empleo nuevo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera? —preguntó ella, y sorbió por la nariz.

—Dos meses —repuso él con voz forzada. Vacío, estática.

—Te llamaré dentro de dos meses, Joe.

Él oyó cómo, al otro lado, llamaban a la puerta, y luego voces. Lauren se desconectó.

Se había tomado una semana de vacaciones en la imprenta. La esperanza de poder dejar ese trabajo para escapar de la agitación política no le había funcionado: el nuevo empleo no era una alternativa real, algo que, francamente, tendría que haber imaginado. Estaba enfadado consigo mismo: con tal de probarse como operador de radio, había ignorado todo lo demás.

Encontró a Arthur en su oficina, ensimismado en revistas y octavillas y rodeado de humo de cigarrillo. Eran las nueve de la mañana y la sala de máquinas aún estaba en silencio. Arthur se atusó el bigotillo a lo Chaplin.

—¿Has descansado?

—No lo sé. Tengo en casa a dos tipos que se han apropiado de mi estación de radio a nombre de una empresa textil de Hamburgo y, de paso, se han apropiado de mí porque no son capaces ni de ir a por su propia comida, pero me pagan un montón de dinero.

Arthur apagó lentamente el cigarrillo.

—¿El empleo te llegó por medio de Schmuederrich?

Él asintió.

—Sabes que podrías acabar en la cárcel, ¿verdad?

A través de la puerta de vidrio escarchado Josef vio cómo se encendían las luces de la sala de máquinas. Sintió un nudo en la garganta cuando oyó afirmar a Arthur:

—No voy a decir que mis actividades con todos esos oscuros fans de Hitler carezcan de riesgo, pero lo de trabajar directamente para los alemanes me parece temerario.

—Yo no trabajo para los alemanes —susurró Josef.

—Sí que lo haces. —Ya estaba dicho, y ahora a él le costaba respirar —. En voz baja Arthur añadió:

—No vayas a montarles una escena. Si ponen sus cartas sobre la mesa en algún momento, haz como si siempre lo hubieras tenido claro. De

hecho, creo que estaba clarísimo. ¿Cómo puedes ser tan ingenuo?

—Voy a dejarlo.

—Pues buena suerte. Conozco a Schmuederrich y a su gente: no lleva ese uniforme por casualidad.

El pánico lo inundó en breves oleadas de horror que le recorrían todo el cuerpo. Era como si su cuerpo lo supiera todo, como si conociera la auténtica gravedad de la situación. Aceptó el cigarrillo que le ofreció Arthur y fumaron en silencio mientras las máquinas traqueteaban ruidosamente. Se oían las voces de los operarios.

—Lo siento, pero no puedo decirte nada tranquilizador: estás metido en la mierda hasta el cuello —dijo Arthur al despedirse.

—Tendré que prolongar un poco mis vacaciones de la imprenta —respondió él con voz ronca.

## 15

# Neuss, julio de 1949

Está tumbado en su cuarto, sumido en la vida de Carl hasta el punto de llevar su ropa interior. Su cuerpo, sin embargo, parece no querer abandonar su etapa estadounidense. Siente los brazos y las piernas adormecidos. Podría seguir durmiendo para siempre. La ropa de cama está tibia y huele bien: nunca había dormido en unas sábanas así de buenas.

¿Cuánto tiempo lleva allí?

El calor parece emborronarlo todo, hacerlo indistinguible.

Juega con las borlas del visillo blanco, las anuda y luego desanuda (esto último lo hace sólo por Edith). Cuando se levanta, las tablas del suelo crujen, así que vuelve a tumbarse. Le gustaría que la familia se olvidase de él, que siguieran con su vida para que él pudiera seguir con la suya. Pero ¿qué vida?

De pronto ha vuelto a su patria, pero está destruida. La calle está llena de ruinas en las que juegan los niños. Podría entrar en el negocio de Carl, pero es lo último que le apetece.

Imita la voz de su hermano: «Yo escuchaba Radio Londres. ¿Tú podías informarte de lo que pasaba aquí? No, ¿verdad? ¿O sí?»

Piensa en la curiosidad de Edith: «¿Cómo es caminar por Nueva York? Quiero decir: ¿qué se siente andando entre esos edificios tan altos...? ¿No da miedo?»

Algo delicado y fuerte a la vez emana de ella. Es como si Carl abriera cada vez más el grifo y ella en cambio lo cerrara refugiándose en una existencia sencilla que consiste en agacharse, recoger, ir de aquí para

allá, llevar, limpiar, servir, preguntar, asentir, todo ello con un resentimiento apenas perceptible.

Hablan de todo, pero dicen muy poco.

—Este aire parece salido de un horno —le había dicho ella el día anterior.

—Sólo puedo respirar por la boca, como un perro —le dijo él.

Ella sonrió y, acto seguido, le preguntó:

—¿En Nueva York también hace calor?

—Sí, pero entonces la gente se refugia en los grandes almacenes, que están climatizados.

—¿Climatizados?

—Sí: el aire pasa por un sistema de refrigeración.

—Eso tiene que costar una fortuna.

—Los americanos hacemos cualquier cosa por los clientes.

«Hacemos», ha dicho.

—¿Tú sabes matar pollos, Josef?

—Por desgracia, eso no lo aprendí en Nueva York.

—Le llevaré el pollo al vecino.

—¿Carl no sabe matar pollos?

Se miraron y se echaron a reír. Luego ella se dio la vuelta, avergonzada, y se ajustó la cinta del mandil antes de inclinarse hacia el horno.

Aprieta la mejilla contra la almohada. Se observa a sí mismo llorar y desconfía. «Quiero irme a casa», piensa sin querer. También desconfía de esas palabras: no hay tal casa.

Oye voces en la cocina: Carl está gritándole a su hijo. Aquello dura un buen rato; se hace el silencio y luego se oye algo más. Conoce ese sonido. Cuando va a mirar, el hijo sale por la puerta. Carl lo mira sorprendido.

Las tablas crujen cada vez que respira.

—¿Qué ha roto esta vez?

—Ha robado un sello.

—Por el amor de Dios, he sido yo: he enviado una carta.

—¿Y por qué no me lo has pedido?

No sabe qué responder. Ríe torpemente.

—¿A quién le has escrito?

—A un conocido de Nueva York que ahora vive en Pulheim.

—¿También a él lo deportaron?

—Sí: un año antes que a mí —responde esforzándose por mantener la calma, aunque el tono despectivo de su hermano lo irrita.

—¿Y de qué os conocíais?

—A través de la Federación Germano Estadounidense. Era una organización patriótica que combatía el comunismo.

—Eso suena bien —dijo Carl.

Sí, suena bien. Ha dejado al margen unos cuantos detalles.

Carl se acerca y le dice:

—Pues ahora los comunistas son dueños de media Alemania. Habrá que ver adónde nos lleva eso.

—Sí, habrá que ver.

—¿Has tratado alguna vez con niños, Josef?

—Ninguna de mis amigas tenía hijos.

—«Amigas» —repite Carl.

—Amigas.

—¿Cómo se llama el tipo de Pulheim?

—Hans Dörsam.

Por la tarde las golondrinas surcan el cielo. Las mira desde el banco del jardín. Saca un cigarrillo (estadounidense aún) del paquete y de pronto tiene la sensación de que en ese momento podría recibir cualquier clase de noticia, incluso una mala noticia de esas que siempre te pillan desprevenido, como un tiro en la espalda. Está de un humor excelente, como habría que estar siempre: abierto, lleno de vida y sentimiento. Acaba de descubrir que, pase lo que pase, seguirá adelante.

Cuando nota el sabor del filtro quemado, tira el cigarrillo, lo pisa, lo recoge y devuelve la colilla al paquete para que Carl no se enfade. Al

incorporarse ha visto al chico con el rabillo del ojo: parece llevar ya un buen rato en la entrada de la casa, observándolo como un espía. No puede evitar echarse a reír: allí adonde vaya, siempre están observándolo.

—Ven aquí —lo llama. El chico se acerca y se detiene ante él.

—Siéntate.

El chico no reacciona.

—¿Quieres uno? —Le tiende los cigarrillos, pero él niega con la cabeza.

—¿No fumas?

—Tengo trece años.

Vuelve a guardarse el paquete en el bolsillo del pantalón.

—Fui yo quien cogió el sello. Se lo he dicho a tu padre. Lo siento.

Esperaba gratitud, pero el chico se encoge de hombros. ¿Es que no le ha entendido?

—Pronto serás mayor y podrás defenderte: ya eres casi tan alto como tu padre.

El chico guarda silencio.

—Como mucho otro medio año y podrás defenderte.

Silencio. ¿Qué es lo que hace mal?

—Me gustaría regalarte algo, pero no tengo dinero. Ni un céntimo. Soy como un hijo más de tus padres.

—¿Puedo irme? —pregunta el chico.

Al día siguiente ve a Edith aserrar, atornillar, lijar, barnizar… Está montando un armario en el sótano: sabe hacer esas cosas. Carl se ha ido a Coblenza por negocios, los niños están en el campo con el maestro, buscando escarabajos de la patata. En la casa reina un silencio reparador. Le encantaría hacer la comida.

Ronda la puerta durante un buen rato, intentando intuir por los movimientos de ella de qué humor está. En realidad siempre está igual: trabajando. La tarde anterior se había dejado caer en el sillón con un suspiro y, tras quedarse mirando el vasito de licor de zanahoria que

Carl le tendía, lo había apurado con indiferencia de un trago.

La entiende, la entiende bien.

Él mismo escapó de Carl en su momento.

Podría explicarle a Edith lo que se juega, y liberarla. En su imaginación se ve con ella, sentados en su apartamento de Harlem, escuchando jazz.

No, no cree que deba largarse precisamente con él: su cuñado alborotador. Él no es el más adecuado para ser su libertador… aunque los hombres escasean en Alemania.

—Josef, ¿por qué andas rondando? —le pregunta ella.

—¿Quieres que haga de comer?

Eso le arranca una sonrisa. Se levanta, cierra el bote de barniz y se limpia las manos en el delantal.

—¡Sé cocinar, créeme! —dice él.

Ella se echa a reír como si le hubiera contado un chiste realmente bueno.

—Muy bien. Acompáñame: te enseñaré dónde está todo.

Bajo la atenta mirada de ella, abre con ambas manos las puertas del armario de la cocina y es como si abriera el vestido de una mujer. Hay tarros de judías, sémola, harina, unas cuantas patatas y una botella de aceite de girasol. No es mucho, pero en el huerto ha visto tomates maduros y perejil.

—¡Voy a preparar un plato italiano! —anuncia.

—¿Qué necesitas exactamente? —pregunta ella.

—Tomates.

Van hasta el huerto y él le pide permiso antes de coger cada tomate. Después entran en el gallinero y se llevan dos huevos; quizá demasiados para lo que tiene intención de preparar: unos *gnocchi*. Ella repite la palabra en tono de interrogación.

—Son unas bolitas de patata italianas.

Él corta cebollas y Edith pega una taza rota.

—¿Cómo eran tus días en Ellis Island? —pregunta ella mientras pega el siguiente fragmento.

Hasta ese momento ni ella ni Carl le han preguntado mayor cosa

sobre aquella época. Coge una gran patata y empieza a contarle:

—Al principio nos despertaban a las seis de la mañana, pero luego se dieron cuenta de que era absurdo: ¿para qué íbamos a levantarnos tan temprano, si no teníamos nada que hacer? Así que nos dejaban dormir hasta las ocho y media. Podíamos desayunar a cualquier hora de la mañana, pero teníamos que pagar.

Mira a Edith: está examinando la taza que ha pegado.

—¿Cuántos erais?

—Cuatrocientos o quinientos. Alemanes en su mayoría, pero también había italianos y japoneses.

—¿Y ninguno había cometido un delito?

Él pone agua a hervir y echa las patatas. El relato inocente no funciona.

—Desde diciembre de 1941, bastaba con ser alemán. Y en algunos casos no sólo se llevaban a los hombres, sino a sus mujeres e hijos. Pensaban que sería algo pasajero, pero al final los retuvieron durante años.

No le cuenta que no todos eran simples hombres de familia, ni que el 20 de abril hubo tarta para todos y Dörsam escribió «*Heil Adolf*» en la cobertura de chocolate de cada trozo.

—¿Y por qué?

—A algunos los internaron para poder intercambiarlos por presos estadounidenses.

Ella niega con la cabeza.

—Destruyeron familias enteras.

—Es terrible —dice ella.

Josef asiente y espera la próxima pregunta, pero no llega. Las patatas suben y bajan en el agua, él pica los tomates.

—Pero no nos trataron mal.

Edith coge el costurero y examina un calcetín en busca del agujero. Él le habla de la biblioteca, en la que había de todo, incluso periódicos; de los juegos de mesa, los naipes y el fútbol en el patio. Pero también le cuenta que había dos hileras de alambre de espino que él podía ver desde su ventana, que detrás estaba Manhattan y que a menudo se

había preguntado si no debería intentar escapar. Sólo había un kilómetro a nado hasta Nueva Jersey; era difícil, pero factible. Le cuenta que solía ir a nadar al mar y que Coney Island era su playa favorita, pero que también se podía nadar en el río Harlem, cerca de donde vivía. Ella le recuerda que ya le había hablado de Harlem, de los bares de jazz y de los negros americanos.

—Así que la cárcel no era como aquí —añade.

—Nos trataban bien… aunque eso es algo bueno, ¿no? —pregunta buscando su mirada.

—Pues claro que sí —responde ella fríamente.

El leve reproche que percibe en sus palabras lo hiere: ¿acaso intenta darle a entender que lo justo habría sido que lo castigaran con los métodos alemanes? Ella mira ensimismada el costurero. Coge un ovillo de hilo, pero está enredado con otro.

Él recuerda una frase que no olvidará nunca: «A los alemanes habría que meterlos en campos alemanes.»

Siempre que piensa en esa frase, piensa también en algo que vio la misma tarde. El FBI los había sacado de la isla en grupos y llevado a sus oficinas para ver una película. Él había tenido que cerrar los ojos y, cuando los abrió por un momento, vio a unos hombres de rostros porfiados saliendo de unos cobertizos cubriéndose la boca y la nariz con pañuelos. Hubo murmullos en la sala; alguien gritó «*Heil Hitler!*» y se oyeron risas, pero los estadounidenses pasaron por alto las dos cosas. Dörsam miraba con cara de piedra. Más tarde, en el transbordador, cuando surcaban el agua al atardecer rumbo al espléndido edificio donde estaban prisioneros, Dörsam dijo:

—¿Y los bombardeos estratégicos sobre nuestras ciudades? ¿Y las montañas de cadáveres en nuestras calles? ¡Naturalmente, eso no nos lo enseñan!

Incluso entonces Dörsam se sentía con derecho a indignarse.

Alguien dijo detrás de él:

—¡Así eran los campos alemanes!

Él había vuelto la cabeza y había descubierto que quien había hablado era un agente del Gobierno. Él lo había mirado y había

asentido, suponiendo que estaban de acuerdo, pero la mirada del agente era gélida.

—A los alemanes habría que meterlos en campos alemanes —había agregado.

Él había vuelto a darle la espalda con la mano en la barandilla y los nudillos blancos de tanto apretar.

Mira nervioso a su alrededor en la cocina. Intenta olvidar la frase mientras pone la mesa y le sirve a Edith los *gnocchi* con salsa de tomate.

—*Buon appetito*, querida cuñada.

—Esto tiene muy buena pinta —dice ella, y prueba con cautela.

—¿Qué te parece?

—Se dejan comer.

—¿Se dejan comer?

Ella sonríe.

—A Carl no le gustarían.

«Ya lo creo», piensa él.

—Carl castiga con mucha frecuencia a Paul, ¿no? —¿Por qué ella no dice nada? Se lleva bien con su hijo. A veces le pasa la mano por los hombros y el tic nervioso en los párpados del chico se detiene—. No me gustaría ser hijo de Carl —agrega—. No me sorprendería que, a la primera oportunidad, se le ocurriera castigarme a mí también.

—Es un buen hombre, Josef. No olvides que tú no estabas aquí: fue una época difícil en Alemania.

—Edith, lo que quiero decir en realidad es que Carl te hace desdichada.

Ella deja caer los cubiertos.

—Mereces una vida mejor —se oye decir—. No aguantes tanto: trata de disfrutar de tu vida un poquito más.

—¡¿Cómo te atreves?!

No está acostumbrada a gritar, al contrario que Carl. Se pone en pie de un salto. También él se levanta. Le coge la mano: ya ha perdido, por eso quiere al menos tocar una vez su mano. Para su sorpresa, ella no la aparta. Se quedan mudos el uno frente al otro: es como si de repente ella lo entendiera todo, absolutamente todo. ¿O sólo está petrificada de

terror? «No la beses», se dice. «Si la besas ahora, no tan sólo arruinarás su vida, sino también la tuya. Y en eso tú eres un campeón mundial.»

Suelta la delgada mano.

—Disculpa, Edith. No debería inmiscuirme. Por favor, perdóname.

Pasan el resto de la comida en silencio y, cuando él le ofrece su ayuda para fregar, ella lo envía fuera, como a los niños. «Vete a jugar», oye en su interior.

# 16

## Nueva York, abril de 1939

Hizo un esfuerzo para que no notaran nada. Había desprendido de la estación de radio un hilo de cobre imprescindible y el aparato estaba muerto. Estuvo hurgando delante de ellos en la parte trasera del aparato y tuvo la certeza de que ninguno de los dos sabía nada de esa tecnología. Max daba vueltas por la estancia, confundido, sin parar de preguntar:

—¿Has podido arreglarlo?

Finalmente, cuando ya se habían perdido dos citas de emisión, Josef cogió el soldador y volvió a soldar la conexión cortada, de manera que todo volvió a funcionar.

Cuando los otros dos se fueron, se sentía como una esponja estrujada que ya no puede recuperar su forma original.

Realmente lo necesitaban: eso era lo que había querido averiguar.

En el siguiente encuentro les ofreció bebidas diciéndoles que aún era temprano, que era su cumpleaños y quería hacer un brindis. Max aceptó una cerveza, Ludwig un whisky. Rellenó sus vasos a conciencia. En el caso de Ludwig tuvo que hacerlo varias veces: aguantaba mucho; Max, en cambio, se relajó enseguida y, cuando puso a Billie Holiday, incluso empezó a tararear la canción.

—No es una empresa textil, ¿verdad?

—¿Y qué quieres que sea, Josef?

—Es para los alemanes, para Alemania.

Los otros dos se miraron y rieron en voz baja, como si Josef fuera un niño que hubiera dicho algo gracioso.

—Eres rápido —dijo Max.

—¿Qué estamos emitiendo?

—Datos industriales y militares. No te preocupes: la mayoría están tomados de revistas especializadas de acceso público, todo es totalmente legal.

Max se había metido las manos en los bolsillos, se notaba que tenía los puños cerrados. Daba golpecitos nerviosos con el pie, y no lo hacía al compás de la música.

Ludwig estaba hundido en el sofá.

—Podríamos acabar en la cárcel por esto —reprochó Josef.

—Tenemos que saber cuál es la situación militar de Estados Unidos para no estar en desventaja. Todos los países hacen lo mismo, ¿cuál es el problema? —explicó Ludwig, y a esa justificación añadió otras más.

Entretanto Josef procuraba reflexionar. Sabía que no debía creerse todo lo que los estadounidenses le achacaban a Alemania, como aquel cuento de que se estaban preparando para una guerra: eso era pura propaganda. Simplemente no soportaban que un país derrotado volviera a ponerse en pie.

—... aunque tampoco está mal robarse alguna que otra idea —concluyó Ludwig.

—Gracias a gente que trabaja en las fábricas, ahora tenemos la mira de bombardeo Norden —añadió Max—. Eso es bueno, ¿no, Josef? ¡La mira de bombardeo Norden puede ayudar a acertar a un barril de pepinillos desde seis mil metros de altura! Con eso pueden evitarse infiernos como el de Guernica.

Él se limitó a mirarlos con cara de cansancio.

Cuando se dirigían a la puerta, ya con los abrigos y los sombreros puestos, Ludwig, que estaba completamente borracho, se volvió hacia él y le dijo:

—Lo siento, Josef. Eres un buen tipo.

Abrió el libro de Thoreau y se tropezó con frases que lo hicieron enfadar; que, de pronto, le parecieron tan elevadas como un

rascacielos: «La desobediencia es el auténtico fundamento de la libertad: los obedientes merecen ser esclavos.»

Como no sabía qué hacer, fue a ver a Schmuederrich e ignoró el «¡espere!» de la secretaria con una seguridad en sí mismo que sólo mostraba cuando estaba furioso.

Schmuederrich se puso en pie detrás de su escritorio.

—Te esperaba: Max me ha llamado hace un rato.

—Podríais haberme preguntado si quería hacerlo.

—Date por satisfecho con el dinero, aunque también podríamos ofrecerte un autógrafo de Hitler. No es broma: algunos verdaderos patriotas que viven aquí se matarían entre ellos por algo así.

Josef no respondió a la sonrisa.

—¿Qué? —preguntó Schmuederrich—. ¿Qué más quieres?

—Dejarlo: no trabajo para Alemania.

Entonces Schmuederrich empezó a decirle un montón de cosas que se mezclaron en sus oídos con un repentino zumbido. Era como si tuviera algodón en los oídos. Sólo más tarde, en la calle Ochenta y seis, recordó algunas frases: «Contrólate, enano de mierda, o te enviaré a un par de tipos que te recordarán quién manda aquí.»

Al día siguiente, cuando Max y Ludwig llamaron a la puerta con la señal acordada, él simplemente no abrió. Volvieron a llamar, esta vez con los puños.

—Somos nosotros, Josef, abre.

Los oyó hablar entre ellos. *Princess* se puso a ladrar.

Por la tarde salió de casa sintiéndose victorioso y pensando en Thoreau, pero un instante después notó el aliento húmedo de *Princess* en la cara y, al abrir los ojos, la vio encima de él, jadeante y con la lengua fuera, como siempre, pero rodeada de rostros que se recortaban contra el cielo. Dos hombres lo ayudaron a levantarse y lo acompañaron arriba, hasta la puerta de su apartamento.

—Gracias —murmuró, e intentó cerrar la puerta, pero uno de los hombres se lo impidió, entró y examinó su equipo con un silbido de

admiración. El otro hizo lo propio, se subió a la mesa de centro y revisó la lámpara del techo. El primero comprobó los enchufes, el segundo se dedicó a abrir los cajones, luego ambos se pusieron de rodillas y miraron debajo de la alfombra y, finalmente, uno de ellos dijo:

—A partir de ahora se acabaron las tonterías.

Lo dijo en alemán. La perra empezó a gemir y, cuando se fueron, saltó al sillón en el que Ludwig solía sentarse a trabajar en sus cifrados y a emborracharse.

Josef durmió muchas horas. Soñó que tenía arañas en las manos y se despertó cuando estaba tratando de sacudírselas.

Se levantó de la cama como si su cuerpo fuera de plomo y le puso comida a la perra mientras, con la otra mano, se apretaba una camisa mojada contra la mandíbula. Hizo café, sacó la leche de la nevera y descubrió que se había cortado. La tiró al fregadero y echó agua encima de los grumos blancos que se fueron pesadamente por el desagüe.

Tenía la mandíbula un tanto hinchada. Se la palpó: no, no parecía tener nada roto; sabía cómo se sentía una fractura, no en balde su padre los apaleaba a placer. Después de cada ocasión su madre les decía alegremente: «Bueno, con esto ya tienen para una semana.»

Nadie había vuelto a pegarle desde entonces: durante un cuarto de siglo. Si iba por la calle y veía una pelea, cambiaba enseguida de dirección; cuando alguien se ponía tonto en el bar y lo amenazaba con los puños, se disculpaba y desaparecía.

Puso la cómoda delante de la puerta, pero durante los días siguientes no volvió a saber de ellos.

¿Iban a dejarlo en paz? ¿Quizá se habían dado cuenta de que no era el hombre adecuado para el puesto? Por otra parte, si ya no lo necesitaban, ¿no era precisamente ahora cuando estaba en serio peligro?

No salía de casa. Llamaba a la tienda de comestibles y un chico le llevaba pan, cerveza, sándwiches. Se envolvía apretadamente en una manta y sentía crecer en la oscuridad de la casa un dolor antiguo,

mucho más que el dolor que sentía ahora. En la calle traqueteaba el ferrocarril y las voces pasaban de largo, él se envolvía apretadamente en la sensación de que estaba hundiéndose: bastaba con que cerrara los ojos y enseguida sentía que alguien tiraba de él hacia abajo.

Cuando Ludwig y Max volvieron a aparecer, una semana más tarde, se sintió casi aliviado, aunque intentó parecer distante:

—Ya estáis aquí nuevo, cabronazos.

Esta vez Max se puso a recorrer la habitación dándose aires, hurgó (él también) en lámparas y enchufes y le ordenó que pusiera más alto a Duke Ellington, no sin aclarar que lo único bueno de esa «música de la selva» era que, si alguien estaba intentando escucharlos, simplemente no oiría nada.

Ludwig se sentó en el sillón, abrió su cuaderno, se lo acomodó en el regazo y se puso a garabatear cifras dando sorbitos a su petaca. A partir de ese instante Josef procuró tener algo en la boca en todo momento (un cigarrillo, un mondadientes, un chicle; más tarde albondiguillas chinas del bar de la esquina): no quería hablar.

En un momento dado fue a la cocina y puso agua a hervir. Entretanto peló una naranja y el ácido de la fruta hizo que le escociera un padrastro del dedo (a veces se mordía las uñas), de modo que abrió el grifo y metió las manos en el chorro de agua fría. Entonces apareció Max y le dijo:

—A Ludwig lo sacaron de una cárcel en Berlín: es un ladrón y un estafador. Incluso a mí me ha robado alguna vez.

—Esto se pone cada vez mejor —murmuró él y, en vez de secarse las manos, utilizó el meñique para abrir la puerta del armario y sacar una taza—. ¿A santo de qué han permitido los estadounidense que un delincuente entre en el país?

—Lo hicieron pasar por refugiado: les gusta contar con gente como él porque, en caso de necesidad, podrían incluso quemarlos y a nadie le importaría, ¿entiendes? Lo entrenaron un poco: le enseñaron a encriptar mensajes y a poner escuchas, aunque, desgraciadamente, una

vez aquí se ha dado a la bebida.

—Eso no es muy tranquilizador.

—Duquesne se oponía a que te metiéramos en este asunto.

Esa declaración captó su atención.

—¿Quién?

—Fritz Joubert Duquesne: el tipo elegante del Old Heidelberg. No tienes formación como agente y no te has metido voluntariamente en esto, pero aquí los operadores de radio escasean, por eso corrimos el riesgo contigo.

—Riesgo.

—¿Y si pierdes los nervios y acudes al FBI?

Josef guardó silencio.

—Duquesne es un espía veterano, tiene mucha experiencia —dijo Max, y se sentó con un suspiro en una de las sillas de la cocina—. Ha estado por aquí, trabajando para Alemania, desde la Primera Guerra Mundial: se las sabe todas.

—Suena a que es un jefe estupendo.

—Tiene más de sesenta años: ha bajado el ritmo, pero necesita dinero porque tiene una amante joven y exigente. Viven cerca de Central Park.

—La vi en el Old Heidelberg.

—No, a quien viste fue a Lily Stein. También es de los nuestros. Llegó hace poco de Alemania, es una judía vienesa.

—No lo entiendo.

—Nosotros tampoco, si he de serte sincero.

Max sacó una caja de cerillas y una lupa y murmuró:

—Depósitos de combustible autosellantes para aviones.

Josef titubeó.

—¿Eso es lo que vamos a transmitir?

—Recién llegados de los muelles —añadió, y le dirigió una sonrisa confiada a Josef—. Al menos pronto tendrás dinero suficiente para mudarte a un barrio mejor.

—No me interesa.

—¿No quieres mejorar? ¿Quieres seguir siendo un don nadie?

—Exacto: quiero seguir siendo un don nadie —respondió él.

# 17

# Nueva York, abril de 1939

Era capaz de distinguir a los que estaban sin trabajo porque lo hacían todo muy despacio, como para estar ocupados todo el día con lo poco que tenían que hacer.

Se hallaba en una cafetería no lejos de la imprenta y cada tanto miraba el reloj: se había citado con Arthur. Cogió lentamente la jarrita de metal y le añadió leche al café, luego le puso azúcar, lo removió a conciencia y se quedó mirando el remolino hasta que se detuvo. Cualquiera habría dicho que no tenía empleo.

Y de hecho, desde que no iba a la imprenta tenía muchos días libres, y casi todas las tardes, porque a esas horas ya era de noche en Alemania. Le dio un sorbo al café dejándose llevar por una sensación de atemporalidad. Quizá eso era lo que se sentía al estar de vacaciones. No estaba seguro: nunca había estado de vacaciones.

Tenía tanto tiempo que hacía cosas que le parecía que Lauren aprobaría. Había ido a la Sociedad Histórica de Nueva York y había averiguado muchas cosas acerca de Harlem y los colonos holandeses. También había comprobado, en un mapa de Manhattan, que la isla ya estaba completamente edificada en el siglo XIX, aunque entonces no había edificios que superaran en altura a las iglesias.

Había ido a la sección de caballeros de Macy's y había hecho que le tomaran medidas, le recomendaran cosas y lo trataran como a un príncipe durante casi una hora. Cada vez que le daban a escoger entre dos opciones, elegía la más cara: su traje no tendría nada que envidiar al del doctor Ritter. Se lo entregarían la semana siguiente.

Hojeó *The New York Times* en busca de noticias sobre Alemania y, en un momento dado, Arthur tomó asiento frente a él.

—Ahora Hitler fabrica en Baviera su propia cerveza con sólo un 1 % de alcohol —le leyó él en voz alta— y Berlín coquetea con Moscú.

—¡Por razones puramente económicas! No te preocupes: los bolcheviques siguen siendo el enemigo. Mi negocio está asegurado.

—Me alegro por ti —dijo Josef.

—¿Qué tal tu trabajo? —preguntó Arthur.

—Me temo que tenías razón: no van a soltarme con tanta facilidad y, encima, son totalmente incompetentes desde el punto de vista técnico.

Arthur negó despacio con la cabeza.

—Quién sabe, a lo mejor es aposta.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, yo sólo sé que eso huele raro: ¿de veras crees que no tienen a gente mejor?

Josef no contestó. Volvió la cabeza para ver si alguien estaba mirándolos, pero no era el caso.

—¿Y qué se supone que están haciendo? —preguntó Arthur.

—Sólo sé que se llama Operation Sonnenstaub: Operación Polvo Solar.

—¿Polvo Solar?

—Eso dijeron un día: la mayoría de las veces se limitan a confirmar la recepción, pero en esa ocasión respondieron en morse desde Hamburgo: «Esperamos más polvo solar.»

Lo que probablemente significaba: «Esforzaos más, muchachos.»

Solían quedarse tres o cuatro horas y llenaban el apartamento de humo entre canciones de Ella Fitzgerald. Llegaron abril y mayo, y el árbol frente a la ventana desplegó sus hojas como una diva despliega sus plumas.

Ese tiempo no bastó para que Josef sacara nada en claro sobre la operación, más allá de comprobar que Max era un fanfarrón (solía decirle que se avecinaban «cosas muy importantes» de las que, por desgracia, no podía contarle nada) y que toda esa jactancia estaba totalmente fuera de lugar. Aun así, cuando veía sus manos de batracio

sentía lástima por él. Se lo imaginaba colgando del vigésimo piso.

—¿Cómo te enganchaste en esto?

—¿Qué quieres decir con que «me enganché»? ¡Es un honor poder servir a la patria! —lo corrigió Max.

Luego le contó su historia: se había ido en 1937, aprovechando la campaña publicitaria del Reich alemán destinada a repatriar a emigrantes, y, en cuanto había bajado del barco, dos caballeros lo habían llevado a un aparte y le habían propuesto formarse en Alemania y volver a Estados Unidos como agente, idea que lo había entusiasmado porque, en realidad, el país norteamericano le gustaba mucho y sólo se había marchado porque le había ido mal en el aspecto económico.

El caso es que había pasado dos años formándose en una finca en Brandeburgo con el máximo secreto y, en un momento inolvidable, había visto brevemente al almirante Canaris, el jefe de la inteligencia militar, acompañado del general Lahousen, responsable de la sección dedicada a los sabotajes.

—Canaris es tan bajito como tú —aseguró.

Según él, al volver a Estados Unidos después de ese tiempo, le había bastado decir que la nueva Alemania lo había decepcionado para que las autoridades accedieran a recibirlo otra vez. Y ahí estaba.

Aseguraba que, en comparación con las dimensiones de lo que estaba sucediendo en Alemania, la Federación Germano Estadounidense sólo podía considerarse una parodia, lo mismo que el Camp Siegfried, en Long Island, donde los jóvenes germano-americanos pretendían emular a las juventudes hitlerianas y a la federación de jóvenes alemanas (embarazos por mor de la raza incluidos). En cuanto a Schmuederrich, no era más que un saco de grasa de quien las mujeres se compadecían: por eso ligaba tanto, aunque también había que reconocer que había obtenido buena información en distintos bares con clientela internacional.

Josef se preguntó si a él no le había pasado algo parecido con Schmuederrich; por supuesto no se refería a ningún lío amoroso, sino a una imposibilidad de decepcionarlo. Pensaba en los encuentros en el Rotesandbar y en la sensación que solía producir a su alrededor de que

era un conocido de toda la vida. Su propio cuerpo parecía exudar algo que invitaba a acercarse, pero que, a la vez, abrumaba; algo que movía a apartarse como del mal olor, pero al mismo tiempo lo hacía a uno sentirse obligado a quedarse y aguantar.

Abrió la ventana y apoyó la frente en el marco de madera. Max acababa de advertirlo de que no debía sorprenderse si, en los días siguientes, notaba que alguien lo seguía porque, de hecho, lo harían para comprobar que no estaba siendo vigilado por el otro bando. Previsiblemente, a partir de ese momento empezó a sospechar de todo aquel con quien se cruzaba; primero solamente hombres, pero luego también mujeres. (¿Por qué no? Aunque al menos podía estar seguro de que no sería blanca, porque en Harlem simplemente no había mujeres blancas.) Estaba alerta a cualquiera que se detuviera a su alrededor o siguiera caminando; a cualquiera que esperara en un coche o llevara una bicicleta, o se detuviera en una esquina; a quien volviera la vista hacia él o lo ignorara. Sin embargo, pese a todos sus empeños no logró identificar a nadie. De todas formas bastaron sólo unos días para que se sintiera agotado de estar siempre alerta. Como nunca, echaba de menos ser un desconocido para todo el mundo, ser prácticamente inexistente. Tenía que hacer algo: hasta entonces su resistencia hacía pensar en una mosca chocando contra un cristal.

Volvió a apoyar la cabeza contra el marco de madera. Fuera llovía. Vio parar delante del edificio una furgoneta con un rótulo que decía REMEDIO PARA LA SED. La puerta del copiloto se abrió y saltó a la calle nada menos que Ludwig. Llevaba una gorra de visera en la que rebotaba la lluvia. De la otra puerta bajó Max. Según le contaron, habían adoptado como tapadera el oficio de vendedores de Coca-Cola y limonada. Sin duda los haría parecer inofensivos y, en el calor del verano, no sería raro que los hombres se volvieran locuaces tras probar una bebida fría.

—Deberías venirte con nosotros —le dijo Max—: eres simpático y te pareces a Heinz Rühmann, seguro que la gente confiaría en ti.

—¿Quién es Heinz Rühmann?

—Un actor más o menos de tu edad que también es bajito.

Por lo visto, se parecía a todo el mundo.

El caso era que él tenía otros planes: no quería en absoluto hacer más, sino todo lo contrario; y, por encima de todo, quería librarse de Ludwig y de Max: necesitaba volver a la calma de la inexistencia y oír voces en su apartamento sólo cuando le apeteciera. Necesitaba volver a mirar el río y el cielo cuando sacaba a pasear a *Princess*, en vez de ir concentrado en su propio miedo.

Se le ocurrió que, por lo pronto, podría sacar a aquellos dos de su apartamento convirtiendo aquella furgoneta en una estación de radio móvil. Se la imaginó delante del paseo de Brighton Beach; delante del aparcamiento de la Federación, en el Bronx; en el barrio de Red Hook, al norte de Brooklyn. Aquellos pensamientos lo calmaron: disolvieron su miedo momentáneamente. Por desgracia, aquello no duró mucho: había leído en el periódico que a los que morían en la silla eléctrica se les saltaban los ojos, y que había que ponerles pañales porque los mil voltios relajaban los esfínteres.

# 18

## Nueva York, mayo de 1939

Era el primer día en el que el aire estaba más caliente fuera del apartamento que dentro. En cuanto abrió la puerta del edificio sintió que el verano le caía encima y el invierno quedaba a sus espaldas. Cogió el metro en dirección al centro, se bajó una estación antes de lo acostumbrado, caminó por la calle Noventa y uno hasta el río Este y luego se dirigió al sur por Rhinelander Reef hacia el parque Carl Schurz, donde se había citado con Lauren.

Ella lo había llamado:

—Me imaginaba que ya habías regresado a Nueva York y, mira por dónde, es cierto: ¡has cogido el teléfono! —dijo riendo.

Él también rió para sus adentros: nunca se había ido, llevaba dos meses como entumecido y había terminado por acostumbrarse.

La entrada del parque está al final de la calle Ochenta y seis, donde comienza una colina que desciende en el paseo del río. Del agua llegaba un viento cálido que jugueteaba con la ropa de los paseantes de perros, los marineros y las parejitas. La tarde era luminosa.

Quedar en Yorkville había sido idea de Lauren, tal vez para demostrar que su origen alemán no la molestaba. Como no quería discutir, le había dicho que sí en un tono sobreexcitado, casi como si estuviera borracho.

—Claro, querida, quedemos en Yorkville: así verás unos cuantos Repollos.

Max lo había prevenido sobre ir a ese barrio que los agentes del Gobierno habían empezado a vigilar por culpa de una película, *Confesiones de un espía nazi*, que se proyectaba desde hacía no mucho en el cine Strand de Broadway. Él mismo había leído alguna crítica del

filme y, después de enterarse de que trataba del caso real de un círculo de espías basado en Nueva York, se había sentido como si hubiera estado viviendo en la Luna.

Lo cierto era que el viento había cambiado de dirección: antes Hollywood era muy cuidadoso con el mercado alemán, incluso habían borrado apellidos judíos de los créditos, pero ahora que la situación era otra y la guerra estaba en el aire, se lanzaban por primera vez a la confrontación.

De todas formas, había puesto un signo de interrogación en el horario de los pases, había arrancado la hoja y la había guardado.

Ese día se había puesto el traje nuevo y sentía una seguridad en sí mismo que parecía pasar de la tela a su piel. En un banco estaba sentada una joven que mecía un cochecito de niño mientras, en la mano libre, sostenía un cigarrillo. Él respiró hondo y se dispuso a esperar. Los barcos pasaban, dejando atrás largas estelas blancas como colas de un vestido de novia. Cada vez que veía un barco pensaba en Europa y en su casa, una casa que ya no existía más que en sus sueños.

—¡Hola, Dábelyufor; he ubicado tus coordenadas! —oyó a su espalda y, cuando se dio la vuelta, vio a Lauren caminando hacia él. Iba radiante. Llevaba un vestido oscuro con lunares blancos y zapatos con cuña de esparto. Se había peinado el pelo rubio como una chica de calendario y lucía un sombrerito ladeado. Era obvio que incluso se había puesto crema hidratante en las manos porque le dejó una sensación cremosa cuando se saludaron. De su estrecho bolsito sobresalía una guía de Nueva York a la que él le dio un golpecito con el dedo.

—A ver, ¿quién era Carl Schurz? —le preguntó en fingido tono profesoral.

Ella sonrió.

—Un revolucionario alemán que llegó a Nueva York a mediados del siglo pasado, hizo campaña por Lincoln y fue el primer senador originario de Alemania. Su mujer fundó el primer jardín de infancia de

Estados Unidos.

—Excelente, señorita Dábelyutu.

Caminaron hacia la salida del parque y luego enfilaron la Ochenta y seis hacia Park Avenue mientras Lauren le hablaba a toda velocidad de sus extenuantes turnos de noche: aparentemente tenía el trabajo más agotador de Nueva York. Él apenas podía seguir la conversación, pero percibía en la voz de ella una jovialidad que le quitaba hierro al asunto: como si no se tomara demasiado en serio todo aquello. Dejaron atrás varios locales: el Rathskeller, el Café Hindenburg, la cervecería El Águila Negra... Le habría gustado verla más guapa, pero ese día tampoco se lo parecía tanto: tenía un rostro poco armonioso, con una barbilla demasiado pequeña y los ojos grises levemente saltones. Sin embargo, le agradaba su voz. Esbozó su torcida sonrisa de malo, esa sonrisa que tanto atraía a las mujeres y, al hacerlo, se dio cuenta de que quería gustarle.

¿Qué tal su viaje? ¿Adónde había ido? Él hizo gestos apaciguadores con la mano y negó ligeramente con la cabeza.

—Te lo contaré luego.

¿Iba todo bien?, preguntó ella, y su tono directo hizo que él se quedara paralizado. Sentía un nudo en la garganta, pero unos segundos después respiró hondo y se dijo que ella no era consciente de lo que le estaba preguntando. Era joven, simplemente: para ella todo era un ensayo, incluidos aquel trabajo extenuante y la vida en aquella ciudad. Hasta salir con él era un ensayo.

Pasaron por delante del bar Berlín y del Old Heidelberg. Las protestas de los antifascistas habían hecho efecto: sólo de vez en cuando se veía una terca banderita con la cruz gamada en algún escaparate.

Lauren le contó que había solicitado una beca de estudios y la habían rechazado.

¿Qué quería estudiar?

—Historia y Literatura de Estados Unidos.

—¿Y por qué precisamente eso? —preguntó él inseguro, y se volvió hacia la puerta de un restaurante del que salía un olor a asado.

—En realidad quiero ser periodista —repuso ella en voz baja.

—¿Periodista?

Ella enumeró los nombres de algunas periodistas célebres: Frances Sweeney, Nellie Bly, Dorothy Day, Dorothy Thompson... Nombres que él no había oído nunca, como Lauren pareció intuir porque enseguida le explicó que Thompson había entrevistado a Hitler en Alemania hacía ya unos cuantos años y ahora organizaba actos de beneficencia en Nueva York para recaudar dinero para los refugiados: era una mujer fantástica. Él asintió y se puso a pensar qué decir. Tenía la boca seca.

—Hoy no va a llover —dijo al fin, y advirtió la mirada sorprendida de ella.

Se detuvieron delante del cine Yorkville y ella leyó como pudo los títulos en alemán: *Fünf Millionen suchen einen Erben* y *Olympia, Fest der Völker*.

Mientras le decía la pronunciación correcta y lo que significaban («Cinco millones en busca de heredero», «Olimpiada: el festival de las naciones») se puso a mirar los fotogramas. ¿Así que ése era Heinz Rühmann, el tipo del montón al que se suponía que se parecía?

Pasaron por delante de una larga valla de obra: seguro que estaban demoliendo un edificio para dejar sitio a otro más alto. Luego pasaron por una librería que ofrecía libros prohibidos en Alemania y luego se detuvieron delante del elegante Amalfi, en la esquina de Park Avenue.

Él le abrió la puerta.

—¿Aquí? —preguntó ella sorprendida, y él asintió.

Dentro olía a langosta, a cócteles y perfume. El aire se posaba en el rostro como si fuera rocío. Las paredes estaban forradas de paneles blancos de madera, había lámparas de araña y cubiertos de plata auténtica. Él comprobó, con una mezcla de horror y de triunfo, que allí sólo había gente rica.

Un camarero de guantes blancos le cerró el paso.

—Buenas noches, ¿a nombre de quién, por favor?

—¿A nombre de quién? —repitió Josef para ganar tiempo, como solía hacer cuando no entendía lo que le decían.

—¿Los señores no tienen reserva?

—¿Cómo?

—Necesitan una reserva.

—Pero hay unas cuantas mesas libres.

—Están reservadas.

Sintió la mano de Lauren en su brazo, tirando de él.

—Hay muchos restaurantes por aquí, Joe, ya encontraremos algo —le dijo una vez fuera, dejando vagar sus ojos por las pizarras que anunciaban *Schnitzel* (escalope vienés), *Kalbsbraten* (ternera asada), *Klöße* (bolas de patata alemanas), *Rotkohl* (col lombarda con vino tinto y manzana)—. De todos modos, prefiero comida alemana —añadió al tiempo que un camarero con los típicos pantalones bávaros hasta las rodillas apareció en la puerta de un local.

No pudo explicarle a Lauren por qué no quería cenar en ese sitio, ni tampoco en el Old Heidelberg, ni en el bar Berlín. Entretanto ella había enmudecido presa de una mezcla de decepción e incomodidad. En cada ocasión él le había dicho que no con un gesto, fingiendo que le importaba mucho la calidad, pero al fin la llevó a una pastelería y compró una bolsa de hojaldres rellenos de nata.

—¿Ésta va a ser mi cena?

Él se echó a reír. En ese momento el sol resplandecía rojo sobre la calle y los dorados trocitos de hojaldre empezaron a caer en la pechera del vestido de la joven, que se relajó. A él le pasó lo mismo en el momento en que probó el relleno de nata.

—Ahora estoy llena —anunció ella.

—Pues entonces la velada ha sido una ganga para mí —repuso Josef.

De repente Lauren lo agarró del brazo.

—¿Qué pasa, Lauren?

—Ignóralo, por favor.

—¡Repollo! —gritaba un tipo tras ellos—. ¡Eh, tú, nazi! ¡Espera!

Se volvió. Era Schmuederrich. Gracias a Dios, ese día no llevaba el uniforme militar de la Federación.

—No te preocupes: es un conocido que me está gastando una broma.

Schmuederrich los alcanzó y se plantó delante de ellos, enorme y con

la boca abierta.

—Esos chistes no tienen gracia —le dijo Lauren.

—Gracias por la observación, señorita. Tomo nota.

Le tendió la mano y retuvo la suya durante unos segundos; demasiados, en opinión de Josef.

—Tu idea nos gusta —le dijo Schmuederrich en alemán—: estamos esperando que nos den luz verde. En cuanto eso suceda podrás empezar.

Se refería al transmisor móvil: Josef le había hablado de eso a Max y ahora se arrepentía: encima les regalaba buenas ideas.

—Es un tipo bastante desagradable —dijo Lauren cuando Schmuederrich desapareció entre la multitud.

Él le dio la razón y se alegró: estaba claro que el peculiar encanto de Schmuederrich no hacía efecto en mujeres como Lauren. Eso decía mucho a su favor.

Nunca había llevado a una mujer a Harlem: preferían ir a algún sitio en Times Square o ver un espectáculo en Broadway. Lo que pudiera verse en Harlem no las atraía en absoluto. Sonreían incómodas cuando él les aseguraba que los blancos ricos de Park Avenue llevaban años yendo en sus limusinas al Cotton Club (un local en el que los negros trabajaban como camareros o como artistas, pero seguían sin ser admitidos como clientes) o cuando les hablaba de la vida cotidiana en el barrio, de que la gente sacaba mesas a la calle en verano para jugar al ajedrez, por ejemplo. Quizá les daba miedo ir a un lugar en que las «raras» serían ellas y que, para colmo, difícilmente iba a gustarles: mejor a Times Square, a Broadway, a Coney Island…

El tráfico era intenso: ir en taxi sería una locura. Mejor en metro. Una vez en el vagón contempló a Lauren sin reparos, como si fuera de su propiedad, y esa propiedad suya se balanceó hacia delante y hacia atrás durante cuatro estaciones. Sonreía, y él percibió de nuevo la diferencia de edades: su sonrisa le resultaba indescifrable… ¿era descarada o tan sólo amable?

Cuando salieron de la estación, en la Ciento dieciséis, ella soltó en voz más alta de lo que hubiera querido:

—¡Ay, qué bonito!

La gente se volvió hacia ellos sonriendo. La calle estaba flanqueada de imponentes casas de piedra rojiza (las famosas *brownstones*). Después de los deslumbrantes escaparates del centro de Manhattan, Josef sintió como si un músculo incorpóreo se relajara en su interior cuando se vio de nuevo en su barrio.

—Aquí solían vivir los inmigrantes holandeses, aunque cuando se construyó el metro empezaron a ir y venir del centro y, al final, terminaron por quedarse definitivamente allí. —Sabía todo aquello por el museo—. ¿Sabías que los negros, que son mayoría por aquí, pagan alquileres más altos que la minoría blanca? Por lo visto en otros barrios simplemente no los aceptan y los propietarios se aprovechan.

Era a última hora de la tarde y un velo descendía sobre las calles apagando los colores, pero a esas alturas él lo veía todo con los ojos de Lauren y todo le parecía bien. El templo de la Iglesia bautista abisinia y el teatro Alhambra (donde un letrero anunciaba a una clientela exclusivamente negra el estreno de *Paradise in Harlem*) se le antojaron bastante bonitos.

Pasaron por delante de tiendas de abrigos de pieles y de artículos fotográficos, por delante de bares, peluquerías, quioscos y puestos callejeros de perritos calientes. Vieron trajes con grandes hombreras, o en general más grandes de lo que cabría esperar, y corbatas de punto. De las casas brotaba el rumor de las máquinas de coser y en los tendederos colgaban vestidos con estampados de flores. Lauren y él caminaban lado a lado como si ambos supieran adónde se dirigían. En un momento dado él le propuso:

—¿Por qué no vamos al Savoy? La verdad es que no bailo muy bien, pero me consta que allí tocan los mejores: Duke Ellington, Louis Armstrong, Chick Webb…

—Mejor vamos a tu apartamento —repuso ella—: me encantaría ver tu estación de radio.

Él repasó mentalmente el apartamento: sí, lo había recogido todo,

Max le había dicho que lo hiciera, y había escondido la tabla con frecuencias e indicativos (alias) detrás de los aparatos. Incluso había tirado las octavillas de la imprenta. Respiró hondo, y respondió:

—Claro que sí.

# 19

# Nueva York, mayo de 1939

Lauren no parecía nerviosa en absoluto y él se preguntó si eso lo molestaba: si no preferiría algo de nerviosismo femenino. ¿O realmente se trataba de ir a ver la estación de radio? Su calle no tenía nada de particular, sólo edificios de ladrillo con pisos de alquiler, una tienda de neumáticos, un taller mecánico… pero ella lo miraba todo con atención, pendiente de cada detalle. Él intentó imaginar la casa donde ella había vivido hasta hacía poco: un hotel con muchas habitaciones. «Cuarenta habitaciones, cinco suites y dos *cottages* en el jardín», según le había contado. Se la figuró entrando y saliendo de los cuartos, dándoles conversación a las familias, a los matrimonios, a las parejas de recién casados en su luna de miel, viendo pijamas arrugados y cepillos de dientes con las cerdas torcidas, viendo los vestigios de la vida amorosa ajena, saludando y despidiéndose y dando las gracias como se espera de una hija de familia. ¿Era ésa la razón por la que entraba con tanta naturalidad en el apartamento de un desconocido? Y, mientras pensaba todas esas cosas, iba mirando su edificio para ver cuál de los vecinos estaba en ese momento en la ventana, listo para burlarse.

Ya delante de su puerta, le pidió que lo esperara allí un segundo y alcanzó a verla asentir con la cabeza pese a la escasa luz. Lo cierto era que, desde que iban los dos agentes alemanes, su apartamento estaba más ordenado que nunca. Recogía las colillas, lavaba tazas y vasos… No había hecho la cama, así que cerró la puerta del dormitorio; de todas formas, era muy improbable que Lauren entrara aquel día en esa habitación.

—Puedes pasar —le dijo—: ya he ventilado un poco.

Lauren inspeccionó tímidamente la vivienda mientras *Princess* le

olfateaba las piernas. Claramente intentaba averiguar cosas sobre él.

—Es increíble cómo vives —exclamó por fin—, ¡jamás había visto algo así!

Él, por su parte, estaba pensando que había una chica en su apartamento; bueno, una mujer: una mujer joven que, de quitarse los zapatos, sería prácticamente de su misma estatura.

—Vives de un modo muy sencillo —continuó ella—: ni siquiera tienes cuadros en las paredes. ¿Y cómo es posible que no tengas libros?

Él rescató el libro de Thoreau de debajo de una pila de revistas especializadas para radioaficionados y la escuchó suspirar largamente sin atreverse a preguntarle qué significaba aquel suspiro… ¿admiración?

—Mi madre idolatra a Thoreau.

—Para mí también fue muy importante en una época —dijo intentando minimizar el hecho de que allí no había otro libro más que aquél.

—Gandhi tomó de él muchas de sus ideas… —dijo pensativa Lauren, y luego negó con la cabeza—. Quizá en la India sí puedan ponerse en práctica.

—¿Gandhi no está en prisión?

—Ahora mismo no, pero acaba de hacer otra huelga de hambre y salir victorioso: siempre consigue lo que quiere.

—No parece caerte muy bien.

—Les ha recomendado la resistencia pacífica a los judíos alemanes. No hay duda de que algunas personas creen que sus ideas son más reales que la realidad misma.

Él le enseñó otro libro: *El radioaficionado*, del doctor Eugen Nesper.

—Esto se publicó en Berlín hace quince años, cuando la radiotransmisión no profesional apenas empezaba. ¡A la gente le parecía magia!

Ella lo hojeó sonriente y se detuvo en una ilustración que mostraba a un hombre saliendo de una cabaña en las montañas con unos auriculares puestos.

—¿Te importaría traducirme esto? —le preguntó ella señalando el

pie de la ilustración.

—«Este hombre recibe con los brazos abiertos, aún en medio de la oscuridad de la noche y lejos de los grandes centros de cultura, las noticias del mundo como si se tratara de la música de las esferas.»

—Ésa soy yo en las Catskill: totalmente apartada de cualquier centro de cultura. ¿Y qué pone en este párrafo?

Estaba seguro de que ella tenía más cultura que la mayoría de la gente de Nueva York, que no sabía nada de la lucha por la existencia. Su mirada se posó en un número de *Social Justice* y la empujó con el pie debajo de la mesa de centro mientras seguía traduciendo.

—«La prensa escrita ha tenido una amplia aceptación como medio de transmisión de noticias, pero su desventaja es la imposibilidad de difundir la información de inmediato*, in statui nascendi*, por así decirlo: sólo puede hacerlo con cierto desfase temporal, de modo que un periódico nunca está realmente actualizado.»

—Los periódicos morirán algún día: la radio es mucho más rápida —opinó Lauren.

—No si te haces periodista, ¡en ese caso vivirán un tiempo más!

Ella le dirigió una mirada levemente burlona.

—Tu intención de hacerme sentir menos mal es demasiado obvia.

Él notó que se ruborizaba. Ella dijo, conciliadora:

—¿Y qué pone aquí?

—Aquí se describen las funciones de la radio.

—Vaya, vaya, ¿y cuáles son ésas, señor Klein?

Josef volvió a leer:

—«La difusión de noticias económicas; la transmisión de prédicas, oraciones y óperas (sin toses ni estornudos), de noticias meteorológicas y avisos de tormenta, de música para fábricas, minas y hospitales, de discursos políticos; el fomento de la reconciliación entre los pueblos…»

—Ópera sin toses ni estornudos… en 1924 eso tenía que causar sensación —dijo ella sonriendo, y él decidió sonreír a su vez.

—¿Puedo? —preguntó Lauren. Encendió el aparato y giró el dial. Tenía agrietada la piel alrededor de las uñas, igual que la madre de Josef, que había trabajado durante años en la cocina de una fonda y

cada noche intentaba quitarse con un cepillo todo lo que se le había metido debajo de las uñas. ¿Haría Lauren lo mismo en el hospital?—. Si hay guerra, no podremos seguir emitiendo fuera del país.

—No habrá guerra —replicó él sorprendiéndose a sí mismo—: eso no es más que propaganda antialemana.

Max lo decía siempre y él le llevaba la contraria, pese a lo cual acababa de soltarlo.

Lauren lo miró inclinando la cabeza, como si fuera un idiota.

—¿Y el rearme?

Él titubeó.

—No sé qué decirte: hace muchos años que no voy a Alemania.

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Ninguna —repuso él de mala gana—. ¿Te apetece un whisky? —preguntó.

—Mejor agua.

Fue a la cocina a por las bebidas: agua para ella y whisky para él, un Old Musket de diez años que había comprado en Macy's: oferta especial a 2,49dólares la botella. Dio un sorbito mientras caminaba de vuelta y enseguida sintió la pesadez recorriéndole todo el cuerpo, hasta las yemas de los dedos. Lamentó haberse puesto un trago mientras aquella joven, su Dábelyutu, daba sorbos al agua y se inclinaba sobre la estación de radio como si fuera a desaparecer en ella, ausentándose bajo los auriculares, en trance. Él sabía lo que era eso: los crujidos y chirridos de la estática bastaban para producirle una extraña euforia.

—Francia —dijo ella para hacerlo partícipe—: un perro blanco y gris se ha perdido en Grenoble. —Jugaba a ser una exploradora, cualquier cosa, menos una mujer a solas con un hombre en el apartamento de él una tarde de mayo.

—¿Cuántos años tienes, Dábelyutu?

Ella se quitó los auriculares y se volvió hacia él.

—Veinticuatro, ¿por qué?

—¿No te parezco demasiado viejo?

—¿Para qué?

Él se quedó callado, algo confuso. Ella parecía estar divirtiéndose.

—¿No eres un poquito directo, Joe Klein? ¿Es cosa de tu edad?

—Claro: a mi edad uno no quiere perder el tiempo.

Ella se volvió riendo hacia el aparato, pero se había ruborizado.

—Voy a hacer espaguetis —declaró él, y desapareció en la cocina.

Le quedaban un par de tomates y una berenjena. Buscó un par de cebollas que no tuvieran brotes: con eso se arreglaría.

Se asomó por la puerta de la cocina y le mostró una página arrancada de *The New York Times*.

—¿Me llevarás?

Él se quedó petrificado. Una gota de salsa se desprendió del cucharón y fue a caerle en el zapato.

—Veo que has marcado una película.

Josef seguía mudo.

—Perdona, Joe: la hoja estaba en el sofá.

—Preferiría ir a ver *Paraíso en Harlem* —bromeó él—, o —le quitó la página de las manos y leyó—: *Sólo los ángeles tienen alas*, con Cary Grant.

—¿Por qué?

Josef se acercó un paso más. Estaba muy cerca: podía sentir la respiración de ella en su rostro.

—Porque esto no se puede hacer igual de bien con una película nazi.

—¿El qué? —preguntó ella en voz baja; evidentemente sabía de qué estaba hablando, y no se apartó.

Aún sentía los labios de Lauren sobre los suyos cuando volvió a plantarse delante del fogón. Se felicitó por su inteligente ofensiva: quería besar a Lauren ese día, en esa segunda cita, y lo había hecho en el momento oportuno. Lauren se había reído bajito, con una risa que, por una parte, le daba crédito por la maniobra y, al mismo tiempo, revelaba que no le había disgustado.

No era el primero que la besaba, también eso estaba claro: no parecía nada torpe.

Escurrió los espaguetis, los mezcló con la salsa y le puso un plato en

la mano.

—Con tal de que no sea al pase del domingo las ocho de la mañana, me apunto.

—¿Qué tal al de las ocho de la tarde?

—Yo me encargo de las entradas.

Después de la cena se sentaron en el sofá y Lauren empezó a acariciar el lomo de *Princess*, que se había sentado ante ellos. Él decidió no hacer más aproximaciones: primero tenían que pasar el trago amargo de aquella película. Ella se puso a hablarle de su trabajo en el hospital y él, por primera vez, fue consciente de lo mucho que le gustaba: se perdió en su voz mientras le hablaba de una colega despistada o algo así. Cuando reaccionó, ella estaba contándole de un hombre que había llegado con un cuchillo clavado en el vientre y a cuya esposa, que gritaba en una mezcla de horror y de furia, había tenido que tranquilizar. Al parecer, en el turno de noche se presentaban niños de tez azulada que se habían tragado un hueso de pollo, borrachos atropellados, jóvenes a los que habían dado una buena paliza, y ella tenía que ocuparse de atenderlos hasta que el médico volviera a estar disponible.

Se detuvo un momento para encender un cigarrillo y añadió:

—Hace poco los gorilas de la Federación Germano Estadounidense les dieron una paliza a dos hombres que protestaban.

—Eso es terrible.

—Ese loco alemán es un peligro para el mundo entero. A estas alturas hay que tomar partido. Esos dos hombres lo hicieron, y estuvo bien.

Él asintió pensativo: sabía que ella tenía razón.

—¿Has oído hablar de los incidentes en Washington Heights, Joe? Los heridos fueron a parar a nuestras urgencias y un comerciante reconoció a uno de sus agresores: lo conocía de Berlín —añadió Lauren con una mirada desafiante; parecía querer decirle: «Ahora te toca a ti.»

—¿Acaso crees que tengo algo que ver con todo eso?

Lauren titubeó.

—Tienes amigos en Yorkville, ¿no?

—Bueno, decir «amigos» es demasiado. Además, en Yorkville hay de todo: asociaciones deportivas, círculos de lectura, coros, clubes gastronómicos y, ciertamente, también una pequeña Alemania hitleriana.

Se levantó y fue a la cocina. Su propia voz aún resonaba en sus oídos. Se sirvió más whisky, volvió a la sala de estar y se encontró en medio de una frase de Lauren que empezaba por «Isadore Greenbaum». Volvio a ver los pantalones bajados, las piernas velludas y la noticia, dos días después, en *The New York Times*.

—¡Es un héroe! —concluyó ella.

Él murmuró su asentimiento y sintió una oleada de calor en la nuca, como si el rubor de la vergüenza se extendiera también por su espalda. Él había estado en aquel lugar, había visto a Greenbaum con sus propios ojos, y ni de lejos se le había ocurrido levantarse y protestar.

Sin pesar apartó la lámpara de pie para que dejara de iluminarle la cara. Lauren se acercó: lo había malinterpretado. La lámpara iluminaba las postales QSL que tenía en la pared. X1AY, un hombre de sombrero que vivía en algún lugar de México. Josef entrecerró los ojos y susurró: Avenida Iztaccíhuatl, 27.

—Se ha hecho tarde —dijo Lauren en voz baja.

—Tienes razón, te acompaño al metro.

Lloviznaba y hacia viento, quizá por eso Lauren caminaba tan rápido. En la boca de la estación de metro de Lexington ella le aseguró que a partir de ahí podía ir sola, que no había peligro.

—¿Con todas las peleas y asaltos que hay en Nueva York?

Ella lo miró sorprendida, buscando algo en sus ojos.

—Perdona, Lauren, ha sido una broma estúpida.

De repente no estaba seguro de si se mantendría su cita del domingo, aunque él iba a presentarse.

# 20

# Neuss, julio de 1949

Josef reconoce enseguida la voz de Dörsam, aunque él ha respondido «Meerbusch». Se presenta:

—Josef Klein —y añade—: Joe… —y—: en el Old Heidelberg…

Cuando está a punto de decir «Ellis Island», el otro lo interrumpe:

—Sé quién es.

Josef, cuyo corazón late con fuerza, quisiera percibir benevolencia en esa voz, pero entonces la oye decir, cortante:

—¿Quién le ha dado mi número?

—Schmuederrich.

—Ah, él.

—¿Podemos vernos?

Se produce una pausa: Dörsam parece reflexionar.

—Mañana a las once en Colonia, ¿puede organizarse?

—Claro —responde Josef: se las arreglará.

—Vaya al monasterio de San Cuniberto, detrás de la estación, y espere en la entrada.

Oye un *clic*: Dörsam ha colgado.

Por la noche espera el momento y, cuando su hermano se sienta en el sillón y abre el periódico, le dice que al día siguiente tiene que ir a Colonia. Se siente como un niño pequeño que necesita permiso. No ha pensado ninguna excusa porque no quiere mentir, y cuando Carl le pregunta:

—¿Ah, sí? ¿Y qué se te ha perdido allí?

Le responde (y no es mentira) que necesita salir de Neuss al menos

un rato.

—Quiero hacer unas fotos con la Linhof.

—Pues hazlas: tienes dinero.

Tiene: Carl le ha dado diez marcos «para echarle una mano».

A la mañana siguiente sale temprano. El cielo, surcado por golondrinas, es de un azul ultramar, y disipa cualquier otra impresión que uno pueda tener de la ciudad. La cámara es grande y siente su peso en el hombro, pero también lo tranquiliza, como si de verdad estuviera haciendo una inofensiva excursión.

Compra un billete de tren en la estación y sale una hora después. El viaje es corto, y cuando la catedral se alza ante él, oscura y venerable, agrietada, dañada aquí y allá, pero claramente reconocible, siente tal tristeza que se le escapan las lágrimas.

El tren se detiene en una estación gigantesca a la que llegó cuarenta años atrás con sus padres y Carl para una excursión dominical. Se acuerda del traje demasiado grande que llevaba su hermano y de su tímida y desdichada madre en el paseo del Rin, rodeada de gente mucho mejor situada. Su padre no ganaba un buen sueldo. No era más que un rotulista cuya aspiración era hacerse electricista: el Gobierno había prometido ese tipo de ascenso a los que se alistaran en los primeros días de la guerra.

El vestíbulo, sobrecargado y sombrío, ha sobrevivido a la guerra. Cuando sale al exterior observa un montón de solares vacíos, casas de una sola planta edificadas a toda prisa sobre viejos cimientos, escombros cubiertos de malas hierbas. Aún tiene tiempo, así que pasea en dirección al casco viejo. Ve casas medio derruidas apoyadas unas en otras como borrachos. En una valla de madera lee: BASTA DE LA PLAGA NAZI, y en un muro, entre dos agujeros de bala: ¡HITLER CAPUT!

Toma un café en un puesto improvisado con tablas de madera. Un hombre con una sola pierna, que parece trabajar con un organillero ciego, extiende un sombrero.

En Ellis Island siempre había rehuido a Dörsam: no quería dejarse ver con él demasiado a menudo. Desde el punto de vista de los estadounidenses, no era un tipo recomendable. ¿Debe llamarlo Dörsam

o señor Meerbusch? No puede cometer ningún error.

A las diez y media vuelve a la estación por la Domstrasse y la Machbäerstrasse, y enfila la Kunibertsklostergasse, que está llena de ventanas vacías y escaleras sin edificio alrededor. No tiene que esperar mucho tiempo: también Dörsam llega temprano.

—*Heil Hitler!* ¡Venga conmigo!

Se adapta al ritmo de Dörsam, que es ágil, pero no apresurado, y tiene la impresión de ser una molesta mosca que el otro intenta sacudirse.

—Esto no va a quedar así: no se ha dicho la última palabra.

Él asiente cortésmente y Dörsam sigue hablando:

—Los alemanes echamos de menos lo que había aquí hace años; créame, nadie quiere una democracia, y menos aún potencias ocupantes. Están preparando algo en Sudamérica: un golpe de Estado.

Luego mira con recelo a Josef, que no ha dejado de asentir cortésmente, y le dice con sorpresa:

—Lo he confundido con otro: ahora recuerdo que el hombre al que esperaba se llama Josef Wolpensinger; ¡usted es el operador de radio! Nunca he sido bueno con los nombres ni con las caras, ¡y para colmo usted se le parece!

Se pregunta si Dörsam no acaba de contarle demasiado, y también si es de fiar. ¿Derrocar a Adenauer? No, gracias.

—Me parezco a mucha gente —dice Josef cuando llegan al Rin. El viento riza el agua gris plateada. No reconoce nada, aunque sabe que estuvo allí con sus padres y Carl en una vida anterior.

—Ya me he acordado de quién es usted, no se preocupe.

Avanza medio metro por detrás del tipo, aunque se esfuerza de veras por alcanzarlo; sin embargo, cuando busca recuperar terreno el otro camina más deprisa. Lleva el cuerpo rígido, inclinado hacia delante, como si huyera de un dolor de estómago.

—Usted no hizo gran cosa por nosotros, ¿no?

Josef titubea: haber hecho poco ha sido un punto a su favor en los últimos tiempos, pero hizo demasiado, aunque también demasiado poco, es cierto.

—Usted había construido un aparato de radio, ¿no? Lo repetía todo el tiempo ante el tribunal.

—Me dijeron que, si me deportaban, recibiría ayuda. —Ahora corre detrás de Dörsam con el traje de Carl, que le queda grande, bailoteando por todo su cuerpo.

—Eso era para los peces gordos, pero usted no era gran cosa.

Josef calla. Le gustaría encender un cigarrillo: el último cigarrillo estadounidense que le queda, pero el viento a la orilla del Rin es tan fuerte que sería un despilfarro. Dörsam se detiene y mira hacia un puente.

—Esto es nuevo: los americanos bombardearon todos los puentes.

No es cierto: las SS volaron los puentes cuando llegaron los americanos, lo sabe por Carl, pero no es muy inteligente andarse con matices cuando se quiere algo de Dörsam.

—Schmuederrich está en Buenos Aires, ése sí que era un amigo.

Josef asiente: «Sí, claro, Schmuederrich era un amigo.»

—¿Usted quiere irse también a Sudamérica, por eso me busca?

—Aquí no tengo ningún futuro. Quizá pueda ser útil en Buenos Aires.

—¿Qué ha hecho usted por nosotros?

Él titubea, pero finalmente se decide a apostarlo todo a una carta.

—Hice mucho por ustedes: ¿se acuerda de la Operación Polvo Solar?

El rostro de Dörsam se ilumina.

—¡La Operación Polvo Solar!

—No tengo papeles alemanes —dice rápidamente Josef, pasando al siguiente tema.

—Vuelva a Colonia dentro de cuatro semanas, ¿tiene dinero?

—No.

—Eso es malo.

Dörsam sigue caminando impertérrito.

—¿Qué quiere decir con que es malo?

—¿Aceptaría un empleo, o vender esa cámara que lleva colgada del hombro? ¿De qué marca es?

—Es una Linhof.

—Véndala.

—No puedo: es de mi hermano. ¿Cuánto dinero necesitaría?

—Eso depende: si no le importa viajar con pocas comodidades, no necesitará tantísimo: unos quinientos dólares, quizá. Primero tendrá que cruzar la «frontera belga» por la zona de Aquisgrán: lo que llaman la frontera negra, la ruta de los contrabandistas. Se necesita visado, pero si dice que viene de Inglaterra y que no tenía ni idea lo dejarán pasar. Autostop hasta Eupen y, una vez allí, tranvía a Herbesthal y trenes hacia Bruselas, París y finalmente hacia El Havre, donde deberá abordar el barco a Dakar con parada en Casablanca… ¿Se acordará de todo?

—No lo sé.

Dörsam hace una pausa mientras Josef anota el itinerario en el reverso de su billete de tren.

—Puede solicitar un visado para Argentina en Bonn. —Dörsam mira el reloj—. Hoy ya es un poco tarde.

Eupen, Herbesthal, Bruselas, París, El Havre, Casablanca, Dakar: lo ha anotado todo.

—¿Y los billetes de barco?

—Tendrá que conseguirlos en El Havre. Parte del dinero de que le he hablado es para sobornos. Es menos difícil de lo que suena: Europa entera está en movimiento, sólo hay que aprovechar el caos. Quizá hasta pueda enrolarse como marinero, con lo que el viaje le saldrá gratis. Al llegar a Buenos Aires, vaya a ver a Schmuederrich al café Abc: yo le mandaré un telegrama. Allí puede ser útil. Yo iré después, cuando haya concluido mi tarea aquí.

Se da cuenta de que Dörsam mira nervioso a su alrededor, como dando a entender que el encuentro ha finalizado. Josef hace acopio de valor y pregunta:

—¿Y qué ha sido del doctor Ritter?

—¿El doctor Ritter? Ahora es exportador en Hamburgo. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Y el general Lahousen?

—¿Cómo se le ocurre hablarme de ése? ¡Es un traidor!

—Sólo me interesa saber qué ha sido de él.

—Los americanos le dieron una cuantiosa pensión después de haber chivado los nombres de todos y haberlos enviado a la muerte. Ahora vive en algún sitio del Tirol. En Innsbruck, creo.

Pocos minutos después Dörsam se aleja caminando calle arriba hacia la catedral. A él le habría gustado ir por allí también, pero renuncia a hacerlo y sigue paseando a lo largo del Rin. Ve destellar el agua azul. No hay una sola nube en el cielo, solamente la estela de humo de un vapor de ruedas cuyas paletas entran y salen del río. Busca en vano la sensación de paz que el río Harlem le transmitía siempre. Revive una y otra vez la conversación con Dörsam. ¿Podrá mantenerse lejos de los alemanes una vez en Buenos Aires? Quizá no debería detenerse en Buenos Aires y cruzar la frontera desde México: al fin y al cabo, Estados Unidos es su verdadera patria.

De vuelta en Neuss, nota que Edith rehúye su mirada. Recuerda haberlo notado ya la noche anterior, pero no le dio importancia. No obstante, ahora le parece como si sobreactuara su trajín y dejara traslucir una pequeña rabia en todo lo que hace. Ya no resulta tranquilizador, como antes, verla hacer las tareas del hogar: ahora todo es más ruidoso y más vehemente, como si quisiera ahuyentarlo.

Cuando Carl vuelve al salón donde ha estado jugando al ajedrez contra sí mismo («para ganarte, querido»), se acerca a ella, que levanta la vista de los platos sucios.

—Por favor —le susurra—. Por lo menos delante de Carl: ¡va a pensar que te he hecho algo!

Ella lo mira ofendida. ¿Será que su rabia se debe precisamente a que no pasó gran cosa y a que nada más va a pasar?

—Vas a irte —responde ella, y él se da cuenta de que no es una demanda, sino un reproche—. Vas a irte y nosotros nos quedaremos; yo me quedaré, y todo seguirá siendo tal como es.

# 21

## Nueva York, mayo de 1939

Conocía las piezas y había hecho una lista exhaustiva. Pensaba construir primero la bobina y el condensador, dejando el audión, la antena y el amplificador para la siguiente etapa del trabajo. Iría varias veces a comprar, llevando cada vez solamente lo que cupiera en su mochila de cuero. Necesitaba cables, interruptores, bornes y un soldador nuevo. Su idea era evitar todas las partes prefabricadas: prefería hacerlo todo él, lo que dificultaría mucho rastrear el aparato, que por otra parte debía ser más bien pequeño y ligero, caber en un par de maletas como máximo.

Dejó en el apartamento a la perra, que aulló detrás de la puerta, como siempre que él se iba. Con dos dedos sacó del buzón una carta de Carl enviada por correo aéreo. La abrió en la calle, mientras caminaba:

*Querido Josef...*

Fue directamente a la última página: Carl siempre dejaba lo más importante para el final.

*Nuestra hija pronto cumplirá un año; nuestro hijo, tres. Los dos son una gran alegría para nosotros. ¿Tú no piensas en casarte y tener hijos? Ésa es la mayor felicidad de la vida.*

*¿Qué tal el trabajo? ¿Te has reconciliado con tu jefe, habéis superado vuestras diferencias de opinión? Uno siempre tendría que estar a buenas con su superior, espero que no te tomes a mal este consejo.*

*Por lo demás, mi negocio ha sido clasificado como de importancia*

*bélica, así que no tienes que preocuparte por nosotros si estalla la guerra. Además, soy inútil para el servicio: un solo ojo no basta en el frente. Ya sabes lo que dicen por ahí: de todo lo malo sale siempre algo bueno.*

*Te saludan de todo corazón*
*tu hermano Carl, Edith y los niños*

Compró *The New York Times* en el quiosco y, ya en el metro, mientras volvía a repasar la lista, lo invadieron los recuerdos: las distintas etapas, la concentración, los cables que pasaban de mano en mano, la voz de Arthur diciendo: «Tienes que dejar unas patitas en los extremos del cable, mira, así.» Quizá Arthur estaría dispuesto a ayudarlo si no sabía por dónde seguir.

Llevaba ciento setenta y cuatro dólares encima. Apretó la bolsa de cuero contra su cuerpo mientras el metro atronaba a sus pies. «Sólo los mejores materiales», había dicho Max. «¡Tenemos luz verde de Hamburgo!»

Buscó en su interior una mínima satisfacción por el hecho de que sus propuestas hubieran sido bien recibidas, pero sólo sentía agobio.

Delany Street, Foley Square, Fulton Street. Abrió el periódico y lo hojeó por si encontraba el nombre que buscaba siempre. Esta vez estaba en la página tres: le estaban construyendo un aeródromo privado a una hora de Berchtesgaden. Un sacerdote católico había sido condenado a dieciséis meses de cárcel por hablar mal de él.

Trinity Church: se había pasado una estación. Ahora estaba en el barrio sirio, rodeado de rótulos en árabe. Todo lo que quedaba al oeste de Broadway, desde Liberty Street hasta Battery Park, estaba en manos de árabes. Se movió entre carretillas con frutas exóticas, entre mesas y hombres que jugaban al ajedrez y fumaban pipas de agua. Olía a café y a cardamomo. La Pequeña Siria, El Hijo del Jeque... Llevaría allí a Lauren, si es que seguía estando interesada en él.

—¿Y por qué iba a interesarse por ti, si no tienes nada que ofrecerle?

—le había dicho Arthur en tono burlón.

—Seguro que el FBI la ha puesto sobre mis pasos —había respondido él.

Entró en una iglesia maronita, quizá sólo porque se llamaba San José. El ambiente era tan silencioso que se sintió como si tuviera la cabeza debajo del agua. Musitó una oración: rezó por Carl, para que de verdad no tuviera que ir al frente.

Desplegó la carta y se enteró de que Carl había comprado una casa y el antiguo propietario se había negado a hacerle la menor rebaja.

> *Aquí eso ha dejado de ser una mala costumbre para pasar a ser normal. A Edith no le gusta la casa, es vieja y tiene algunos inconvenientes, pero no podemos tener buena conciencia y lujos, ¡por lo menos, no en estos tiempos!*

Adjuntaba una foto: la familia en el parque municipal. Era una foto antigua, con Carl en actitud orgullosa, adelantando un pie. Todos llevaban gruesos abrigos de lana y cuellos de piel, se veía nieve al fondo.

Se santiguó y volvió a salir. El aroma fresco y afrutado de las pipas de agua invadía la calle. Cruzó Liberty Street y pronto llegó a Cortlandt Street, también llamada Radio Row, llena de tiendas especializadas. Los aparatos brillaban al sol: la técnica se desarrollaba a tal velocidad que las tiendas se veían constantemente obligadas a hacer sitio a las últimas mercancías. En las aceras se apilaban carcasas de acero y de aluminio, altavoces y tubos, y un montón de compradores caminaban entre la mercancía y la examinaban, o formaban grupitos de expertos y discutían. Olía a goma quemada, a lubricante y a metal. De las tiendas salían melodías (jazz y música clásica entremezcladas) que daban ritmo al metal reluciente. Vio viejas Radiolas y antiguas Treasure Chest de Stromberg, con carcasas de madera bellamente trabajadas, que antaño se vendían por trescientos dólares. Ahora casi las regalaban, pero sin ninguna garantía de que funcionaran.

Tocó la superficie de madera de una Philco Midget de 1933 con

forma de catedral.

—¿Usted conduce? —Josef se estremeció—. Le instalamos una radio en el coche, fije una cita.

El hombre vestido de mecánico le puso una tarjeta de visita en la mano. Al borde de la calle había coches estacionados con las puertas abiertas de par en par. Los curiosos se paraban a mirar.

En los escaparates había moluscos del Mar del Sur y pescado seco, *souvenirs* de las gentes de mar que se abastecían allí de aparatos de radio. Se decidió por una tienda llamada Ammon's.

Entró, sacó su lista, y el vendedor la contempló durante un buen rato.

—¿Un oscilador de cristal de cuarzo con un alcance de tres mil millas? ¿Qué pretende hacer con eso?

—No es para mí, sino para un conocido.

Como solía pasar cuando estaba nervioso, le salió el acento alemán.

—¿Opera usted también?

—Sí, soy radioaficionado.

La lista estaba encima del mostrador, entre ellos. Le habría gustado cogerla e irse de allí.

—Pero ¿el cristal de cuarzo debe tener un rango de más de tres mil millas?

—No está prohibido...

—Aún no.

El vendedor lo miraba con sospecha y no hacía nada para ocultarlo.

—Ahora mismo no tengo un oscilador así en el almacén.

—De acuerdo, entonces volveré en otro momento —dijo él cogiendo la lista.

—Espere: puedo darle las otras piezas.

El vendedor recorrió las estanterías cogiendo de aquí y de allá varios cables, bornes, piezas de goma... Josef confiaba en que eso le daría tiempo para pensar, pero el tipo lo enredó: en la lista había goma laca, ¿para qué la necesitaba? No se la aconsejaba como aislante: era mejor la parafina o el barniz aislante.

—De acuerdo.

—¿Tiene papel de aluminio en casa?

—No.

—Pues lo va a necesitar: hay que cubrir la parte trasera del panel. Eso sí: no olvide dejar huecos para los conectores.

Él asintió distraído.

Seguía estando solo con el tipo. ¿Debía irse sin más? Había que ver cómo lo miraba cada vez que dejaba una pieza sobre el mostrador y cómo decía casi a gritos de qué se trataba.

Luego cogió un bloc de facturas ondulado por la humedad y empezó a apuntar cada artículo.

—¿Es usted alemán?

—Vivo aquí desde hace quince años. —Josef cogió el borne y lo examinó como si aún no se hubiera decidido.

—Pero ¿es de Alemania?

—Eso se me nota, ¿no?

El vendedor asintió y a Josef lo irritó que lo hiciera.

—Son ciento cincuenta dólares en total. Necesito su nombre y su dirección.

Él titubeó.

—Lo mejor es que me enseñe su pasaporte, así no tendrá que deletrearme su apellido alemán.

—No es complicado: me llamo Joe Klein.

El vendedor alzó la vista.

—Sí que es fácil. ¿Dónde vive, Joe?

Algo iba mal. Sin embargo, le dio su dirección por puro despecho.

—¿Puedo ver su pasaporte? —insistió el vendedor.

—No.

—Entonces no puedo darle la mercancía.

—La dirección es la correcta y el nombre también —dijo resoplando, incapaz ya de controlar su tono de voz.

—Pues no puedo darle la mercancía, lo siento.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó su pasaporte y lo estampó en la mesa. El vendedor le echó una breve mirada.

—Muchas gracias, ¿cuál era el problema?

—No había ningún problema: ése era el problema.

—A veces no les entiendo a los alemanes.

—Yo no soy alemán: tengo la nacionalidad estadounidense.

—Siempre será alemán.

No esperó a que el vendedor le envolviera la mercancía: lo metió todo dentro de su bolsa y, al hacerlo, se le cayó el borne de cobre. Lo recogió y salió a toda prisa de la tienda.

# 22

# Nueva York, mayo de 1939

Se inquietó cuando no vio a Lauren en el vestíbulo. Había llegado un poquito tarde. Compró dos entradas, esperó cinco minutos y se dirigió a la puerta de acceso. «Si Hitler llega a la Casa Blanca, todos los que hayan visto esta película serán arrestados», ponía al dorso de su entrada. Muy ingenioso. De tanto en tanto incluso se oía reír a alguien.

El cine estaba vigilado, dos guardias flanqueaban la entrada. Cuando se disponía a entrar, oyó que Lauren gritaba su nombre a su espalda. Llevaba Coca-Cola y palomitas.

—Para ver a los nazis —dijo.

Se sentaron en la penúltima fila. Detrás del todo se sentaban los pervertidos, aunque no cabía esperar nada inspirador de esa película. Él se hundió en el aterciopelado abrazo de la butaca y ninguno de los dos dijo nada. Primero publicidad, luego la película: sonaron las fanfarrias de Warner Bros Pictures, después ominosos violines. Finalmente, en la pantalla apareció el título: *CONFESIONES DE UN ESPÍA NAZI*.

Un hombre del que sólo se veía la silueta explicaba un caso de espionaje en Nueva York, las confesiones de los agentes «superaban a la ficción».

Una sala de reuniones en Nueva York, cruces gamadas en las paredes y una pancarta: *NUR EINER SCHAFFT'S: DER FÜHRER! HALTE IHM DIE TREUE!* («Sólo un hombre puede lograrlo: ¡el Führer! Mantén la fe en él.»)

Alemanes en posición de firmes. Les costaba horrores hablar en inglés («*Tumorrow de vorld is auers. Heil Hitler!*»), pero bien poco levantar el brazo. Todos parecían bastante idiotas, el público reía. ¿Por qué demonios había ido con Lauren a ver precisamente esa película?

Los nazis lanzaban octavillas sobre Nueva York desde una avioneta:

¡EL PRESIDENTE ES COMUNISTA! ¡ALEMANIA QUIERE LA PAZ!

En el cuarto trasero de un restaurante en Yorkville —¿no era el Old Heidelberg?—, un hombre asustado que quería dejar de trabajar para el servicio secreto alemán se veía arrinconado por fornidos agentes de la Gestapo:

—¿Ha oído hablar de la Gestapo? ¡Por esta vez lo dejaremos ir!

Incluso aquello sonaba ridículo, aunque no lo bastante para que él también se riera. Lauren se inclinó hacia él y le susurró:

—Simplemente debería acudir al FBI.

—Lo detendrían de inmediato.

—No si declara contra los otros.

¿Cómo sabía ella eso?

—*Zi cherman destini of Amerrica…* —dijo alguien en la pantalla.

Las risas en la sala lo ponían nervioso: revelaban la tranquilidad de un sentimiento compartido. Incluso Lauren se reía en voz baja, y cuando se volvió hacia ella le dijo:

—Bueno, es muy gracioso, la verdad… Tú no hablas así: casi no se te nota que…

No acabó la frase.

Las risitas no cesaron en la sala hasta que Hitler apareció en pantalla. No era un actor, sino el auténtico Hitler. Se lo veía rugiendo en el Reichstag, orgulloso delante de miles de soldados… El silencio en la sala daba más miedo que todo lo que había aparecido antes en la película, que era simplemente ridículo.

Lauren volvió a inclinarse hacia él y susurró:

—No han encontrado a ningún actor dispuesto a hacer de Hitler: todos tenían demasiado miedo. ¡El director ha recibido amenazas de muerte! De ahí las tomas originales.

—Me lo imagino.

Su voz sonaba gélida. Lauren tenía las manos cruzadas sobre el regazo. En la pantalla un emigrante alemán llamado Kurt Schneider trataba de conseguir pasaportes falsos para los agentes secretos, aunque era tan torpe que poco después el FBI ya estaba sobre su pista. Mientras corría por las calles dirigiéndose sin saberlo hacia su detención, Josef tomó un trago de Coca-Cola y miró a Lauren. Tenía el rostro iluminado

y se esforzaba en sacar de la película alguna información valiosa.

Josef pensó en cómo había actuado él mismo en la tienda de componentes hacía apenas unos días: había sido un necio, pero nadie le había explicado nada. Nadie le daba instrucciones, sencillamente lo dejaban hacer.

En la pantalla Alemania se disponía a preparar el gran imperio mundial ario germánico. Con escritura en cera, con tinta invisible, con bastones de paseo huecos. La semana anterior Max, Ludwig y él sólo habían transmitido veinte series de números a Hamburgo. «Apenas nos llega información», se quejaba Max: los cocineros de los barcos, las chicas de servicio, los empleados de las fábricas no la suministraban. Le había preguntado a Max si aquella gente trabajaba para el servicio secreto alemán, pero no había obtenido respuesta.

El Kurt Schneider de la pantalla acababa siendo detenido y resultaba muy fácil arrancarle una confesión porque se sentía orgulloso de haber sido agente nazi durante una temporada.

Lauren susurró:

—Es increíble que recluten a esos idiotas.

—Pero lo hacen —repuso él en voz baja.

Lauren lo miró con aire inquisitivo, él se estremeció, pero no dijo nada.

—La película es tan contradictoria, Joe... Presentan como idiotas a los alemanes y aun así pretenden que creamos que pronto van a reducir Nueva York a cenizas.

—¿Cómo sabes que no van a hacerlo?

Lauren se lo quedó mirando y luego dijo:

—Tienes razón, no lo sabemos.

Más tarde, a la salida, Lauren seguía hablando y él se mantenía mudo: le parecía que, después de escuchar a tanto alemán ridiculizado, no podría disimular su acento. Miró el cartel publicitario de la película: TU VECINO ALEMÁN, ¿DE QUIÉN RECIBE INSTRUCCIONES? ¿A QUIÉN INFORMA? Y oyó a Lauren decir que la película había ganado un premio venciendo a *El*

*mago de Oz*.

—Por supuesto que es una película de propaganda, pero la facilidad de engatusar a los inmigrantes frustrados está bien presentada, ¿no crees?

En mitad de la frase él la cogió por el codo y la llevó fuera.

Entretanto, había oscurecido. El aire de Broadway olía a polvo y a vapores de gasolina. Le gustaba ese olor. Avanzaron entre la gente. Los anuncios luminosos (Cerveza Schaefer, Pepsi-Cola) en letras doradas y rojas brillaban contra el cielo nocturno.

Caminaron en silencio, extrañamente perdidos y, por eso mismo, extrañamente unidos. Él le cogió la mano, le acarició la palma con el pulgar y sintió que le recordaba a otra mujer; trató de recordar a cuál.

—No esperes mucho de mí —dijo ella en voz baja.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó él soltándole la mano—. ¡Qué tontería! —dijo al ver que ella callaba. Y finalmente añadió—: Ya es tarde. Cogeremos un taxi y te llevaré a casa.

—No es necesario.

—Sí, Lauren.

Sabía que tenía que llevarla a casa, y de pronto se sintió como Dios, que lo sabe todo. Llamó con gesto ampuloso a un taxi, aunque ni siquiera sabía dónde vivía Lauren. Ella lo miró inquisitiva, con una leve expresión de rechazo, pero él la ignoró. Le abrió la puerta y ella subió por el otro lado.

—Lauren, voy a acompañarte a casa. Necesito tu dirección.

Ella se inclinó hacia delante y susurró el nombre y número de la calle a la nuca del conductor. Era una dirección de Brooklyn: un largo trayecto.

Doblaron por Frankfort Street hacia el puente de Brooklyn. Ella no dejaba de mirar por la ventanilla, apartando el rostro. Sus instintos funcionaban: al fin y al cabo él le ocultaba algo, algo fundamental.

Había empezado a llover y un peatón se había puesto una capucha de papel de periódico encima del sombrero.

De pronto Lauren suspiró ruidosamente y buscó su mirada.

—La verdad es que es increíble cómo se comportan aquí los

alemanes.

Sin duda él compartía su opinión, pero dijo:

—Hace muchos años que no están en su patria, quizá tengan nostalgia.

—¿De Alemania?

—Sí, al menos de la Alemania que recuerdan.

—Pero también apoyan a la actual Alemania.

—Quizá confunden nostalgia con patriotismo.

—¡El patriotismo tampoco es mejor, Josef! —dijo ella alterada.

Él calló. El conductor los espiaba por el retrovisor.

—¿O es que crees que el patriotismo es algo inofensivo? —insistió ella. Él sintió una punzada de ira, pero se esforzó en responder con voz tranquila:

—No lo sé, Lauren. Yo, por ejemplo, quiero mucho a Estados Unidos; ¿qué tiene eso de malo?

—Joe, en todas partes se están estableciendo regímenes autoritarios como el de Alemania en nombre del patriotismo.

—¿Y el comunismo no es autoritario?

Ella suspiró y, como no dijo nada, él añadió:

—El peligro es igual de real, Lauren. Hay una amenaza comunista, no puedes negarlo. El judío Trotski está en México intentando propiciar la toma del poder de los comunistas en Estados Unidos, y sólo es un ejemplo.

—Está exiliado allí, Joe. Su condición de judío le ha causado graves problemas en Rusia.

Lauren subrayaba cada palabra como si hablara con alguien duro de oído. Luego volvió a mirar por la ventanilla, como si no quisiera seguir con la conversación. Su perfil se recortaba contra la calle; él miró su afilada barbilla y se sintió conmovido: aunque estaba furioso con ella, le habría gustado abrazarla y estrecharla contra él. Por el amor de Dios, ¿de qué estaban hablando? Pasaron por delante de un gran cementerio; él no tenía ni idea de dónde estaban: sólo conocía Brooklyn por las excursiones a Coney Island y porque a veces habían suministrado material en Bushwick a un grupo de mujeres comprometidas que se

llamaba Mujeres Contra el Comunismo.

El taxi se detuvo y Josef pudo ver en una calle lateral las luces de un carguero.

Se encontraban en una calle paralela a la carretera de la costa.

Lauren se apeó. De pie bajo la lluvia dio unos golpecitos en la ventanilla de Josef y él la bajó.

—Creo que has malinterpretado completamente a Thoreau: su individualismo no es una carta blanca para organizar el mundo a la medida de cada uno.

La vio correr por un jardín delantero hacia una casa de dos plantas. Cuando vio que la luz se encendía en la vivienda, le pidió al taxista que lo llevara hasta la próxima boca de metro.

—No hay que hablar de política con las mujeres —le dijo el taxista mientras él le pagaba. Josef se subió el cuello y echó a correr. La lluvia le azotaba el rostro como si le diera pequeñas bofetadas.

## 23

# Neuss, julio de 1949

El portaobjetivos de la Linhof es fácil de desatornillar; la rosca cede y la contratuerca cae en su mano. También la lente es fácil de quitar. Pasa un dedo por el cristal: es una Zeiss de muy buena calidad. El fuelle de cuero es bastante largo. Lo mueve en todas direcciones a modo de prueba; lo estira. No parece haber ningún anclaje. Antes de desmontar la carcasa, le toca el turno al flash. Los tornillos salen uno tras otro: ha sido fácil.

Hace mucho tiempo que no trabaja en ningún aparato: en Ellis Island no había máquinas ni dispositivos electrónicos; tampoco herramientas y, para el caso, tampoco trabajo. Tan sólo libros y periódicos, juegos de mesa y unos cuantos futbolines (la mayoría en la zona de los jóvenes). Él esperaba todos los días el periódico, que llegaba con una semana de retraso y a veces con algunas páginas de menos. Eso lo hacía desconfiar, y trataba de reconstruir, con ayuda de los titulares de la primera plana, lo que estaban intentando ocultarles en cada ocasión.

Había empezado a hacerlo en la cárcel de Sandstone. Esas páginas faltantes eran una fuente de preocupación y también la señal inequívoca de que no iba desencaminado en su interés de reconstruirlas: seguro que andaba tras la pista de algo que nadie más sabía.

De las noticias que sí habían llegado completas recordaba especialmente una, del verano de 1942, cuando llevaba medio año en prisión: ocho alemanes habían desembarcado en la playa de Amagansett. Un submarino los había dejado a poca distancia de la costa de Long Island y habían alcanzado la playa al amanecer en lanchas neumáticas de remos. Mientras intentaban esconder unas cajas

herméticas con explosivos y temporizadores, uno de los vigilantes de la playa los descubrió. Intentaron sobornarlo y huyeron de ahí a toda prisa, pero el vigilante llamó a la policía. La arena todavía húmeda reveló el escondite de las cajas; alrededor había colillas de cigarrillos alemanes recién apagados. No fue difícil adivinar que se trataba de espías alemanes. Para colmo, se dejaron olvidados documentos importantes en el tren hacia Nueva York. «Mira por dónde», pensó él: al parecer, seguían recurriendo a idiotas para las operaciones del Reich alemán en el extranjero.

Su misión era volar instalaciones industriales (como fábricas de aluminio) e infraestructuras (puentes y vías férreas): precipitar a Estados Unidos en el caos. La llamaban Operación Pastorius.

El fuelle de la cámara no es tan sencillo de desenganchar. Pasa un buen rato intentando aflojar los engarces con el destornillador en un ángulo bastante incómodo hasta que finalmente consigue que se suelte. Descubre polvo y pelusas en el interior de la cámara y sopla para eliminarlas. En las fotos de Carl en el parque municipal había una ligera sobreexposición, así que examina los pliegues, pero no descubre grietas, o son demasiado diminutas.

Puede oír a su hermano en la cocina: sin duda acaba de llegar a casa. Oye cómo le grita a su hijo. Su voz fastidiosa les recuerda a las mujeres del Lower East Side. Es como si esa voz horrenda tuviera vida propia y se apoderara de él. Siente lástima.

Al principio le daban ganas de acercarse a su hermano y decirle: «Cálmate, todo va a salir bien», pero ahora le gustaría darle un guantazo.

Al menos Carl ha seguido el camino recto, mientras que él ha ido por una senda torcida.

En la cárcel a veces pensaba en Gandhi, en cómo había seguido avanzando en pos de su objetivo pese a que lo habían encarcelado. Para él, en cambio, caer en la cárcel había sido un retroceso, y de ahí en adelante su vida se había vuelto cada vez más insignificante.

Tras limpiar el fuelle, coge un poco de aceite para lubricar las uniones. Luego gira la placa de pivote y le quita los tornillos uno a uno.

Normalmente se esfuma antes de que Carl vuelva de trabajar por la tarde, agotado después de tantas entregas. Da solitarios paseos por la ciudad, por calles llenas de techos desplomados y muros carbonizados, y a su regreso siempre lleva preparados unos cuantos temas inofensivos de los que poder hablar: «¿Has visto?, ahora Maikelowski también vende cerveza.»

Pero no ese día: desmontar la cámara es demasiado divertido. Ya hay un montón de piezas encima de la mesa. Examina el mango del cable disparador y enseguida localiza unas pequeñas grietas en la goma: Carl ha hecho muchas fotos con ese disparador (empezando con su viaje de novios), pero apenas ha fotografiado su entorno; nunca edificios, casi nunca a otras personas, casi siempre a sí mismo, solo o con Edith, y más tarde con los niños.

Desde el día de los *gnocchi*, Edith ha dejado de limpiar su habitación. Seguro que Carl no lo sabe. Él mismo hace su cama todas las mañanas y recoge lo que sea que esté fuera de lugar. Cuando Carl o los niños están delante, Edith es amable con él; cuando están solos, lo trata con frialdad.

Contempla la plataforma con la leva de acople. ¡Fantástico trabajo de precisión! Hurga con el destornillador en la carcasa y desmonta la sujeción del trípode. Los tornillos van rodando ante él, uno tras otro. Oye a Carl recorrer el dormitorio con firmes pisadas, lo oye hablar con Edith, pero no entiende una sola palabra.

Unas semanas después de la primera noticia sobre la Operación Pastorius, había leído que uno de los agentes de la playa de Amagansett se había emborrachado en un bar en Bretaña (desde donde zarpaba el submarino a la mañana siguiente) y se había puesto a contar sus planes, y mucho más adelante, en otro artículo, que uno de los agentes había acudido al FBI y había delatado a sus compañeros.

Recuerda que ese día estaba sentado en la galería desde donde podía verse la Estatua de la Libertad y que Schmuederrich se había puesto silenciosamente a sus espaldas.

—¿Qué estás leyendo?

—El periódico.

Oyó un resoplido y enseguida sintió cómo Schmuederrich le quitaba el periódico de las manos.

—Ah, ese Lahousen. ¡Es un traidor y un cerdo! Sólo quiere salvar su propio culo. ¡Ahora que la guerra ha terminado todo el mundo puede decir lo que se le ocurra!

Ellis Island, con sus ventanas opacas y empañadas: allí dentro el Tercer Reich no había caído aún.

Cuando el encierro empezó a hacerse cada vez más duro, intentó hacer como los monjes y prestar atención a las cosas más pequeñas.

Al fin y al cabo, Dios lo había creado todo: las baldosas blancas del suelo en forma de panal; la jarra de agua encima de la mesa; las dos columnas de la sala; los azulejos de las paredes, surcados de grietas a causa de los temblores y con unos cuantos puntos resquebrajados; el «Heil Hitler» que flotaba por los pasillos como un fantasma…

«Quédate al margen hasta que todo haya pasado», se decía. «Puede ocurrir cualquier día.»

Cuando tenían que irse, gritaban:

—¡Nos vemos muy pronto en Buenos Aires!

Y ahora Buenos Aires parecía la única solución también para él.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—Volveré a montarla, Carl. Sólo quería echar un vistazo a los componentes.

—¡Móntala enseguida, por el amor de Dios! ¿Sabes lo que ha costado?

Lo sabe. Se pone manos a la obra, aunque le habría gustado hurgar un poco más en el interior. Pero Carl está en pie detrás de él, esperando y haciendo un esfuerzo por mantenerse callado. Al final no puede más y dice:

—Seguramente tienes que concentrarte, igual te molesto.

Y se va.

Pieza a pieza, tornillo a tornillo, al cabo de una hora la Linhof vuelve a ser una sola pieza. Salvo por un tornillo, que sobra.

¿Va a esconderlo? No. Opta por confesárselo a su hermano. Para su sorpresa, Carl se echa a reír.

—¡Sin duda es el tornillo que te falta a ti, chaval!

Cuatro semanas después los ocho agentes comparecieron ante un tribunal militar que, ese mismo día, sentenció a seis a la silla eléctrica y a los dos restantes (los que habían acudido al FBI y traicionado a sus compañeros) a una pena de cárcel. Aunque eso también lo leyó años después. En su momento era obligado dar la impresión de que Hoover, el jefe del FBI, y sus muchachos lo habían hecho todo solos, sin la ayuda de traidores.

En otro artículo había leído que tres marineros estadounidenses y uno británico se habían ofrecido a fusilar a los agentes condenados para ahorrarle al Estado el costo de la electricidad necesaria para la ejecución, pero el Estado no había querido dejar escapar esa oportunidad.

# 24

# Nueva York, julio de 1939

Estaba en Foley Square, y aunque los transeúntes se le echaban encima como olas en un mar embravecido, los edificios inmóviles parecían aceptarlo como uno de ellos. Delante tenía el Palacio de Justicia, con sus columnas y su enorme escalinata: una especie de templo blanco, grande y majestuoso. Trató de parecer un turista desplegando un mapa de la ciudad, mirando hacia el parque municipal y volviendo a plegarlo.

También su vida podía plegarse como un trozo de papel y meterse en el bolsillo de algún policía o algún agente. Había tomado la decisión de ir hasta allí, pero de momento sólo para echar un vistazo, sin presión. Por eso estaba tan tranquilo y respiraba con calma mientras el sol le requemaba la nariz. La semana siguiente volvería a trabajar para Arthur imprimiendo cosas como *América para los blancos*: al fin y al cabo necesitaba un empleo que fuera aceptable para las autoridades fiscales, y lo de operar una estación de radio para el servicio secreto alemán no serviría.

Miró hacia la entrada y se imaginó subiendo la ancha escalinata del edificio y siendo interceptado por un portero. «¿En qué puedo ayudarlo?» «Quiero informar de algo al FBI.» No quiso imaginar más; volvió la espalda al edificio.

«No», pensó. «Hoy no.»

Se echó a andar en dirección al sur bajo el sol parpadeante, observando extravagantes sombreros de verano y percibiendo un olor a perfume y protector solar. Cruzó el puente de Brooklyn, que vibraba terriblemente, y vio pasar a sus pies un cúter que avanzaba cortando el agua con la proa. Arthur le había dicho una vez que había unas oficinas

secretas por encima de Red Hook; incluso había mencionado nombres, pero él no lograba acordarse. Quizá allí podían darle unos documentos nuevos, una nueva identidad. Dejó atrás el puente y giró en la Old Fulton Street, flanqueada por *brownstones* idénticas entre sí.

Caminó en paralelo a la costa y contempló el perfil de Manhattan bajo el cielo azul. Al llegar a la ancha Atlantic Avenue se dio cuenta de que tenía hambre. Entró en un bar y pidió unas patatas asadas con arenque, una Coca-Cola y después un café. «Está atardeciendo, pero aún hay luz», pensó mientras seguía caminando. Atravesó varios cruces: Pacific Street, Baltic Street, Degraw Street... Llegó a un parque y se sentó en uno de los bancos. Poco después se tumbó de espaldas y se quedó dormido. Volvió a abrir los ojos y vio a un policía inclinado sobre él; entre sueños había sentido cómo lo cogía del brazo y lo sacudía para despertarlo. Se dirigió a la salida del parque, ya casi había oscurecido.

Por fin llegó a Red Hook, un barrio portuario de casitas bajas de ladrillo que le recordó a Düsseldorf. Detrás podían verse los muelles, unos enormes almacenes rojos cuyas puertas daban a los atracaderos y grandes grúas curvadas como insectos moribundos. Notó un olor a aceite y observó el trajín de los hombres que circulaban entre altas pilas de cajas de madera. Se oían gritos breves y guturales y órdenes que volaban de un lado a otro. Unos trabajadores estaban de pie bajo el alero de una rampa de carga. Tenían los zapatos manchados de algo que parecía jugo de fresas trituradas y, de hecho, uno de ellos se sacó el cigarrillo de la boca y se comió una fresa. Por ir mirándolos Josef tropezó con unas cuantas barras de hierro.

Se permitió un trago en una de las ruidosas tabernas de marineros, y luego otro más. A su alrededor rostros enrojecidos por la sal, el viento y la bebida. De todas partes le llegaban conversaciones de borrachos. Sabía que los contactos merodeaban por allí, pero él sólo había ido a echar un vistazo y se iría pronto. No obstante, al tercer trago ya tenía la firme convicción de que quería una vida nueva. El camarero se había enredado en una discusión con dos marineros. Con una mano en la cadera y la otra en el grifo del serpentín, afirmaba que Estados Unidos

de ningún modo participaría en la guerra: esta vez Europa tendría que arreglárselas sola. Los marineros estaban en contra. Él miró la barra y vio una fila de hormigas; se puso a contarlas. Fuera se oían gritos.

Salió a la calle bajo la luz amarillenta de los faroles. Del mar le llegaba un olor a podrido. Volvió a tropezar con las barras de hierro y se dio cuenta de que estaba borracho. Se compadeció de sí mismo y por primera vez en varios días volvió a pensar en Lauren, esta vez con afecto y lágrimas. Desde lo del cine no había vuelto a saber nada de ella, y él no se había atrevido a llamar. Al principio había intentado convencerse de que no le importaba no volver a saber de ella, pero no había dejado de esperar su llamada. Miraba el buzón varias veces al día por si le había mandado una carta. La imaginaba escribiéndole unas líneas en las que se disculpaba por haber sido tan mordaz sin dejar de cuestionar cortésmente su posición política. Meter la mano en el buzón por si el sobre se había quedado enganchado se convirtió en una costumbre, en un dolor tan inevitable como habitual. Metía la mano y nunca encontraba nada, o sólo facturas. Incluso su paseo hasta las oficinas del FBI había sido una manera secreta de visitarla: hacía cosas que ella aprobaría si supiera quién era en realidad. Pero al final, en vez de entregarse iba a ponerse a preparar su fuga.

Caminó hacia el norte por Columbia Street viendo ventanas mugrientas hasta que se encontró con un rótulo que decía JABLINSKI, ABOGADO, y de pronto tuvo la convicción de que ése era uno de los nombres que Arthur había mencionado. Entró en un oscuro patio trasero y subió por una escalera de caracol que había en la parte de atrás, tan sólo iluminada por un tenue resplandor de una bombilla desnuda. Detrás de las puertas se oían pasos y toses infantiles, olía a flan de leche quemado. Una vez arriba la puerta se abrió muy deprisa, como si lo estuvieran esperando, y un hombre gordo con los tirantes bajados y rodeado de estanterías atiborradas de expedientes le preguntó qué deseaba. Se sintió como si estuviera en mitad de un sueño y fuera consciente de que estaba soñando; de repente no podía hablar: chocaba contra las paredes gomosas de su crisálida onírica, de la que no lograba salir a pesar de estar despierto.

—¿No puede hablar?

—Me han enviado aquí —dijo muy despacio—, pero quizá se trate de un error.

—¡Haga el favor de decir de una vez qué quiere!

¿Era una señal?

—He oído que usted ayuda a la gente.

—Soy abogado —respondió el hombre en tono cortante—: es mi oficio.

—¿También echa una mano con los papeles? —preguntó Josef.

—Lárguese —le dijo el tipo, y cerró la puerta.

—¡Dígame adónde tengo que ir! —Pero su voz fue engullida por la música de una radio que empezó a sonar de pronto.

Por fin se sentía completamente despejado y una terrible inquietud se apoderó de él. Se alejó unos centenares de metros y vio el parpadeante letrero verde de un bar. Entró, se unió a los escasos clientes que estaban delante de la barra y pidió un Old Musket cuyo color dorado lo tranquilizó un poco. Había que borrarlo todo: el día entero, y si era posible también el futuro, pero la bebida apenas tuvo efecto, como si el despertar hubiera sido para siempre. El camarero estaba leyendo el periódico, le pidió que compartiera algunas páginas con él y, como hacía a menudo últimamente, buscó habitaciones amuebladas fuera de la ciudad, en lugares donde en general nadie quería vivir: «Asbury, habitación luminosa, soleada y con calefacción. Cinco dólares semanales, sólo caballeros. 0244.» Tan sólo tenía que llamar, ir allí y pagar, pero ¿de qué iba a vivir en aquellos puebluchos? ¿Volvería a cuidar vacas como cuando era un chaval?

Fue entonces cuando advirtió la presencia de un hombre que debía de estar allí desde antes. Llevaba el sombrero puesto y calado, pero lo reconoció: era Duquesne, no cabía la menor duda. Tenía el rostro típico de la gente que lo ha visto todo: guerras, cárceles, presidentes, la estepa africana... y un aire digno e imponente. Intentó establecer contacto visual y el hombre pareció volver ligeramente la cara. Con cuidado, con mucho cuidado, tomó su vaso, lo levantó y bebió.

Luego fue a los servicios, pero al llegar a la puerta retrocedió unos

pasos.

—¿Señor Duquesne? —dijo a la espalda del hombre—. Soy Josef Klein… Joe. Nos conocimos hace unos meses en el Old Heidelberg, ¿se acuerda? Disculpe que lo moleste…

—Se confunde usted de persona.

Ni siquiera se volvió, pero él había reconocido su peculiar acento. Cuando regresó del baño lo vio de nuevo, esta vez al otro lado de la calle. Dejó un dólar encima de la barra, cogió el sombrero y lo siguió a una distancia de unos treinta metros. La calle estaba desierta: era evidente que lo estaba siguiendo, así que se preguntó si no debía limitarse a correr unos cuantos pasos y alcanzarlo. Pero algo lo detuvo. Observó con interés las distintas velocidades de Duquesne: a veces se retrasaba y miraba fijamente la ventanilla de un automóvil aparcado, luego volvía a apresurarse; por momentos la calle estaba tan oscura que lo engullía por completo hasta que reaparecía bajo la luz de la siguiente farola, pero finalmente desapareció. Delante de la casa en la que lo había perdido había personas durmiendo enterradas bajo trapos y periódicos de los que asomaban algunos pies desnudos. Era la una de la madrugada: demasiado tarde para el tren. Tendría que ir andando hasta Manhattan y allí buscar un taxi.

—¿Hay algo que quiera decirme?

Duquesne había salido repentinamente de la oscuridad.

—¿Señor Duquesne?

—Deje de repetir mi nombre todo el rato.

Se sintió necio y desvalido. Podía ver el blanco de los ojos de Duquesne, que lo miraba con impaciencia, como contando los segundos. Se llevó la mano al cuello de la camisa: de pronto tenía la sensación de que le apretaba más que antes.

—No tengo nada que decirle, sólo quiero saber qué es lo que estamos haciendo. Me han arrastrado a algo que podría tener consecuencias indeseadas. Quiero saber si estamos en peligro, si estoy en peligro.

Se calló porque Duquesne se puso rígido, como si no lo entendiera o se negara a darle un consejo paternal. Se dio cuenta de que había empleado un tono lastimero y confuso.

—¿Sabe cuál es el problema? Usted. ¡La gente como usted! ¡La gente como usted nos va a salir muy cara!

—No comprendo.

—¡Exacto: no comprende nada!

Lo vio cruzar la calle, ahora a un paso lento y descuidado. Él se quedó inmóvil. No se puso en marcha hasta que el viejo espía desapareció de su vista.

Cuando volvió a pasar por el puente de Brooklyn, la ciudad estaba bañada por una luz color albaricoque.

# 25

# Nueva York, julio de 1939

Nada: Max y Ludwig no aparecieron. Se pasó el domingo entero esperándolos en vano. No es que los echara de menos, pero su ausencia le parecía preocupante. ¿Les habría ocurrido algo?

A la mañana siguiente despertó entre sábanas revueltas. En una esquina asomaba el colchón. Hizo café y le dio a comer a la perra con extremo cuidado, casi con temor, como si así pudiera contrarrestar las vueltas y revueltas de la noche.

Poco antes de las ocho salió de casa con *Princess*. El sol de julio se alzaba festivo sobre Harlem. Unos niños que se dirigían al colegio se pusieron a acariciar a *Princess*, lo que ella recibió con alegría al principio y luego (cuando las manos empezaron a venir de todas partes) con creciente incomodidad. Él la liberó con un silbido y, al llegar al descampado, le tiró una pelotita que ella fue corriendo a buscar y luego empujó con el morro y las patas, como una profesional, hasta la orilla del río, todo esto sin dejar de mover la cola.

Al llegar al borde del agua se volvió hacia él, esperando su permiso. Él le tiró un palo y ella se lanzó entusiasmada al agua: por fin podía nadar. Desde la orilla se veía su cabeza, que a duras penas conseguía mantener fuera de la superficie del río, de un verde pálido.

Se desnudó hasta quedarse en calzoncillos y se lanzó él también a las frías aguas. Le costaba superar el asco que le producía el fondo blando y cenagoso que se deshacía entre los dedos de sus pies, pero se sumergió y gozó del firme abrazo del agua. Dio unas brazadas con la espejeante superficie encima y un gris sombrío debajo. Cuando emergió estaba lejos de la orilla y los patos nadaban a su alrededor como pequeños barquitos.

*Princess* ladraba. Notó que estaba asustada y nadó hacia ella. Volvieron juntos a la orilla. No tenía toalla, así que se secó con la camisa y se abotonó la americana sobre el pecho desnudo: no le importaba lo que pensara la gente.

De vuelta en casa encendió la radio, se fumó un Bremaria Brinkmann que Max se había olvidado, puso *Oh Baby* de Glenn Miller y disfrutó de la sensación del agua salada en el cuerpo, de su olor a algas y a aceite, a légamo y a tierra. Había costras de barro desmigajadas por todo el suelo de madera: no se había quitado los zapatos. El trabajo en la imprenta no empezaba hasta el mediodía, así que abrió *The New York Times*, buscó el nombre y leyó que su ópera favorita era *Los maestros cantores* y que esperaba que la comunidad judía internacional financiara la salida de Alemania de sus congéneres. También leyó que Cuba y Florida habían rechazado un barco con más de quinientos refugiados que habían tenido que volver a Alemania. Dejó a un lado el periódico y se quedó ensimismado.

Entretanto, en la radio, Emily Post estaba hablando de las reglas de etiqueta en Estados Unidos: cuando una mujer subía a un ascensor, el hombre tenía que quitarse el sombrero porque el ascensor equivalía a una habitación. El pasillo, en cambio, era como la calle, así que podía volver a ponérselo. Sintonizó otra emisora para oír música.

Sonó el timbre de abajo y él se puso apresuradamente una camiseta y abrió.

Alguien subía lentamente la escalera: era Schmuederrich. Entró jadeante en la habitación y miró a su alrededor. Tenía la frente perlada de sudor.

—Vaya, ¿estás solo? Hazme un café, anda. Pensaba que iba a encontrarme con tu amiguita. ¿Seguís juntos?

El corpachón de Schmuederrich parecía ocupar todo el espacio disponible. Josef no podía ver nada más que su ancho cuello y los negros pelos de su pecho asomando por el cuello de la camisa. Fue a la cocina, hirvió agua y trató de hacerse cargo de la situación.

—¿Leche? —preguntó.

—¡Y azúcar! —gritó Schmuederrich.

De vuelta en la sala de estar le puso la taza de café directamente en las manos para que no se sentara en ningún sitio.

—¿Qué te trae por aquí, Hans?

—¿Sabías que hasta hace poco tiempo Estados Unidos era el único país que no tenía una contrainteligencia en condiciones?

—No, no lo sabía.

—Hasta hace muy poco los espías de todos los países vivían encantados porque el FBI tenía las manos atadas, dado que su competencia se limitaba a los asuntos internos. Ahora, sin embargo, gracias una investigación exitosa que ha terminado convertida en una película, sus capacidades se han ampliado. Nos aprietan, y tenemos que esforzarnos mucho más para conseguir resultados. —Asintió y dejó la taza en la mesa donde estaba la estación de radio—. Así que deja de perseguir a los nuestros, Josef.

—¡Yo no he perseguido a nadie!

—Y ni se te ocurra acudir al FBI.

Esta vez, Josef no respondió. Sentía una opresión en el tórax y la garganta.

—¿Qué crees que estás haciendo, chavalote? —Schmuederrich inspiró y espiró pesadamente—. La vida es buena contigo. Mira qué tiempo hace hoy, espléndido. Y esa amiga que tienes. Pero no podemos permitirnos ningún error: a la larga los aficionados son demasiado peligrosos.

Él miró hacia la puerta, las costras de barro que había dejado por el camino se habían desmigajado por completo. ¿Tenía alguna posibilidad de escapar de Schmuederrich? *Princess* estaba tumbada de costado; parecía nerviosa: de vez en cuando golpeaba el suelo con la cola.

—Estás fuera. ¿Dónde está el aparato de radio que has construido para nosotros?

¿Había oído bien o sólo era un truco y enseguida iba a recibir una paliza?

—Enséñamelo.

Entró en el dormitorio y sacó la caja de debajo de la cama. Por un segundo se preguntó si debía cerrar la puerta por dentro: no se fiaba de Schmuederrich.

—¿Dónde te has metido? ¿Necesitas ayuda?

No sonaba amenazador, más bien le hablaba como a un colega, como si fueran a empapelar una habitación juntos.

Aun así, cuando dejó los componentes sobre la mesa le temblaban las manos. *Princess* se había puesto entre ellos y movía las orejas en todas direcciones.

—¿Tenéis a alguien que sepa montarlo?

—Eso a ti no te importa, y el día en que Alemania conquiste el mundo, no creas que habrá un puesto para ti.

—Claro que no, Hans.

Schmuederrich lo metió todo en una bolsa de tela fina en la que se marcaban los bordes afilados de las distintas piezas y se dirigió hacia la puerta como si fuera un personaje más de la película propagandística.

Él tuvo que detener a *Princess*, que se disponía a seguir al invitado cortésmente hasta la puerta.

—Ni una palabra de esto a nadie.

—Claro que no, Hans.

—Tampoco a tu amiga. Por cierto, sabemos dónde vive tu hermano.

—¿Intentas intimidarme?

—Has dejado sus cartas tiradas por ahí —repuso irritado Schmuederrich.

En cuanto Schmuederrich se hubo marchado, se duchó y se fue a la imprenta. Por el camino se imaginó contándole todo a Arthur, aliviado por estar fuera de ese asunto e indignado porque lo habían amenazado.

Pero cuando llegó se limitó a saludar a Arthur con un gesto de la cabeza y se puso a trabajar. El traqueteo de las máquinas resultaba más grato que nunca a sus oídos; los familiares gestos de su labor lo tranquilizaban: era como si el tiempo hubiera vuelto atrás o se hubiera despertado de una pesadilla. Se había librado de aquellos tipos. Le

mandaría a Lauren una postal pidiéndole disculpas y unas flores. Era buena idea.

# 26

## Nueva York, julio de 1939

Lauren se había retrasado.

—¡Lo siento, ya sabes cómo se pone el maldito metro cuando llueve! —se disculpó, aunque más parecía un reproche.

La ayudó a quitarse el abrigo empapado.

—En realidad debería quitármelo él —dijo ella mirando al camarero, que corría de un lado a otro entre los clientes, rojo como un tomate y visiblemente desbordado.

—Lo hago con gusto —repuso Josef en voz baja.

La llevó hasta el rincón junto a la ventana que había pedido expresamente por las vistas, pero el cristal estaba empañado; no se veía más que el resplandor borroso de los faros y los anuncios luminosos.

—Este sitio es muy ruidoso, y hace bastante calor.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Lauren —dijo él un poco rígido.

Ella asintió, clemente. Miró con un gesto de autocompasión a los nuevos clientes que entraban.

—¡Ahora va a haber aún más ruido!

—¿Quieres que vayamos a otro sitio? Dijiste que querías venir al Amalfi, donde no pudimos entrar la otra vez.

—Eso es verdad.

Lo miraba a los ojos por primera vez desde su llegada.

Él le había enviado una tarjeta: «Disculpa el malhumor de la última vez, déjame arreglarlo con una cena.» «Gracias por la tarjeta», había dicho ella por teléfono; nada respecto al ramo de flores. Al parecer, las palabras no bastaban, no aquellas palabras. Siguió con la mirada, como si fueran intrusos, a una pareja que entraba.

—¿Te preocupa algo?

—¿Por qué lo dices?

Josef se rindió y llamó al camarero.

Ella estudió la carta a fondo. Pasaba las hojas hacia delante y hacia atrás mientras él buscaba una pizza, incapaz de comprender todas aquellas palabras italianas. Cuando el camarero se acercó a la mesa, Lauren levantó la mirada.

—Empezaremos con antipasti —anunció—: salami genovés, aceitunas sicilianas, berenjenas en salmuera y calamares al azafrán.

—Excelente elección —elogió el camarero—. ¿Y de primer plato?

—La sopa de pollo con huevo, hinojo y corazones de alcachofa —prosiguió ella—, y rape como plato principal.

—¿Postre?

—Lo decidiremos más tarde.

El camarero hizo una reverencia y desapareció. Lauren tenía algo que intimidaba y Josef carraspeó antes de decidirse a hablar.

—¿Las flores llegaron bien? El mensajero prometió entregarlas enseguida. Era un día muy caluroso.

—He quitado los aster amarillos: el color no pegaba nada con las rosas rojas y los jacintos de los bosques.

Precisamente había sido el color lo que le había gustado más a Josef: había escogido él mismo la composición del ramo.

—Perdona, Joe, no quería decir eso.

—¿Sabes a qué me recuerdas? —preguntó él.

—No.

—A un gato: primero viene corriendo hacia ti y cuando está a un metro de distancia se detiene y empieza a limpiarse nerviosamente.

—Eso es muy malvado por tu parte.

—Estás nerviosa, ¿te doy miedo?

Lauren negó con la cabeza y se aferró a su servilleta.

No intercambiaron una palabra hasta que llegaron el vino y los entrantes. El camarero colocó las bandejitas más cerca del plato de Lauren, como si ella fuera una divinidad a la que hubiera que aplacar. Ella cogió un poco de salami con los dedos.

Él levantó su copa y ella se demoró limpiándose los labios con unos toquecitos antes de alzar la suya.

—¿Tienes previsto pagar la comida con el dinero del Reich alemán? No soy tonta, Joe.

—No, no lo eres.

Josef se fijó en el lápiz de labios en la servilleta: la huella de la boca que acababa de decirle aquellas palabras.

—¿Joe?

Él alzó la mirada.

—¿Qué?

—Me alegra que no lo niegues.

—¿Desde cuándo…? —dijo él titubeante—. ¿Desde cuándo piensas eso de mí?

El camarero volvió y recogió las bandejas de los entrantes, Lauren encendió un cigarrillo y, cuando volvieron a quedarse solos, repuso:

—Desde la película. Aquel día me quedó claro que eras consciente de lo que estabas haciendo.

Se detuvo un momento y observó su rostro. Él tuvo que hacer un esfuerzo para no apartar la mirada.

—¿Y qué más? —preguntó.

—No quieres estar fuera de la ley, pero sabes que lo estás y tratas de ocultártelo a ti mismo.

Le sorprendió lo mucho que sabía de él. La sopa de pollo que ahora tenían ante ellos humeaba levemente, y Josef sopló sobre su plato para ganar tiempo. Vacilaba entre el deseo de confiarse por entero a Lauren y el impulso, aún más fuerte, de emprender la fuga.

—Confía en mí, Joe, por favor. Creo que te has metido en un lío y no sabes cómo salir.

—Los he dejado —dijo abruptamente.

El rostro de Lauren continuaba siendo amable y asertivo, como si se hubiera imaginado aquella conversación exactamente así.

—Bien, es un comienzo.

Apagó el cigarrillo y empezó a tomarse la sopa.

## 27

# Neuss, agosto de 1949

Es una tarde como casi todas hasta ese momento: están sentados en la cocina, Carl prepara unas facturas, Edith zurce calcetines, los niños leen. Josef tiene delante el periódico abierto y a veces lo alisa con la mano mientras repasa las noticias. Los clubes que quieran organizar fiestas pueden solicitar la exención del impuesto sobre actividades festivas, y hay novedades acerca de la asignación de terrenos para pequeños huertos en Rommerskirchen y Otzenrath.

Busca. Busca noticias que puedan concernirle. Hay que tener paciencia y mantener los ojos abiertos, no puede hacer más.

Leyó la última noticia importante cuatro años atrás, en diciembre de 1945: el general Lahousen, responsable de la sección de la inteligencia militar dedicada a los sabotajes, había concedido una entrevista a la prensa internacional en Núremberg.

Mira de reojo a Carl. A veces, por pura concentración, su hermano saca la punta de la lengua y la olvida allí.

—¿Paul? —Pasan unos segundos hasta que el chico alza la vista hacia Josef—. Paul, ¿cuál es el edificio más alto de Nueva York?

—No lo sé.

—El Empire State Building.

—¿Qué altura tiene?

—Cuatrocientos cuarenta y tres metros hasta la punta de la antena —explica Josef.

—Sí que es alto.

—¿Hay muchos suicidios en Nueva York? —pregunta Palomita.

—¿Cómo se te ocurre preguntar una cosa así? —interviene Edith sorprendida.

—Porque los edificios son muy altos, entonces es fácil.

—Pero da un montón de trabajo a la gente que está abajo —dije Josef haciéndole un guiño. Palomita ríe, y Carl alza un momento la vista de sus facturas e intercambia miradas con Edith.

Ella ha vuelto a ordenar la habitación de Josef. También eso es algo entre ella y él: nadie más sabe que había dejado de hacerlo, y nadie, salvo él, sabe que ha vuelto a hacerlo.

—Hora de irse a la cama —les dice Edith a los niños. Ella misma se levanta para hacer algo con la ropa.

Siempre que se queda a solas con Carl se siente como si fuera un paquete de arroz que inopinadamente se ha volcado y derramado. Cuando su hermano no le dice nada, se le acelera el corazón.

Hace tiempo que ha dejado de decirle directamente cuando algo le molesta: se lo hace saber con la mirada y él tiene que preguntarse qué ha hecho mal: ¿andar descalzo por la casa? ¿Rascarse la oreja durante la cena? ¿Haber sintonizado una emisora de jazz y subir el volumen? Esa vez Carl le preguntó: «¿Y eso que es?», y él sólo pudo contestarle: «Música.» Entonces su hermano lo miró con cara de decepción y se fue: sin duda se había sentido malinterpretado.

Ahora lleva un rato mirando fijamente sus papeles sin escribir nada.

—¿Has acabado con las facturas? —le pregunta.

Y Carl responde:

—Explícamelo de una vez o tendrás que irte.

—¿Explicarte qué?

—Lo que hiciste allí.

Josef mira a izquierda y derecha, como si hubiera gente alrededor, y de repente se siente como cuando entraron en su casa, lo empujaron contra la pared y le pusieron unas esposas de afilados bordes que, de todas formas, apenas notó, que sólo recuerda porque tuvo las muñecas amoratadas y doloridas durante días. Pero de pronto todo es muy fácil; simplemente repite lo que dijo delante del tribunal:

—Construí un aparato de radio portátil.

—¿Y qué tiene eso de ilegal?

—Que lo construí para el servicio secreto alemán.

«Cuando explique lo que hizo, limítese a contar lo que era evidente para todos. Evite a toda costa entrar en consideraciones.»

—¿Y cómo ocurrió?

—Me mintieron diciéndome que se trataba de un asunto de negocios y luego ya no hubo escapatoria.

—¿Qué significa eso?

—Que empezaron a presionarme.

—¿Así que colaboraste por miedo?

—Si quieres decirlo así...

Carl inclina su jarra vacía de cerveza, pensativo.

—Yo también tuve miedo, pero hay cosas más importantes.

Josef asiente: esa reacción no le preocupa demasiado. Pero aún no lo ha contado todo, hay algo más que se guarda en la manga, y eso le da una buena sensación.

—¿Por qué has tardado tanto en contármelo? —insiste Carl porque intuye que aún no han terminado.

—Por miedo.

Hace mucho que se le han acabado los cigarrillos. Le gustaría fumarse uno en ese momento, pero son muy caros.

—¿Miedo? No exageres. ¿Qué iba a hacerte yo?

«Cualquier cosa», piensa él.

—Echarme.

—Olvídate de eso. Explícame por qué no me lo habías contado.

—No lo sé. Gandhi fue asesinado a tiros el año pasado: no dejan de pasar cosas terribles.

—¿Te comparas con Gandhi?

—También él pasó mucho tiempo en prisión.

Ve que se hincha una vena en la frente de Carl.

—Estoy tratando de mantener una conversación razonable de hombre a hombre, de hermano a hermano.

—El vencedor decide lo que está bien y lo que está mal, ¿no? A sólo unos kilómetros de aquí gobiernan los rusos.

—Quien tiene el poder no tiene automáticamente la razón, Josef. Deberíamos haberlo aprendido de estos últimos años.

Él siente un ardor en el pecho que lo atenaza por dentro.

—Ni siquiera estuviste en el frente, Carl.

Su hermano se lo queda mirando, sin dar crédito.

—¡¿Has intentado dormir durante un bombardeo?! ¡¿En búnkeres en los que el agua te llega a la tripa y paseas en brazos a los niños de un lado a otro?!

Su hermano habla a gritos.

Y, sin embargo, él aún no lo ha dicho todo. Ahora tiene que darse prisa, evitar por todos los medios que le haga más preguntas.

—No fuiste parte de la resistencia sólo porque escucharas Radio Londres.

Carl sube aún más la voz:

—¡¿Cómo te atreves?! ¡¿Cómo puedes decir una cosa así?!

Oye los pasos de Edith: se acercaba y ahora se aleja con rapidez.

Se levanta y lo mismo hace su hermano; los platos tintinean. Siente que el corazón se le acelera y luego como si una barrera se derrumbara.

—¡Siempre fuiste un idiota! —oye decir a Carl.

Y él le pega un puñetazo como cuando eran pequeños, cuando Carl era un mocoso al que era fácil sacudir. A esa edad dos años son una diferencia gigantesca, pero ya no.

Y, sin embargo, Carl no devuelve el golpe, y tampoco grita. No: se lleva la mano al ojo como si quisiera comprobar que aún está ahí, y él se dirige a trompicones hacia la puerta y casi se cae por las escaleras de pura vergüenza. Parece adentrarse en la vergüenza, hundirse en ella, y al llegar abajo, a una calle oscura como boca de lobo, se sorprende de que la calle todavía exista. Le arde la cara, siente el corazón en la garganta, ¡cómo ha podido ser tan idiota! Pero no se atreve a volver, aún no, y por esa razón camina por la calle, que lo engulle misericordiosa. La Alemania de posguerra ahorra energía, la oscuridad sienta bien.

Luego empieza a correr. Jadeante, cruza corriendo el puente del Rin; va hasta las viejas casas de la orilla de enfrente, cerca de Düsseldorf, que siguen igual que siempre, pegadas unas a otras, que han sobrevivido y ahora le recuerdan a las casas del Bronx, las mismas que

en otro tiempo le recordaban a las casas de Düsseldorf, y luego llega hasta un prado donde el aire lo envuelve, húmedo y tibio. Al llegar a un granero se deja caer en el heno, y cuando despierta por la mañana se levanta de inmediato, se desempolva el traje y regresa.

Hacia el mediodía llega a la Sternstrasse, sudoroso, con la piel quemada por el sol, hambriento y muerto de sed. El chico le abre y se vuelve hacia su madre, que deja el cesto de ropa que tiene en las manos y se alisa la blusa.

—Siéntate, te haré una tortilla.

Oye los pasos de Carl atronando al fondo del salón y enseguida se le hace un nudo en el estómago, se le cierra la garganta, pero su hermano lo llama desde el pasillo:

—Lo siento, Josef. Ven, hagamos las paces.

Él se vuelve y se funde en un abrazo con su hermano.

# 28

## Nueva York, noviembre de 1939

Ella se levantó de la cama. El corto camisón de nailon se le pegaba a los muslos, cargado de electricidad. Tenía las piernas muy blancas: a Josef le gustaban sus piernas blancas. Abrió la ventana dejando entrar el aire fresco y un olor a hojarasca quemada. En aquella estación del año se recogían y quemaban montoncitos de hojas al borde de la calle.

Había escarcha en los alféizares de las ventanas de la buhardilla, niebla proveniente del mar. La guerra había estallado en Europa: Alemania había invadido Polonia.

Ella se movía de puntillas por la habitación.

—¿Por qué haces eso?

—Para no molestar a nadie.

—Pero aquí no hay nadie.

—Es una costumbre.

La casera se había roto una pierna y estaba en el hospital, así que él había podido pasar la noche en la habitación de Lauren por primera vez. Tenía una sensación un poquito solemne.

Desde la cama de ella se veía el cielo, las agujas de los pinos formaban abanicos, filigranas; parecían árboles asiáticos. Era una zona de casas adosadas con jardines delanteros, casi no había inmigrantes.

Lauren abrió el grifo del lavabo, cogió jabón y lavó su ropa interior.

—Qué primitivo, ¿no? —comentó riendo.

Un día lo había sorprendido diciéndole que los huevos pasados por agua del desayuno debían comerse con una cucharilla de plástico, que emplear metal, incluso plata, era un error. Otro día le había contado

que, de niña, se había atado unas alas a la espalda, y desde entonces él no había podido sacarse esa imagen de la cabeza.

Una avispa daba tumbos por la habitación, agotada por el calor del verano, y él la contempló con interés. Luego le pidió a Lauren:

—Vuelve a la cama.

Ella volvió a la cama y se tumbó de costado para poder mirarlo. Por la mañana tenía una arruguita a la derecha de la nariz porque dormía de ese lado, pero hacia el mediodía ya había desaparecido.

—¿No quieres volver a tu cómoda vida en las montañas de Catskill?

—Vuelve a contarme cómo era —dijo ella ignorando la pregunta.

Siempre parecía conmovida cuando él le contaba que, de muy jovencito, había cuidado vacas a cambio de leche y mantequilla. Así eran las cosas entonces. A los catorce había dejado el colegio para trabajar en el campo.

Se volvió en la cama, se sumergió en busca de sus pies y los masajeó. Sabía que a ella le gustaba.

—Sí, sé ordeñar vacas. ¿Me hace eso más atractivo?

Ella rió y él le mordió una pantorrilla y luego le tocó la cara con el pie. Ella lo aceptó; él esperaba que se apartara, pero lo aceptó, incluso empezó a reírse bajito. Podía sentir su nariz bajo el dedo pulgar.

—¿Y tu infancia, Lauren?

Ella también se volvió y terminó tumbada a su lado.

—Fui una niña extraña —repuso—. Mis padres siempre me lo decían, aunque lo hacían con cariño y orgullo. Me costaba contar cosas y entonces hacía dibujos para explicarme, lo que nadie entendía porque dibujar les parecía más difícil. Sin embargo, en aquella época yo tenía la impresión de que las palabras no eran suficientes.

Él reflexionó: más allá de los dibujos y de las dificultades de comunicación de Lauren, lo que le resultaba más extraño era que ella y sus padres hablaran entre sí.

Las tardes habían cambiado: en cuanto había empezado la guerra todos los radioaficionados habían tenido que silenciar sus aparatos. A cambio,

ahora Lauren estaba en su vida; era como si ella hubiera entrado por un lado de una puerta giratoria y la radio hubiera salido por el otro.

Le recomendaba libros.

En la pared más alta de su buhardilla había una estantería repleta de libros; entre ellos, toda una sección de novelas de y sobre inmigrantes: *Judíos sin dinero*, *Llámalo sueño*, *El Cristo del cemento*… Se preguntaba si ella ya tendría esos libros antes de conocerlo o si los había comprado expresamente para tratar de entenderlo, pero no se atrevía a preguntárselo.

En la mesilla de noche había por lo menos tres libros abiertos con el lomo mirando al techo como pájaros caídos: a ella le gustaba ir leyendo varios libros a la vez, en aquel momento fundamentalmente sobre historia de Estados Unidos: quería solicitar de nuevo una beca y tenía que presentar un examen. Su intención era ingresar en la Universidad de Columbia a más tardar la primavera siguiente.

Por las noches, en la cama, cuando estaba cansada y pensaba en algo, bizqueaba ligeramente.

A veces él se sentía preocupado por ella: le parecía como una lámpara encendida día y noche. Se preguntaba si el trabajo en el Hospital General de Manhattan no sería demasiado para ella, aunque ella siempre le decía que todo iba bien, que ahora entendía mejor la vida, viendo el mundo desde las sombrías calles de Nueva York y no desde las alturas de un hotel de montaña.

Desde luego, su familia suponía una red de seguridad ante una eventual caída: siempre podría volver a casa, a diferencia de él.

Lauren asistía regularmente a actos de beneficencia en los grandes hoteles (el Waldorf Astoria, el Plaza), donaba sangre («¿No quieres ir tú también, Joe?» «No, gracias: ¡es sangre alemana!» «Muy gracioso»), iba a manifestaciones contra la Alemania de Hitler.

Había dos facciones: los partidarios de la intervención y los partidarios de mantenerse al margen, y Lauren estaba entre los primeros.

Él le decía:

—Por eso se sataniza tanto a los alemanes que vivimos aquí: se quiere movilizar a la población para que apoyen el envío de tropas a Europa.

—¿No ves lo que está pasando? Alemania está invadiendo otros países, saqueando y asesinando.

Él asentía.

Sí, lo sabía, y lo hacía sentir mal, pero eso no significaba que estuviera equivocado.

—No todos los alemanes somos así —decía en voz baja—, y sin embargo la ciudad está llena de carteles que dicen: NO COMPRES EN COMERCIOS DE ALEMANES.

Ella se quedaba pensativa.

—Quizá tiene que ser así, Joe; quizá no pueda hacerse de otra forma.

Por las noches ella roncaba, y él no sabía si debía decírselo: los hombres podían roncar, las mujeres no.

A veces, entre sueños, percibía una sombra sobre su hombro derecho: alguien se aproximaba sigilosamente con muy malas intenciones, le ponía una capucha en la cabeza y empezaba a darle una paliza que él podía sentir hasta en la última fibra de su cuerpo. Sentía los puñetazos, los ganchos en la mandíbula y las patadas en el vientre. Ya en el suelo, lo pateaban en la cabeza. No podía respirar: tenía la nariz hinchada, sangre en la garganta. Estaba confuso y dolorido, pero lejos de perder el conocimiento. Era como si todas las escenas violentas que había visto en películas se combinaran y se le vinieran encima.

A veces Lauren lo sacudía suavemente.

—Estabas gritando.

No había sabido nada de Carl desde el estallido de la guerra.

Otros días soñaba con su padre. Se acordaba del día en que había aparecido vestido de uniforme, completamente transformado, deseoso

de ser otro (en sueños lo veía con un blanco en el lado izquierdo del pecho), se acordaba de los evidentes deseos de despedirse de él que tenía su padre, y de cómo no había sabido hacerlo de otro modo que dándole una palmada en el hombro. Lo habían matado en Francia y su madre, Carl y él habían tenido que mudarse a un agujero.

De niño no lo había echado de menos: se alegraba de que ya no estuviera, de que no pudiera seguir dándoles palizas a él y a Carl por lo menos una vez por semana. Pero Carl no paraba de llorar: sólo tenía nueve años, y él, que tenía once, tuvo que hacerse adulto de un día para otro. La verdad era que, desde entonces, no había cambiado gran cosa.

Ella se levantó de la cama, buscó el secador de pelo y empezó a echarse aire caliente en las piernas, el vientre, el rostro, todo esto haciendo mucho ruido. Ya le había explicado que el aire caliente la relajaba, y a veces incluso se llevaba el secador al apartamento de él.

—¡Eres una niña rica y malcriada! —le gritó por encima del estruendo.

—¡Vamos a Coney Island! —respondió ella también a gritos—, hace buen tiempo.

El cielo lucía un azul espléndido. El sol se inclinaba con devoción sobre todas las cosas y sacaba a la luz sus colores ocultos.

Fueron en tren hasta Brighton Beach y desde allí pasearon a lo largo de la playa hasta Coney Island. A izquierda y derecha, bajo un puente ferroviario de color verde cobre, había tiendas con productos rusos: caviar, golosinas, pieles… Lauren contemplaba interesada los escaparates.

—¿Sigue sin saberse nada de ellos? —preguntó asomándose a uno que exhibía un abrigo de pieles blanco (en realidad no observaba el abrigo, sino su propio rostro reflejado en el cristal).

—Si supiera algo te lo diría de inmediato.

—Sé que lo harías.

Volvía a trabajar a tiempo completo con Arthur, pero por un sueldo inferior porque había menos encargos. Arthur había despachado a los hitlerianos. «De lo contrario, el FBI me cerrará el negocio.» La señora Dollings estaba indignada con Hitler, el príncipe de la paz, y había abandonado la presidencia de los Patriotas de Park Avenue.

Se había hecho el silencio en torno a la Federación; su líder, Fritz Kuhn, estaba entre rejas por evasión de impuestos. Cuando lo detuvieron estaba borracho como una cuba.

Josef había acordado con Lauren que iría inmediatamente al FBI si sus viejos amigos se presentaban de nuevo. Ella estaba segura de que lo harían: estaban en guerra, y lo necesitaban.

Al fondo de una calle estrecha podía verse una franja de arena amarilla y detrás el Atlántico, de color azul tinta. El paseo estaba casi desierto, sólo había unos cuantos vigilantes con perros. Las gaviotas planeaban sobre el mar con las alas extendidas. A lo lejos, unas complejas estructuras se alzaban hacia el cielo: la montaña rusa, que recorría el aire como un esqueleto, y la gran noria, que se recortaba contra el cielo azul y amarillo. Ambas estaban cerradas por el invierno. Pasó con cuidado el brazo en torno a Lauren. Era posible que ella reaccionara con incomodidad y lo apartara, pero allí, en la playa, se lo permitió.

Josef había subido a la noria con otras mujeres. Querían casarse y tener hijos, por eso él jamás les decía cosas como «te quiero» ni nada parecido; de hecho, siempre tenía miedo de parecer demasiado interesado, y esa actitud hacía que las mujeres desaparecieran de su vida sin mayor ceremonia.

Lauren se sentó en los escalones de madera que bajaban a la playa y él tomó asiento junto a ella. Contemplaron las olas sucediéndose, los blancos ribetes de espuma, los ejércitos de blancas burbujitas que avanzaban bullentes. Susurraban y siseaban y, más adentro, el mar tronaba y rugía. Una alfombra de cristal de metros de extensión se desenrolló y luego volvió a enrollarse dejando atrás brillantes esquirlas en la arena lisa y firme.

—Ahí enfrente está Europa —dijo ella.

—No se ve.

—Pero está.

—Te quiero, Lauren.

Ella le dio un beso, pero él no entendió si quería decir que sentía algo similar.

# 29

# Neuss-Buenos Aires, octubre de 1949

Los faros de un coche en dirección contraria suben y bajan, como asintiendo amablemente. La carretera está llena de baches, la gravilla salta contra la chapa.

Junto a la calzada se extienden prados y bosquecillos, a lo lejos, en el horizonte, aparece una franja oscura: la carretera traza una curva. Carl conduce siempre a la misma distancia del borde del bosque, buscando algo con la mirada.

—Déjame aquí mismo —dice Josef.

Se baja y da una palmada en el capó.

—¡Ya puedes irte, Carl!

Las nubes flotan por el cielo nocturno, la luz de la luna se refleja en la pintura de la carrocería. Carl está junto a él.

—Todo irá bien: será un nuevo comienzo. Toma tu bolsa.

Josef ríe y luego vuelven a abrazarse. Saben que no volverán a verse. Pensaban lo mismo veinticinco años atrás, pero esta vez es la definitiva: un renano dueño de un negocio minúsculo ni siquiera se plantea la posibilidad de ir de vacaciones a Sudamérica.

—Prométeme que nos escribirás siempre que puedas.

—Te lo prometo.

Lo invade un sentimiento del que tiene que librarse cuanto antes o volverá a llorar.

—¡Vete! —dice Josef, y empieza a cruzar un campo recién segado de tierra negra y gruesa mezclada con estiércol apestoso.

—¡Todo va a salir mal! —grita Carl.

—Mala hierba nunca muere —responde Josef mirando el bosque con lágrimas en los ojos.

«Esto es de locos», piensa. «Querías marcharte de Neuss, escaparte de la pequeña cárcel familiar de los Klein, y ahora lloriqueas porque eres libre.»

Se vuelve. Carl sigue allí, agitando la mano. Él le devuelve el saludo.

Luego se sumerge en el bosque, donde lo reciben el silencio y el crujir de ramas bajo sus pies. La frontera negra, la ruta de los contrabandistas, pasa por allí. Carl y él han revisado el mapa hombro con hombro, como lo hicieron de jóvenes con un mapa de Manhattan. Esta vez Aquisgrán, carreteras rurales, el bosque marcado con una línea; al otro lado Bélgica, la siguiente ciudad Eupen. Si sigue en línea recta, en media hora estará en Bélgica. No tiene visado («No hay nada que hacer: descubrirían enseguida que tu pasaporte es falso», había dicho Dörsam), pero sí para Argentina («Eso se puede intentar»).

Son las ocho de la tarde y entre las copas de los árboles se filtra apenas una luz tenue; no ve gran cosa. El bosque huele a turba y a algo parecido a la pólvora, a lubricante, a hierro. Tropieza con raíces y troncos de árboles, jadea, pero no se permite detenerse; teme lo que podría oír si lo hiciera: ruidos distintos del eco de sus propios pasos que, por el miedo, podrían convertir sus piernas en plomo.

Se siente aliviado cuando el bosque se abre hacia los campos. Ya está en Bélgica. Ha empezado a lloviznar, se sube el cuello del abrigo y se cala más el sombrero. En el horizonte brillan las luces de un pueblo. Los guardias belgas parecen haberlo visto hace rato; salen a la carretera y se cruzan en su camino.

—¿Documentación?

Él les muestra sus nuevos papeles.

—Joe Klein, nacido en Nueva York —le dice un policía de fronteras al otro.

—Quería visitar Aquisgrán —dice con fuerte acento americano.

—Entonces está bastante confundido: Alemania está en la dirección contraria. —Servicial, el guardia apunta con el dedo en dirección a Alemania. Espera. También Josef espera. Está claro que esos dos han visto salir del bosque a muchos tipos raros, y disfrutan al ver una variante nueva.

—En realidad quiero ir a Bruselas.

—Necesita un visado para entrar en Bélgica.

Se miran. ¿Debe hacerles una oferta?

—Enséñeme su bolsa. Cigarrillos, mudas, parece que tiene intención de estar fuera mucho tiempo.

—¿Les apetece fumar? —Les tiende un paquete de cigarrillos americanos: Dörsam ha pensado en todo.

—Muy amable.

Josef no sabe si se están riendo de él.

—Tengo cinco dólares —dice cauteloso.

El guardia le quita de la mano el billete y los cigarrillos.

—Guarde algo para los demás. Tiene por delante un largo viaje, ¿de acuerdo?

Él asiente. Un coche se acerca, el guardia le corta el paso.

—¿Va a Eupen? Lleve a nuestro amigo, es americano.

Llama con un silbido a Josef y le da una palmada en el hombro.

—Buena suerte en la vida.

Las casas están a oscuras. El conductor no habla, se limita a responder con un asentimiento cuando él intenta conversar. ¿Será porque lo han presentado como estadounidense? Aprieta los dedos en torno al asa de su bolsa hasta que le duelen. Una vez en Eupen el hombre lo deja en la estación y él se pone a buscar los trenes para Herbesthal. El tranvía no sale hasta la mañana siguiente.

Elige el hotel más miserable de la plaza: el Boston. Paga por adelantado y un viejo lo lleva hasta una habitacioncita sin ventanas y con las paredes húmedas; cuando se acuesta, los muelles del colchón gimen y crujen. Su abrigo mojado espera sobre el radiador como un fiel sirviente, o más bien como su doble.

Abrazó a Edith delante de toda la familia y aspiró su aroma, que se derramó sobre él en vez de esas palabras que ella jamás sería capaz de decirle. Le dijo algo bien distinto:

—Has tomado la decisión correcta: no se sabe si Alemania volverá a ponerse en pie.

Carl la secundó:

—¡Eso podría tardar décadas!

Por la mañana se toma en la sala de desayunos un café de malta y un panecillo untado con margarina y mermelada que le ha servido una jovencita bastante arisca.

—Tú no eres americano —le ha dicho cuando ya se dirigía a la puerta.

—¿Por qué no?

—No se alojan aquí: pueden permitirse algo mejor.

A las ocho toma el tranvía hacia Herbesthal, a las nueve coge sin problemas el expreso Copenhague-Bruselas y a las once llega a la estación del norte de Bruselas. El tren a París no sale hasta la mañana siguiente. Pasea por las calles más bien encorvado. Hacia el mediodía se aloja en un hotel un poco mejor, donde se queda, o más bien se esconde, hasta la mañana siguiente. Puede compensar la falta de visado con cigarrillos americanos. Carl ha vendido su cámara Linhof y le ha dado 500marcos. En su último encuentro con Dörsam los ha cambiado por dólares en un banco; es bastante dinero, pero no alcanza para todo el recorrido. «Tiene que enrolarse en el barco de Buenos Aires», le aconsejó Dörsam.

A la mañana siguiente toma el tren repleto hacia París. Hay soldados franceses en los pasillos. Se sienta junto a la ventana y contempla los pueblos y campos europeos por última vez. Europa es su tierra natal, pero no significa nada para él; son Carl y Edith, y también Palomita y el pequeño Paul, los que significan algo para él.

Poco antes de llegar a la frontera un revisor le indica que le falta el visado. Él no se atreve a ofrecerle cigarrillos (hay demasiados ojos mirando), así que responde que procede de Londres y que allí no le dijeron nada de un visado. El revisor asiente.

—La próxima vez.

Puede notar cómo se disipa la tensión de los que lo rodean, que vuelven con un leve suspiro a sus periódicos y libros.

El controlador francés no habla inglés y se limita a poner un sello en su billete.

Por la noche, París, la Gare du Nord: un trajín francamente hostil,

masas humanas, paisajes de maletas, trajes arrugados, cien idiomas distintos.

Compra el billete para El Havre y luego una postal con la Torre Eiffel, que le envía a Edith con un mensaje escueto: «Saludos desde París» (eso tiene que bastar). Pasa la noche en una pensión carísima; ya lleva dos días de viaje y, por la mañana, mientras bebe un café flojo, ve rostros tan agotados y mal afeitados como el suyo, y sin embargo siente algo que casi no se atreve a confesar: una sensación de euforia y protección casi religiosa, pero no se atreve a confiar en ella porque ya la experimentó en Nueva York, y la ciudad bajo cuya protección se creyó durante años, como Thoreau en el bosque, acabó dándole una patada en el culo.

Todavía pueden ir mal muchas cosas, aunque sus documentos, que le han costado cincuenta marcos, tienen buen aspecto: incluso están un poquito gastados. Carl estaba en contra, hablaba de la ley: «Eso no puede ser; vamos a Düsseldorf, allí está tu partida de nacimiento.» Pero él quería ser Joe Klein, nacido en Nueva York. Hacerle un corte de mangas al juez Byers y a Estados Unidos.

Porque ése es el plan: regresar a Estados Unidos a través de Sudamérica.

En el tren a El Havre no hay más que maldiciones y empujones. Al cabo de cinco horas llegan a la ciudad portuaria, que es más bien un desierto de escombros junto al Canal de la Mancha. Por las calles vagan marinos de todo el mundo, los cuartos de hotel son escasos y caros. En las oficinas de la naviera se compra un billete para Dakar con una breve escala en Casablanca. Los nombres lo entusiasman; es como si en esas ciudades lo esperase algo maravilloso, solemne, de una belleza ultraterrena. ¡África!

Por la tarde sigue vagando por la horrible ciudad, pasa ante vallas de obra, ante montones de escombros, ante excavadoras, y finalmente cede al acoso de una vieja prostituta y le da mil francos a cambio de quedarse en su cama hasta el amanecer. Podría ser su madre, pero la

verdad es que él sólo quiere dormir. En la diminuta habitación la vieja se escurre hacia él en el colchón y se frota contra su cuerpo hasta que él le dice, cansado:

—Por tanto dinero podrías dejarme descansar un poco.

Ella se echa a reír.

—Habéis destruido nuestra ciudad; eso es lo que estás pagando, canalla.

También ella lo ha reconocido como alemán. Él le pregunta, inquieto, por qué.

—Llevas una etiqueta alemana en los calzoncillos.

—¿Fuiste espía durante la guerra?

Él se lo ha preguntado en broma y ella responde en el mismo tono:

—Sí: para los alemanes.

Y él se da cuenta de que es cierto.

Por la mañana lo despierta a bofetones.

—Se acabó tu tiempo.

En el puerto, un caballo viejo arrastra un gigantesco tronco y él no puede dejar de mirarlo hasta que se pierde de vista. En la dársena hay gigantescos barcos blancos de pasajeros que escupen nubes negras. Otra vez esa sensación de alegría.

Antes de subir al barco compra Gitanes, chicles y una postal en la que le escribe a Carl: «Ya puedes enviar mi equipaje, tal como acordamos: Oficina de Correos, Buenos Aires. ¡Recibiréis la siguiente postal desde Casablanca, en África!» La echa al buzón con una sensación de orgullo.

El barco está repleto. La tercera clase, la suya, ha sido desplazada a las cámaras frigoríficas, mientras que la tercera clase original ha sido reetiquetada como primera. Hace amistad con sus vecinos de litera, un inglés y un francés. Todos se marean enseguida: el mar está revuelto en el Canal, sopla un fuerte viento, el barco se convierte en un barco hospital. Las cosas no mejoran hasta que alcanzan el Golfo de Vizcaya y, frente a las costas de España, empiezan a navegar entre el aire cálido

y aterciopelado del Atlántico. El calor aumenta a cada hora que pasa, y cuando, ya en aguas de Portugal, vuelve a encontrarse bien, sale a pasear por la cubierta como si hubiera vuelto a nacer y constata que toda Europa va en ese barco: italianos, alemanes, austríacos, europeos del Este, como en otro tiempo, hace veinticinco años, cuando se encaminaba al Nuevo Mundo.

—Están huyendo —le explica el inglés.

—¿Huyendo?

El francés interviene:

—En Europa del Este siguen persiguiendo a la gente a estas alturas. Sólo han dejado de hacerlo en Alemania. Curioso, ¿no?

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque hablo con ellos.

—¿Hablas con ellos?

—Claro.

Él nunca se atrevería: ¿y si le preguntan quién es y qué ha hecho, por qué está en ese barco?

Sus nuevos amigos lo toman por estadounidense, o quizá sólo fingen creer que lo es. Se quejan de los alemanes a bordo: son arrogantes, rehúyen la responsabilidad, son unos cobardes sin escrúpulos.

—En Nueva York tampoco son precisamente populares —comenta él.

Dos días después se aproximan a Casablanca. El mar está en calma y sopla un aire tibio. La escala durará seis horas. El francés les hace de guía y les explica que la ciudad tiene dos partes, una nueva y una vieja, la Medina, a la que no se debe ir solo. Ven anchas calles, coches de caballos... Una luz blanca lo baña todo. Un bulevar discurre en paralelo al mar y se topan con un hotel de lujo. Las árabes toman el sol en bikini. Palmeras altas y esbeltas flanquean las calles. Es la primera ciudad intacta que ve en mucho tiempo y se siente embriagado por las casas blancas de balcones franceses y por esa luz que parece llegar directamente del Atlántico.

Absorbe todos los detalles, como si estuviera ante un cuadro que más

tarde tuviera que reproducir.

Cuando se acercan al Ecuador, el barco está cubierto de lonas blancas. El sol quema, el Atlántico refulge. Pasan ante las Islas Canarias y dos días después llegan a Dakar. Él baja a tierra y ve salacots y a negros ataviados con ondeantes vestiduras que recorren las calles hablando en francés.

Y, sin embargo, todo le resulta familiar, como si estuviera mirando desde detrás de una cortina que separaba artificialmente su vida en Nueva York. En el museo, en Nueva York, había leído que, tres siglos atrás, se embarcaba desde Dakar a los esclavos rumbo a América.

Las punteras de sus zapatos están siempre polvorientas, da igual cuántas veces las limpie.

No tiene suficiente dinero para comprar un pasaje a Buenos Aires. Pregunta dónde está la naviera e intenta enrolarse como marinero. Se ríen. «¿De veras crees que vamos a contratar a un cero a la izquierda como tú?» Luego alguien se apiada de él y le consigue un puesto en la cocina. Comida y alojamiento gratis, pero nada de sueldo. Está de acuerdo. El próximo barco sale dentro de dos días; entretanto se aloja en una pensión. Hay telarañas en la ventana, el colchón está directamente sobre el suelo de cemento. Fuera, toda una red de callejones de tierra amarilla. Antes de acostarse repite en voz baja: «Dakar, Dakar...» y se siente contento. La periódica llamada a la oración le recorre el cuerpo; se tumba y escucha las guirnaldas de palabras que, como no entiende nada, lo transportan a un lugar más allá de todos los idiomas, unido de un modo casi físico a todo lo que lo rodea. Piensa en un pastel de judías del Idrie's.

Esta vez le escribe a toda la familia: «¡Aquí hay palmeras hasta en los cementerios!» Dibuja una palmera al lado y echa al buzón la postal de camino al puerto.

La mayor parte de las veces el trabajo en la cocina se extiende a lo largo de todo el día: pelar patatas, picar cebollas, ir a la despensa, obedecer las órdenes de un español que lo llama José, aunque él protesta:

—Me llamo Joe.

—Tendrás que acostumbrarte, José.

Así que José.

A pesar de todo, siente un embeleso que no logra explicarse. Es libre por primera vez en años, libre de verdad. Ya no es joven, es cierto, pero tampoco viejo: puede volver a empezar, y es justo lo que tiene intención de hacer.

El melancólico italiano que trabaja con él siempre es amable, pero sólo dice cosas sombrías.

—No te hagas ilusiones —le dice a menudo sin venir a cuento.

—El italiano va en busca de su familia —le revela el español—: su mujer y su hija lograron salir del país antes de la guerra.

Por las noches el cielo es negro y está lleno de estrellas: jamás había visto un cielo nocturno tan limpio, ni en Neuss, donde toda la ciudad ahorraba luz eléctrica y se quedaba a oscuras, ni desde luego en Nueva York, donde el cielo de la noche era rojizo. El italiano tira por la borda la colilla y le pide:

—Cuéntame tu historia, Josef.

A sus pies corre un agua negra y pulida.

—Aún no sé mi historia —dice Josef—: estoy a la mitad.

Se alegra cuando, poco después, el español lo envía a raspar los restos de las espesas sopas adheridos en las marmitas gigantescas, un trabajo nada agradable. Cuando el italiano aparece por allí, trata de volverse invisible, intenta no respirar.

—¿Josef? ¿José? ¿Joe? ¿Cómo te llamas en realidad?

Nota la lengua espesa, la garganta cerrada, consigue esbozar una sonrisa que ya no parece de malo de película. Desde Neuss, ya no.

# 30

## Nueva York, junio-agosto de 1940

Times Square. El que llamaba había susurrado: «En la entrada del teatro Apolo» y había colgado.

Volvió a la imprenta. Una guirnalda de rosas rojas se entrelazaba con una hermosa caligrafía negra. El Frente Cristiano había sido disuelto: otro cliente importante menos. Desde entonces imprimían más tarjetas de visita y más invitaciones de boda.

Salió a las dos y media, a buen paso, pero sin correr. Los repartidores de prensa agitaban periódicos con fotos de tanques y cascos de acero; en Times Square el teletipo de noticias daba la vuelta al edificio: París había caído la semana anterior. Los transeúntes contemplaban como hipnotizados el rótulo móvil.

Se aflojó el nudo de la corbata y notó un picor en el cuello y una sensación febril que le subía de las piernas hasta los hombros. Si no se hubiera ido, tal vez ahora estaría arrastrándose por los bosques de Francia. La sola idea lo angustiaba. Casi había olvidado esa sensación, aunque durante el año anterior, cuando los dos alemanes se habían adueñado de su casa, la había sufrido de manera casi permanente. Pero las sensaciones se olvidaban: uno sólo volvía a acordarse de ellas cuando regresaban.

Le había ido bien. Lauren estaba en su vida y a veces le enseñaba artículos de prensa que le parecían especialmente importantes, algo que también lo hacía feliz.

Seguía esforzándose con ella, empezando por llevar los zapatos siempre limpios, ir cuidadosamente afeitado y usar loción, y terminando por pensar bien lo que iba a decirle desde el momento en que se saludaban. Siempre tenía tiempo para ella, y cuando llamaba

mientras él andaba enredado en algo no le decía una palabra al respecto. Si daba por hecho que ella iba a llamar por la tarde, no se movía de casa para que no tuviera que llamar varias veces: intuía que eso no le gustaría.

Le compró un periódico al repartidor. La bandera de la cruz gamada ondeaba en la Torre Eiffel. Las calles estaban desiertas, los parisinos habían huido.

Notó un dolor agudo en la cabeza y encendió un cigarrillo confiando en atontarse un poco. En la entrada del teatro Apolo había dos oficinistas compartiendo un cigarrillo. Lo miraron, pero él las ignoró.

En realidad estaba buscando a un hombre alto de hombros caídos: Max. No había vuelto a saber nada de él ni de Ludwig desde que Schmuederrich lo había despedido. Había querido creer que los alemanes ya no estaban interesados en él porque, al fin y al cabo, en un país libre como Estados Unidos, en una democracia, no se podía obligar a nadie a hacer nada.

Apuró el segundo cigarrillo y, cuando estaba por apagarlo, Max se plantó delante de él, se lo llevó hasta la pared donde estaban los carteles de las películas y le puso la mano en el hombro, lo que atrajo las miradas de las dos chicas.

—Ha venido un nuevo agente de Alemania. Se llama Sebold y tiene el encargo de ampliar la red de Nueva York. Necesitamos hasta el último contacto: tienes que terminar de montar el aparato de radio para nosotros.

—Ya no trabajo para vosotros, sólo he venido a decírtelo.

Max se echó a reír.

—Sigues siendo tan idiota como el año pasado.

Josef tenía algo en la punta de la lengua, pero pensó que era más prudente no ofender a Max. Se incorporó a la corriente de peatones de la Séptima Avenida y, al cabo de unos metros, se dio cuenta de que Max lo seguía.

Se detuvo y levantó las manos como si le indicara que tenía que parar ya. Max se detuvo. Se miraron. Luego lo siguió durante otros centenares de metros y por fin renunció. También Max seguía siendo

tan idiota como el año pasado. «El año pasado asegurabas que Alemania quería la paz y ahora estamos en guerra»: eso era lo que había estado a punto de decirle.

Por la noche se encontró con Lauren en un restaurante de comida rápida cerca del Hospital General de Manhattan. Ella tenía turno de noche. Le habían negado la beca por segunda vez por pertenecer a una familia acomodada, al menos eso creía ella. Él le había ofrecido otra explicación: su propio origen alemán, pero ella lo consideraba absurdo.

De modo que Lauren trabajaba aún más porque quería financiarse ella misma los estudios. Él no la entendía: en su lugar habría vuelto con sus padres al hermoso hotel con piscina y orquesta de baile, pero no se lo decía. Mordió algo que no parecía comestible y que sabía mal; le recordó a su infancia: a las tardes de domingo en el bosque y el campo. Se volvió y escupió en la servilleta la hoja de lechuga. No quiso mirar con atención, pero reconoció la coraza reventada de un escarabajo. Lauren también lo vio.

—¡Tenemos que decírselo al camarero!

—No, Lauren, déjalo.

—Está claro que no han sido cuidadosos en la cocina.

—Sí lo han sido: lo han hecho a propósito.

Ella lo miró dubitativa.

Él se mostró comprensivo.

—Tal vez yo también insultaría a los alemanes, escupiría en su comida.

—No hables así, Joe.

—¿Cómo?

—Como si no te lo tomaras en serio.

En ese momento decidió contarle lo de Max para demostrarle lo en serio que se tomaba todo aquello, pero en cuanto empezó a hablar se dio cuenta de que era un error. El rostro de ella se ensombreció.

—Tienes que denunciarlos, ¿me oyes? No van a aflojar.

—Esperemos un tiempo, Lauren.

—Me lo prometiste.

—Todavía no ha pasado nada —repuso irritado, y pensó en la película; vio a los hombres del FBI y oyó las fanfarrias.

Lauren seguía mirándolo a la cara, pero él miraba la pared de enfrente. Se sentía enfermo.

Ella puso la mano sobre la mesa, como invitándolo a que él acercara la suya, pero no lo hizo. Buscó el contacto visual con el camarero, pidió una Coca-Cola y luego dijo levantando el vaso:

—Por Estados Unidos.

—Por la paz en el mundo —repuso ella.

Una semana después, al entrar en un callejón lateral cerca de Manhattan Bridge, se encontró con Max y Ludwig. Estaban sentados en la furgoneta de reparto blanca con el rótulo REMEDIO PARA LA SED y le entregaron una bolsa con el aparato de radio a medio terminar.

Ludwig gritó desde el asiento del copiloto:

—¡Hemos tomado París!

Cerraron la puerta y él oyó el traqueteo de la furgoneta que se alejaba. Miró con cuidado la bolsa que llevaba en la mano. Sabía que tenía que librarse de ese aparato. Se encaminó al río, pero a los pocos pasos se dio la vuelta: mejor esperar a la noche, cerca del amanecer.

Al llegar a su apartamento puso *After hours*, ese blues perezoso con un Avery Parrish haciendo un solo al piano como si estuviera aburrido, y luego, hacia el final, cediendo el paso a los metales. «Genial», pensó, y volvió a poner el disco desde el principio. Podía sentir las paredes y los objetos en la habitación, y podía sentirse él mismo allí dentro: aquello era su vida.

De la bolsa a sus pies sobresalía un fino hilo de cobre. Se lo quedó mirando y apartó la vista. Titubeó, luego tiró de él y, cuando tuvo el cable en la mano, empezó a dar forma de patitas a los extremos mientras Avery Parrish jugueteaba con el piano. Cuando terminó, empujó la bolsa debajo de la mesa con el pie. Trató de acordarse del interruptor que había construido el año anterior, y finalmente lo sacó

de la bolsa. Al verlo no pudo evitar sonreír. Era bastante primitivo: un simple interruptor de botón con una arandela de resorte, pero bastaba una ligera presión para empujar la bobina escalonada y que hiciera contacto: funcionaba. Lo probó un par de veces: encendido, apagado; encendido, apagado. Luego se quedó pensando. Sí, lo tiraría todo al río antes de que amaneciera.

Miró los cables: eran demasiado largos. Producirían silbidos a causa de la excesiva oscilación. Carl. Si le enviaba el aparato, podrían comunicarse. Llevaba quince años sin oír la voz de su hermano. Pero Carl no sabría operar un aparato de radio, y además era muy probable que lo confiscaran o que simplemente no le llegara nunca. Hacía poco había leído en *The New York Times* que, en Alemania, podían condenarte a pena de muerte por escuchar emisoras enemigas. Casi no podía creerlo, ¿qué había pasado con su patria?

Cortó por la mitad un cable demasiado largo y luego buscó en la caja de herramientas el cautín, el estaño, los alicates de punta plana, las pinzas, un destornillador de punta fina y las pinzas de cocodrilo; simplemente quería practicar un poco la soldadura. Siempre le había gustado soldar en el aire, pero se necesitaba un pulso firme y ese día le temblaban las manos. Fue a la cocina, se sirvió un gran vaso de Old Monk y disfrutó al sentir cómo se deslizaba hasta su estómago y cómo, enseguida, todo su cuerpo se relajaba. Saludó con la cabeza a Duke Ellington y murmuró: «“Estaño”... suena como “apaño”.» Palpó la resina que había comprado en una tienda de instrumentos musicales: unos cubitos marrón oscuro con brillo de cristal, y entonces pensó en bosques, en bosques llenos de hombres que corrían, que caían, que morían. Peló los cables y retorció los hilos descubiertos preparándolos para la soldadura. *Princess* correteaba a su alrededor, sus uñas repiqueteaban en el suelo de madera, ladraba de vez en cuando.

Había leído que en el frente usaban aparatos de radio portátiles que cabían en una mochila. Le encantaría echarles un ojo a esos aparatos tan pequeños. El que él estaba montando era mucho más grande: no se podía cargar durante mucho tiempo. O quizá sí: él nunca había estado en el frente, no sabía hasta qué punto podía resistir un soldado, ni si él

mismo podría aguantar, en caso de necesidad, marchar noches enteras bajo la lluvia con la ropa mojada y los pies hinchados, con fiebre… En Alemania habían abolido el servicio militar obligatorio después de la derrota en la Gran Guerra, y luego él se había marchado a Estados Unidos. Cerró los ojos y vio un bosque de hoja caduca, vio rostros, mandíbulas apretadas, cascos de acero. Él no sabía nada de la guerra. Estaba sentado en un sofá de un piso de Harlem. Pero por primera vez se daba cuenta de que todo tenía que ver con todo.

Calentó los extremos de los cables con el cautín. Luego extrajo con las pinzas dos diminutas bolitas de resina, que se fundieron sobre los cables, y rápidamente añadió estaño para soldar que se fundió a su vez sobre los cables cubriéndolos y uniéndolos. Nunca antes le había salido tan bien. Y no servía para nada: por la mañana iba a tirar el aparato al río. Se imaginó la cara que pondrían Max y Ludwig cuando se lo dijera.

Comprobó la solidez de la soldadura tirando de los extremos, luego cortó un trozo de tubo de goma y cubrió con él los empalmes. Era su momento preferido: la goma se fundía emitiendo una pequeña llama y encerraba los cables. ¿Lucharía contra Alemania si atacaba Estados Unidos? Desde luego. ¿Lucharía contra alemanes incluso en suelo alemán?

Puso a Fats Waller. Lauren le había regalado el disco. «*Yes, your feet's too big!*»: «¡sí, tienes los pies muy grandes!», se habían reído a carcajadas y bailado juntos, *«don't want ya 'cause ya feet's too big!»*: «¡no te quiero porque tienes los pies muy grandes!». Bailó unos cuantos compases y, mientras sostenía en sus brazos a una Lauren imaginaria, volvió a entrar en la cocina y se sirvió otro vaso de Old Monk. «Voy a tirarlo todo por la ventana mañana temprano; no, al río.» Sabía que iba a tener que darle alguna explicación a Max, ya se le ocurriría algo… Abajo alguien empezó a golpear el techo con la escoba: ya eran las dos de la madrugada. Bajó el volumen de la música y luego se puso a soldar de nuevo. Soldó y atornilló, relajado, con la misma despreocupación con que el genial Avery Parrish tocaba el piano, hasta que la primera luz entró por la ventana.

Estaba soñando con una trinchera cuando despertó. Estaba en el

suelo entre el sofá y la mesa; la habitación estaba llena de humo, pero sólo de la soldadura y de los muchos cigarrillos.

A mediodía, en la imprenta, oyeron a Lindbergh por la radio. De repente todo el mundo dejó de hacer ruido; incluso pararon las máquinas para poder oír mejor al piloto mundialmente famoso que clamaba que Estados Unidos no entrara en la guerra. Lindbergh pertenecía a un comité que se autodenominaba Estados Unidos Primero.

Josef siguió trabajando, aunque aquel día tenía la sensación de no estar haciendo nada bien, ni siquiera cepillarse los dientes por la mañana. Todo lo hacía a medias y como sumido en una niebla. No paraba de buscar pretextos para hacer una pausa: fumar, orinar, tomar café… Estados Unidos debía dejar de ser el policía del mundo, decía Lindbergh, y los trabajadores de la imprenta aplaudían. Alguien gritó el saludo nazi: «*Sieg, Heil!*», y sonaron risas. Él miró a Arthur, que aplaudía, aunque al final se volvió hacia él y se encogió de hombros.

—No te alteres, Joe: todo se arreglará por sí solo. A la larga Hitler no tiene ninguna posibilidad, y los alemanes lo saben. Probablemente en algún momento habrá un golpe militar: ni siquiera tendremos que intervenir.

Arthur sonreía, eso lo perturbaba aún más.

—Quizá sea mejor que me busque un nuevo empleo.

—Puedes intentarlo, pero ¿quién va a aceptar a un alemán?

En agosto Trotski fue asesinado en México por los estalinistas. Lauren le pasó el artículo.

—Parece que no andabas muy acertado con tu afirmación de que Trotski estaba en México intentando propiciar una revolución comunista en Estados Unidos.

—Pero ¿en qué podemos creer hoy? ¿Acaso se puede confiar en el pacto entre Hitler y Stalin?

Ella se lo quedó mirando: a veces conseguía que se sintiera idiota.

—¿Lauren? —insistió él.

—Bah —repuso ella.

—¿Bah?

—Perdona, tienes razón.

Nunca antes se había disculpado, nunca antes le había dado la razón. Aquella noche, su noche libre, se puso a hurgar nerviosa en su bolso, luego se mordió los labios y dijo:

—Podemos irnos.

No era verdad: había algo que no iba bien. Lauren parecía pensativa, dubitativa. Miró hacia la puerta de la calle y luego a él.

—¿Qué pasa?

—Deberías ir al FBI, Joe.

—Ya hemos hablado de eso.

—Tienes que ir.

—¿Tengo?

Ella apartó la cara y él le puso la mano en el hombro.

—Están esperándote.

—¿Y por qué iban a estar esperándome?

—Porque yo ya he estado allí.

—¿Te han llevado a sus oficinas?

—No: he ido voluntariamente porque sabía que tú no ibas a hacerlo.

Él retrocedió un paso, como si acabaran de darle un empujón.

—¡Lo he hecho por ti, para que esto termine de una vez! ¡Pueden ayudarte, me lo han confirmado!

—¿Para que esto termine?

Ella asintió y justo en ese momento Josef descubrió algo en sus ojos: era miedo, y no por lo que pudiera ocurrirle a él.

—Lo habíamos acordado, Joe. ¡Lo habías prometido!

—¿Y no confías en mí? —preguntó él en voz baja.

Ella se dirigió al dormitorio; él sabía por qué, lo supo enseguida. Oyó crujir la cama y Lauren volvió con la caja de cartón en la que él había guardado el aparato de radio.

—Y esto, ¿cómo debo entenderlo? ¿Llamas a esto «confianza»?

—Lauren, es un malentendido…

—¡¿Un malentendido?! —gritó ella.

—Iba a tirar ese aparato. Sólo acepté que me lo devolvieran para que no hiciera daño a nadie.

Él mismo se daba cuenta de lo inverosímil que sonaba. Había calmado una y otra vez a Max diciéndole que necesitaba un poco más de tiempo, confiando en encontrar alguna solución que no pasara por destruir su propia obra.

Ella cogió el aparato con las dos manos, lo levantó todo lo que pudo y lo dejó caer. No pasó nada. «Buen trabajo de soldadura.» Ella le dio una patada y el aparato se levantó un instante y luego volvió a caer. Él apartó a Lauren.

—Déjalo. Mañana temprano iré al FBI.

Aquella noche ya no salieron. Él se daba cuenta de que ella habría preferido volver a su buhardilla en Brooklyn. En un alarde de atrevimiento, se quedó para hacerle compañía, bebió whisky con él, escucharon juntos a Duke Ellington, pero a él todo aquello le resultaba ya vano y ajeno. Casi se habría sentido mejor en la desnuda celda de una cárcel.

Estaba furioso con ella.

—¿Les has dicho que soy amigo tuyo?

Ella estaba sentada en el sofá leyendo con las piernas encogidas y asintió. ¿Qué sabían el uno del otro? Nada. Aun así ella estaba avergonzada, él lo notaba en sus hombros contraídos, en los pies curvados hacia dentro: todo en ella parecía huir de su mirada.

Pasó la noche junto a ella, pero sin poder conciliar el sueño. Cada vez que se esforzaba por quedarse quieto, cada vez que reprimía un movimiento para no despertarla, el tiempo parecía detenerse, romper contra su rostro como una ola, convertirse en algo combativo y adverso. La realidad misma se volvió aplastante e intensa. Fue la noche

más larga de su vida.

En algún momento durante la noche tuvo la lejana y vertiginosa sensación de que ella le tocaba la cadera; sin duda se había hundido brevemente en el sueño, pero enseguida había vuelto a salir a la superficie.

Por la mañana se despertó con dolor de cabeza. Lauren ya se había levantado y se vestía de espaldas a él. Vio sus hombros y sus caderas estrechas, que antes le parecían tan encantadores, con nuevos ojos. Estaba herido, pero ni él mismo se daba cuenta.

Se cruzaron de camino al baño y la cocina, haciendo las pequeñas actividades de la mañana: cepillarse los dientes, servir café, recoger el periódico... Él se puso a murmurar para sus adentros mientras se vestía, como si fuera la primera o la última vez: camisa, pantalón, corbata, zapatos, abrigo, sombrero... Se aseguró de que llevaba su identificación. Lauren estaba sentada a la mesa de la cocina, pasando ruidosamente las páginas del periódico, ensimismada en las noticias. Él sentía, al respirar, un agudo dolor en las costillas.

Lauren alzó la vista.

—Me preocupa *Princess*.

Josef sintió un escalofrío.

—¿Crees que van a detenerme?

—Ya no sé qué pensar, tal vez he cometido un error.

Se abrazaron, pero, al contrario de lo que acostumbraban, no se dieron un beso. Poco después, cuando él salió a la Ciento veintiséis, se preguntó si volvería, si volvería alguna vez.

# 31

# Nueva York, agosto de 1940

Estaba inmóvil y todo se movía a su alrededor. Miró los archivadores, las máquinas de escribir, el parquet desgastado y sin brillo... El oficial apretaba el auricular contra la oreja y asentía. Él se había presentado y había dicho a qué iba, y ahora estaba callado, esperando. Le dolía coger aire: era como si su respiración agitada le hubiera soldado las costillas.

Trató de tranquilizarse diciéndose que seguía siendo un hombre libre, que no lo habían detenido enseguida después de la denuncia de Lauren. Al parecer no lo habían catalogado como delincuente. Ella les había hablado sólo de sus «contactos»; nada más, gracias a Dios. Oyó unos pasos apresurados en el pasillo y el corazón volvió a acelerársele.

—¿Joe Klein?

Un hombre de bigote blanco había aparecido en la puerta. Él se limitó a asentir con la cabeza y lo siguió por un pasillo hasta una estancia pequeña que no parecía en absoluto una sala de interrogatorios, sino un agradable despacho con una rinconera junto a la ventana.

El agente se volvió hacia él: un hombre en torno a la cincuentena con la piel arrugada y floja de las cejas para abajo. Parecía un muñeco de cera que estuvieran fundiendo. Sonrió y sus rasgos se elevaron, suavizándole la expresión y dándole un aire perspicaz.

—Soy el agente Ettinger.

Le tendió la mano. Luego le señaló el sofá y le ofreció un cigarrillo.

—Gracias, muy amable —dijo él.

—*Wir sind nicht die Gestapo* —dijo Ettinger: «Nosotros no somos la Gestapo», y entonces sonrió. Josef intentó sonreír a su vez.

—Cuénteme —añadió el agente volviendo al inglés—. ¿Cuándo tuvo

lugar el primer contacto?

Tenía un bloc de notas abierto encima de las piernas cruzadas y empuñaba una pluma estilográfica.

Josef titubeó. ¿Era una trampa? ¿Necesitaba tal vez un abogado? Como seguía callado, Ettinger añadió:

—Escuche, Joe: sabemos de usted desde hace un año, desde que fue a comprar a la tienda de componentes de Cortland Street.

Ettinger dio una calada a su cigarrillo, observando su reacción. Él notó que su corazón empezaba a martillear e intentó que no se le notara.

—No soy uno de ellos: me presionaron.

—Preguntó usted por un cristal de cuarzo con alcance de transmisión hasta Europa. ¿Nadie le dijo que debía comportarse de una forma un poco menos llamativa?

—Necesito un abogado, ¿verdad?

—No, usted limítese simplemente a contarme —le repitió Ettinger.

Josef estaba mareado, tenía la boca seca. Habló de manera entrecortada: cada frase podía ser un error. Habló del encuentro en el Old Heidelberg; dio nombres: Schmuederrich, Ritter, Dörsam, Duquesne, Max, Ludwig. No estaba seguro de si los asentimientos significaban que ya conocían aquellos nombres. Ettinger no tomaba nota de nada, tan sólo lo miraba. Finalmente apagó el cigarrillo y dijo:

—A Max lo han formado en Alemania. Su misión era reclutar agentes en Nueva York. Probablemente usted es uno de ellos.

—Usted sabe más que yo —repuso él.

—No estamos seguros de eso. Puede hablar conmigo abiertamente. Diga lo que sepa. ¿Qué está pasando?

Josef dio una calada a su cigarrillo, ahora estaba enfadado.

—Me dejaron fuera el año pasado: ya no tengo nada que ver con ellos.

—Y entonces, ¿para quién está construyendo el aparato de radio?

¿Les había hablado Lauren de la radio?

—Sólo lo acepté de vuelta para que no causara ningún daño. Quería destruirlo, pero luego… —titubeó y añadió en voz baja— no fui capaz.

Ettinger se echó a reír.

—Vaya, ¿así que trabaja contra los nazis? Entonces, ¿por qué vino a vernos su amiga?

—Fue un malentendido.

Ettinger dudó por un instante y sacó otro cigarrillo del paquete.

—¿El aparato está en condiciones de funcionar?

—No: falta el cristal de cuarzo. Es difícil de obtener, como usted sabe.

—Utilice el de su propia estación de radio, ponga el aparato en condiciones de transmitir y recibir y entrégueselo a los alemanes.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

Ettinger se levantó y le puso la mano en el hombro.

—No se levante.

Por la ventana abierta entraba el ruido de la calle. Él se quedó mirándose las puntas de los zapatos: no quiso aprovechar la oportunidad de contemplar la habitación, y quizá hasta las notas de Ettinger, sin ser molestado. La ceniza de su cigarrillo se iba haciendo cada vez más larga; no podía moverse, no podía inclinarse hacia el cenicero.

Ettinger volvió con una joven que llevaba una bandeja y que les sirvió café. Le preguntó cómo lo quería y él respondió: «Con leche y azúcar», como si estuviera en un café, pese a que su vida pendía de un hilo. Cuando volvieron a quedarse a solas Ettinger respiró hondo.

—Cuénteme qué información ha enviado durante el último año.

Aunque se sentía mareado, él tomó un sorbo de café que al instante aumentó las náuseas.

—No lo sé: eran series de números.

—¿Nunca preguntó?

—Me dijeron que era información que se publicaba en revistas y periódicos especializados de Estados Unidos.

Por primera vez Ettinger tomó notas. Luego alzó la vista y lo miró largamente.

—¿Y usted se lo creyó?

Josef reflexionó; ya no sabía lo que había creído durante el último

año. Había intentado salir adelante, de eso sí se acordaba.

—Ya no sé lo que creía el año pasado.

—Yo puedo ayudarle a recordarlo. Estuvo usted en asambleas nazis, es miembro del Frente Cristiano e imprimió varias octavillas.

Le latían las sienes. Sentía que las paredes blancas se abatían sobre él. En su boca, el sabor del café y el de la nicotina se mezclaban. Apenas podía contener las ganas de vomitar.

—¿Y por qué no me detienen?

—Porque entonces reclutarán a otros: es mejor tener la situación a la vista y bajo control. Por eso queremos que termine el aparato.

Josef asintió.

—Y que siga.

—No comprendo.

—Para ver qué pasa. Mantenga el contacto con ellos e infórmenos de las novedades. Eso sí puede hacerlo, ¿no?

—No lo sé, ¿puedo pensarlo?

Ettinger suspiró y le tendió una tarjeta.

—Puede solucionar unas cuantas cosas si nos ayuda. Tome la decisión correcta.

Se despidió con un apretón de manos y un ayudante lo acompañó fuera. Habría preferido que lo metieran en una celda en la oscuridad, bajo la superficie. No quería pensar más.

Cogió el metro en la dirección equivocada, pero se dio cuenta después de dos estaciones. Se bajó y cogió el tren hacia Brooklyn. Sentía un profundo agotamiento. Ni siquiera lo afectaba la posibilidad de que alguien pudiera haberlo visto entrando en el FBI. Una hora después fue a casa de Lauren y se detuvo ante el cuidado jardín delantero con rosales y plantas trepadoras en una pérgola.

Una anciana con obvias dificultades para respirar, la casera de Lauren, abrió y le señaló la escalera con un gesto de la cabeza.

Lauren estaba sentada en su habitación. Se dio unos tironcitos en el pañuelo que llevaba al cuello, como si estuviera guardando un

respetuoso silencio a la espera de saber si aún eran pareja. Él la abrazó, pero del modo en que se consuela a un niño. Luego se sentó en la cama y encendió un cigarrillo.

—Cuéntame, por favor —dijo ella.

Josef miró hacia la ventana, pero no veía nada: se estaba hundiendo cada vez más en sí mismo.

¿Contar? Él no tenía nada que ver con aquello: él no era el hombre que estaba allí sentado y tenía que hablar sobre su visita al FBI.

—Al menos no te han detenido —dijo ella en voz baja.

—No.

—¿Y entonces?

—Tengo que mantener el puesto para que nadie más lo ocupe.

—¿Nada más?

Él titubeó. Se dejó un rato el cigarrillo en la comisura de los labios, sin fumar. ¿Debía decirle a Lauren que hacía mucho que el FBI lo estaba siguiendo y que, por tanto, ella no lo había traicionado?

—Les hablaste del aparato de radio, ¿por qué?

Ella volvió a recolocarse el pañuelo en el cuello y se ruborizó. Luego movió ligeramente la cabeza, como si estuviera pensando qué decir, y lo miró a los ojos.

—Estaba preocupada, Joe: ya no sabía quién eras. Perdóname, por favor; quiero que vuelvas a confiar en mí.

Él tuvo la impresión de que por fin entendía algo: el problema era que siempre había confiado demasiado. Tenía que ser más desconfiado.

Se levantó y la abrazó de nuevo.

Pasados unos días tomó la decisión de seguir las instrucciones de Ettinger. Llamó a Max y acordó una cita. Poco después estaba sentado entre tintineantes cajas de bebidas refrescantes. Ludwig apestaba a aguardiente y tenía un cómic de Supermán en las rodillas, Max gritaba hacia atrás desde el asiento del conductor:

—El jefe de propaganda del Reich ha prohibido a Supermán, ¡voy a tener que denunciarte! —dijo, y se rió de su propio chiste. La furgoneta

serpenteaba.

—¡Ve con cuidado! —le gritó Josef—. Si nos para la policía, se acabó. ¿O cómo piensas explicar que vas conduciendo una furgoneta con una radio por todo Manhattan?

Se hizo el silencio.

Dos semanas después Ettinger lo citó, pero antes le explicó por teléfono cómo dar esquinazo a quienes pudieran estarlo siguiendo.

El vagón que se detuvo en el andén estaba casi vacío. Josef subió y, cuando la puerta se cerró, volvió a abrirla empujando con las manos y saltó fuera. Cogió el siguiente tren, se bajó en Grand Central, se deslizó entre la multitud y volvió a desaparecer en el metro. Fue a Whitehall Terminal y se dirigió a pie al muelle del ferry de Williamsburg.

Ettinger estaba en la cubierta superior, entre gaviotas que revoloteaban en el aire. Josef se unió a él, miró el agua burbujeante y esperó a que Ettinger empezara a hablar. El motor hacía mucho ruido y olía a combustible quemado.

—¿Ha averiguado lo que hay detrás de la Operación Polvo Solar?

—No. A Max le gusta fingir que él sí lo sabe, pero sólo porque le encanta darse importancia.

Miró a Ettinger a los ojos. Ettinger resopló.

—No confía en usted. Dígale que quiere hacer algo por la patria. Que se ha convencido al ver que Hitler estaba consiguiéndolo todo en Europa. Que quiere volver a transmitir.

Las casas de Williamsburg estaban cada vez más cerca, atracarían al cabo de algunos minutos. Él se bajaría allí, y Ettinger haría el viaje de vuelta. Delante de sus ojos los niños saltaban al East River y se tumbaban luego en las piedras calientes. Tan sólo estaban hechos de verano, agua y calor.

—¿Alguna otra novedad?

—El agente de Alemania tiene una gran oficina en el edificio Newsweek, en la Cuarenta y dos. Con alguna empresa como camuflaje. Obliga a los agentes a ir allí por separado. También a mí.

—Estamos al tanto de Sebold. Es mejor que no vaya.

—Renuncio gustoso, pero ¿por qué?

—Manténgase alejado de Sebold.

El timonel, tostado por el sol, ya tenía la soga a mano.

—¿Cómo sé que puedo confiar en usted?

Ettinger lo miró con desaprobación.

—También podríamos deportarlo. Si vuelve a casa, irá directamente al frente.

—¿Así que van a detenerme?

Ettinger asintió.

—Naturalmente.

—¿Cuándo?

—Cuando llegue el momento.

—¿Me ayudará en ese momento?

—Hablaré en su favor.

## 32

# Nueva York, septiembre de 1940

Se puso a fregar los platos escuchando la radio, y se preguntó por qué sólo tenía dos platos, dos tazas, dos vasos... Cierto que se usaban continuamente, sobre todo cuando Lauren estaba allí, y eso impedía que quedaran montañas de cosas por fregar, pero... «En fin», pensó, «ya no vale la pena comprar más vajilla». Contaba los días sin saber qué esperar (¿que lo detuvieran junto con los demás?, ¿que Estados Unidos bombardeara Alemania o al contrario?) y, al final, todos los días era iguales, como si en el fondo fuera siempre el mismo día. Lo que él deseaba en secreto era que sucediera algo grande, definitivo, que le permitiera empezar de nuevo, en vez de continuar avanzando a duras penas hacia el fin.

Lauren entró en la cocina con el pelo mojado justo cuando Lindbergh estaba exigiendo en la radio, una vez más, que Estados Unidos no se inmiscuyera en el «conflicto europeo».

—Mi secador se ha estrop...

Miró la radio y él se apresuró a bajar el volumen.

—¡Es increíble que todavía dejen hablar a ese tipo! —exclamó ella.

—Dicen que van a cambiarle el nombre a la calle que le habían dedicado en Búfalo.

Ella asintió y se sentó con un libro a la mesa de la cocina.

—¿Crees que, si hubiera una calle llamada Joe Klein, también habría que cambiarle el nombre? —preguntó él, pero esa clase de chistes no le hacían gracia a Lauren, que se limitó a torcer el gesto. Él le acercó una taza y le sirvió café.

Ella se hundió en el libro: desapareció en aquellas páginas.

Su rostro cambiaba según el ángulo desde el que lo mirabas. Cuando

Josef pensaba en ella, siempre veía rostros distintos: ninguno se había impuesto como el único y definitivo.

—¿Por qué no me dejas? —le preguntó.

Ella sonrió, burlona, y puso una mano encima de la suya.

—Porque entonces estarías solo.

Bajo su tono juguetón se deslizaba algo peligrosamente serio que él intentó disipar:

—Debo decirte que roncas.

Ella se echó a reír, sorprendida.

—¿Cómo?

—Te pasas roncando casi toda la noche, cariño.

Ella lo llevaba a todas partes: actos benéficos, asambleas, manifestaciones, pero él sentía que, en cuanto entraba, el ambiente se transformaba. ¿Era tan obvio su origen alemán? Ella se negaba a creerlo.

—Y en todo caso —decía—, todo el mundo sabe que en Nueva York hay muchos alemanes que están en contra de los nazis.

—Entonces, ¿por qué me miran así?

—Quizá porque eres mucho mayor que yo —respondía un poco avergonzada.

Una noche acudieron a la lectura de unos escritores exiliados en una librería alemana y, mientras Lauren lo envidiaba por saber alemán, él se sentía completamente fuera de lugar. Sonreía, pero era una sonrisa falsa, como de cartón.

Después de la lectura se sirvieron pretzels, y la concurrencia se abalanzó sobre ellos. Cuando la bandeja llegó hasta donde estaba Josef, sólo quedaba uno, y un hombre que estaba a su lado lo partió y le dio la mitad. Se lo llevaron a la boca justo en el momento en que Lauren se acercaba.

—¿Sabe como en casa? —les preguntó.

—No teníamos nada parecido en Renania —contestó él.

Al final, resultó que el hombre que había partido el pretzel también

era radioaficionado. Se llamaba Heinz y había llegado a Estados Unidos en la década de los veinte. Josef habló con él un rato, pero ni siquiera eso pareció animarlo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Lauren al salir de la librería.

—En el fondo no me gustan las reuniones —repuso él en voz baja—, da igual quién se reúna.

—No te gusta la gente.

—No me gustan los grupos, sino las personas concretas. Tú, por ejemplo, me gustas.

Pero no era cierto: Lauren ya no le gustaba.

Por la noche, cuando iba a acostarse, se golpeó el meñique del pie con uno de los postes de la cama. Tenía ganas de gritar de dolor, pero simplemente se metió en el lecho y se pegó a la espalda de Lauren. En muchos momentos él no era más que eso: un cuerpo que se pegaba a otro durante la noche; ni siquiera con desesperación, sino porque aquélla era su única conexión con el mundo.

Por la mañana Lauren le mostró una noticia del periódico.

—¡Así que éste era el terremoto que notamos ayer!

Él leyó el titular:

27 MUERTOS, 25 DESAPARECIDOS Y 200 HERIDOS
EN UNA EXPLOSIÓN EN LA FÁBRICA DE MUNICIÓN
HÉRCULES DE NUEVA JERSEY

Lauren dio unos golpecitos con el dedo en el artículo que había debajo, donde se hablaba de la llamada «explosión de Black Tom», resultado del sabotaje alemán, en 1916, a un almacén de municiones situado en Jersey City.

A Josef se le hizo un nudo en la garganta.

—No, Lauren, por Dios.

—¿No qué?

—Los alemanes no son capaces de hacer una cosa así. Al menos, no los que viven aquí.

Al levantarse golpeó sin querer su taza de café. Logró evitar que cayera al suelo, pero su brusco movimiento hizo que *Princess* se pusiera a ladrar.

—Hitler es capaz de cosas mucho peores en Europa, Joe.

*Princess* no paraba de ladrar.

—Tienes que irte —dijo él abruptamente.

—¿Qué?

Ella parecía esperar una explicación, pero él no abrió la boca; de hecho, no se movió de la silla mientras Lauren cogía su bolso, guardaba las gafas de lectura, miraba a su alrededor evitando encontrarse con su mirada y se dirigía decidida hacia la puerta. No se movió ni siquiera cuando la vio titubear un momento antes de abrir, ni cuando oyó el frufrú de su vestido al cruzar el umbral, ni cuando cerró tras de sí.

Pero en cuanto ella se hubo ido se lanzó al teléfono, llamó a Max y le exigió que se vieran.

—Por supuesto: tenemos algunas cosas que celebrar —repuso Max.

—Nos vemos ahora mismo en la orilla del río.

Lo encontró apoyado en un pilar del puente con las piernas separadas, el sombrero calado y un cigarrillo en los labios. *Princess* saltó alegremente a su encuentro, pero Josef la llamó con voz severa.

—Ahora ya sabes de qué se trata la Operación Polvo Solar.

—¿Vosotros estáis detrás?

—No tengo por qué darte información: sólo eres un operador de radio.

«Si lo supieras, me lo contarías», pensó él.

—Reconoce que el ataque te ha sorprendido por completo a ti también—le dijo mirándolo a los ojos.

Max pisó la colilla de su cigarrillo.

—¿De qué lado estás en realidad, Josef? Ten cuidado con lo que dices.

Abajo, en el extremo sur de la ciudad, el aire estaba lleno de humo, polvo y cenizas. En la imprenta sólo se hablaba de la explosión. La

radio comunicaba que los muertos ascendían ya a cincuenta. Entretanto, parecía indiscutible que los alemanes estaban detrás.

Oyó su nombre y, enseguida, Arthur le dio una palmadita en el hombro.

—Llamada para ti, no ha dicho quién es.

Fue al despacho de Arthur y cogió el auricular. Era Ettinger, quien le dio instrucciones:

—A las tres junto al Hudson.

Colgó y, cuando se disponía a salir, Arthur le cortó el paso.

—Por fin entiendo de qué iba todo esto. Con razón me parecía tan sospechoso desde un principio.

—No le des tantas vueltas, Arthur.

No le apetecía en absoluto escuchar las teorías de su jefe, así que procuró escabullirse, pero Arthur siguió hablando con el morboso entusiasmo del que ha tenido una revelación:

—Se trataba de engañar a todo el mundo, de distraer a todo el mundo involucrando a meros aficionados: así hacían creer que todos los agentes alemanes son tontos, y les daban a las autoridades la sensación de que tenían la situación bajo control mientras los verdaderos agentes planeaban sabotajes y atentados. Vuestra misión nunca ha sido otra que distraer al FBI, y ni siquiera vosotros lo sabíais. ¿Quién iba a decir voluntariamente: «De acuerdo, yo haré de nazi tonto»? No, han escogido a tontos auténticos. Ha sido muy astuto, y muy propio de los nazis.

—¡Eso es absurdo! —exclamó él, pero sabía que no era absurdo. Muy al contrario, era una buena explicación. Y, si se le había ocurrido a Arthur, sin duda se le había ocurrido también a Ettinger, con quien tenía que encontrarse una hora más tarde frente al Hudson.

Tres cuartos de hora después caminaba por Vandam Street en dirección al río y los repartidores de prensa le plantaban delante de la cara los titulares mientras él procuraba mirar al cielo que se abría por encima de los edificios.

En un banco de madera había dos hombres, uno de los cuales era Ettinger y el otro un agente regordete, más joven, que se volvió rápidamente hacia él con la mirada alerta y los labios húmedos, pero Ettinger lo sujetó por un brazo y le susurró algo.

Caminaron a lo largo del río como si fueran escoltando a Josef: se habían terminado la amabilidad, los cigarrillos… Ettinger parecía mirarlo de otro modo, como si estuviera convencido de que había estado fingiendo y, en realidad, siempre había ido un paso por delante.

—Ya van cincuenta muertos, Joe. Usted sabe más. Hable.

—Quizá ese tal Sebold…

—Le garantizo que Sebold no ha tenido nada que ver: tiene que sacarle más a Max.

Josef estaba muy confuso: no lograba conectar a este nuevo Ettinger con el tipo con el que se había reunido y que parecía haberle otorgado al menos cierto crédito, incluso haberlo comprendido mínimamente. La mirada del hombre que tenía delante era gélida.

En diciembre seguía reuniéndose cada tanto con Ettinger. Los días eran más cortos, los árboles habían perdido las hojas y Nueva York parecía sumergida en un gris omnipresente.

A causa del frío el aliento se transformaba en nubes de vaho que se mezclaban con el humo de los cigarrillos. En vez de escuchar lo que le decía el agente, él se concentraba cada vez más en las formas que adquiría ese vaho que se elevaba al cielo y pensaba: «Detenme ya, hijo de puta.» Sus encuentros, pues, quedaban reducidos a esa voz dentro de su cabeza: «Detenme ya, hijo de puta», y a esas nubes de vaho y humo de cigarrillo.

Había empezado a conducir la furgoneta porque Ludwig había «desaparecido». Al menos ésa fue la explicación de Max, mientras que, según Ettinger, lo habían pillado cuando intentaba llevarse en el bolsillo del abrigo un cartón de cigarrillos caros de los almacenes Macy’s. El caso es que él tenía que conducir por Brooklyn con los ojos bien abiertos para no cometer una infracción de tráfico mientras Max,

que había mejorado bastante con el morse, se sentaba con los labios apretados entre las cajas de bebidas y operaba la radio. Algunas ocasiones distinguía a Ettinger en el vehículo que iba detrás de ellos: sabía que estaban interceptando los mensajes de Max.

Esa tarde Ettinger llegó un par de minutos tarde a Central Park, donde habían quedado en reunirse. Hacía frío, y el agente llevaba una bolsa de castañas asadas, que le ofreció. Él aceptó una por cortesía. Estaban tan calientes que le pareció oír un siseo.

—La explosión en la fábrica Hércules fue un accidente, Joe.

—*Verhaften Sie mich!* —rogó él: «¡Arrésteme!»

—*Varum?* —preguntó Ettinger: «¿Por qué?»

—Porque ahora es cuando mi inocencia está más clara.

Ettinger negó con la cabeza, aparentemente triste.

—Aún no es el momento.

A la mañana siguiente, la noticia apareció en los periódicos:

EL FBI DUDA QUE LA EXPLOSIÓN
SE HAYA DEBIDO A UN SABOTAJE NAZI

El resultado más obvio de esa revelación fue que Lauren, quien llevaba semanas tratándolo como si fuera personalmente responsable de las muertes (cincuenta y dos ya), suavizó su actitud hacia él y al menos dejó de pasarle subrepticiamente en la mesa toda clase de noticias sobre movimientos de barcos y de tanques.

Se sentía menos pesimista al día siguiente, cuando subió a la furgoneta.

—¿Has visto? —le dijo a Max—. Al final no fue un atentado.

—¡Serás idiota! —le respondió el otro.

—¿Qué dices?

—¿No ves que es una mentira? ¡No quieren que cunda el pánico entre la población!

Él puso en marcha el motor. Era un día frío de diciembre y las calles estaban resbaladizas. En la furgoneta cerrada se acumulaba el olor a

gasolina, a cigarrillos y a sudor.

—No ha sido un atentado, ¿me oyes? —se limitó a repetir.

—¡Te lo crees todo, ceporro! Polvo Solar es Hércules, y basta.

—¡Que no ha sido un atentado! —volvió a gritar él.

—Cálmate, bajito.

En Flushing Avenue vio en el retrovisor a Ettinger (bigote blanco, piel rosada como la de un bebé). Ese día en particular conducía un Austin negro, y avanzaba tras ellos como si llevara un imán en el parachoques, dejando apenas una distancia de seguridad de unos tres metros para impedir que alguien fuera a colarse en medio. El caso es que, al llegar a Knickerbocker Avenue, Josef aceleró y, al ver que Ettinger hacía lo propio, ignoró el semáforo en rojo.

—¡Eh, cuidado! —dijo Max a su espalda—. No queremos problemas.

Condujo despacio mientras pasaba delante de los peatones en la isleta central, pero cuando la calle volvió a despejarse pisó de nuevo el acelerador.

—¡¿Quieres que nos metan en la cárcel?! —gritó Max.

«Exacto», pensó él: quería que aquello acabara de una vez. Entonces, repentinamente, pisó el freno. Se oyó un chirrido y, casi enseguida, el estruendo metálico del choque.

Él se cogió el brazo después de golpearse contra el volante. Le dolía el codo, y también una rodilla.

—¡Mierda, Josef! —gritó Max.

Así que Max también había salido más o menos bien librado. Respiró y esperó.

—No ha sido nada —dijo Max—. Arranca de una vez: nosotros no hemos tenido la culpa, él nos ha golpeado por detrás.

—Precisamente por eso tenemos que esperar —repuso Josef tranquilo y convencido.

Max lanzó una maldición, pero él no arrancó, esperó.

Unos instantes después el rostro de Ettinger apareció junto a la ventanilla. Miraba a un lado y a otro; parecía esforzarse en encontrar un sentido a la situación.

—¿Por qué ha frenado, señor?

—Porque había un perro —respondió Josef con voz firme.

—Aquí tiene mi tarjeta. Nos arreglaremos entre nosotros, no hay necesidad de que llamemos a la policía.

Josef bajó del vehículo y vio con satisfacción que Ettinger retrocedía. En la acera varios transeúntes se habían detenido y los miraban con curiosidad. El parachoques de la furgoneta había quedado colgando y la parte delantera del Austin estaba abollada y podía verse gotear un líquido sobre la calzada. En ese momento Josef notó que había otro hombre en el asiento del copiloto y creyó ver en sus manos el pequeño y reluciente micrófono de una radio.

—¡Ha embestido usted a la furgoneta! —gritó uno de los mirones.

—¡Que alguien llame a la policía! —gritó él como respuesta.

—Está haciéndolo todo mal, Joe —susurró Ettinger.

Esperaron en silencio. Ettinger le dirigió una mirada interrogativa y musitó:

—Piénselo, aún no es demasiado tarde.

Pero él apartó la cara. Cuando, al cabo de unos minutos, apareció un policía, Ettinger dijo:

—Muy bien.

Y caminó hacia el oficial de policía. Entretanto Josef se puso a tironear la puerta lateral de la furgoneta: quería que todo el mundo viera que no sólo llevaba bebidas refrescantes, ¡sino una estación de radio portátil! Pero la puerta estaba bloqueada. Ettinger se había puesto a hablar con el policía; seguro que le había enseñado su placa del FBI. El policía le hizo señas a la gente para que circulase y la pequeña multitud se fue dispersando.

Josef volvió a subir a la cabina de la furgoneta y, cuando Ettinger pasó a su lado, lo oyó decir:

—*Das war ein Fehler.*

«Eso ha sido un error.»

En ese momento oyó un gemido en la parte trasera de la furgoneta y, cuando se volvió, vio a Max rodeado de esquirlas relucientes y sentado en un charco de sangre. Tenía las manos ensangrentadas.

—Me apuesto algo a que ese tipo no era trigo limpio. Yo sé de esas

cosas. Seguro que ha sobornado al policía.

—¿Estás herido?

—Sobreviviré —repuso—: tampoco es que haya estallado un polvorín —añadió soltando una risa burlona.

Josef, que ya había puesto en marcha el motor, volvió a apagarlo.

—¡¿Qué pasa ahora?! —gritó Max—. ¡Arranca de una vez!

—Te gustaría llevarte el crédito por aquella explosión, ¿eh? Por gente mutilada y muerta.

—Esto es la guerra, Josef. Tú no sabes lo que es porque nunca has estado en una, así que cierra el pico y llévame al hospital.

Arrancó y una frase le pasó por la mente: «A partir de ahora, tu vida sólo puede empeorar en este país: jamás llegarás a nada en Estados Unidos»; entonces, inexplicablemente, sintió como si en su interior algo se soltara y, después de muchos meses, se relajó por fin.

## 33

# Buenos Aires, noviembre de 1949

Lleva el mismo traje desde hace cuatro semanas: no tiene dinero para comprar uno nuevo ni amigos que le dejen uno prestado. Comparte una ratonera con dos argentinos que le hacen el favor de dejarlo dormir en el suelo. Su maleta debe de haber llegado hace unos días, pero sin la nota del flete no puede recuperarla. Va todos los días a Correos para comprobar que Carl sigue sin escribirle, a pesar de que él le ha enviado ya cinco cartas con el ruego cada vez más apremiante de que le envíe a toda costa la nota de flete o que al menos averigüe el número en las oficinas del transportista.

Hace calor, no sopla ni una gota de aire. Tiene una película de sudor en el rostro. Lleva a lavar el traje a la lavandería por tercera vez en lo que va de semana, lo que no sirve de mucho porque el sudor y el polvo parecen pegarse a la tela. Mientras espera detrás de una cortina torcida en calzoncillos y calcetines, la chica desliza la plancha por el traje sin mover un solo músculo del rostro.

—Gracias —le dice. Es lo único que sabe decir. Bueno, y también—: Hasta luego.

Tiene un diccionario español-inglés: lo ha preferido al español-alemán. También el estómago le da problemas. Suele ir a un local mugriento y come sopa con trozos de carne; la mayoría de las veces la leche hace grumos cuando la vierte en el café.

En Buenos Aires también están construyendo nuevos edificios de perfecta geometría, como en Nueva York, pero los rascacielos no son tan altos y hay más espacio entre ellos. En los grandes bulevares oye

hablar en distintas lenguas europeas. Cerca de Correos hay una plaza grande con un obelisco, un cuidado parque con una estatua ecuestre, estanques y fuentes que borbotean histéricas. Hay hoteles con toldos abombados como conchas sobre cada ventana. Todas las ciudades tienen esos rincones que fingen no saber nada de los otros rincones.

Su rincón, a media hora en autobús desde el centro, está en un barrio de casas bajas sin terminar o ya saqueadas en las que siempre falta algo: el cristal de una ventana, el picaporte de una puerta, una pared. Las gallinas van y vienen por las calles sin pavimentar, por las noches siempre hay apagones. «Villa miseria», lo llaman sus nuevos amigos, él no necesita que se lo traduzcan.

No importa: no piensa quedarse mucho tiempo. No es más que una ciudad entre tantas otras en su viaje de regreso hacia Estados Unidos.

Se acerca al puerto. La hora de la siesta ha terminado y los porteños salen perezosamente de sus casas.

—Por ahí —le contesta alguien cuando pregunta por la Aduana Principal, adonde llega la paquetería.

Los barcos se identifican por su lugar de origen: Rotterdam, Londres, Bilbao, Génova... Pasa de largo ante contenedores y gente que dormita. El Río de la Plata fluye lodoso, como siempre. Llama a una puerta de hierro entreabierta y oye un ruido que brota desde dentro. El hombre que está detrás del mostrador tiene el pelo peinado con gomina y habla un poquito de inglés:

—*I'm sorry, we need the freight note*.

«Lo siento, necesitamos la nota de flete.»

Él conoce ese tono implacable y definitivo. Al oscilar nerviosamente, el ventilador le levanta el pelo al hombre, que se ha sentado.

—¿No puedo echar un vistazo yo mismo?

—¡Aquí hay centenares de paquetes! Y no puedo dejarlo pasar. ¿No lo entiende?

No, no lo entiende.

Todas sus cosas están ahí: dos trajes de Carl, un par de zapatos (que

Edith le consiguió cambiándolos por un reloj), un peine, una maquinilla de afeitar, toallas, un despertador, una lámpara, una máquina de escribir portátil, herramientas, embutidos…

Vagabundea por las calles. Oye hablar alemán y ve tiendas y locales alemanes: Pastelería Grossmann; Peletería W. Toller; Taller de Muñecas Schill; Cervecería Adlerhorst; doctor Dinkeldein, dermatólogo… Hasta ahora no ha hablado con ningún alemán, aunque puede reconocerlos. ¿Cómo? Así, sin más, pero pasa de largo ante ellos y procura parecer argentino.

«Intente ser útil», le había dicho Dörsam.

Entra en una librería alemana del barrio de Flores y se desliza como un fantasma entre las mesas llenas de libros por miedo a que el joven librero lo confunda con un vagabundo y lo eche. Allí hay un tablón de anuncios: un coro busca tenores; un club de ajedrez anuncia las fechas de su torneo y una tertulia alemana, su próxima reunión en el restaurante Abc (Dörsam le había hablado de ese sitio: quizá allí podría encontrar a Schmuederrich). No hay ninguna oferta de empleo: parece que en Buenos Aires están por encima de eso, o quizá allí se hagan las cosas de otra manera. Pasa los dedos por los lomos de los libros, coge uno al azar y lee en la contracubierta: «*Ein Hamburger Roman voll Sonne und Sehnsucht nach Wind und See*» («Una novela hamburguesa llena de sol y nostalgia del viento y del mar»), coge otro y lee el título: *Hygiene des Alltags* («Higiene diaria»).

La campanilla de la puerta suena y entran dos mujeres que enseguida rompen el incómodo silencio que reinaba entre el librero y él, aunque no dicen nada más que *Guten Tag* y susurran entre sí de vez en cuando.

Coge un libro de un autor francés, *Nürnberg oder das Gelobte Land* (*Nuremberg o la tierra prometida*), y lee la contracubierta: «*Die Deutschen sind keine Ungeheuer gewesen, wie Nürnberg es wahrhaben will*» («Los alemanes no fueron unos monstruos, como Núremberg parece dar a entender»).

Una mosca aterriza en su mano, él la espanta y vuelve a dejar el

libro. El joven librero se para delante de él.

—Tome, acaba de llegar.

Josef coge la revista con un asentimiento, como si supiera lo que es.

*El Camino, Revista Mensual para el Cuidado de la Cultura y la Reconstrucción*. La hojea por encima. «Tan sólo el que se rinde está perdido», una cita de un tal coronel Rudel, condecorado piloto de aviones Stuka y representante en Argentina del consorcio Siemens. Un artículo calcula por qué no pudieron ser seis millones, «tenemos que quitarnos la camisa de fuerza», lee, y «sabemos que nuestros periódicos mienten». Salta hasta el final. La revista se publica en Argentina y en Alemania. «Ejercicio de ajedrez: ¿qué piezas pueden moverse para hacer jaque en dos jugadas? Correctamente resuelto por los señores...» Deja la revista encima de la mesa y sale de la tienda despidiéndose con un gruñido.

Pasa una semana. Sus itinerarios se reducen a los lugares que conoce. La chica plancha su traje todos los días mientras la virgen del altar doméstico mira con los ojos alzados hacia el techo de la estancia, como si también ella estuviera harta de él. Los dos argentinos van a seguir su camino y le indican con gestos que puede trabajar en el campo. Hacen el signo internacional del dinero: «Puedes venir con nosotros y pagar de ese modo tus deudas.» Él no quiere, aunque sabe que cuando se vayan no tendrá ni siquiera un suelo donde dormir.

«La riqueza de una persona puede medirse por las cosas de las que es capaz de prescindir.» Hace años ésa era su frase predilecta de Thoreau, pero todo eso quedó atrás. Cuanto más vive, menos le interesan las ideas de otros.

La última noche los argentinos lo llevan a una boda y se emborracha. Asan carne y mazorcas de maíz sobre una parrilla con carbón vegetal. Un olor delicioso inunda su barrio de chabolas. Es como si sólo hubiera tenido que sentarse durante una canción y luego pudiera volver a salir a la pista; como si, tras unos cuantos años entre rejas, simplemente tuviera que levantarse y echar a andar de nuevo... pero no sabe cómo.

Ya no sabe qué hacer con su vida: ha perdido el ritmo, y allí, en aquella boda, tiene que enfrentarse a esa revelación; allí, donde las únicas palabras que entiende son «¡salud!» y «ron», y «whisky», y «ginebra».

Le viene a la cabeza una imagen y cierra los ojos, avergonzado: su retrato en *The New York Times*. Los hombros caídos hacia delante, las manos esposadas, la sonrisa curiosamente descarada. Nunca ha entendido esa sonrisa.

Ettinger se lo había dicho ese mismo día. Después del accidente no había vuelto a saber nada de él, pero luego, seis meses más tarde, volvió a llamarlo por teléfono:

—Será esta noche.

Él dobló con cuidado un jersey de Lauren, lo olió, volvió a desplegarlo y lo olió de nuevo.

A las ocho y media llamaron a su puerta. Lo esposaron y lo hicieron subir al asiento trasero de un coche, encajado entre ellos. Era a finales de junio, un día caluroso. En una calle lateral, cerca de Grand Central vio a dos policías que se disparaban con pistolas de agua entre carcajadas. Su risa se superponía al ruido de la calle. No sólo él había sido detenido aquella tarde, los habían detenido a todos: treinta y tres espías.

A la mañana siguiente el polvo baila en los rayos de sol cuando los dos argentinos se ponen el sombrero y se despiden. De alguna manera le dan a entender que la próxima vez tendrá que pagar.

En Lavalle 545 encuentra el restaurante Abc, encajado entre dos altos edificios. Es pequeño y con tejas rojas: parece de mazapán. Por encima de las cortinas que cubren las ventanas hasta la cintura observa que las paredes están forradas de madera; en las mesas hay servilletas de tela arrugadas y tacitas de café. Ya es más de mediodía. Al entrar saluda al camarero con la cabeza y estira el cuello para dejar claro que está buscando a alguien. En la pared del fondo hay un enorme paisaje montañoso con un castillo. No ve a nadie que conozca, pero un joven se acerca entre las mesas como si supiera más de él que él mismo.

—¿Busca a alguien?

Josef duda, pero no tiene nada que perder, así que pronuncia el nombre de Schmuederrich.

—No vendrá hasta mañana por la noche. ¿Es nuevo allí, acaba de llegar?

Él asiente.

—¿Y no tiene dónde quedarse?

Él apenas se atreve a asentir de nuevo.

—Conozco una pensión, quizá aún tengan alguna habitación libre. Voy a llamar por teléfono. Deme un momento. —El joven percibe el titubeo de Josef y sonríe—. No se preocupe: es un matrimonio alemán, los Griebel, del Sarre.

La Pensión Alemán está a unas pocas calles de distancia. Mientras suben por una empinada escalera puede sentir el sudor que le corre por la nuca. La puerta se abre. Ésa tiene que ser la señora Griebel y, tras ella, en el armario de la pared, un busto del Führer; por eso el joven le ha dicho: «No se preocupe.»

—¿Ha tenido un viaje muy pesado, señor Klein? ¿Ha salido todo bien?

—Sí, pero aquí las cosas tampoco son fáciles.

—Ahora ya está a salvo. Menos mal que lo ha conseguido, ¡aquí no le va a faltar de nada!

—Disculpe, cuánto cuesta la habitación: no tengo dinero y tampoco trabajo.

—Seguro que pronto encontrará un buen empleo. Puede pagarme a fin de mes.

Arriba, un fuerte olor a disolvente. El cuarto que le han asignado está recién pintado y limpio. Es muy luminoso, tiene una mesa y dos sillas.

De la pared cuelga una chapa de metal enmarcada con la inscripción «A TI, MI PATRIA, EN NIEBLA Y HUMO ENVUELTA, TE SERÉ FIEL HASTA EL ÚLTIMO ALIENTO.»

En la ducha, al final del pasillo, se enjabona la cara y se afeita a conciencia. Luego se tumba en la cama recién hecha. Piensa en Edith mientras llegan hasta sus oídos sonidos lejanos: el traqueteo de un

tranvía, el trino de un canario y, en alguna parte, una radio. Ni siquiera sabe cómo se llama el joven que lo ha acompañado hasta allí, sólo sabe que ahora es un nazi fugitivo.

Al día siguiente Schmuederrich aparece en la puerta de su cuarto con dos botellas de cerveza fría perladas de agua condensada. Lleva un traje claro y un sombrero de paja, ha engordado un poco.

—¡Así que ya estás aquí, chavalote! —exclama, y ríe enseñando sus dientes separados.

Por un instante no sucede nada: ni un apretón de manos ni, desde luego, un abrazo. Luego Schmuederrich entra sin más, abre las botellas de cerveza y empieza a contarle. Trabaja en La Plata, en una institución de caridad que envía paquetes de ayuda a Alemania: aceite, manteca, tocino, carne de ternera, carne encurtida, queso... Él se ocupa de los anuncios y de la captación de colaboradores. Ése ha sido siempre su oficio, pero ese empleo supone un descenso para él, un descenso considerable. Qué se le va a hacer. Tiene cosas mejores en perspectiva, pero aún no puede contarle nada al respecto. La comunidad alemana en Buenos Aires es muy respetada y tiene una cohesión a prueba de bomba. El deseo general es reconquistar Alemania y expulsar a los Aliados: liberar Alemania. Josef frunce el ceño.

—No te cagues encima. Esta vez no vamos a meternos en problemas con el Gobierno. ¡Perón adora a los alemanes! Gracias a la tecnología alemana, Argentina se va a convertir en la gran potencia de Sudamérica. Vamos a intentar que, por una vez, la cola mueva al perro y no al contrario. No hemos caído aún, ¡sólo hay que sacar a los alemanes de su depresión y volver a entusiasmarlos!

Schmuederrich bebe complacido un trago tras otro de su cerveza, parlotea sin parar y de vez en cuando le grita: «¡Irma, cariño!» a la caritativa señora Griebel, que aparece poco después con más cerveza, sándwiches, un ventilador de pie que agita la mezcla húmeda de calor, olor a pintura, cerveza y humo de cigarrillo. Él se siente un poco aturdido. Como a través de la niebla le llegan las palabras «ingenieros

de cohetes», «comandantes de escuadrones aéreos», «físicos», «médicos», «asesores militares», «representantes de la industria alemana», «antiguos diplomáticos»… En resumen, peces gordos, aunque no pueden quedarse en Alemania: allí los persiguen a pesar de su orgulloso pasado.

Sólo cuando Schmuederrich habla de un empleo él aguza el oído. Sí, en la imprenta Casa Schirmer necesitan con urgencia refuerzos para la producción de postales de Navidad, ahora que las Navidades están a la vuelta de la esquina. Josef se endereza y pide que le explique con detalle cómo llegar allí: puede empezar mañana mismo.

Schmuederrich entrechoca su cerveza con la de Josef.

—¡Por la libertad! —brinda.

Él bebe un largo trago de cerveza. Espera que Schmuederrich se vaya pronto, pero entonces lo oye decir:

—En algún momento tendrás que ponerte a nuestras órdenes: vamos a derrocar al Gobierno alemán.

Josef aparta la cara.

—No me interesa.

—Te estamos ayudando.

—Si no fuera por vosotros, no necesitaría ayuda.

—¿Sabes lo que creo? Esa chica, tu amiguita, era del FBI.

—Tonterías.

—Piénsalo.

—No, Hans, no lo era.

Sale de la pensión y camina bajo el punzante sol del mediodía. Lo de Lauren se acabó hace una eternidad, pero aún duele, cada segundo.

# 34

# Buenos Aires, Navidad de 1949

Observa con atención a aquellos hombres cuyos rostros se vuelven máscaras grotescas cuando ríen. Ésos son precisamente los hombres a los que Schmuederrich admira, a los que envidia. Sin embargo, ni siquiera parecen advertir su presencia, pese a que un par de ellos trabajan en la misma institución de caridad que él.

Schmuederrich agita su Martini, expectante, y le hace notar la fantástica vista de aquella terraza al estuario del Río de la Plata, cuya superficie brilla, dorada, al atardecer. Se está bien en la villa de los Schlüter: espléndidas palmeras embellecen el jardín, las coloridas tumbonas parecen una guirnalda alrededor de la redonda piscina, el enorme abeto está cubierto hasta el ahogo de adornos navideños.

El señor Schlüter, exitoso comerciante alemán de maquinaria, se presenta vestido con un traje folclórico con botones de cuerno de ciervo. Los saluda con un gesto (también él colabora con la institución de beneficencia), pero se une a los caballeros más importantes. La señora Schlüter, esbelta y recta como una vela, y vestida de seda verde, les sonríe al pasar y vuelve a desaparecer dentro de la casa. La campanilla de la puerta ha empezado a sonar constantemente. La terraza se llena. Un par de jóvenes damas con sombreritos de los que penden velos de gasa se instalan junto a ellos sin siquiera mirarlos y empiezan a parlotear. Se quejan del hermoso pero poco práctico *New Look* de Dior, con el que ellas mismas han comparecido allí esta noche: tacones altos, faldas largas y con mucho vuelo, talles de avispa... De un tocadiscos brota el canto de un coro de niños que entona canciones navideñas.

—Ya ves lo que puedo ofrecerte además de la prisión —le susurra

Schmuederrich.

Josef distingue perlas de sudor en la frente y las mejillas de su compañero de velada. Cuando el sol desaparece detrás de los árboles, unos doscientos invitados llenan la terraza y el jardín. Schmuederrich descubre de vez en cuando a algún conocido, la mayoría de las veces suscriptores de la institución de caridad, pero se limita a saludarlos con un breve asentimiento: quiere mantenerse disponible para los machos alfa.

Josef le pregunta si toda esa gente ha llegado a Argentina después de la guerra.

—¡Naturalmente! ¿Qué pensabas? —le contesta Schmuederrich con aspereza.

Él sólo quería que lo dijera. Se reparten puros. Cháchara sobre Dior por la izquierda, cháchara bélica por la derecha.

—¡Qué error reducir a escombros Alemania, el único bastión contra la marea roja!

—¡Los estadounidenses no tardarán en darse cuenta!

Todos están especialmente furiosos con los generales cobardes y los cobardes suicidas.

La suela de uno de los zapatos nuevos de Josef ha empezado a desprenderse. Debe de ser el calor. Lo barato siempre acaba saliendo caro.

—¿Galletas saladas y daditos de queso, caballeros?

Schmuederrich deja el vaso vacío en la bandeja, pide un puro y se queda mirando a los hombres. Parece tan perdido como él; de hecho, algunos caballeros vuelven la cabeza aposta para no tener que saludarlo.

—¿Cómo te llaman aquí? ¿José? —pregunta distraído.

—Me da igual cómo me llamen.

—No lo permitas: a mí quieren llamarme Juan, pero de eso nada. No se lo permito ni a las putas, y eso que aquí hay chicas muy guapas.

Uno de los hijos de los Schlüter brinca en pijama entre los invitados y se esconde detrás de los vestidos de noche de las damas. La niñera lo persigue, agachada y con los brazos abiertos, y acaba atrapándolo. El

niño se muere de risa.

—¿Qué tal tu empleo en la Casa Schirmer?

—No lo han prorrogado: se acabó a fin de mes.

—Eso es porque no dejas de hablar de Estados Unidos. Siempre estás con que quieres ahorrar y volver. El rumor me ha llegado incluso a mí.

—Puede que tenga problemas con el gobierno estadounidense, pero no con Estados Unidos.

Schmuederrich pone los ojos en blanco y resopla.

La señora Schlüter da unas palmadas y pide a los invitados que pasen al salón para celebrar el programa navideño. Josef tiene que caminar levantando mucho los pies para que la suela despegada no se doble. Schmuederrich no parece notarlo. En el salón de paredes enteladas, un anciano cuyo rostro no parece consistir más que en unas boscosas cejas blancas, espera sentado junto al piano.

—*Oh du goldenes Meer!* («¡Ay, dorado mar!») —exclama, y algunos oyentes cierran los ojos conmovidos—. *Oh ihr Sterne!* («¡Ay, estrellas!»). *Wie ihr auf uns herabschaut und an uns denkt, wenn wir schon nicht mehr sind!* («¡Cómo miráis hacia abajo y pensáis en nosotros cuando ya no estamos!»).

Acto seguido un hombre con gafas de carey pronuncia un discurso del que se desprende que el arte abstracto es un camino errado porque no es capaz de conmover el alma humana. Asentimiento general. Los ceniceros están repletos, una criada se desliza sigilosa por el salón vaciándolos. El hombre de gafas se lamenta de que el omnipresente espíritu comercial y los tangos de Hollywood perturben la serena contemplación del arte. Las jóvenes damas vestidas de Dior intercambian miradas y ríen entre dientes. Le recuerdan a Lauren: ella también sabía reír así. Acto seguido una mujer bastante robusta canta un *lied* de Schubert: *Du bist die Ruh, der Friede du* («Tú eres la paz, el dulce sosiego»), y se abre el bufet. Schmuederrich desaparece: por lo visto cree que ya no necesita de su compañía.

Le ruge el estómago, así que sale al jardín caminando como buenamente puede y saca sus cigarrillos. La terraza está vacía, pero el grupo de caballeros se ha quedado allí, desdeñando lo que pudiera

estar ocurriendo dentro. Lo miran de arriba abajo. Uno de ellos, joven aún, lleva una prótesis en la pierna. Tiene una sonrisa desafiante y un rostro bien cincelado que ya ha llamado antes su atención. No sabe si debería saludarlos, aunque sea con un leve asentimiento. Cuando ya se dispone a alejarse, oye que alguien le pregunta:

—¿Dónde sirvió usted?

Se vuelve sin poder creer que se hayan dirigido a él. Le atribuye esa voz ronca a un hombre de manos blancas y cuidadas, el único que lleva un uniforme con condecoraciones.

—En ningún sitio: vivía en Nueva York. Y me encantaba, por cierto.

—Pensábamos que tenía una herida de guerra en la pierna: va usted cojeando.

De pronto lo invade una extraña alegría.

—Se me ha roto un zapato. Bueno, se me ha despegado la parte delantera de la suela y, para que no se doble a cada paso, tengo que levantar la pierna así, mire.

Levanta el pie y se queda sobre una pierna. La suela le cuelga lastimosamente. Los caballeros ríen, sobre todo el de la prótesis.

—¿Ha comprado aquí los zapatos?

Josef asiente.

—Pues lo han estafado.

—Eran baratos: he ahorrado en lo que no debía.

—No hay que ahorrar nunca en lo importante, y el calzado lo es: sin unos buenos zapatos es imposible salir adelante en la vida.

—Lo tendré en cuenta.

Les da las buenas noches y cruza la terraza hasta el otro extremo, donde Schmuederrich lo intercepta.

—¿Qué te han preguntado? —le pregunta en voz baja, pero lleno de emoción.

—Dónde serví.

Schmuederrich se vuelve hacia los caballeros, parece rehacerse y grita:

—¡Estuvo internado en Ellis Island!

—Ah, ¿así que su ayudante no es un agente del FBI infiltrado? Eso nos

tranquiliza.

Risas.

—¡¿Y usted?! —pregunta uno de ellos a gritos, como para dejarle claro que no es necesario que se acerque.

—Trabajamos por Alemania: siempre fuimos patriotas —responde Schmuederrich, y se los queda mirando expectante.

—¡Pues no es que lograran gran cosa! ¿Cómo ha dicho que se llama?

Cuando Schmuederrich no responde, uno de los caballeros dice en tono conciliador:

—Es Hans Schmuederrich, el que nos vende los paquetes de ayuda.

Más risas.

Schmuederrich da las buenas noches y se aleja por el jardín, ellos continúan hablando, riendo y burlándose de los dos hombres:

—Hay que ser indulgentes, esos pobres ni siquiera conocieron el Tercer Reich en realidad.

—En Estados Unidos ni siquiera les permitían llevar un arma.

—Se dice que hubo algunos traidores.

De los limoneros cuelgan ángeles de papel plateado y un gato atigrado los hace bailar estirando una pata. El río está sumido en la oscuridad.

Josef se quita los zapatos y camina descalzo por el césped. Ve a Schmuederrich junto a la piscina: se ha desplomado en una tumbona y se inclina para recuperar un cigarrillo que se aleja rodando.

«Debería haberte denunciado», piensa Josef. «A ti, a mí, a todos…»

# 35

## Ellis Island, mayo de 1946

Cada mañana al despertar veía la Estatua de la Libertad en la mitad derecha del marco de la ventana. Estaba atrapada, como él. Cada mañana, igual que el día en que había llegado a Manhattan en el vapor transoceánico. La visión duraba el resto de la jornada, y entonces venía la noche y la borraba a conciencia. Cuando se acostaba en el dormitorio común y se ponía de lado, era como si se precipitara al abismo: como si el zumbido del motor de los barcos de pesca y el batir de las olas lo empujaran por un precipicio o lo arrastraran lejos, muy lejos, casi hasta el más allá.

Por la mañana todo volvía a empezar desde el principio. A la derecha en el marco de la ventana, la Estatua de la Libertad; a lo lejos, la ciudad surgida del agua, con sus rascacielos lisos y esbeltos, apretados como personas que contienen la respiración en un ascensor repleto, intentando mantener a toda costa la calma y la dignidad.

Su sorprendente traslado a Ellis Island en el otoño de 1945 significó sobre todo que volvería a ver a Lauren. Sandstone estaba muy al norte, tanto que ella no había podido ir a visitarlo. Él lo entendía, incluso había pensado que era lo mejor: no quería que lo viera con el traje a rayas de la prisión, cuadriculado detrás de los barrotes.

Desde el principio se habían escrito sin el menor romanticismo; con el tiempo, las cartas se habían hecho menos frecuentes. Eran conscientes de que las censuraban, y él se preguntaba si por eso evitaban cualquier cosa interesante o afectuosa.

Él había seguido escribiéndole siempre a la misma dirección de Brooklyn, de lo que deducía que ella seguía viviendo sola, sin esposo ni hijos. Eso le gustaba, en cierto modo, y lo hacía reflexionar: ¿era alegría por el mal ajeno o esperanza en que todo volvería a ir bien? Quizá le otorgarían un indulto y podría empezar de nuevo; incluso era posible que Estados Unidos aceptara acogerlo otra vez. Todo volvería a ir bien.

Cuando le escribió que lo habían trasladado, ella prometió que iría a verlo, pero él no estuvo seguro de que decía la verdad hasta que vio que le preguntaba si quería que le llevara algo, «pastel de judías, por ejemplo»; entonces se convenció de que realmente iría. Habían pasado varias semanas, pero el día había llegado por fin: iba a ser su primer encuentro en cinco años.

Ya eran las tres y diez y seguía allí sentado, solo. La sala se había llenado. Procuraba no perder de vista la puerta y al vigilante, aunque a veces se volvía para mirar los Florsheim en dos tonos del alemán que estaba sentado a la mesa de al lado con su esposa estadounidense. Hablaban sobre la posibilidad de comprar una zapatería en Bushwick. Estaba claro que tenían hijos, y además mucha suerte de que no la hubieran «internado» a ella también.

Había tantos jóvenes allí… Jugaban al bádminton por las tardes en la misma sala donde, al llegar, les habían revisado la boca, los ojos y los oídos. Nadie les decía cuánto tiempo continuarían en la isla, ni lo que pasaría después. Los abogados se guardaban el dinero e informaban con gesto lastimero de su mala suerte ante el tribunal.

A veces Josef se repetía su frase favorita de Thoreau: «La riqueza de una persona puede medirse por las cosas de las que es capaz de prescindir», pero hacía tiempo que la encontraba discutible.

De pronto, en la sala apareció una mujer algo inquieta. Era miope y miraba a su alrededor adelantando levemente la cabeza. Poco después estaba delante de él, sonriéndole. Él seguía esperando a Lauren, así

que, sin darse cuenta, ni siquiera se levantó. Sus pechos se veían más llenos y su rostro más redondo. El pelo, peinado como si llevara un rígido casco de rulos, le daba un aspecto muy conservador. Ahora tenía treinta años.

—Hay que atravesar un túnel y cruzar un montón de puertas para llegar hasta aquí.

—No estaba pendiente de la hora —contestó él intentando entender, a la vez, lo que ella le decía: seguía hablando del camino que había tenido que recorrer para poder llegar hasta allí.

Como ella estaba tan cerca y tan cambiada, no podía mirarla a los ojos. Volvió a otear los Florsheim del vecino y asintió. Sí, un túnel, cuando se bajaba del transbordador,
y luego la sala de registros.

—Pero no ha sido nada —concluyó ella.

—¿Ahora te tiñes el pelo?

—Éste es mi color natural, ¿no te habías dado cuenta de que me lo teñía?

Él negó con la cabeza.

—Soy la encargada de un hotel —repuso ella cuando él preguntó. Aunque de vez en cuando echaba una mano para hacer las camas, por ejemplo, cuando las chicas no eran puntuales, le explicó. Era un pequeño hotel en Long Island. ¿Qué había sido de su sueño de ser periodista? Simplemente no se atrevió a preguntarle.

Ella cruzó las manos encima de la mesa, esas manos tan familiares, que él había tocado tantas veces. El esmalte rojo de las uñas estaba intacto: seguro que se las había pintado ese mismo día, para él, y ahora estaba sentada allí, en un sitio en el que no encajaba para nada, en el que nadie encajaba, que sólo servía para tener a unos cuantos hombres, mujeres y niños encerrados y olvidarse de ellos. Entonces, de pronto sintió como si viera doble, como si la artificiosidad de todo se hiciera más evidente que nunca. Vio claramente el contenedor insular en el que estaba metido y la porción de libertad que habitaba en Lauren como su única conexión con el exterior, y se dio cuenta de cuánto debía de hacerla sufrir aquella situación. Estaban allí, frente a frente, pero sus

circunstancias eran completamente distintas.

—¿Cómo está *Princess*?

—Ahora es una anciana, casi no oye.

Se sonrieron y, durante una fracción de segundo, él reconoció sus ojos.

—Ha significado mucho para mí que te quedaras con ella: es como si una parte de mí siguiera libre.

Se dio cuenta, por la mirada atenta de ella, de que hablaba demasiado despacio, como si el tiempo detenido en Ellis Island hubiera penetrado en su lenguaje.

—¿Cómo está tu familia en Alemania? ¿Has sabido algo de ellos?

—Aún no.

—Tienes que escribirles.

Josef imitó el modo de hablar de un inmigrante aburrido y con mucho acento:

—Ya haber hecho, esperar respuesta.

Ella sonrió, indulgente.

—¿Y tu familia? —preguntó él esforzándose en ser cortés—. ¿Cómo están tus padres?

Lauren hizo un gesto con la mano que podía significar cualquier cosa: que no valía la pena hablar de eso o que todo iba bien.

Así que esto se trataba sólo de él. De acuerdo.

Miró por la ventana las olas que se rizaban y rompían.

No sabía si su familia seguía viva.

Habría podido escribir desde Sandstone para averiguarlo, pero le había dado vergüenza escribir desde una prisión; sólo se había atrevido dos semanas atrás, desde Ellis Island: estar en un campo de internamiento no sonaba tan mal.

Se inclinó hacia delante. Empezaría hablándole de los altos mandos: durante los años de prisión había recortado todas las noticias que había visto sobre las ejecuciones.

—Canaris fue ejecutado en 1945 en un campo de concentración. Canaris, ¿sabes quién era? El jefe de la inteligencia militar. Ya lo habían apartado: cometió muchos errores.

—¿Adónde quieres ir a parar, Joe? —lo interrumpió ella.

—¿Te acuerdas de los agentes nazis de aquella película? ¿De esos idiotas? ¿No crees que habrían podido escoger a gente mejor?

—¿Qué es exactamente lo que quieres decir?

Él se acercó aún más y susurró:

—Escogieron con toda intención a gente incapaz, o a gente como yo, que no estaba en eso voluntariamente y lo contaba todo: no querían que Estados Unidos quedara reducido a cenizas. Siempre fingieron apoyar los planes de Hitler, pero secretamente trabajaban contra él: era una especie de resistencia interna.

Ella pareció titubear, como si comprendiera poco a poco el sentido de lo que él le decía, y luego esbozó una sonrisa inexpresiva. Parecía querer darle la oportunidad de dejar el tema.

—¡Hubo oposición y aquí no se habló de ello durante mucho tiempo!

—Entiendo: quieres ser uno de los buenos.

Ella sonreía con frialdad. El lápiz de labios le había manchado los incisivos superiores.

—No, ¡quiero saber lo que ha ocurrido! —repuso él indignado.

Lauren se apartó un poco de la mesa y miró hacia la ventana. El cristal estaba empañado por la sal.

Él la miró suplicante. Había imaginado que ese momento sería distinto, más fácil.

Por fin ella arqueó una ceja.

—Joe, ahora en Alemania todo el mundo habla de resistencia y oposición. De pronto todos estaban en la resistencia, ¿tú también?

Él sacó del bolsillo del pantalón un gastado artículo de periódico doblado en cuatro y se lo tendió como ella siempre hacía.

—Mira, Lauren: allí lo tienes en negro sobre blanco. En el verano del cuarenta y dos, ocho saboteadores sin ninguna formación llegaron a Estados Unidos en un submarino que los abandonó sin más cerca de la playa. Canaris, el jefe de la inteligencia militar, simplemente dijo: «En fin, puestos en lo peor perderemos a ocho buenos nazis.» Era una operación falsa: pura apariencia.

Ella lo miró con rechazo, incluso con hostilidad, pero él no tenía otra

cosa que ofrecer; ése era su mayor argumento: los «ocho buenos nazis».

—¿De cuándo es el artículo y quién era la fuente?

—La fuente era nada menos que Lahousen, el responsable de la sección de la inteligencia militar dedicada a los sabotajes: le concedió una entrevista a la prensa internacional en Núremberg en diciembre de 1945.

Temía la reacción de Lauren, de modo que volvió a mirar los pies calzados con zapatos Florsheim. Se movían nerviosamente: allí todos estaban nerviosos.

—Claro, lo dijo después de la guerra, cuando estaba dispuesto a declarar cualquier cosa con tal de presentarse bajo una luz favorable.

—Pero ¿cómo iba a decirlo antes? ¡No es la clase de cosa de la que uno puede presumir!

—Joe, no sirve de nada aferrarse a algo de lo que no hay pruebas.

¿De veras no lo entendía? Rió con amargura. Le habría gustado levantarse e irse, como si fuera un hombre libre. De hecho, sería un hombre libre durante esos pocos segundos, mientras abandonaba a esa mujer, aunque al cabo no podría dirigirse a ningún lugar que no fuera la celda comunitaria.

—Lauren, lo he perdido todo. Ya no sé qué pensar de mí mismo.

—Puedo imaginármelo, pero tu teoría es pura especulación.

La miró pensativo. Por supuesto, todo estaba dentro de su cabeza: allí su idea era clara y tan radiante que trazaba un rastro resplandeciente a través del día gris. Se sintió humillado.

—Joe, incluso si eso fuera cierto, quiere decir que estaban dispuestos a sacrificar a esa gente. Medio año más y tú también habrías muerto: habrías sido condenado por un tribunal de guerra. Quienes asumen una cosa así no son héroes.

—No me importa el heroísmo, sino la verdad —repuso él, pero lo hizo con tan poca energía que apenas se creyó a sí mismo.

—¿Ah, sí? ¡Esto es la verdad! —Lauren cogió el artículo, lo arrugó y lo dejó caer sobre la mesa.

Josef se la quedó mirando, perplejo, e intentó imaginarla tratando así a sus subordinadas del hotel porque habían olvidado cambiar una

toalla. Ella se humedeció los labios, se adelantó un poco en la silla y añadió, un poco más conciliadora:

—Nunca sabrás cuáles fueron los motivos de los demás, pero sabes lo que has hecho tú. Si tienes algo que reprocharte, aprende a vivir con ello.

No podía recordar si se habían despedido o no, pero de pronto volvió a sentir su mano en la suya; sí, le había tendido la mano.

—Que te vaya bien, Joe —le había dicho—. Cuídate.

La bolsa de papel con el pastel de judías estaba en la mesa delante de él, y allí la dejó.

Cuando volvió a su celda vio la carta de Carl: vio que Carl estaba vivo. El sobre estaba en su cama, como si de pronto su hermano estuviera allí con él.

La leyó y supo que todos estaban vivos. Todos los Klein habían sobrevivido: Edith, los dos niños y todos sus parientes de Düsseldorf y Aquisgrán.

«Siempre tendrás un hogar con nosotros», le decía Carl. Él sabía que no era verdad, pero sentaba bien leerlo.

Enseguida se puso en marcha e hizo enviar a través de una agencia un paquete de ayuda a Neuss: chocolate, café, aspirinas, embutido, pimienta, tocino, cinta adhesiva…

# 36

## San José, junio de 1953

Al salir de casa el calor se le viene encima con toda su intensidad y su fuerza. El verdor lo deslumbra. Mira nostálgico hacia el río. El agua está fresca, ya la ha probado alguna vez con el pie.

Llama a la puerta de María, que lleva una toalla enrollada en torno al pelo húmedo y parece alegrarse de que la encuentre en un momento íntimo.

María le ha dicho más de una vez que vaya con cuidado con el río. No le ha dado una razón, ¿caimanes?, ¿la corriente? Ahora, plantado ante ella, se lo pregunta.

—¡Es muy profundo, don José!

Él la mira asombrado.

—Según dicen los hombres, hay ocho metros de profundidad en los puntos más hondos —insiste ella.

—Pero… yo sé nadar.

—¡Pero es muy profundo!

Así que María no sabe nadar, deduce Josef; ni siquiera sabe lo que es nadar.

—No importa lo profundo que sea un río —le explica Josef—, uno puede ahogarse en cuanto deja de sentir el suelo bajo los pies.

Ella se frota el pelo con la toalla y lo mira como si él pretendiera atar a un oso.

—María, ahogarse no es como caerse de una ventana, cuando es más probable que sobrevivas si caes de dos metros que si caes de ocho.

—Bueno, entonces inténtelo.

Sigue justificándose incluso cuando María ya ha cerrado la puerta. Una y otra vez, como la ardilla, que no para de buscar desesperadamente una salida de la jaula. Durante el día la jaula está colgada del alero del porche y, cuando uno se acerca, empieza a balancearse violentamente de un lado para otro.

—Prefiere morir a estar presa —le dijo el día anterior a María.

A ella no le gusta oír esas cosas: su boca se vuelve una raya.

Vuelve a tumbarse en la cama, que es pequeña, sin postes ni cabecero, y contempla los pacientes giros del ventilador. Al girar, las aspas cortan el aire y producen un ruido suave y distante. En el suelo, los mapas: Costa Rica entera yace a su alrededor. Cartografiar un país, sus montañas, ríos, carreteras, asentamientos. Verde lima, azul claro, negro, blanco cáscara de huevo...

Buenos Aires: dos años atrapado en una ciudad cenagosa por la lluvia o polvorienta por el sol en la que era imposible ganar dinero si no habías llegado con mucho dinero. Derribó casas y pintó vallas de exiliados ricos, hombres con pasado. Vivió durante un tiempo en el cenador de la casa de veraneo de un matrimonio austríaco, a las afueras de la ciudad. Mantenía a raya el jardín: cortaba el césped, podaba los setos, arrancaba las malas hierbas... A veces, los fines de semana, veía al matrimonio desde lejos. Respiraba, dormía, comía judías y arroz... «Ahora vivo como Thoreau en su cabaña», pensaba entonces, y así pasaron dos años. Sólo cuando llegaba una invitación de Schmuederrich se dejaba ver entre alemanes. En cuanto hubo ahorrado suficiente dinero se fue. Su plan era cruzar a Estados Unidos desde México. En Costa Rica, por primera vez examinaron con un poco más de atención sus documentos de identidad. Estuvo tres días en la cárcel. Sí, era alemán. Enviaron a un diplomático alemán. Le creía, pero necesitaba pruebas, y él no las tenía. Por fin pidió un teléfono y llamó a Dörsam, que conocía a alguien allí. Dos horas después estaba libre y tenía en el bolsillo una dirección que lo llevó hasta María. Y le dieron el empleo en el Instituto Geográfico.

Música en el ventilador. No ha hecho gran cosa, sólo mirar un poco los mapas extendiéndolos en el suelo, dejando que se desordenaran, complacido al pensar que sabría ordenarlos de nuevo. Aún no ha superado el mareo que sufrió en el pequeño avión: un viejo biplano trimotor. Trabajan en equipo y él goza de un enorme prestigio, lo llaman «el Americano», José *el Americano*.

A veces hojea distintos números de la revista *Stern*. Hasta ahora los ha recibido todos, salvo el último, que tendría que llegar ese mismo día. Hojea y busca, aunque sabe que no encontrará nada referente a él. Le parece perfecto, pero entonces ¿por qué demonios va a ir Dörsam hasta allí?

Se detiene en la foto de una marcha de la Federación Germano Estadounidense hacia el Madison Square Garden. «Pero lo hacen de buena fe, mostrando una evidente conexión con la patria.»

Qué conmovedor.

En medio de las noticias, mujeres que demuestran su gran agilidad al tender la ropa mientras anuncian compresas, y otras que muestran su cintura en anuncios de pantimedias, con las manos en las caderas, las piernas cruzadas y los pies hacia atrás, elegantes y recatadas.

Un coche entra en el patio. El conductor es un joven. Lleva un cigarrillo en la comisura de los labios y el sombrero echado hacia atrás. Baja y apoya el brazo en el techo del vehículo, alzando la vista hacia él. Josef lo saluda desde la galería superior. De algún modo todo aquello le pertenecerá algún día. Es el hijo mayor de María, que sale corriendo de la casa y le echa los brazos al cuello. Josef percibe su perfume. María se vuelve y le hace un gesto de despedida, él la saluda a su vez.

—¡Hasta el lunes, don José! —le grita.

A él le parece muy bien que pase el fin de semana en la ciudad, con sus hijos. Tal vez, después de esos dos días, encontrará por fin el valor para dejar en libertad a la ardilla.

Desde la galería puede ver el camino delante de la casa. Los tres perros del vecino andan por allí, dando su paseo vespertino. El perro de María está atado desde que murió el marido. Es peligroso. Al parecer, allí todo es peligroso.

A veces, según la dirección del viento, oye respirar al perro. Es un simple perro guardián: debe dar la alarma si se acerca alguien, nada más. María le ha confesado que tiene una pistola en la mesilla de noche.

Al principio el perro ladraba cuando él cruzaba el patio, pero ahora ya conoce su forma de arrastrar los pies.

Después oye la chirriante bicicleta del cartero. Ya lleva en la mano el sobre marrón con la letra de Carl. Es el último número de *Stern*. Ahora la revista lo pone nervioso: ¿qué otro motivo puede haber llevado a Dörsam a anunciar su visita?

Le late el corazón cuando abre el ejemplar. Ve la foto de los acusados en la sala del tribunal entre las plantillas del Dr. Scholl y la manta Reforma, que alivia los dolores de reuma. En el lado derecho de la imagen está él mismo mirando de reojo hacia algún lugar. ¿A quién miraba, a Lauren? Se acuerda de cómo procuraba mirar hacia otro lado, de cómo ambos evitaban una y otra vez mirarse. Se sentía vaciado por dentro y no podía ni salir corriendo ni hablar. Recuerda el sonido de las pisadas, los cuchicheos en la sala, al juez Mortimer Byers, la silla vacía y el murmullo: «¿Dónde está Sebold?» Faltaba ese hombre al que él no había visto ni una sola vez… gracias a Ettinger, porque, de haberlo visto, quizá se habría enfrentado a una condena mayor. El despacho de Sebold era una trampa: detrás de un espejo se encontraba el FBI, y todo el que entraba en la oficina quedaba capturado para siempre en un film. Recuerda cómo proyectaron esas filmaciones en la sala de audiencias, cómo entraba un agente tras otro en el despacho de Sebold. Nunca antes se había visto una cosa igual: los periódicos del día

siguiente estaban llenos de noticias y comentarios sobre aquel espectacular método de desenmascaramiento.

Pero Ettinger jamás salía en las filmaciones. Como Sebold, él también se había esfumado, mientras que él estaba sentado entre treinta y dos nazis sin poder decir nada para defenderse.

Abre con cuidado la carta de Carl.

«Como hace unos días que no recibo correo tuyo, he pensado que me enviarías una larga carta sobre este asunto.»

No, apenas ha empezado a escribirla: Carl le había exigido que se lo explicara todo de una vez por todas con el máximo detalle posible.

Las otras hojas son copias. Carl le ha escrito cartas a todo el mundo: a los periodistas, a la redacción de *Stern*, a los agentes que sobrevivieron.

*Estimado señor Thorwald:*

*Mi hermano, que viaja indocumentado por el mundo* [...] *le pido encarecidamente su ayuda* [...] *tenemos que unir nuestras fuerzas* [...]

Josef traga saliva. Necesita hacer una pausa y pone a Duke Ellington.

Más tarde contempla durante un buen rato una foto de Nikolaus Ritter (pelo aceitoso, amplia sonrisa de satisfacción) y vuelve a pensar en el Old Heidelberg. Ahora Ritter se sienta con los periodistas en su casa de Hamburgo, regodeándose en sus recuerdos; para él, el exportador, todo está perfecto. Se llena la boca explicando que ayudó a escapar a la judía Lily Stein a cambio de que hiciera un par de trabajos para el servicio de inteligencia.

Su mirada se detiene al final de la página, en una carta al director: un antiguo agente sospecha que la inteligencia militar había incluido en sus cálculos el fracaso de las acciones emprendidas. Mira por dónde: así que no es el único al que se le ha ocurrido la idea.

Suspira y cierra el ejemplar. Se acabó.

## 37

# San José, junio de 1953

Ricardo vuelve a contar: cuatro botellas de soda, dos bolsas de leche, cinco plátanos, tocando con el dedo cada uno de los productos. Empieza nuevamente desde el principio y añade otro plátano para que el precio sea más fácil de calcular. Lleva las gafas sucias, con una lente rajada. Lo hace todo con tanta lentitud que a Josef, según su estado de ánimo previo, lo desespera o lo relaja.

Josef recuerda los rápidos movimientos de Edith, cómo cerraba la puerta tras ella con el pie, la ropa recién recogida entre los brazos y el pan sujeto bajo la barbilla.

Cuando va a la tienda de Ricardo lleva una lista exhaustiva de lo que va a comprar, aunque a veces ha terminado llevándose menos cosas porque se le hacía todo demasiado lento. Ricardo arrastra los pies hasta las estanterías y hace un viaje para cada cosa; de nada sirve indicarle que tres cosas están juntas (el arroz, las lentejas y las judías), regresa con una sola en la mano.

Le devuelve la dignidad a cada producto:

—Aquí tiene la sémola. Aquí tiene el tabaco. Aquí tiene la leche.

¡Ay, cómo han acabado gustándole esos momentos!

En el camino de vuelta lo adelanta un coche negro que va levantando una nube de polvo rojizo. Aguanta la respiración mientras pasa por debajo de un viejo pochote que ha crecido torcido, pero que nadie quiere cortar.

El coche se ha detenido delante de la entrada de su casa. Es un taxi. Dörsam se ha apeado y sostiene en alto una bolsa de galletas saladas.

—Vive usted ahí arriba, ¿no?

Josef le precede por la escalera y al llegar arriba señala hacia la galería.

—Tome asiento, señor Dörsam.

—Fíjese —murmura Dörsam—, en Buenos Aires siempre se comportó de una forma extraña, pero sólo he oído cosas buenas de usted: que trabajaba duro, que era un buen artesano. Casi todos los alemanes le deben las vallas de sus jardines. ¿Qué tal el trabajo en el Instituto Geográfico? ¿Bien?

¿Adónde quiere ir a parar? ¿Insinúa que gracias a él tiene un buen trabajo? Pues sí.

—No me puedo quejar.

—Nunca ha podido quejarse: siempre le ha ido bien.

El calor del mediodía se ha instalado en la galería exterior. Josef va a la cocina, coge dos vasos, duda, pero luego pone un par de cubitos de hielo en cada uno antes de servir el agua. Tiene una fantasía: podría agarrar a Dörsam y tirarlo por encima de la barandilla, o coger el revólver de María de la mesilla de noche, matarlo y luego tirarlo al río, que es bastante profundo.

Cuando regresa a la galería Dörsam se ha quitado la chaqueta e incluso se ha bajado los tirantes.

—En otoño hay elecciones generales en Alemania... —dice mientras mastica una galleta y le ofrece la bolsa. Al ver que Josef frunce el ceño, añade—: Sólo quiero mantenerlo informado. El cabeza de lista del Partido Nacional Alemán es Rudel... ese caballero de Buenos Aires, ya sabe, el de la prótesis en la pierna. Lo ha visto usted varias veces.

Él no sabe si asentir o reír.

El perro ladra, y él aprovecha la interrupción.

—¿Ha visto los últimos números de *Stern*? Ha venido por eso, ¿no?

Dörsam lo mira haciéndose el sorprendido. Él se levanta, va a por los ejemplares y los tira encima de la mesa. Dörsam asiente y los hojea un poco.

—Nuestro trabajo recibe el merecido reconocimiento. Ah, mire: Söderbaum ha hecho una nueva película.

—¿Es todo lo que tiene que decir al respecto? —La voz de Josef es inusualmente elevada, casi chillona.

Dörsam deja la revista a un lado, se yergue en la silla y mira por encima de la baranda: jungla, verdor, plátanos como portaestandartes agotados, con las hojas colgando flácidas. Sigue sin responder. ¿Es que no lo ha oído?

—Ustedes nos han utilizado a su antojo —dice Josef.

—¿Utilizado?

Dörsam se pasa el cubito de hielo de un carrillo al otro y luego, cuando lo muerde, se oye un leve crujido. Josef se pasa la mano por la frente y decide ir al grano:

—¿Por qué ha venido a Costa Rica, señor Dörsam?

Su invitado se reclina en el asiento.

—He venido a visitar a otros alemanes: quiero saber con quién puedo contar. Si ganamos en otoño y volvemos a poner orden en Alemania, ¿contamos con usted?

—No, señor Dörsam.

Dörsam asiente. No parece en absoluto decepcionado. Elogia las espléndidas vistas.

—¡Esto es realmente hermoso! Un pequeño paraíso en la tierra. Quizá algún día acabe instalándome en Costa Rica.

Poco después se levanta y se pone muy despacio la chaqueta.

—¡Haga que le instalen aire acondicionado!

Baja las escaleras seguido por Josef, y, al llegar al porche, exclama:

—¡Mire eso! Típico de esta gente primitiva del campo: no saben que no se puede tener una ardilla en una jaula.

—¿Señor Dörsam?

Dörsam sigue avanzando, se limita a mirar un instante por encima del hombro:

—¿Sí?

—En su momento fui al FBI e informé sobre nosotros.

La mano de Dörsam se posa en la manilla de la puerta del coche. Se queda inmóvil un segundo y luego se da la vuelta.

—Ah, por cierto, saludos de Schmuederrich. Casi se me olvida.

—Devuélvaselos de mi parte, por favor.

El taxi desaparece detrás de una nube de polvo rojizo. Josef contempla ese imponente templo de polvo que se eleva, un fantasma que lentamente vuelve a derrumbarse sobre sí mismo, y escucha el traqueteo del motor, cada vez más tenue a medida que se aleja. Poco después vuelven a imponerse los sonidos de la jungla: trinos, graznidos, chirridos...

Tiene un trozo de galleta entre dos dientes.

Por la tarde, escucha la emisora alemana que emite para el extranjero desde Colonia, pero que se oye con tanta claridad como si fuera una emisora local. Le echa un vistazo a la carta que empezó el día anterior. Ha empezado ya varias veces.

> *Seguiré esta noche o empezaré de nuevo. Mi intención es que finalmente puedas entenderlo todo.*

Tacha la última frase.

> *No sé si podré explicártelo todo. La verdad es que fui un estúpido y ya es demasiado tarde para cambiar las cosas.*

También eso lo tacha.

Se desata una tormenta y se va la luz. El ventilador del techo da un último y cansado giro. El cielo se oscurece y las copas de los árboles empiezan a oscilar. Él está de pie en la galería, y saborea el viento fresco y el silencio. Un silencio lleno de perplejidad: todo está reordenándose.

Por la mañana lo despierta un sonido, un *ris, ras* regular que lo arranca del sueño. María ha vuelto: está sentada en los escalones del porche, partiendo con las manos las hojas (que forman una gran pila a su lado)

de una planta comestible. *Ris, ras, ris, ras*; aquel sonido le provoca una leve inquietud, como si hubiera hecho algo malo.

Se obliga a salir de la cama, se pone lo primero que encuentra y baja para hablar con María. Ella lo recibe con una amplia sonrisa.

—Don José, tiene usted el pelo demasiado largo. ¿Me permite que se lo corte?

—Encantado. —Titubea y al final añade con voz firme—: Pero primero vamos a soltar a la ardilla.

La sonrisa de ella se congela, pero luego, para sorpresa de él, asiente y hace un gesto de invitación en dirección a la jaula, que Josef descuelga y lleva hasta el prado manteniéndola delante de los ojos. María se pone en cuclillas y contempla al animalito: está de pie junto a los barrotes, que agarra con sus dedos coriáceos. Su mirada es tranquila y paciente, como si supiera lo que va a suceder.

—Siempre estará cerca, María: vivirá aquí, en el jardín.

—Se escapará.

—Sí, tal vez.

Tiene que admitirlo: es una posibilidad.

En cuanto abre la puertecita la ardilla salta trazando un arco, tan rápido que hace vibrar el aire, y luego corre hacia la jungla rápida y ágil como una buena idea. ¿Dónde estaba esa tienda de electrónica que vio en la ciudad? Se vuelve hacia la casa. Sí, allí arriba podría poner una antena.

—¿Don José? —María saca una llave de debajo del vestido—. Es la del cobertizo de los botes: puede sacar el bote e ir a pescar, como los hombres, pero tenga cuidado.

Sí, tal vez se quede allí.

# Selección de libros y películas

Para quienes quieran profundizar en el tema, he aquí una selección de los libros y películas con los que me he documentado.

**Ensayos**

Bernstein, Arnie, *Swastika Nation: Fritz Kuhn and the Rise and Fall of the German-American Bund*, Nueva York, St. Martin's Press, 2013.

Breuer, William, *Hitler's Undercover War: The Nazi Espionage Invasion of the USA*, Nueva York, St. Martin's Press, 1989.

Brown, Anthony Cave, *Die unsichtbare Front, Entschieden Geheimdienste den Zweiten Weltkrieg?*, Múnich, Desch, 1976.

Carlson, John Roy, *Undercover: My four years in the Nazi Underworld of America*, Nueva York, E. P. Dutton, 1943.

Duffy, Peter, *Double Agent: The First Hero of World War II and How the FBI Outwitted and Destroyed a Nazi Spy Ring*, Nueva York, Scribner, 2014.

Hynd, Alan, *Passport to Treason: The Inside Story of Spies in America*, Nueva York, National Travel Club, 1943.

Mader, Julius, *Hitlers Spionage Generale sagen aus*, Berlín, Verlag der Nation, 1976.

Nesper, Eugen, *Der Radio-Amateur «Broadcasting»: Ein Lehr und Hilfsbuch für die Radio-Amateure aller Länder*, Berlín, Springer, 1924.

Ritter, Nikolaus, *Deckname Dr. Rantzau: Die Aufzeichnungen des Nikolaus Ritter, Offizier unter Canaris im Geheimen Nachrichtendienst*, Hamburgo, Hoffmann & Campe, 1972.

Siedentopf, Monika, *Unternehmen Seelöwe: Widerstand im deutschen Geheimdienst*, Deutscher Taschenbuch Verlag, 2014.

Thorwald, Jürgen, «Die unsichtbare Front», en *Der Stern*, marzo de 1953.
Wighton, Charles, y Gunter Peis, *Hitler's Spies and Saboteurs*, Londres, Award Books, 1958.

**Novelas**

Di Donato, Pietro, *Christ in Concrete*, Indianápolis, Bobbs-Merrill, 1939.
Ernst Glaeser, *Jahrgang 1902*, Potsdam, Gustav Kiepenhauer, 1928.
Gold, Michael, *Judíos sin dinero: Una historia del Lower East Side*, traducción de Márgara Villegas, Barcelona, Dirección Única, 2015.
Miller, Arthur, *Focus*, Nueva York, Reynal & Hitchcock, 1945.
Roth Philip, *La conjura contra América*, traducción de Jordi Fibla, Barcelona, Literatura Random House, 2018.

**Películas de ficción y documentales**

Hathaway, Henry, dir., *The House on 92nd Street*, Los Ángeles: 20th Century Fox, 1945, 88min.
Kirst, Michaela, dir., *Zum Nazi Verdammt: Deutsche in amerikanischen Lagern*, Múnich, Tangram International, 2008, 52min.
Nitvak, Anatole, dir., *Confessions of a Nazi Spy*, Los Ángeles, Warner Bros., 1939, 104min.

# Agradecimientos

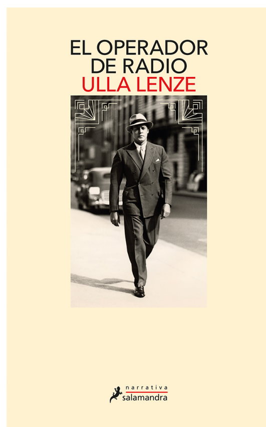
Quiero agradecer a los doctores Florian Altenhöner y Christoph Selzer, al profesor doctor Wolfgang Krieger y a la doctora Monika Siedentopf por su asesoramiento en asuntos históricos, y también a Barry Moreno y Kevin Daley, del Inmmigration Museum de Ellis Island, y a los radioaficionados del Chaos Computer Club de Berlín. Muchas gracias también a Ernst Vranka (OE3EVA), quien me señaló algunas inconsistencias técnicas. Por desgracia, no fui capaz de traducir todas sus precisiones a la lengua literaria. ¡Que me perdonen los radioaficionados!

Gracias igualmente a Corinna Kroker, mi editora, por nuestras conversaciones y su atenta lectura de la novela, a Isabel Fargo Cole, Hannah Dübgen, Rolf-Bernhard Essig, Lucy Frike, Karin Graf, Christian Jeukens, Sünje Lewejohann, Inger-Maria Mahlke, Lydia Mechtenberg, Klaus Sellge y Liliana Marinho de Sousa.

Y, sobre todo, gracias a mi madre, quien lo recordó todo para que yo pudiera escribirlo.

## Un trepidante relato basado en hechos reales.

## Una historia sobre un círculo de espías nazi en Nueva York durante la Segunda Guerra Mundial




**Finales de 1930.** En Nueva York los grupos racistas y antisemitas siembran el odio en las calles. Inmune a estos problemas, el inmigrante alemán Josef Klein disfruta de Harlem y de su gran pasión: la radio. Su talento atrae el interés de unos hombres influyentes que le ofrecen trabajar como operador de onda corta. Pero cuando Josef comienza a entender lo que ocurre es demasiado tarde: forma parte de una red de espionaje nazi que opera en Manhattan. Tras ser descubierto por las autoridades estadounidenses, Josef es deportado a Alemania.

En su país de origen, el destino lo conduce hasta los familiares de su hermano Carl y finalmente a Sudamérica, con la esperanza de empezar de cero. Pero, por muy lejos que huya, hay una verdad ineludible de la que no puede escapar.

**La crítica ha dicho:**

«El carácter contemporáneo de *El operador de radio es asombroso*. [...] Envía señales del pasado al presente como si estuvieran en código

Morse».

*Neue Zürcher Zeitung*

«Todo un tramo de la historia del mundo se despliega ante nuestros ojos. La autora pone el virtuoso arte del novelista al servicio de la verdad histórica».

*Historia*

«Una mezcla luminosa de saga familiar y thriller de espionaje. [...] Ulla Lenze cuenta la historia de manera ajustada e incisiva, y sus frases irradian poesía».

*Der Tagesspiegel*

«Se lee como si fuera una novela de suspense, pero es mucho más: una ficción histórica sobre la culpa, la intriga, la nación y la identidad».

*Blick*

«En vez de juzgar a su protagonista, Ulla Lenze deja que los lectores compartan su lucha. [...] Inolvidable».

*Die Zeit*

«Un libro bellamente escrito y narrado con ingenio».

*WDR Germany*

«Un viaje personal con sólidos cimientos históricos».

*Westdeutsche Allgemeine Zeitung*

«Cautivadora y muy bien construida».

*Tip Berlin*

«Una pieza de época maravillosa, basada en hechos reales y con una perspectiva única».

*New York Journal of Books*

«La elegante prosa de Lenze y sus muchas certeras observaciones hacen que la historia avance rápidamente».

*Historical Novel Society*

**Ulla Lenze** (Mönchengladbach, 1973) estudió Música y Filosofía en la Universidad de Colonia, ha sido escritora residente en Damasco, Estambul, Bombay y Venecia, y vive entre Berlín y Buckow (Märkische Schweiz). Debutó con *Schwester und Bruder* (2003), que obtuvo varios premios, entre otros el de la Fundación Jürgen Ponto a la mejor primera novela del año, el Rolf-Dieter-Brinkmann-Förderpreis y el Ernst-Willner-Prize en el Concurso Ingeborg Bachmann. En 2008 publicó la novela *Archanu*, a la que siguieron *Der kleine Rest des Todes* (2012) y *Die endlose Stadt* (2015). Con *El operador de radio* (2020), basada en la vida de su tío abuelo y traducida a más de una docena de idiomas, logró un gran éxito internacional. En 2016 recibió el Premio de Literatura del Comité Cultural de la Empresa Alemana por el conjunto de su obra y en 2020 el Krefeld Literaturpreis.



Título original: *Der Empfänger*

Primera edición: enero de 2024



La traducción de esta obra ha recibido una subvención del Goethe-Institut





ISBN: 978-84-19851-01-7

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: salamandraed
X: salamandraed
Instagram: salamandraed

# Índice